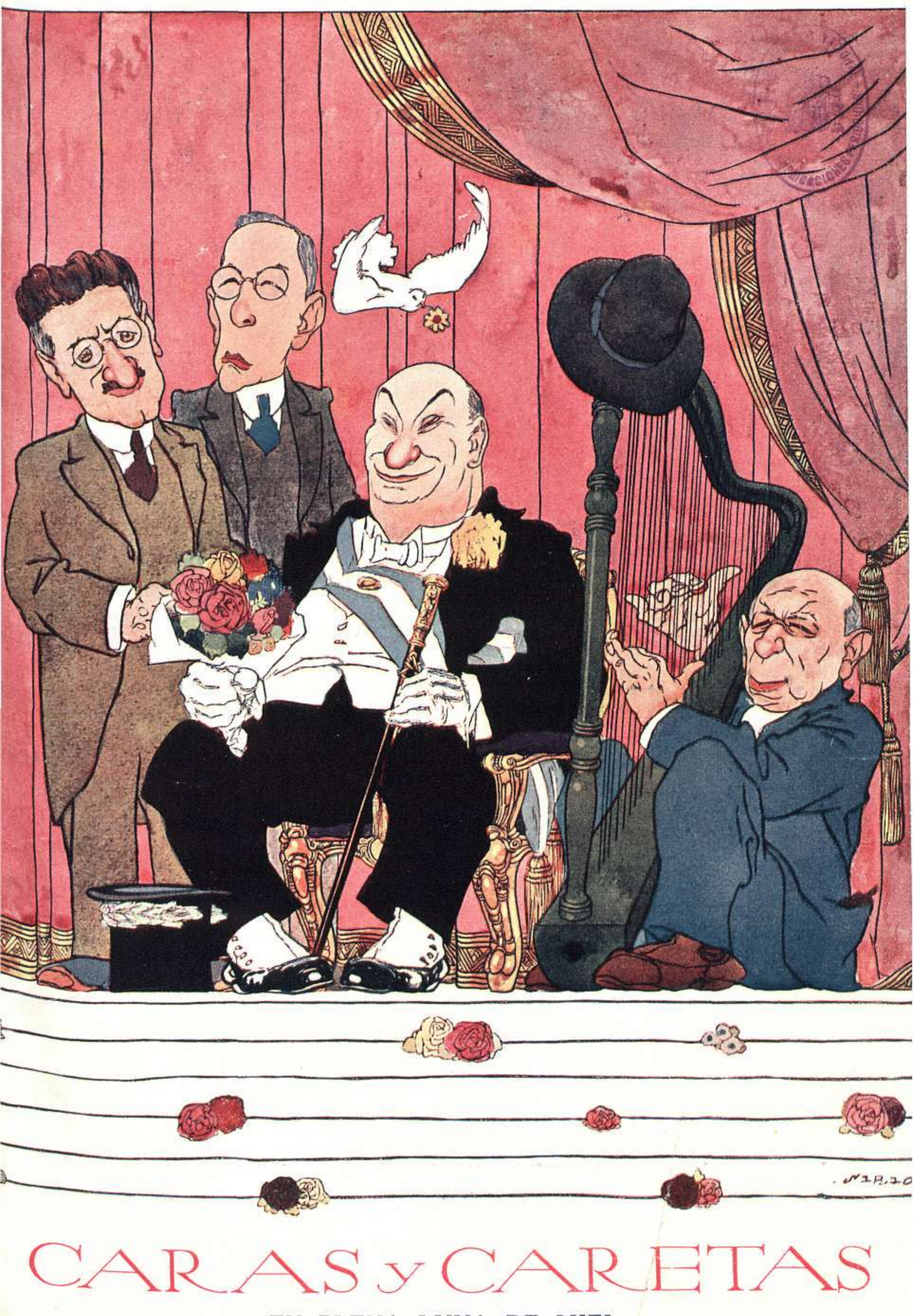


CARAS y CARETAS

EN PLENA LUNA DE MIEL

¡QUE TE DURE!



CHAMPAGNE TIRASSO
DEMI SEC
LUIS TIRASSO - MENDOZA - BUENOS AIRES
Champagne TIRASSO
Es elaborado a fermentación natural como en las mejores bodegas de Europa, y compite con las marcas extranjeras más acreditadas.
SERRANO



HISTORIA DEL PEQUEÑO MUCK

En Nicea, ciudad donde yo nací, vivía un hombre a quien llamaban el pequeño Muck. Aun cuando yo era muy niño entonces, lo recuerdo perfectamente, sobre todo porque por causa suya, una vez, mi padre me dió una paliza soberana. El pequeño Muck era ya muy viejo cuando yo lo conocí; tenía a lo sumo tres o cuatro pies de estatura; pero aquel cuerpo desmedrado sostenía una cabeza más gorda y voluminosa que la de las demás personas; vivía solo en una casa muy grande; no tenía criados, y él mismo guisaba su comida. En la ciudad no se habría sabido si vivía o no — sólo se le veía cada cuatro semanas, — si no hubiera sido por un humo espeso que todas las noches, a eso de las doce, salía de su casa, y también porque algunas veces se le veía pasearse por el tejado, haciendo el efecto, desde la calle, de que sólo su cabezota era la que rodaba sobre las tejas. Mis amigos y yo éramos muchachos traviesos; nos burlábamos de todo el mundo; y era para nosotros un día de regocijo cuando el pequeño Muck salía; nos reuníamos delante de su casa y esperábamos a verlo aparecer en la puerta. Asomaba sacando primero la gran cabezota, tocada con un enorme turbante; luego aparecía el resto del cuerpo envuelto en un albornoz raído, calzones anchos y un gran cinto, del que pendía un largo puñal, tan largo que no se sabía si era Muck el que estaba atado al puñal, o el puñal a Muck. Al verlo de esta guisa, resonaban en la calle nuestros gritos de alegría; echábamos las gorras al aire y danzábamos como locos en torno suyo. El pequeño Muck nos saludaba muy serio con la cabeza, y despacito marchaba calle abajo, arrastrando los pies, que calzaba con unas babuchas tan grandes como no he visto otras. Los muchachos lo seguíamos gritando: "¡Pequeño Muck, pequeño Muck!" También le cantábamos unos versos burlescos alusivos a su cabeza, y lo incitábamos a que saliera corriendo tras de nosotros.

Así nos divertíamos a costa suya, y debo confesar, para vergüenza mía, que yo era de los que más se ensañaban, pues le tiraba del albornoz, y una vez le pisé una babucha por detrás y lo hice caer. Aquello me resultó muy risible; pero mi risa desapareció cuando vi que el pequeño Muck tomaba el camino de casa de mi padre. Entró en ella muy decidido, y permaneció dentro un rato. Yo me escondí tras de la puerta, y vi salir al pequeño Muck acompañado de mi padre, que lo llevaba respetuosamente de la mano, y en la puerta despidióse de él con muchas reverencias. Yo no las tenía todas conmigo, y me quedé algún tiempo en mi escondrijo; pero, al fin, empezó a picarme el hambre, y como la temiera más que a los palos, salí, y, humilde y cabizbajo, me presenté a mi padre.

— Según me han dicho, te has burlado del bueno de Muck... — me dijo muy serio. — Te voy a contar la historia del pobre Muck, y estoy seguro que no volverás a reírte de él; pero antes y después recibirás lo *ordinario*.

Lo *ordinario* eran veinticinco palos, que solía contar sin equivocarse. Empuñó una larga caña de pipa, destornilló la boquilla y me vapuleó con más dureza que nunca.

Cuando contó los veinticinco me ordenó que le prestara atención, y empezó a contarme la *Historia del pequeño Muck*.

El padre de éste, que se llamaba Mukrah, era un hombre pobre, pero muy considerado en Nicea. Vivía casi tan aislado como su hijo ahora. No podía soportar a su vástago, porque se avergonzaba de su facha de enano, y lo dejó crecer en la más completa ignorancia. El pequeño Muck, a los diez y seis años, era un muchacho alegre, y su padre lo vituperada a todas horas por ser tan tonto y tan frívolo cuando ya había pasado con mucho de la infancia.

El viejo, un día tuvo una caída, de la cual se murió, dejando al pequeño Muck pobre e ignorante. Los parientes, a quienes el muerto debía más de lo que podía pagar, arrojaron al chico de la casa y le aconsejaron que se fuese por el mundo a buscar fortuna. El pequeño Muck respondió que estaba dispuesto a emprender el viaje, pidiendo sólo los vestidos de su padre, que le dieron de buen grado. El padre fué un hombre alto y grueso, y, por lo tanto, no le servía su ropa; pero Muck no se apuró por eso: cortó lo que le sobraba de largo y se endosó los vestidos. Como se olvidó de estrecharlos, resultó la figura tan grotesca que tiene hoy aún: el gran turbante, el cinto enorme, los amplios calzones, el albornoz azul; todo es herencia de su padre y lo usa desde entonces. Colgóse del cinto el largo puñal damasquinado, tomó un garrote y se echó a la calle.

Muy alegre anduvo todo el día, pues ya se imaginaba en camino de buscar fortuna: vió brillar a la luz del sol un casco de botella en el suelo, y lo cogió apresurado, suponiendo que guardaba un hermoso diamante; vió a distancia relucir como fuego la cúpula de una mezquita y un lago cuyas aguas parecían un espejo, y corrió hacia ellos creyendo haber llegado a un país maravilloso. Pero, ¡ah!, aquellas imágenes engañosas se desvanecieron al acercarse, y su cansancio y su estómago, que gruñía de hambre, recordáronle que habitaba el país de los mortales. Así anduvo dos días, alimentándose sólo con frutas silvestres, durmiendo en el duro suelo y desesperando de hallar su fortuna. En la mañana del tercer día dióse cuenta de que se acercaba a una gran ciudad. La media luna de sus cúpulas brillaba con la luz del sol; banderas de colores vivos ondeaban en los tejados, y parecía como que invitaban al pequeño Muck a que fuese

hacia ellas. Admirado, quedóse mudo observando la ciudad y sus alrededores. "Si ahí encontrara su fortuna el pequeño Muck... — díjose a sí mismo, dando un salto a pesar de su cansancio. — *Ahí, o en ninguna parte*". Hizo un gran esfuerzo, y dirigió sus pasos a la ciudad. Aunque parecía tocarla con la mano, no pudo llegar a ella hasta cerca de mediodía, pues sus miembros casi se negaban a servirle, y vióse obligado a sentarse a la sombra de una palmera para descansar. Finalmente, llegó a las puertas. Se arregló su albornoz, afianzándose bien el turbante, estiróse el cinto y sujetó el puñal; luego sacudió el polvo de sus babuchas, empuñó su garrote y entró por la puerta.

Recorrió varias calles sin que nadie se fijara en él, ni le dijera, como él se había imaginado: "Pequeño Muck, entra, come y bebe, y que descansen tus piececitos".

Estaba mirando con curiosidad una casa muy grande, cuando se abrió una ventana y sacó la cabeza una vieja, diciendo con voz sonora: "Venid, venid, que está la mesa puesta, la comida aparejada, todo apetitoso. Venid, vecinos, venid; la comida está a punto".

Abrióse la puerta de la casa, y Muck vió entrar una porción de perros y gatos. Dudó un momento si considerarse invitado; decidióse al fin, y penetró en la casa. Delante de él iban dos gatitos y los siguió, suponiendo que sabrían mejor que él dónde estaba la cocina.

Cuando Muck subió la escalera, salióle al encuentro la misma vieja que se asomara a la ventana. Lo miró de mal talante y le preguntó qué deseaba.

— Como has invitado a todo el mundo, y yo tengo hambre, por eso he venido — respondió Muck.

La vieja, riendo, le dijo:

— ¿De dónde sales, individuo extraño? Toda la ciudad sabe que yo guiso exclusivamente para mis queridos gatos, y de cuando en cuando les procuro compañía, invitando a los de la vecindad, como has visto.

El pequeño Muck le contó lo mal que le iba desde la muerte de su padre, y le suplicó que le permitiera aquel día comer con sus gatos. La mujer, a quien agradó mucho la historia sincera del enano, le permitió que fuera su huésped, y dióle de comer y beber espléndidamente. Cuando estuvo satisfecho y descansado, la mujer le dijo después de observarlo con atención:

— Pequeño Muck, quédate a mi servicio; tienes poco trabajo y puedes desempeñarlo bien.

El pequeño Muck, a quien supo a gloria la comida de los gatos, aceptó la oferta y se quedó de criado con la señora Ahazi. Su servicio era sencillo, pero extraño. La señora Ahazi tenía dos gatos y cuatro gatitas, a los que Muck había de peinar todos los días y frotarlos con perfumes costosos; cuando la señora salía, estaba obligado a cuidar de las gatitas; cuando comían, les cambiaba los platos, y por la noche los acostaba en divanes de seda y los arropaba con mantas de terciopelo. También había en la casa algunos perrillos, a los que tenía que servir, aun cuando con éstos no se tenían tantos miramientos como con los gatos, a quien la señora Ahazi consideraba como hijos. Muck llevaba allí una vida tan aislada como en casa de su padre; pues, aparte la señora, sólo veía perros y gatos. Durante algún tiempo le fué muy bien al buen enano; tenía qué comer, el trabajo era muy escaso, y la vieja estaba muy contenta de sus servicios; pero, poco a poco, los gatos hiciéronse muy revoltosos. Una vez que la vieja salió, empezaron a correr y saltar por la casa como locos, tirando todo lo que encontraban al paso y rompiendo una porción de cacharros. Pero en cuanto sintieron los pasos de la vieja por la escalera, acurrucáronse en su diván y la saludaron meneando la cola, como si nada hubiera ocurrido. La vieja Ahazi enfurecióse mucho al ver aquel estropicio en su casa, y echó la culpa de todo a Muck, que por más que hizo no pudo convencerla de su inocencia, pues ella creía más a sus gatos, que tenían un aire menos culpable, que al criado.

El pequeño Muck entristecióse mucho al ver que allí tampoco encontraba su fortuna, y decidió abandonar el servicio de la señora Ahazi. Como sabía por la experiencia de su primer viaje lo mal que se pasa sin dinero, pensó en procurarse por algún medio el salario que su ama le había prometido, pero que nunca le pagara. En la casa había un aposento, cerrado siempre con llave, y cuyo interior él no conocía, aunque muchas veces oyó a la vieja que danzaba allí dentro, y hubiera dado su vida con gusto por saber lo que encerraba. Cuando pensó en su dinero, ocurriósele la idea de que quizá estuviese allí el tesoro de la vieja. Pero como la puerta estaba siempre cerrada a piedra y lodo, no le sería fácil acercarse a él.

Una mañana que había salido la vieja, uno de los perritos, al que la señora trataba peor, y al cual Muck siempre trató con cariño, conquistándose el suyo, empezó a tirarle de sus anchos calzones como indicándole que lo siguiera. Muck, que siempre jugueteaba gustosamente con el perrillo, le siguió hasta la alcoba de la señora Ahazi; allí encontróse delante de una puertecilla que nunca había visto, la cual se abrió de repente. El perrillo entró en ella, y Muck detrás de él, asombrándole mucho y llenándole de alegría al verse en la estancia objeto de sus deseos.

Miró por todas partes a ver si hallaba dinero, pero no descubrió nada. Allí sólo había vestidos viejos y cacharros de formas extrañas. Uno de éstos llamó mucho la atención. Era de cristal, tallado primorosamente. Lo cogió y empezó a mirarlo por todos lados; pero, ¡horror!, no había advertido que tenía una tapa encajada sólo, y al abrirlo se cayó al suelo, haciéndose mil pedazos.

El pequeño Muck quedóse como petrificado un buen rato. Ahora sí que estaba decidida su suerte; no le quedaba más remedio que huir; de lo contrario, la vieja lo mataría. Decidió, pues, su viaje; pero aun trató de sacar algo de la avara Ahazi que pudiera servirle. Fijóse en un par de babuchas enormes, que no eran ciertamente muy bonitas y que no le vendrían bien; pero como las suyas no estaban para andar mucho, decidió ponérselas, pensando que así llevaría calzado de hombre. Quitóse las suyas y se puso las grandes. Un bastoncillo con un puño que representaba una cabeza de león le pareció que estaba allí muy ocioso; lo cogió y salió de la estancia.

Dirigióse a toda prisa a su aposento, colgóse el albornoz, se puso el turbante y el cinto con el puñal, y salió de la casa y de la ciudad corriendo por miedo a la vieja, hasta que casi no pudo más de cansancio. Nunca había andado tan de prisa, y hasta le parecía que no podría detenerse; sentíase impulsado por una fuerza invisible. Finalmente advirtió que las babuchas debían de tener alguna especialidad, pues trataban de seguir adelante llevándole consigo. Trató por todos medios de estarse quieto, pero no lo consiguió; entonces, en su apuro, gritó como se grita a los caballos: "¡Só..., só!..." Las babuchas se pararon, y Muck cayó al suelo, rendido.

Aquellas babuchas fueron una gran alegría para él, y le hicieron pensar que, al cabo, había logrado algo de su servicio que le era útil para ir por el mundo a buscar fortuna. A pesar de su alegría, durmióse profundamente, rendido de cansancio, pues el pobre, que con su cuerpecillo débil tenía que tirar de aquella enorme cabeza, no podía más. En sueños aparecióle el perrillo que le ayudara a encontrar las babuchas en casa de Ahazi, y le dijo: "Aun no has comprendido el verdadero uso de las babuchas; has de saber que si das tres vueltas sobre el talón, podrás volar hacia donde quieras, y con el bastoncillo encontrarás tesoros, pues donde haya oro golpeará tres veces en el suelo, y dos donde haya plata". Esto soñó el pequeño Muck. Cuando despertó hubo de reflexionar sobre aquel sueño maravilloso, y resolvió hacer un ensayo. Se puso las babuchas, levantó un pie, y dió tres vueltas sobre su talón. Quien haya probado a hacer tal ejercicio con unas babuchas enormes no se asombrará de que el pobre Muck no le resultara bien, sobre todo si piensa que su descomunal cabeza le hacía inclinarse tan pronto a un lado, tan pronto a otro.

El pobre hombre se cayó de narices varias veces; pero no se amilanó por eso, sino que siguió ensayando hasta que le salió bien. Logró dar vueltas

como una peonza sobre un talón; entonces deseó trasladarse a la ciudad más próxima, y... las babuchas lo lanzaron por el aire; rápido como el viento atravesó las nubes, y antes de que el pequeño Muck pudiera pensarlo, hallóse en una gran plaza del mercado, donde había infinidad de puestos y gentes, que corrían presurosas de un lado para otro. Mezclóse entre aquellas gentes; pero luego pensó que sería más prudente alejarse un poco, pues en el mercado unos y otros le pisaban las babuchas, y por poco lo tiran al suelo; también tropezaron varias veces con su enorme puñal, y logró escapar milagrosamente de una paliza.



El pequeño Muck pensó en serio cómo podría ganar algún dinero. Cierto que tenía un bastón capaz de descubrirle tesoros ocultos; pero ¿cómo daría él con el sitio donde hubiera oro o plata escondidos? También podía, en caso de apuro, exhibirse por dinero; pero era demasiado orgulloso para ello. Entonces recordó la ligereza de sus pies. "Quizá con mis babuchas me pueda ganar la vida", pensó; y decidió ofrecerse para corredor. Suponiendo que quien pagaría mejor tal servicio sería el rey, preguntó por el palacio real. A la puerta, los guardias le preguntaron qué buscaba allí. A su respuesta de que pretendía entrar como servidor, lo dirigieron la director de los esclavos. Ante él expuso su pretensión, rogándole que le proporcionara ocupación entre los mensajeros del rey. Miróle el inspector de pies a cabeza, y le dijo: "¿Cómo quieres ser corredor del rey con esos pies que apenas tienen un palmo? Vete de aquí, que no estoy yo para servir de diversión a los majaderos". El pequeño Muck le aseguró que hablaba en serio y que estaba dispuesto a hacer una apuesta con los corredores más ligeros. El inspector tomó la cosa a risa. Le ordenó que se preparase para una carrera en competencia, y lo llevó a la cocina para que le dieran de comer y de beber. Luego se presentó al rey y le habló del hombrecillo aquel y de su pretensión. Al rey, que era hombre de buen humor, le agradó mucho la idea que tuvo el inspector de divertirse a costa del pequeño Muck. Ordenóle que preparase todo en una pradera que había detrás del palacio, para que toda la corte pudiera presenciar la carrera, y le recomendó nuevamente que cuidara muy bien al enano. El rey comunicó a todos los príncipes y princesas que aquella tarde tendrían un espectáculo. Estos se lo dijeron a sus servidores, y al llegar la hora fijada, todos esperaban impacientes y se dirigieron a la pradera para ver correr al fanfarrón enano.

Cuando el rey, con sus hijos y sus hijas, ocupó la tribuna, adelantóse el pequeño Muck y les hizo una profunda reverencia. Todos estallaron en una estruendosa carcajada a la vista del enano; nadie había visto nunca una figura semejante. Aquel cuerpecillo con la enorme cabeza, el albornoz y los amplios calzones, el gran puñal colgando del cinto anchísimo, los piececitos metidos en las inmensas babuchas...; no, era demasiado grotesco para no reírse. El pequeño Muck no se desconcertó con la risa. Mantúvose muy digno, apoyado en su bastón, en espera de su contrario. Según el expreso deseo del enano, el inspector buscó al mejor corredor, que se adelantó y se puso al lado de Muck, esperando los dos la señal para empezar la carrera. La princesa Amarza agitó su velo, que era la señal convenida, y como dos flechas salieron los corredores de la pradera.

Al principio el contrincante de Muck le sacó una ventaja notable, pero éste le siguió con sus babuchas, lo alcanzó y lo adelantó y estuvo en la meta mucho antes que el otro llegara jadeante. La admiración y el asombro paralizó por un momento a los espectadores; pero cuando el rey empezó a aplaudir, todos prorrumpieron en aclamaciones, gritando "¡Viva el pequeño Muck, el vencedor de la carrera!"

El enano fué llevado a presencia del rey y echándose a sus pies, dijo:

—Rey poderoso: te he dado una pequeña prueba de mi habilidad; sírvete ordenar que me den un puesto entre tus corredores.

El rey le respondió:

—No; serás mi corredor preferido, y estarás siempre a mi lado, querido Muck; tendrás cien monedas de oro al año, y comerás a la mesa con mis principales servidores.

Muck creyó que al fin había hallado su fortuna, que con tanto afán buscaba, y sintióse muy alegre y satisfecho. Mucho lo satisfizo también la gracia especial del rey, que lo utilizó para los encargos más secretos e importantes; él procuró cumplirlos con la mayor rapidez y la más escrupulosa exactitud.

Los demás servidores del rey no le tenían muy buena voluntad, pues no les hacía maldita la gracia verse pospuestos a un enano sin otra ciencia que la de correr de prisa. Armaron varias conjuras contra él con el objeto de hacerlo caer en desgracia; pero todas se estrellaron ante la gran confianza que el rey tenía en su primer corredor secreto, que a este cargo había ascendido en tan poco tiempo.

Muck, que no dejaba de notar aquel movimiento

en contra suya, pensó, no en vengarse, que para eso era demasiado noble, pero sí en hacerse necesario a sus enemigos y conquistar su aprecio. Recordó entonces su bastón, que olvidara en su fortuna: si era capaz de descubrir tesoros, los caballeros lo mirarían mejor. Había oído decir que el padre del rey ocultara en vida muchos de sus tesoros para evitar que cayeran en poder del enemigo invasor; susurrábase también que murió sin haber podido comunicar el secreto a su hijo. Desde entonces, Muck siempre llevaba consigo el bastoncillo, con la esperanza de llegar al sitio donde estuviera oculto el dinero del viejo rey. Una tarde encontróse casualmente en un paraje apartado del jardín de palacio, por donde nunca solía ir, y de repente sintió que el bastoncillo se estremecía en su mano y daba tres veces contra el suelo. Ya sabía él lo que aquello significaba; así es que sacó su puñal, marcó los árboles cercanos y volvió al palacio; allí se procuró un azadón, y esperó que llegase la noche para hacer pesquisas.

El llegar al tesoro le dió más trabajo de lo que él creía. Sus brazos eran muy débiles, el azadón muy grande y muy pesado, y llevaba dos horas largas cavando sin lograr ahondar más de un par de pies. Finalmente tropezó con una cosa dura que sonaba a metal. Cavó con más brío, y no tardó mucho en descubrir una gran tapa de hierro; bajó él mismo al hoyo para indagar lo que cubría aquella tapa, y se encontró con una orza enorme llena de monedas de oro. Pero sus débiles fuerzas no le bastaban para levantar la orza, y, por lo tanto, se metió en el cinto y en los calzones todo lo que podía llevar consigo. Llenó también su albornoz, y después de ocultar cuidadosamente lo restante, se lo cargó a la espalda. Pero si no hubiera llevado las babuchas, de seguro no habría podido moverse del sitio, tan pesada era la carga de oro. Sin ser visto por nadie, llegó a su aposento y escondió el oro debajo del diván.

Cuando el pequeño Muck vióse dueño de tanto dinero, creyó que iban a volverse las tornas y que encontraría entre sus enemigos de la corte muchos protectores y adictos. Por esto era fácil colegir que el bueno de Muck no había recibido instrucción alguna; de no ser tan ignorante, no habría pensado que con el dinero se pueden tener buenos amigos. ¡Ah, más le hubiera valido engrasar sus babuchas, y con su albornoz lleno de oro desaparecer de escena!

El dinero que el pequeño Muck empezó a tirar a manos llenas despertó la envidia de los demás servidores de la corte. El jefe de cocina, Ahuli, dijo:

—Es monedero falso.

El inspector de los esclavos, Achmet:

—Se lo ha dado el rey a fuerza de adulaciones.

Archaz, el tesorero, su mayor enemigo, que de cuando en cuando hacía una incursión en la caja del rey, repitió a todos:

—Lo ha robado.

Para asegurar el éxito de su plan, pusiéronse de acuerdo, y un día, el copero mayor, Korchuz, se presentó muy triste y cabizbajo ante el rey. Acentuó tanto su tristeza, que el rey le preguntó que le ocurría:

—¡Ah! — respondió, — estoy triste por haber perdido el favor de mi señor.

—¿Qué tonterías dices, amigo Korchuz? — le respondió el rey. — ¿Desde cuándo ha dejado de lucir para ti el sol de mi favor?

El copero replicóle que cargaba de oro al corredor particular, y en cambio no daba nada a sus fieles servidores pobres.

El rey quedó asombrado ante aquella noticia; hizo que le contaran los dispendios del pequeño Muck, y los conjurados consiguieron hacerle sospechar que el enano había robado del tesoro valiéndose de aquel medio oculto. Para el tesorero, aquel giro del asunto fué una gran solución, pues de otro modo habríale sido muy difícil rendir cuentas. El rey dió orden de seguir con sigilo los pasos del pequeño Muck, para cogerlo con las manos en la masa, a ser posible. Cuando en la noche que siguió a aquel desgraciado día, el enano — que con sus liberalidades había agotado su caja — tomó el azadón, y sigilosamente dirigióse al jardín a sacar algo de su oculto tesoro, lo siguieron los guardias, y con ellos el jefe de cocina, Ahuli, y Archaz, el tesorero. En el momento en que sacaba el oro de la orza para ponerlo en su albornoz, le echaron mano, lo ataron y lo llevaron a presencia del rey. Este, a quien ya la interrupción de su sueño había puesto de mal humor, recibió al pobre enano muy agriamente y lo sometió a un interrogatorio. Desenterraron del todo la orza, y con el azadón y la capa llena de oro, la llevaron al rey. El tesorero dijo que había sorprendido a Muck cuando se disponía a enterrar aquella orza llena de oro.

El rey preguntó al acusado si era cierto, y de dónde había sacado el oro que quería enterrar.

El pequeño Muck, seguro de su inocencia, declaró que había descubierto aquella orza en el jardín, y que, por lo tanto, no pensaba enterrarla, sino desenterrarla.

Todos los presentes se rieron de aquella disculpa, y el rey se enfureció sobremanera ante la desvergüenza manifiesta del enano, exclamando:

—¡Cómo, miserable! ¿Pretendes engañar de una manera tan burda a tu rey, después de haberle robado? Archaz, te ordeno que me digas si reconoces esta suma como la que falta en mi tesoro.

El tesorero respondió que le parecía muy seguro, pues hacía algún tiempo que notaba la falta de grandes cantidades, y podría jurar que aquello era lo robado.

Entonces el rey ordenó que encadenaran al pequeño Muck y lo llevaran a la torre, encomendando el oro a su tesorero para que lo reintegrase a sus arcas. Muy satisfecho con el giro que tomara el asunto, marchóse Archaz de allí, y en su casa contó las relucientes monedas; pero lo que nunca había supuesto el malvado aquél era que en el fondo de la orza había un papelito que decía así: "El enemigo ha invadido mi país, y por eso escondo aquí una parte de mi tesoro; el que lo encuentre tendrá la maldición de un rey si no se lo entrega inmediatamente a mi hijo, el rey Sadi".

El pobre Muck, en su prisión, se hacía tristes reflexiones; sabía que el robo de las cosas reales llevaban aparejada la pena de muerte, y, sin embargo, no podía confiar al rey el secreto del bastón, pues temía con sobrado fundamento que se lo robasen con las babuchas. Estas no podían servirle de nada, pues como estaba sujeto a la pared con gruesas cadenas, por muchos esfuerzos que hiciese no podría girar sobre su talón. Cuando al día siguiente le anunciaron su muerte, pensó que más valía vivir sin bastón encantado que morir con él: mandó decir al rey que quería hablarle, y le descubrió su secreto. El rey, al principio, no dió crédito a sus palabras; pero el pequeño Muck prometió hacer una prueba, si el soberano, a su vez, le prometía perdonarle la vida. El rey le dió su palabra de hacerlo así, y mandó enterrar una cantidad de oro, sin que lo viese Muck, enviándole luego a que lo buscase. A los pocos minutos hubo de encontrarlo, pues el bastón golpeó tres veces en el suelo. Entonces advirtió el rey que su tesorero lo había engañado, y le envió un *cordón de seda*, como es costumbre en Oriente, para que se ahorcara con él. A Muck le dijo:

—Te he perdonado la vida, pero me parece que no es tu único secreto el del bastoncito; por lo tanto, permanecerás siempre encerrado si no me dices qué misterio hay en la rapidez de tu carrera.

El pequeño Muck, que con una noche de encierro en la torre había tenido bastante de prisión, declaró que todo su arte estaba en las babuchas; pero se calló lo de girar tres veces sobre el talón. El rey se calzó las babuchas y salió corriendo como loco por el jardín; intentó varias veces detenerse, pero fué en vano, pues ignoraba lo que debía hacer para conseguir que se parasen. El pequeño Muck, que no pudo por menos de permitirse aquella venganza, le dejó correr hasta que cayó sin sentido.

Cuando el rey recobró el conocimiento, mostróse irritadísimo contra el enano que lo dejara correr de aquel modo, y le dijo: "Te he prometido la vida y la libertad, pero en el término de dos horas tienes que salir de mi reino si no quieres que

te cuelgue". Las babuchas y el bastón quedaron depositadas en la cámara del tesoro.

Tan pobre como antes salió Muck del país, renegando de su locura, que lo había alucinado haciéndole pensar que podía desempeñar un papel importante en la corte. Afortunadamente, aquel país era pequeño y pudo hallarse en la frontera a las cuatro horas de haber salido, aun cuando le era muy penoso andar, pues estaba habituado a sus babuchas.

Después que transpuso la frontera, dejó el camino real para internarse en la espesa soledad de los bosques y vivir allí solo, pues aborrecía a todos los hombres. En lo más espeso de un bosque halló un paraje que le pareció lo más propicio para su decisión. Un claro arroyo bordeado de higueras y un mullido tapiz de césped se le ofrecían tentadores; se tumbó resuelto a no buscar comida y a esperar allí la muerte. Con tan tétricas ideas hubo de dormirse, y al despertar y sentir que el hambre le hacía cosquillas, pensó que morir de inanición era cosa grave, y miró en derredor por ver si descubría algo comestible.

De la higuera a cuya sombra había dormido colgaban unos higos magníficos y maduros; subióse al árbol para coger unos cuantos, le supieron a gloria, y luego fué al arroyo a apagar la sed. Pero, ¿cuál no sería su espanto al ver reflejada su imagen en el agua y notar que tenía unas orejas enormemente largas y una nariz descomunal. Consternado, llevóse las manos a las orejas y pudo comprobar que tenían más de media vara de longitud.

"Merezco orejas de burro — exclamó, — pues como un burro he pisoteado mi suerte".

Paseábase bajo los árboles, y sintiendo hambre otra vez, tuvo que recurrir de nuevo a los higos, pues no había en los árboles otra cosa comestible. Cuando después de haber tomado la segunda ración se le ocurrió pensar si sus orejas cabrían debajo del turbante, para no parecer tan ridículo, notó que le habían desaparecido. Tornó corriendo al arroyo para convencerse, y, efectivamente, era así: sus orejas y su nariz tenían el mismo tamaño e idéntica forma que antes. Entonces comprendió lo que ocurriera: los higos de la primera higuera le proporcionaron los aditamentos monstruosos, y los de la segunda lo curaron. Muy alegre, advirtió que su buena suerte le ponía a mano otra vez el medio de ser feliz. Cogió toda la fruta que pudo de los árboles y volvió al país que abandonara poco antes. En la primera ciudad que encontró disfrazóse convenientemente, y se dirigió a la que era residencia del rey, llegando sin ninguna dificultad.

Era precisamente una época del año en la que escaseaba la fruta madura. El pequeño Muck se instaló con su mercancía en la puerta del palacio, pues sabía que el cocinero solía comprar cosas raras para servirlas en la mesa del rey. Apenas se hubo sentado, vió Muck venir hacia él al jefe de cocina. Curioseó las mercancías de los vendedores que se encontraban a la puerta del palacio, y finalmente fijóse en el cesto de Muck.

—¡Ah! Un bocado exquisito, que agradará mucho a su majestad — dijo. — ¿Cuánto queréis por todo el cesto?

El pequeño Muck pidió un buen precio, y cerraron el trato. El cocinero entregó el cesto a un esclavo y siguió su camino; el enano puso pies en polvorosa, pues temía que si llevaba la desgracia a las cabezas de la corte, lo buscaran por ser él vendedor y lo castigasen.

El rey estaba a la mesa, muy alegre y bien dispuesto, alabando entre los demás comensales a su jefe de cocina, que, sobre guisar admirablemente, tenía sumo cuidado en buscarle las cosas más raras. El jefe, que sabía perfectamente las golosinas que tenía reservadas, sonrió satisfecho y dejó caer algunas frases sueltas: "Hasta el fin, nadie es dichoso", o "Al fin se canta la gloria"; por lo cual, todas las princesas estaban muertas de curiosidad por saber lo que tenía guardado. Cuando presentó los hermosos higos, un ¡ah! general escapóse de todas las bocas. "¡Qué maduros! ¡Qué apetitosos! — exclamó el rey. — ¡Cocinero, eres un gran hombre, y mereces todo nuestro agradecimiento!" Así hablando, el rey, que solía ser muy tacaño con las golosinas, repartió por sí mismo los higos. A los príncipes y princesas dióles dos por persona; a las damas y a los cortesanos, uno; los que quedaron se los puso delante y empezó a engullir con ansia.

—¡Dios mío, qué raro estás padre! — exclamó de pronto la princesa Amarza.

Todos miraron al rey, asombrados: unas orejas enormes le colgaban a los lados de la cabeza, y una monstruosa nariz le caía por encima de la barba. Los príncipes y sus servidores también se miraron, aterrados, unos y otros, pues todos, cual más, cual menos, tenían aquel adorno extraordinario.

Puede suponerse el espanto de la corte. Enviaron a buscar los médicos de la ciudad, los cuales acudieron inmediatamente, recetaron píldoras y menjunjes, pero las orejas y las narices siguieron en su sitio. A uno de los príncipes lo operaron, pero las orejas volvieron a crecer.

En el escondrijo donde se había ocultado, Muck supo toda la historia, y comprendió que era tiempo de obrar. Con el dinero que le valieron los higos compróse un traje que lo podía hacer pasar por un sabio, y una barba de pelo de cabra completó el disfraz. Con un saquito lleno de higos dirigióse a palacio, ofreciendo sus servicios como médico extranjero. Al principio, nadie le prestó atención; pero como quiera que el pequeño Muck diese un higo a uno de los príncipes, quien al punto de ingerirlo vió desaparecer las orejas y la nariz, todos quisieron ponerse en manos del médico desconocido. El rey lo tomó de la mano en silencio, lo llevó a su cuarto, abrió una puerta que daba a la cámara del tesoro, e hizo seña a Muck de que lo siguiese.

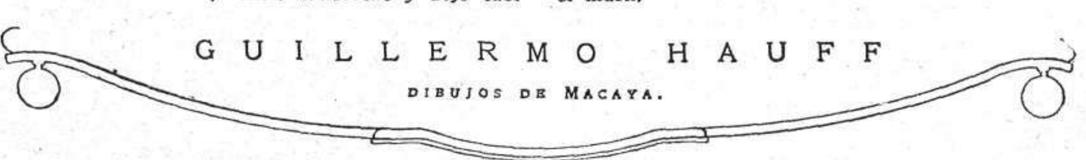
— Aquí están mis tesoros — dijo el rey. — Escoge lo que quieras; todo será tuyo, si me libras de este vergonzoso mal.

Aquellas palabras sonaron en los oídos de Muck como una música dulcísima; al entrar vió en seguida sus babuchas, que estaban en un rincón, y junto a ellas el bastoncito. Empezó a recorrer la sala, como si quisiera admirar los tesoros del rey, y en cuanto llegó junto a las babuchas introdujo sus pies en ellas, cogió el bastoncito, arrancóse la barba postiza, y mostró al estupefacto rey el muy conocido rostro del expulsado Muck.

— Rey desleal — dijo, — que pagas a tus fieles servidores con desagradecimiento, sufre como castigo la deformidad que llevas encima. Te dejo las orejas para que recuerdes todos los días al pequeño Muck.

Cuando hubo pronunciado estas palabras giró sobre su talón, deseando encontrarse muy lejos, y antes que el rey pudiera pedir socorro, había desaparecido el enano. Desde entonces el pequeño Muck vive muy rico, pero solo, pues desprecia a los hombres. Es un sabio a fuerza de experiencia, y aun cuando su aspecto exterior sea algo raro, debe inspirarte admiración, y no deseos de burla.

Esto me contó mi padre. Manifesté mi sentimiento por mi conducta grosera con aquel hombrecillo digno de respeto, y mi padre me obsequió con la otra mitad del castigo prometido. Lo conté a mis compañeros la historia maravillosa del enano, y le tomamos tanto cariño que ninguno volvió a burlarse de él. Al contrario, lo respetábamos, y nos inclinábamos ante él como ante el cadí o ante el mufti.



El Regalo



—¡Vuelve! — suplicó por tercera vez Senista.

Y por tercera vez, Sazonka se apresuró a responder:

—¡Claro que volveré! No tengas cuidado. Ya te he dicho que volveré.

Y callaron de nuevo.

Senista estaba acostado boca arriba, cubierto hasta la barbilla por una sábana gris de hospital, y no apartaba los ojos de Sazonka. Deseaba que su visitante permaneciese allí todo el tiempo posible, que no se marchase. Imploraban los ojos la promesa de no dejarle abandonado a la soledad, al dolor y al miedo.

Sazonka se aburría y quería marcharse; pero no sabía cómo hacerlo sin ofender al muchacho enfermo. Tan pronto empezaba a levantarse de la silla con la intención firme de irse, como se sentaba de nuevo decididamente, cual si lo hiciese para toda la vida. Seguiría aún un rato si tuviera de qué hablar, pero no sabía qué decirle al enfermo; todos sus pensamientos eran tan estúpidos que le avergonzaban. Se le ocurría, por ejemplo, llamar a Senista Semeño Erofeevich, como a un personaje, lo que sería cómico y tonto; pues Senista no era sino un aprendiz, mientras que Sazonka era el ayudante del maestro, bebía artísticamente "vodka", y si le llamaban Sazonka era por una añeja costumbre, que el tiempo había consagrado. Se consideraba punto menos que jefe del taller, y no hacía quince días que le había dado a Senista la última bofetada. Aquello estuvo mal, pero no era cosa tampoco de ponerse a hablar de ello.

Sazonka empezó, resueltamente, a levantarse de la silla con intención de irse; pero, sin haber acabado de separar las posaderas del asiento, volvió sobre su acuerdo, tomó de nuevo una postura reposada, y dijo, con un tono mitad de reproche, mitad de consuelo:

—¡Qué diversión! ¿Te duele?

Senista hizo un signo afirmativo con la cabeza, y dijo suavemente:

—Bueno, tienes que irte ya; si no te reñirán.

—¡Sí, es verdad! — afirmó Sazonka, contento de haber encontrado un pretexto para marcharse.

—El maestro me ha encargado que no tarde mucho. "Ya estás aquí — me ha dicho. — Entregas el paquete y vuelves en seguida". Eso me ha dicho el demonio del viejo, y me ha prohibido echar un trago de "vodka" en el camino.

Ahora tenía ya un derecho evidente a marcharse cuando quisiera; pero le daba mucha lástima de aquel pobre muchacho con la cabeza tan grande.

Todo cuanto veía allí le inspiraba piedad: la fila apretada de las camas, en las que yacían hombres pálidos y tristes; el aire impregnado de olor a medicinas y de respiraciones de enfermos, la sensación, en fin, de su propia fuerza y de su salud.

Y sin esquivar ya la mirada implorante del muchacho, se inclinó hacia él y dijo en voz firme:

—Escucha, Semeño... Soy yo quien te lo dice, ¿sabes? Vendré, puedes estar seguro. En cuanto tenga un momento libre, vendré. ¿Acaso yo no me

hago cargo? ¡Vaya si me hago cargo! Se necesitaría no tener corazón... En fin, ya te digo... ¿Me crees?

Una sonrisa enfermiza se dibujó en los labios ennegrecidos y secos de Senista.

—¡Sí! — contestó.

—Ya verás cómo vengo. ¡Qué diablos! ¿Acaso yo no me hago cargo?

Ahora se sentía mucho menos cohibido, hasta con ánimos para hablar de la bofetada que le había dado a Senista quince días antes. Y, posando suavemente el dedo en el hombro del muchacho, le dijo con tono amistoso:

—Y si se le fué a uno la mano y te dió un pescozón, no fué por mala voluntad, ¿sabes? Fué, sencillamente, porque tu cabeza inspira el deseo de dar en ella algunos golpes: es tan extraña, tan grande, tan redonda...

Senista se sonrió de nuevo.

Sazonka, por fin, se levantó. Era de elevada estatura. Su copiosa cabellera rizada le cubría la cabeza como un gorro. Sus ojos grises dirigían alrededor miradas fulgurantes, y se diría que reían.

—¡Bueno, hasta la vista! — dijo con acento cariñoso.

Sin embargo, permaneció inmóvil. Quería manifestar a Senista su afecto con alguna nueva fineza, hacer algo después de lo cual no temiese ya Senista quedarse solo y pudiera él marcharse con la conciencia tranquila.

Con visible embarazo, lleno de cómica confusión infantil, se agitaba, sin acabar de despedirse. Pero Senista puso fin a sus vacilaciones.

—¡Hasta la vista! — dijo con voz atiplada.

Y, como un personaje, sacó la mano de entre las sábanas y se la tendió a Sazonka.

Precisamente aquello era lo que le faltaba a éste para irse con la conciencia tranquila. Cogió de un modo respetuoso con su manaza los tenues dedos del muchacho, los oprimió ligeramente y, suspirando, los soltó. Había algo triste y enigmático en el hecho de estrechar aquella mano flaca y cálida, como el reconocimiento implícito de que Senista era, no ya igual a todos los hombres, sino superior, más importante, pues dependía a la sazón de un amo desconocido, pero grande, todopoderoso. Entonces se podía llamar al muchacho por su nombre entero: Semeño Erofeevich.

—Volverás, pues, ¿verdad? — preguntó por cuarta vez Senista.

Esta pregunta disipó el misterio majestuoso y terrible que, durante un momento, había cernido sobre el muchacho, a los ojos de Sazonka, sus alas protectoras. Senista volvió a ser el chiquillo doliente, y la piedad llenó de nuevo el corazón de Sazonka.

Ya fuera del hospital, le parecía seguir aspirando el olor a medicinas y seguir oyendo la voz implorante de Senista.

—¡Que vuelvas!

Y, aunque nadie podía oírle, Sasonka decía, con acento de convicción:

—¡Claro que volveré! ¿Acaso no tengo corazón?



Las Pascuas se acercaban, y los sastres estaban tan atareados que Sazonka no pudo emborracharse más que una sola vez, el domingo, y muy ligeramente. Días enteros, largos y luminosos, desde el amanecer hasta que anochecía, y con frecuencia hasta medianoche, permanecía trabajando junto a la ventana, con las piernas cruzadas a la turca, frunciendo las cejas y silbando malhumorado.

Por la mañana no daba el sol en la habitación y hacía fresco; pero, hacia el mediodía, el sol empezaba a resplandecer en la ventana, en una estrecha zona que se llenaba de polvo dorado y se iba ensanchando, ensanchando hasta abarcar la ventana entera; los pedazos de tela, las tijeras, todo cuanto había sobre el antepecho, brillaba de un modo deslumbrador, y se sentía un calor sofocante.

Sazonka abría los cristales, y un aire fresco, que olía a estiércol, a barro seco y a árboles en flor, inundaba la habitación. Una mosca, débil aún, embriagada de sol, irrumpía en la estancia, cuyo silencio turbaban, al mismo tiempo, su zumbido y el ruido confuso de la calle. Bajo la ventana, las gallinas picoteaban en el suelo buscando gusanos y cacareaban muy contentas. En el lado opuesto de la calle, donde el calor solar había ya secado el barro, los pilluelos jugaban a los huesos, y resonaban en el aire sus gritos sonoros y belicosos.

La calle estaba en un extremo de la ciudad, y casi no circulaban coches por ella. De tarde en tarde pasaba en su carro, sin apresurarse, un aldeano de las cercanías; el carro se tambaleaba al hundir las ruedas en los baches, llenos aún de barro líquido, y hacía un ruido que evocaba la vasta amplitud de los campos.

Cuando Sazonka comenzaba a sentir dolor en la espalda, y sus dedos, entumecidos, no podían ya sostener la aguja, bajaba corriendo, descalzo, a la calle, y, dando saltos gigantescos sobre los charcos, llegaba al grupo de los pilluelos que estaban jugando a los huesos.

—¡Dejadme jugar un poco! — les decía.

Una docena de manos le tendían los pequeños discos de hierro con que se derribaban los huesos, y numerosas voces le gritaban:

—¡Toma el mío, Sazonka! ¡El mío!

Sazonka escogía el más pesado, se arremangaba la camisa, tomaba una postura atlética y, entornando los ojos, medía la distancia. Luego lanzaba el disco, que, con un ligero silbido, rodaba hasta en medio de la larga hilera de huesos. Los huesos caían en gran número, y los pilluelos prorrumpían en gritos de admiración.

Después de algunos golpes afortunados, Sazonka se secaba el sudor de la frente, y, dirigiéndose a los pilluelos, decía:

—¿Sabéis que Senista sigue en el hospital?

Pero los pilluelos, abstraídos en su juego, acogían estas palabras fríamente, con indiferencia.

—Hay que llevarle algo. Yo le llevaré un regalito — añadía Sazonka.

Aquello a los pilluelos ya les inspiraba cierto interés. Michka, el Cochinillo, sosteniéndose con una mano los pantalones, que se le caían, y con un puñado de huesos en la otra, decía gravemente:

—¡Llévale diez copecks!

Era la suma que acababa de prometerle su abuelo, y que, en su sentir, constituía el colmo de la dicha a que podía aspirar un mortal.

Pero Sazonka no podía perder el tiempo en aquellas conversaciones. Dando también saltos enormes volvía a su casa y se ponía de nuevo a trabajar.

Se le hincharon los ojos, perdió el color como si se encontrase enfermo, y las pecas que llenaban su rostro se hicieron más visibles. Sólo su copiosa cabellera, que le cubría la cabeza como un gorro, conservaba su aspecto alegre y triunfal. Cuando su maestro Gabriel Ivanovich le miraba, Sazonka empezaba a pensar, no se sabe con qué motivo, en la taberna y en el "vodka" que se bebía en ella. El recuerdo era tan tentador que para desahogarse se ponía a escupir y a jurar como un condenado.

Tenía siempre la cabeza pesada. Se pasaba días enteros dándole vueltas sin cesar a cualquier pensamiento. Ya pensaba en comprarse un acordeón, ya en mandar le hicieran unas botas. Pero lo más frecuente era que pensase en Senista y en el regalo que iba a llevarle. Oyendo el ruido de la máquina de coser y los juramentos del maestro, Sazonka se imaginaba siempre la misma escena: se veía a sí mismo deteniéndose junto a la cama de Senista en el hospital, y tendiéndole el regalo envuelto en un pañuelo con cenefa encarnada. A menudo, en sus ensoñaciones, intentaba en vano recordar el rostro de Senista; pero el pañuelo con cenefa encarnada, que no había comprado aún, se dibujaba en su imaginación con extraordinario relieve. Y a todos, al maestro, a la maestra, a los clientes y a los pilluelos les manifestaba su firme propósito de ir a ver a Senista el primer día de Pascua.

—¡Dejar de ir sería una porquería! — añadía. — Iré sin falta. Y le llevaré un regalo: ¡Ahí lo tienes, muchacho, tómalo!

Pero al par que hablaba de este modo, imaginábase también otra escena: veíase a sí mismo entrando en la taberna, en cuyo fondo, ante un mostrador, había gente bebiendo "vodka". Temeroso

de su flaqueza, contra la que se sentía incapaz de luchar, le daban ganas de gritar con resolución:

—¡No, iré a ver a Senista!

Su mente quedaba como envuelta en una neblina grisácea, en medio de la cual destacábase el pañuelo con cenefa encarnada. Sazonka veía en ello un reproche y una advertencia amenazadora.



El primer día de Pascua, y también el segundo, Sazonka, borracho perdido, armó escándalos, dió lugar a que le pegasen de firme, y pasó la noche en el puesto de policía. Hasta el cuarto día no fué a ver a Senista.

La calle, inundada de sol, estaba llena de gentío abigarrado y vestido chillonamente, que reía y alborotaba. Se oía por todas partes la música de los acordeones, el ruido de los discos metálicos derribando los huesos, el cacareo belicoso de los gallos que se peleaban. Pero Sazonka no hacía caso de nada. La expresión de su rostro, en el que un ojo medio deshecho y el labio superior desgarrado hablaban de las recientes batallas, era grave y de ensimismamiento; hasta su copiosa cabellera, lacia y en desorden, tenía un aspecto melancólico. Le daba vergüenza haberse emborrachado y no haber cumplido su palabra; pensaba con dolor que Senista no le vería en todo el brillo de su hermosura, con camisa de lana y chaleco nuevo, sino maltrecho, miserable, oliendo a "vodka".

Sin embargo, a medida que se acercaba al hospital, se sentía más satisfecho y miraba con más frecuencia el paquetito que llevaba en la mano. Parecíale estar ya viendo el rostro de Senista, con los labios secos y los ojos suplicantes.

—Querido, ¿acaso yo no me hago cargo? ¿Acaso no tengo corazón? —decía en alta voz, como si Senista pudiera oírle; y apresuraba el paso impaciente.

Llegó, por fin, al hospital, un enorme edificio amarillo, con cuyos muros las ventanas negras parecían ojos severos. Avanzó por el largo pasillo oliente a medicina, experimentando la sensación ya conocida de malestar y de tristeza. Entró en la sala donde se encontraba la cama de Senista.

Pero Senista, ¿dónde estaba?

—¿Qué busca usted? —preguntó un vigilante.

—Había aquí un muchacho que se llamaba Semen, Semeño Erofeev.

—¡Podía usted preguntar y no colarse así! —dijo con tono grosero el vigilante. —Además, no es Semeño Erofeev, sino Semeño Pustochkin.

—Erofeev es el apellido patronímico —explicó Sazonka, poniéndose de pronto terriblemente pálido.

—Vuestro Erofeev ha muerto. Nosotros lo conocíamos por Pustochkin.

—¿Ha muerto, pues? —dijo lentamente Sazonka, tratando de mantenerse sereno y palideciendo más aún. —¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Le podría yo ver? —preguntó Sazonka con voz tímida.

—¿Por qué no? —respondió con indiferencia el vigilante. —Pregunte usted dónde está la cámara mortuoria, y se lo dirán. Y no se apure tanto: estaba muy débil y su muerte era de esperar.

La lengua de Sazonka preguntó cortésmente dónde se encontraba la cámara mortuoria; sus piernas le llevaron a ella cuando le indicaron la dirección; pero sus ojos no vieron nada hasta que se fijaron en el cuerpo muerto de Senista. Se sintió penetrado por el frío terrible que llenaba la habitación, y dirigió una mirada a las paredes, llenas de manchas de humedad; a la ventana, cubierta de telas de araña. Aunque hiciera un sol esplendoroso, al través de aquella ventana el cielo parecía siempre gris y frío, como de otoño. En un rincón zumbaba una mosca. No lejos caían, con un ruido monótono, gotas de agua, y el golpe de cada una de ellas sonaba prolongadamente en la estancia: cap, cap, cap...

Sazonka retrocedió un paso y dijo en alta voz:

—¡Adiós, Semeño, Erofeevich!

Luego se arrodilló, tocó con la frente el pavimento húmedo y se levantó:

—¡Perdóname, Semeño Erofeevich! —dijo con la misma voz alta y clara.

Cayó otra vez de hinojos y estuvo con la frente pegada al pavimento hasta que le dolió la cabeza. La mosca no zumbaba ya. Reinaba el profundo silencio propio del lugar donde hay un muerto. Lenta, rítmicamente, caían las gotas de agua, semejantes a lágrimas dulces y cordiales.



El hospital se hallaba en un extremo de la ciudad, y a su espalda empezaba el campo, por donde Sazonka echó a andar.

Extendíase inmenso, monótono, regular, sin árboles ni casas en toda su extensión visible. El viento, que agitaba levemente la hierba, parecía una respiración libre y cálida.

Sazonka, al principio, avanzaba por el camino; luego torció a la izquierda, y, a través de los bancales segados el año anterior, se dirigió al río. A trechos, la tierra estaba aún algo húmeda, y Sazonka dejaba, al pasar, las huellas negras de sus botas.

Llegado a la orilla del río, se tendió boca arriba en un pequeño hueco cubierto de hierba, y cerró los ojos. El aire estaba inmóvil y era caliente como en un invernadero. La luz del sol, en ondas ardientes y rojas, atravesaba los párpados. En el cielo azul se cernía, cantando, una alondra. Era grato respirar aquel ambiente primaveral y no pensar en nada.

El riachuelo, salido de madre días antes a causa del deshielo, había tornado a encerrarse en sus límites y corría plácidamente como un estrecho arroyo. Sólo en la orilla opuesta se veían vestigios de la reciente crecida: enormes pedazos de hielo agujereados yacían unos sobre otros, exponiendo su superficie blanca a los rayos implacables del sol, que, como cuchillos, los horadaban sin cesar.

Sazonka, medio dormido, tocó de pronto un envoltorio.

Era el regalo.

Se incorporó bruscamente y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Había olvidado completamente el paquete, en tierra junto a él, y lo miraba con ojos atónitos, antojándosele que había ido allí solo y se había acostado a su lado. Hasta le daba miedo tocarlo.

Estuvo un rato contemplándolo, fija, obstinadamente, y una piedad enorme, penetrante, una terrible cólera contra sí mismo, se apoderó de él. Miraba el pañuelo con cenefa encarnada y se imaginaba a Senista esperándole. Le esperaría el primer día, el segundo, el tercero. Volvería a cada momento la cabeza, con la esperanza de verle entrar. Y Sazonka sin llegar nunca. El pobre Senista moriría solito, olvidado, abandonado, como un perrillo en un basurero. ¡Ah, si él hubiera ido un día antes, sólo un día antes! El pobre Senista hubiera podido ver, con sus ojos moribundos, el regalo, y su corazón infantil se hubiera llenado de alegría, su alma hubiera volado al cielo sin dolor, sin la inmensa tristeza.

Sazonka lloraba y se mesaba los cabellos, revolcándose desesperado sobre la hierba.

Lloraba y gritaba sin cesar:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

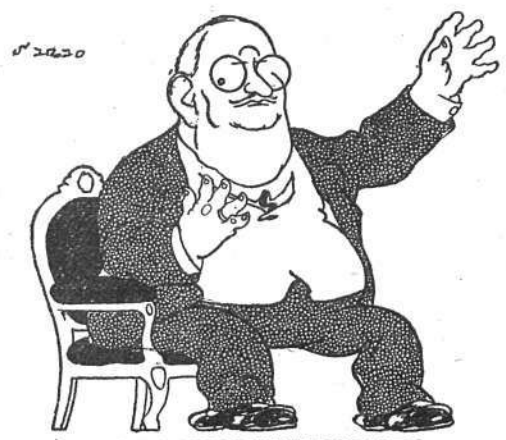
Luego posó en el suelo el labio desgarrado, y calló, atravesada el alma por un dolor agudo. La hierba tierna acariciaba dulcemente su rostro. Un olor denso y sedante se alzaba de la tierra húmeda, llena de fuerzas creadoras, vitales. Como una madre eterna, la tierra recibía a su hijo, al pecador arrepentido, entre sus brazos, y le daba a su corazón dolorido calor, amor y esperanza.

A lo lejos, en la ciudad, sonaban alegres las campanas: tocaban a gloria, en la fiesta de la resurrección.

LEONIDAS ANDREIEV

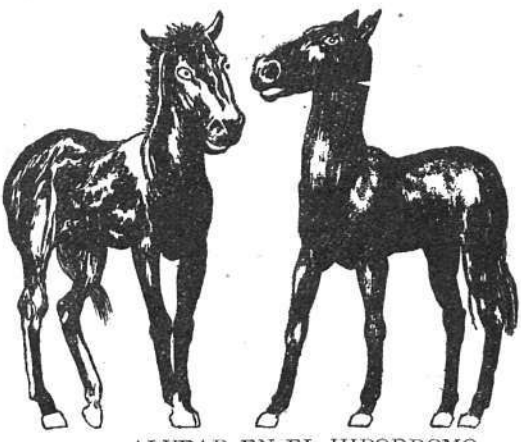
DIBUJO DE MACAYA

DICHO Y HECHO, POR SIRIO



LOS PLAGIOS MUNICIPALES

Cantilo. — Noel, en cuanto fué nombrado, volvió a abrir el salón de los periodistas en la Intendencia. ¡Lo de siempre! Unos crean y otros imitan.



ALVEAR EN EL HIPODROMO

— Ha venido nada menos que Alvear a visitarnos.

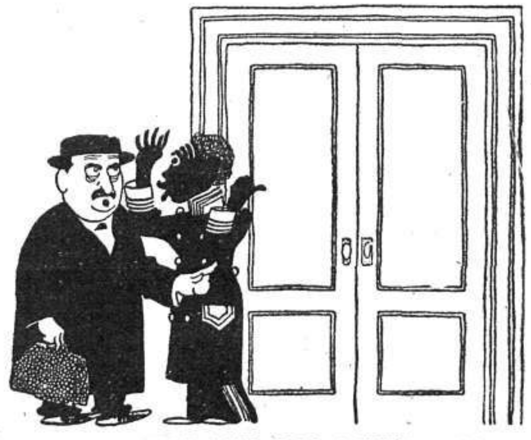
— ¡Qué honor para nosotros!



TRISTE HERENCIA

— El nuevo ministro de Hacienda con el sable de Salaberry en las manos.

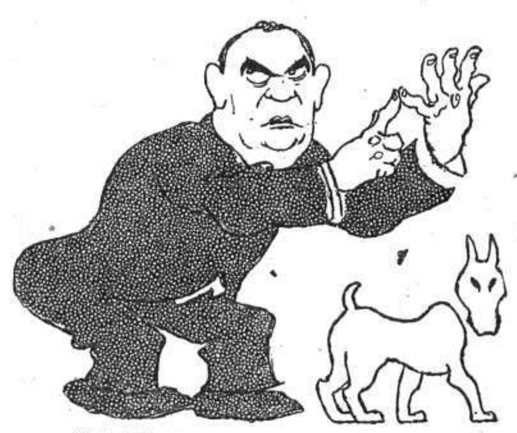
— Más que sable parece un serrucho.



LO MAS FRAGIL DEL MINISTERIO

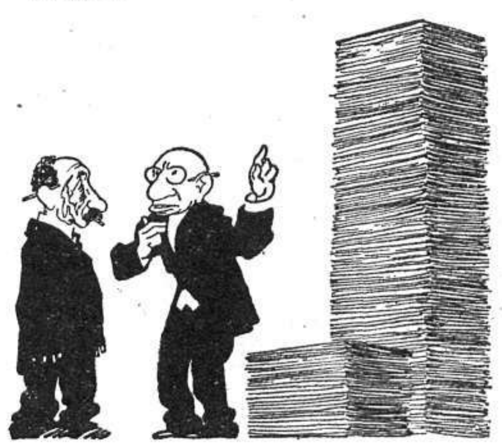
— ¿Qué ocurre ahí? ¿Qué ruido de platos rotos es ése?

— Es Loza.



UN ADMIRADOR DE LE BRETON

— Le Breton es un hombre a la moderna. Tiene secretaría, como en Norte América. Oficina de publicidad ministerial, como en Norte América. Y piensa hacer una cinta de la presidencia de Alvear, como en Norte América.



PAPELES SON PAPELES

— Esos son los expedientes que firmó... Irigoyen el día antes de irse.

— ¿Y esa otra pila enorme?

— Los que no pudo firmar...

Demostración



El almuerzo en el bosque del Asilo Regina Coeli, ofrecido por la Brigada 38 de la Liga Patriótica Argentina al doctor Juan Aranguren, con motivo de celebrar sus bodas de oro profesionales en la parroquia de Flores y ser vicepresidente segundo de la Brigada.

LÁMPARA MARAVILLOSA

No es la de Aladino de todos conocida sino la recientemente inventada por el ingeniero italiano Tomadelli, lámpara eléctrica que puede lucir durante tres años seguidos sin corriente.

El secreto lo guarda cuidadosamente el inventor, y los responsables de su fabricación tienen detectives armados día y noche en la fábrica experimental.

Según dice su mismo inventor es una lámpara eléctrica incandescente que se alimenta a sí misma, y luce durante años sin estar conectada con ninguna usina eléctrica, ni más productor de energía que ella misma. La luz la produce una bujía metálica diminuta cuya composición es secreta.

Además, esta lámpara da luz sin calor alguno; la temperatura de la tulipa es de diez veces menor que la que producen las bombillas eléctricas corrientes.

Se pueden fabricar de todos tamaños; desde la lámpara casera hasta la de gran potencia para el alumbrado de las calles y salas de espectáculo.

El precio de la nueva bombilla casera, según su auor, será de unos seis pesos m|n. próximamente, y se lanzará al mercado el próximo verano.

La bandera nacional más antigua en el mundo es la de Dinamarca, cuyo uso remonta a 1219.

El cerebro humano contiene 300.000.000 de células nerviosas.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

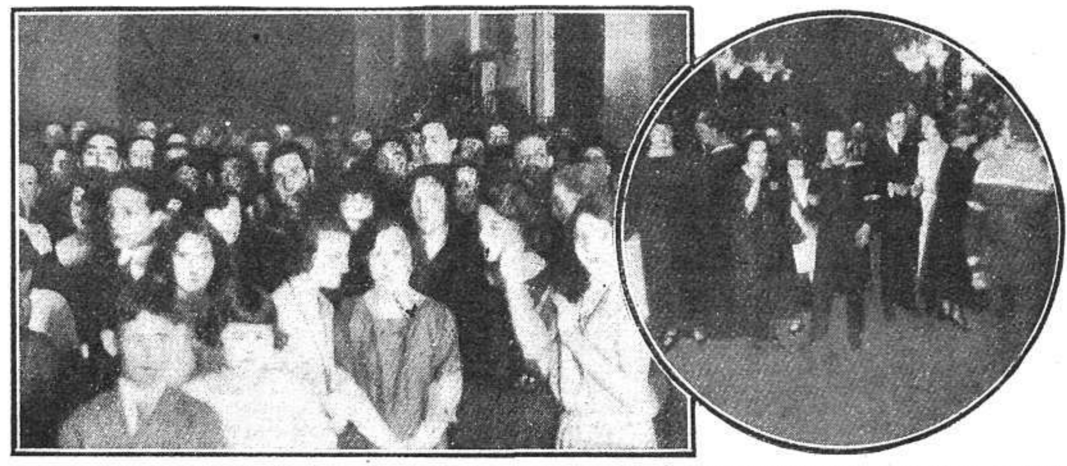
Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier; Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
Ganzález, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Garciso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dherbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.



Dos aspectos del animado baile que, con motivo de la terminación del curso 1922, celebraron los alumnos de la Escuela de Mecánicos de la Armada.

LA CURA DE LAS PIEDRAS PRECIOSAS

Los joyeros conocen desde largo tiempo remedios para curar piedras preciosas enfermas, y especialmente en el Oriente hay muchos secretos de esta clase más o menos empíricos y eficaces.

En cambio, el tratamiento con radio, sobre el cual se informa hace poco, significa una época enteramente nueva en la curación de piedras preciosas enfermas. Se ha empezado por probar el influjo del radio sobre el corindón, un mineral al cual supera en dureza sólo el diamante y que en su estado natural es enteramente incoloro o presenta un color turbio. Habiendo puesto cristales de corindón en contacto con un tubo de radio, dejándolos un mes sin tocarlos, después de este tiempo los cristales de corindón perdieron por completo su apariencia sucia, los cristales incoloros se pusieron amarillos claros como el topacio, los azules verdes como la esmeralda, y los violados azules como el zafiro legítimo.

De este modo cristales sin valor se habían convertido realmente en piedras preciosas, y lo que la naturaleza hace en innumerables períodos de tiempo lo hizo la ciencia en pocas semanas.

Ahí está su mal

ESE cosquilleo insoportable de la garganta que le obliga a Vd. a toser, y que aparece en el momento en que el resfrío baja de la cabeza al pecho; ese cosquilleo tan fastidioso sobre todo de noche cuando uno está acostado, se quita fácilmente.

Aquí el remedio

LAS Pastillas Iodeína Montagu quitan ese cosquilleo en un momento. Una pastilla en la boca es suficiente.

Además de ser medicamento enérgico, las Pastillas Iodeína Montagu son muy agradables y deben ser usadas en los casos de tos, bronquitis, asma, enfisema y todas las afecciones del aparato respiratorio.



Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida — Buenos Aires

TEATRO DEL SILENCIO

«RANITA»

Es una distraída película interpretada por Jackie Coogan, el popular infante-artista que todavía no sabe contar, sin equivocarse, los miles de dólares que gana mensulamente.

El argumento no por ser de brocha gorda deja de ser interesante y a ratos conmovedor. La «distracción» del empleado de emigración de Ellis Island, que *permite* se escabulla nuestro héroe, adherido a la familia de Mrs. Brown, nos hace sonreir; mas ¿qué argumento, en otro caso, se mantendría en pie de rigurosa verosimilitud sino admitiéramos tolerancias semejantes?

Lo cierto es que Ranita burla sin quererlo las terminantes leyes emigratorias, que penetra en la urbe neoyorquina juntamente con la familia Brown y que, al darse cuenta esta señora de la extraña adición que supone el «nuevo» pibe, lo deja plantado en plena calle y sin más averiguaciones.

Bill, viejo lobo de mar, busca trabajo inútilmente, y al merodear por el puerto se había tropezado a bordo con Ranita, volviendo de nuevo a tropezárselo ¡oh, casualidad! en los precisos instantes en que la desalmada señora Brown lo abandona.

—Bueno (parece pensar Bill); ¿qué diablos hago yo con «esto» que la revuelta resaca de la vida arroja sobre esta inhospitalaria y turbulenta playa?

Y el buen hombre concluye, entre filósofo y resignado, por llevárselo a su cubículo, prometiéndose entregarlo a las autoridades, lo que, sin explicárselo él muy claramente, va retardando, retardando hasta que se le olvida.

¡Ah, curtido corazón solitario, y cómo se ablandan tus fibras, y se esponjan jubilosas, ante los claros ojos tiernos del ya hijo adoptivo, el abandonado pibe! Tus rudas experiencias para con él te traicionan; quieres regañarlo y lo acaricias, tus brusquedades adivínanse forzadas, y por bajo tus gestos agrios anda ya el cariño como ventolera a favor, hinchándote de emoción las entumecidas velas de tu aparejo sentimental.

Aquí está lo noble, lo tierno y lo intenso de este drama incruento, drama con sordina, mar de fondo, como diría Bill. A partir de estas escenas y después de un incidente en que la honradez de Ranita es perturbada, todo va desarrollándose a la clásica manera yanqui: camino de la felicidad para todos los protagonistas, porque existe una tía del pibe, opulenta y maniática, que etcétera, etcétera, etcétera.

«EL MINUTO DE LOCURA»

Cinta que en Nueva York alcanzó buen éxito, tiene por intérpretes — y esta es su principal virtud — a las «estrellas» Lila Lee y Lois Wilson, a Jack Holt y Conrad Nagel, todos ellos discretos y de agradable presencia. En esta producción palpita — al menos quiere palpitar — un alto sentimiento poético, ya expresado por muchos genios líricos, el cual pudiera plantearse así: «La felicidad humana no existe; si alguna vez existe es incompleta y su duración es como un deslumbramiento, teniendo siempre por epílogo a la decepción».

Trátase de una «soñadora» que va derecha al matrimonio conducida por el amor y con las alas de la ilusión desplegadas, tal como los angelitos revolotean ante el trono del Altísimo; y en vez de tropezarse con el Cielo, se da cuenta de que ha «caído» en un lugar que, sin ser precisamente el Infierno, puede competir sin mengua con el Purgatorio, y entonces las alas se le pliegan mustias como lirios secos...

Advertirá el lector que el argumento es tan fresco como el «shimmy» y tan rancio como las primeras piruetas adánicas; es decir, que es de siempre, mientras la vida dure; los dos polos imantados, el negativo y el positivo, lo ideal y lo real... en fin, esas «dos cosas» al parecer contradictorias que son eje de nuestra existencia.



Jackie Coogan, el popular infante-artista intérprete de "Ranita", película a base de este pequeño héroe.

«EL VIAJE DE MARCELO»

Producción de la Tylca, es una graciosa humorada en seis actos que, como anunciamos con oportunidad, constituyó un éxito por el feliz sabor cómico en que abundan sus escenas, perfiladas con el lápiz grueso de la caricatura bufa, es cierto, pero con una sana intención, directa y jocunda, que predispone a la carcajada. Dentro de su género, resulta un plausible ensayo cinematográfico, así por el lado revisteril-astracanado como por la experta picardía de los dibujantes Pelele y Columba, cuyas «víctimas», desde el actual Presidente de la república hasta don Alfonso XIII, aparecen en la pantalla semejantes a peleles dislocados que zanquean y gesticulan a gusto del maese Pedro exhibidor.

«LA SEÑORITA RESIGNACIÓN»

Es una comedia sin gracia, una serie de escenas de taller, de miseria, de esperanza, de juventud y de pasión, todo lo cual, amasado por el argumentista y luego corregido, mutilado y adaptado por el productor, dió por resultado un asunto vulgar sin pizca de emoción. Sin embargo, interpretada por Leda Gys, que es una artista simpática y bonita, esta cinta no llega al bostezo.

«LA MANO DEL DESTINO»

Es una película de enredo, con tesis (!) y conclusiones «deterministas», un «caso» para probarnos que, fuera de nosotros, existe un índice inexorable que nos marca el porvenir y que... Bueno; con lo apuntado el lector clasificará como mejor le parezca esta cinta, en la que se distingue el notable artista Alfred Lind.

«POR ENCIMA DE LA LEY»

Cinta en que actúa la admirable «estrella» Francesca Bertini y de la cual dimos un adelanto a nuestros lectores, se estrenó con gran éxito en nuestros salones. Ya hemos dicho que el argumento, merodeando alrededor del divorcio, es natural que resultara interesante. Mas prescindamos del intríngulis que supone la solución de tamaño problema social y digamos que la Bertini sigue pareciendonos la artista que con Lyda Borelli ha representado mejor, durante una década, la producción cinematográfica europea. En esta cinta adviértese que los años son implacables. Francesca, todavía gentil, todavía con esa «dignidad de movimientos» y esa inconfundible expresión de su rostro luminoso, resbala ya hacia el ocaso de su maravillosa juventud... y ésta fué la emoción más intensa que sufrimos al asistir a la exhibición de tal película.

«NO CULPABLE»

Drama folletinesco, se parece bastante a otro argumento de otra película yanqui. Aquí vemos a un hermano que no duda ni tiembla ante el cadalso, o sea la silla eléctrica, por salvar a un hermano; abnegación que, en las novelas de hace un cuarto de siglo, se explotaba con éxito editorial. Fotográficamente hay que alabarla.

«PURO CORAZÓN»

Cinta en la que intervienen buenos artistas, tales como Lilian Gish, Clarine Seymour y Robert Harron, muéstranos la pureza de sentimientos de un muchacho que ama a un compañero de colegio, el cual, siendo duro de cabeza, no consigue adelantar en sus estudios, lo que constituye la desesperación de su familia y desde luego un obstáculo para su futuro matrimonio... Ella se sacrifica; sus ahorros sirven para «desasnar» al cerril novio y se casa al fin con él después de «casi» perderlo porque el muy desagradecido ya estaba «matrimoniando» con otra, que afortunadamente se murió, sin duda para no estorbar a la otra.

NARCISO ROBLEDAL.



¿COMUNICAN LOS INSECTOS ENTRE SI POR TELEGRAFIA SIN HILOS?

Es imposible prever las maravillas que nos reservan las ondas hertzianas. Sus aplicaciones multiplícanse de día en día progresando a pasos agigantados. Quizá llegue un día en que no sea la palabra humana la que se trasmita instantáneamente a las cuatro partes del mundo sino la energía.

De todos modos, a título de ejemplo damos el siguiente ejemplo: ¿comunícanse los insectos entre sí por hondas hertzianas? Esta cuestión ha intentado resolverla un reputado técnico americano, L. Horle.

Teóricamente, nada se opone a que la contestación sea netamente afirmativa. Ciertos insectos, como son, por ejemplo, las luciérnagas, producen radiaciones visibles, que, como se sabe, son formas energéticas de alta cualidad. Constituyen en realidad la luz fría tan ansiosamente buscada y con un rendimiento infinitamente superior al de nuestros focos luminosos más perfeccionados. Pues bien, de una radiación visible a una radiación hertziana no va más que una diferencia de longitud de onda; y si se admite que la honda hertziana por su naturaleza está más cerca de la electricidad que de la luz, ¿acaso no conocemos esos animales tan curiosos, los peces eléctricos, el gimnoto entre los más célebres, que poseen en su organismo una serie de pilas capaces de dar descargas de un alto potencial, que son producidas por una verdadera pila eléctrica?

Queda sentado por tanto que, luz, electricidad, y por analogía ondas hertzianas son capaces de producirlas los animales por sus propios medios, no existiendo razón alguna que se oponga a la emisión de esas ondas a voluntad por el espacio.

Además de estas inducciones de orden físico los naturalistas han hecho comprobaciones muy llamativas. Han notado desde hace tiempo que ciertos insectos, en especial las falenas, pueden atraerse o llamarse desde distancias considerables. Investigaciones muy precisas han demostrado que no les guiaba ni el olfato ni el sonido.

Una hembra aislada en una caja y protegida contra estos dos elementos, logró atraer al macho a pesar de todas las precauciones tomadas para evitarlo.

Por último, cuando se observa una falena macho se ve que antes de emprender el vuelo se orienta moviendo las antenas como se hace con un radiogoniómetro para buscar la procedencia de la onda hertziana, y después parte en línea recta hacia el lugar donde está su compañera.

Todo esto, el propio Hertz lo observó, y el detector que construyó a raíz de sus célebres experiencias sobre la recepción de las ondas electromagnéticas tenían un gran parecido con la antena de esos insectos, tanto que de ahí deriva el nombre clásico de antena que se da a los aparatos receptores de las ondas.

Como se ve la suposición tiene sólida base. Y como él, técnico actualmente en estos estudios, comprendió que para hacer aceptar sus experiencias como verídicas era preciso vencer la incredulidad de las gentes, ha emprendido la construcción de un delicadísimo aparato capaz de captar las ondas hertzianas que él cree emiten esos insectos.

La cosa no es tan fácil, pues si en realidad existen estas ondas verosímilmente serán infinitamente más cortas y por consiguiente más rápidas que las hasta ahora conocidas. Con el receptor telefónico sensibilísimo que ha establecido en la vecindad inmediata de los insectos, ha podido percibir ruidos especiales que es necesario atribuírselos, paro hasta ahora nada puede en definitiva afirmarse. El porvenir será quien decida.

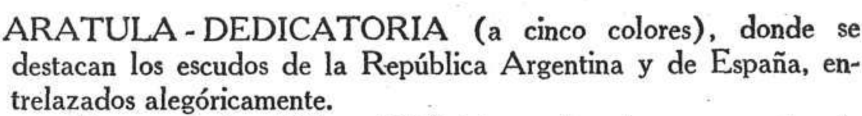
He aquí abierto un campo, totalmente inexplorado, para la actividad de los hombres de ciencia.

El número extraordinario de

PLVS VLTRA

en homenaje a la fraternidad hispano-argentina, aparecerá el día

31



ARATULA - DEDICATORIA (a cinco colores), donde se destacan los escudos de la República Argentina y de España, entrelazados alegóricamente.

Retrato de don Alfonso XIII (cinco colores), con un autógrafo de S. M. al marqués de Amposta. Autógrafo de S. M. a los españoles de América. Retrato de la reina Victoria Eugenia (cinco colores), fotografía inédita y especial para PLVS VLTRA.

Retratos de la reina madre María Cristina, de don Alfonso XII, del actual príncipe heredero, fotos históricas inéditas. Retrato de la Infanta Isabel de Borbón.

Retratos de S. E. el presidente de la Nación, doctor Marcelo T. de Alvear, y de la señora Regina Pacini de Alvear, fotografías y autógrafos especiales para PLVS VLTRA.

La embajada de España. Hospital Español. El doctor Avelino Gutiérrez, presidente de la Cultural Española. Ramón y Cajal. El casamiento de los reyes de España, doble página a cinco colores reproduciendo un cuadro inédito de Marcelino Unceta, propiedad del doctor Pedro N. Eliçagaray. Justo S. López de Gomara. Belisario Roldán en España, por el eminente publicista Francisco Grandmontagne. Casa de Galicia, por el doctor Antonio R. Fraga. La muerte de la huertana, poesía de Vicente Serrano Clavero, ilustración de Larco. Patronato Español. Sociedad Española de Socorros Mutuos. Decreto del P. E. declarando fiesta oficial el Día de la Raza. Las damas de la embajada española. Símbolo de fraternidad. El monumento de los españoles. Asociación Patriótica Española. España y América; encuentro de dos mundos, por Justo S. López de Gomara. Mis tres flores, poesías de Vicente Medina, ilustración de Peláez. La pintura contemporánea española; don Ramón del Valle Inclán, óleo de Anselmo Miguel Nieto.

Intelectualidad hispanoamericana: Rubén Darío, Ricardo Rojas, Amado Nervo, Augusto Pí y Suñer, José M. Ramos Mejía, Rey Pastor, Fernández Moreno, Enrique Larreta, Francisco Grandmontagne, Eugenio D'Ors, Carlos Reyles, Adolfo Posada, Rafael Obligado, Joaquín V. González, José Ortega Gasset, general Julio A. Roca, José Ortega y Munilla, Eduardo Marquina, Manuel Gálvez, Vicente Blasco Ibáñez, Martín S. Noel, Roberto Levillier, José Francos Rodríguez, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Alberto I. Gache, Miguel Cané, Arturo Capdevila, Angel Estrada, José León Suárez, Manuel Bernárdez. Vicente Medina, Ricardo Monner Sans.



ELOGIO
DEL
SINCOPE CARDIACO





EL doctor Ham, con su cara delgada de irlandés enérgico, sus labios finos, su nariz aguileña, sus ojos verdosos, completamente rasurado, me explicó:

—Nuestra imperturbabilidad ante el dolor ajeno tiene que ser, necesariamente, una característica de nuestra profesión. Morirían muchos enfermos a nuestras manos si titubeáramos ante el lamento, el grito, el estremecimiento nervioso, la imprecación y hasta el denuesto de los sufrientes. Cuando la sensibilidad del paciente estalla por la acción del cauterio, del bisturí o la cureta, aplicados a la carne viva — ya lo tenemos muy experimentado, — un simple: "paciencia, amigo", basta para que el pecho ansante del dolorido se serene, los labios se contraigan en una mueca de conformidad resignada, los ojos se abran lánguidamente como en una súplica, mientras nosotros, con mayor energía, si cabe, proseguimos impávidos la tarea de salvar el órgano o el miembro enfermo, aunque el dolor se agudice, aunque la carne cruja.

¡Pobre carne flaca y cobarde!... Todas las gallardías humanas, todos los arrestos impetuosos del carácter, todas las soberbias de la vanidad hombruna, toda la fortaleza física que alardea ante el peligro, que grita por la afirmación de la personalidad ante los demás hombres de la tierra, ceden, se achican, se acobardan, tiemblan, aniquilados, en presencia del dolor, chico o grande, de la carne herida y sanguinolenta.

Por la sala de curaciones del hospital van desfilando, uno en pos de otro, tristes andrajos humanos. Vienen tendidos en camillas rodantes, o vienen por sus propios pies, a estirarse sobre las mesas niqueladas, cuerpos esqueléticos, músculos flácidos, carnes colgantes, en ronda dantesca de tibias apenas cubiertas de pellejo pálido, de rostros macilentos, de ojos profundos, de toraxes deprimidos, de fémures oscilantes, de hombros agudos, de mejillas hundidas, en una procesión que no termina, al voluntario sacrificio del dolor, en aras de una débil esperanza de salvar la vida.

Y el cuchillo, la pinza, la cureta, la aguja, el bisturí, todo el instrumental bruñido y luciente de la moderna cirugía, penetra en el cuerpo, corta, desgarra, cauteriza, mientras crujen los dientes, brotan ronquidos de las gargantas oprimidas, vuelan suspiros hondos, tiemblan los músculos agitados por los nervios, como banderolas de horror y de miedo ante el espectro de la muerte cierta.

Pero la ráfaga pasa... Tal dolor, por grave, no es eterno. Las mesas se desalojan para recibir otros cuerpos. Los que se van, en sus camillas rodátiles, sonríen. Al alivio de éstos, se sucede el lamento de los otros, con los mismos acentos, los mismos gritos, idéntica imprecación, idéntica queja. Son máscaras trágicas que van pasando, porque hay tragedia en cada rasgo y en cada mirada; porque hay miedos en el alma y cobardías en la carne, que corren temblorosos por el arpa vibrante de los nervios tendidos...

La escena se repite por muchas horas. Los médicos y los enfermos se turnan, en ese voltijear de lo impasible a lo doloroso. Es una sinfonía de espectros vivientes y de manos habilísimas. Hay hasta cierta armonía en esta sucesión de angustias y de consuelos; pero en todos los casos se repite, con una isocronía de péndulo, la punzada aleve del dolor que escapa de la carne herida, pese a la anestesia, pese al carácter, pese a la voluntad...

Ya no hay estoicos aunque puede haber fakires. El cuerpo humano se ha sensibilizado de tal manera, por la acción predominante de los nervios, que no hay hombre que no se sienta inferior a su propia personalidad cuando el dolor lo agrede. Es que la vida ya no pertenece al cuerpo o al corazón. Toda ella está encerrada, concentrada en los nervios, que son los motores humanos, tan cobardes como irresponsables por su vibración permanente, por su desgaste rápido.

Aquello de que los dolores del alma eran duraderos, casi eternos, se va acabando en razón de la dureza que va adquiriendo ese músculo que se llama corazón. Se olvidan fácilmente las angustias porque la vida tiene cada vez mayores y más intensas emociones. Se salta de una impresión a la otra como en un vértigo, en la vorágine del tiempo civilizado. Ahora no hay más sensibilidad que la carnal, la material, la humana. Es que hay una enorme suma de egoísmo en todos los actos de la vida y por eso el alma sensoria ha perdido mucho de su antigua actividad, para dar paso a la suprema adoración de la carne propia, sin cuidarse para nada de la carne y del espíritu ajenos.

Discurriendo así es como se concibe el inmenso terror que ahora se tiene a la muerte.

Será o no será buena la vida, pero lo cierto es que todo el mundo está aferrado a ella como con garfios. Por eso, una sencillísima incisión epidérmica hace saltar desesperadamente a cualquier paciente. Acabo de comprobarlo en el hospital, junto con el doctor Ham, que continúa impasible, metódico, seguro y ordenado ante los enfermos a quienes hace crujir de dolor mientras opera, corta, pincha y desgarra para salvarles piadosa y humanitariamente la vida.

No hay manera de dominar la flaqueza de la carne humana. Por pura cobardía física, los hombres exageran sus sufrimientos. Por eso todos piden cocaína y anestésicos locales. Le huyen al dolor; tiemblan ante una hoja de acero; no hay hombres... no hay más que nervios tendidos en las mesas lucientes y niqueladas de la sala de curaciones...

A mi ver, este es un mal de las grandes urbes civilizadas y de los refinamientos del siglo. En las pampas, en el fondo de los barrancos, en la cumbre de las montañas, en los lugares inhospitalarios y casi desiertos, en las aldeas pobres, donde se carece de todo auxilio de la ciencia, el dolor es mucho menos común y menos visible. Es que aquella gente no tiene tanto apego a la vida, desde que los nervios obran menos intensamente sobre los sujetos.

Pero hemos llegado a tal extremo de civilización que para vivir es necesario gritar, quejarse, maldecir, siquiera sea en beneficio de este egoísmo que nos incita a prolongar la vida. En estas condiciones, la personalidad humana se va poniendo detestable, por floja. Aquellos guerreros que morían de pie, aquellos mártires que se quemaban las carnes sin lanzar una queja, aquellos que escribían su sentencia de muerte con la propia sangre de sus venas, los que no temblaban ante la hoguera que mordía sus carnes, valían cada uno de ellos por muchos hombres de los actuales, afeminados, disminuídos, empequeñecidos por la flaqueza de la molicie, por la turbadora conquista de los refinamientos impenitentes y debilitantes.

Estimo, por todo esto, que el hombre está mal conformado, pesimamente constituído y que el buen Dios haría obra de varón si lograse cambiarle. Yo tengo una adoración profunda por el síncope cardíaco y creo que esa adoración es sensata. Si todos los males del cuerpo se limitasen a esa muerte rápida e inesperada, la humanidad sería mucho más feliz. No habría pestes ni contagios; desaparecería toda la terapéutica; no existirían los hospitales, los primeros auxilios y las morgues. La policía se encargaría de recoger los muertos por las calles y entregarlos a domicilio a sus respectivas familias, si las tenían. Y de ahí al horno crematorio no habría más que un paso. Como el corazón oculta sabiamente sus deficiencias, desde que pocos se saben cardíacos, la muerte llegaría sin aviso previo y lo mismo podría sorprendernos en un banquete, que leyendo un libro de Mark Twain, o mirando el mapa de Checoeslovaquía, o investigando donde reside la sordera de la linterna sorda, cosa que hasta la fecha no ha podido averiguarse.

Los químicos andan inventando anestésicos para suprimir el dolor. Ya no harían falta sus potiches, sus cápsulas, sus tabletas y sus líquidos. No habiendo enfermedades, no habría dolores. Desaparecería también el uso de las lágrimas y las noches en vela a la cabecera del agonizante. Todo sería natural, preconcebido, y le quedaría prohibido a los automóviles, a los tranvías y a los ferrocarriles llevarse la gente por delante, so pena de quitarles la concesión a las empresas respectivas.

El síncope cardíaco sería, pues, una institución altamente simpática y beneficiosa, al par que realmente económica, puesto que con lo que cada uno gasta en médico, botica y entierro durante su vida, podría construirse el "hogar propio", de modo que cada persona pudiera tener su techo, como lo desean los bolcheviques. Antiguamente, cuando alguien deseaba el mal de una persona, le gritaba en la cara: "que lo parta un rayo"... Ahora ni siquiera haría falta ese mal pensamiento. Bastaría con que el síncope cardíaco ejerciese su función destructora en el momento oportuno.

De manera, pues, que moral, económica, física, espiritual, higiénica, social y científicamente, el síncope cardíaco sería un verdadero hallazgo para la humanidad doliente, que grita por un rasguño, que se queja cuando los médicos la atienden y la curan, que no quiere soportar la cuenta presentada a la testamentaría cuando el paciente fallece; en una palabra, que todo le duele a medida que van creciendo los perfeccionamientos, desde el baño de leche con agua perfumada hasta el lustre brillante de las uñas.

— No habrá más médicos — dice el doctor Ham, que escucha este monólogo semibalbuceado, semimascullado.

— Bueno... harán ustedes otra cosa; serán unos eximios agricultores, por ejemplo. De todos modos, ya anda el doctor Arce proponiendo la disminución del número de los estudiantes de medicina, por falta de recursos de la Universidad...

— ¿De modo que le gustaría a usted un buen síncope cardíaco, bien fulminante?...

— ¡Ya lo creo!... y ¡la electrocución para los galenos!...



P A B L O D E L L A C O S T A



De Lanús



Comisión directiva del Círculo Italiano; presidentes, señores: Adrián Ornani, Pedro Etchart, Domingo Ferrantini, vicecónsul de Italia, y vocales.

Parte del público que asistió al asado a la criolla y fiesta que en honor del señor Domingo Ferrantini organizó el Círculo Italiano de Lanús Oeste.

REFRANERO MINISTERIAL



Creyendo un paremiólogo vetusto
que son unas personas de buen gusto,
amigas de proverbios y sentencias
y de otras parecidas menudencias,
dedica a los ministros los siguientes
refranes inocentes:

A DON RAFAEL HERRERA VEGAS

Sea usted laborioso
y, en Hacienda, hacendoso.
Y no acepte dinero
de ningún usurero,
ya que todo usurero es peligroso,
aun cuando se disfrace de banquero.

El que pide prestado
se queda sin puchero y sin asado.

A DON MANUEL DOMECQ GARCÍA

"Dichoso aquel que tiene
su ministerio a flote"
y no confunde escota con escote,
sino cuando conviene.
Dichoso el almirante cuyo aguante
impresiona al oyente y al mirante.

No se hacen las botellas con un soplo
ni los bagres se pescan con escoplo.

A DON ANGEL GALLARDO

Un hombre que con tanta perspicacia
y a fuerza de trabajos y fatigas
ha logrado aprender la diplomacia
observando lo que hacen las hormigas,
a los embajadores incorrectos
tratará como insectos.

¡Infeliz de quien toca el protocolo
lo mismo que la flauta de Bartolo!

A DON TOMÁS LE BRETÓN

Pronto darán sus frutos
las mil iniciativas formidables
del que idea proyectos admirables
cada cinco minutos.
Son las innovaciones
oportunas en ciertas ocasiones.

¡Ojo! Quien mucho abarca poco aprieta
Y por algo rechina la veleta.

A DON CELESTINO I. MARCÓ

Tenemos la esperanza
de que usted, dando pruebas de pericia
reforme, con prudencia y con templanza,
todo lo que actualmente se desquicia.
Bueno es que haya enseñanza en la justicia,
siempre que haya justicia en la enseñanza

Pedagogo que ladra y que no educa
en la alfombra más suave se desnuca.

A DON AGUSTÍN P. JUSTO

Usted no necesita mis consejos.

Ayamos paz e moriremos viejos.

A DON JOSÉ NICOLÁS MATIENZO

Doctor ¿a qué ha venido?
¿A desintervenir lo intervenido?
De ser así, no afloje
ni se muestre feroz ni atrabiliario.
Es decir, no se enoje
sino cuando enojarse es necesario.

Más vale ser violento
que escribir un discurso flatulento.

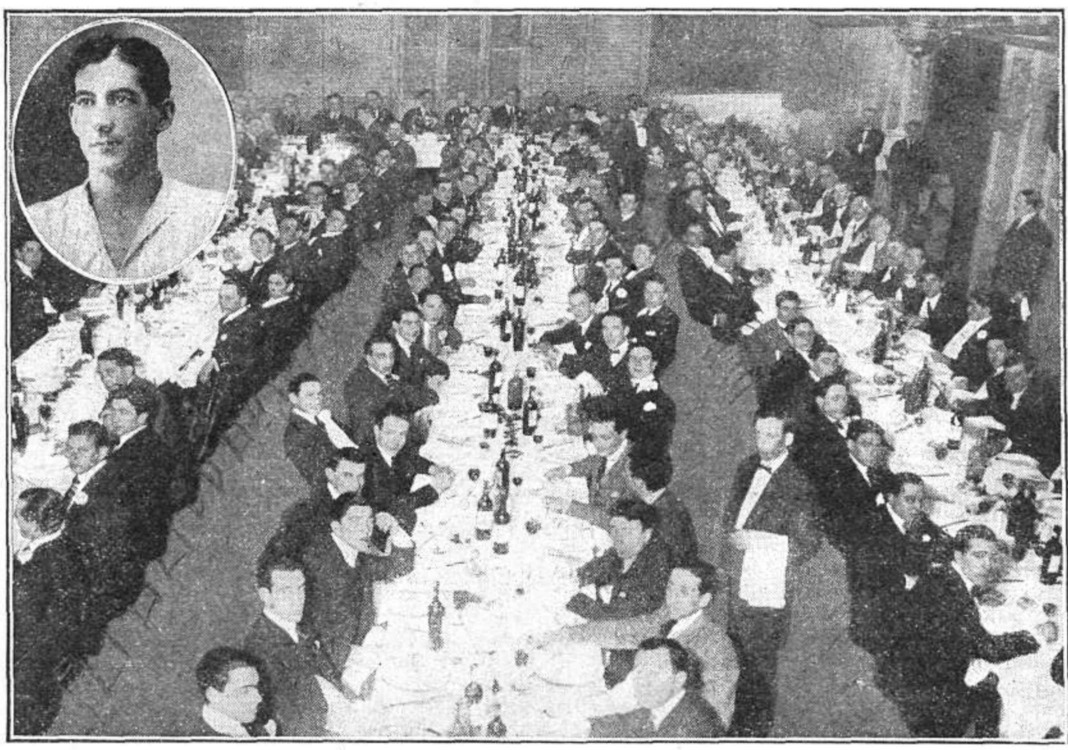
A DON EUFRASIO LOZA

No se ponga nervioso, don Eufrasio.
o tome usted bromuro de potasio.
Y haga de tal manera
que su labor, al propio Metastasio,
un canto le inspirase, si viviera.
En fin, cuide usted mucho la cartera.

Hace cosas muy raras
quien se mete en camisa de once varas.

L U I S   G A R C I A

D I B U J O   D E   M A C A Y A



Banquete ofrecido al señor Alberto Ohaco por el elemento deportivo de esta localidad en celebración de su destacada actuación como jugador en el «Racing».

EL "SOBRE BAYER"

quiere decir: "¡No más tabletas de Aspirina sueltas!", lo cual significa: no más tabletas sucias, viejas, manoseadas y sin la Cruz Bayer, envueltas en un papel cualquiera. De ahora en adelante, cuando Vd. necesite comprar una dosis de Aspirina, pida

"Un sobre Bayer"

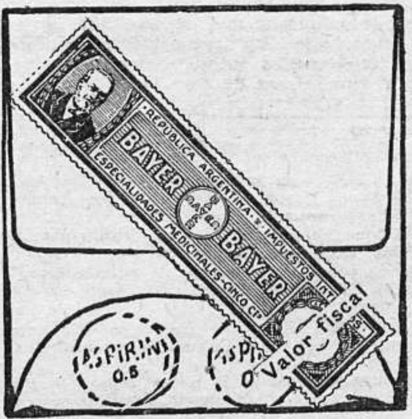
y recibirá un sobre transparente, limpio, cómodo y herméticamente cerrado y sellado, con dos tabletas Bayer de Aspirina (Bayaspirina) legítimas, puras y frescas que nadie ha tocado y que conservan toda su eficacia original.

"El sobre Bayer"

ha sido hecho para las personas aseadas, cultas y cuidadosas como Vd. ¡Pídalo! ¡Exíjalo! ¡No reciba más tabletas sueltas!



Así es el SOBRE BAYER. ¡Mírelo! ¡Recuérdelo! ¡Cuando necesite una dosis de Aspirina, ¡pídalo!



Esta estampilla fiscal sanitaria que lleva la Cruz Bayer, le da a Vd. la seguridad de que recibe las tabletas Bayer puras y legítimas.

LOS LIBROS

En el deseo de propender al conocimiento y difusión de la producción intelectual entre nosotros, publicaremos una sucinta biografía y juicio crítico de los libros que lleguen a nuestra redacción.

La Poética Nueva. Sus fundamentos y primeras leyes, *por Edmundo Montagne.* — La obra del señor Montagne es un trabajo concienzudamente hecho, sin que ello quiera decir que sea pesado y seco, que es como de ordinario se entiende lo concienzudo. El señor Montagne, que es, como se sabe, inspirado poeta, ha querido estudiar la contextura del verso moderno, considerado como obra de arte, y ha llegado a resultados dignos de ser ampliamente conocidos, pues ha podido establecer ciertos principios científicos del arte poético, no habiendo entre los términos sino una antimonia aparente, ya que en la base de todo arte tiene que estar la ciencia, esto es, el procedimiento. "La poética vieja (llamaremos así a la vigente), dice el señor Montagne, pone al alcance de cualquiera los trazos más exteriores de las formas creadas hasta hoy por la poesía; les entrega, como si dijéramos, un mecanismo yerto; y siguiendo esos burdos trazos, empleando ese mecanismo sin sospechar sus virtudes dinámicas, se escriben versos y más versos, estrofas y más estrofas, cuyo destino es humanamente nulo, pues ni mueven el alma de nadie ni aportan nuevo modo alguno que pueda acaso llegar a ser un recurso más en el tesoro común del arte. Si los principios científicos del arte poético que aquí se sientan no hacen un poeta de quien no lo sea, en cambio fundamentan una poética nueva, la posesión de cuyas leyes hará al bien dotado capaz de ser más fiel consigo mismo y más expresivo en sus obras, poniendo a su alcance facilidades mal conocidas o ignoradas, sugeridoras, a su vez, de posibilidades infinitas". *Et nunc, erudimini,* escritores de versos...

Miramar, en el trigésimo aniversario de su fundación, *por Juan Pascual y Massanet.* — Esta monografía sobre el pequeño balneario de Miramar es muy completa y contribuirá a fomentar la corriente de veraneantes, bien que se corre el peligro de que cuando los veraneantes sean muchos pierda Miramar sus actuales atractivos.

Ideales rotos, *por Leopoldo K. Wimmer.* — Estas dos novelas cortas revelan en el autor cierta predilección por recursos que ya no hacen mucho efecto sobre el lector algo frío, que es la mayoría, por lo menos, de los lectores que vale la pena tener; pero a pesar de ello se leen con creciente interés, y al final de cada una se siente una como impresión de protesta contra las crueldades de la vida, así en el campo como en la ciudad. Seguramente la lectura atenta de buenas novelas tendría favorable influencia sobre las condiciones del autor como novelista, que quedan plenamente de manifiesto en su interesante libro, que está amablemente dedicado "A todos los intelectuales que depositan sus nobles semillas en el surco feraz de las Ciencias, Artes y Letras Argentinas, contribuyendo a labrar la grandeza de mi patria".

El Estrellero, *por Oscar R. Beltrán.* — El cuento es, sin duda, el género literario que más se cultiva entre nosotros, de tal suerte que ya los *cuenteros* han llegado a ser más abundantes que los *verseros* mismos. Para los que creemos que el cuento es uno de los géneros más difíciles, el fenómeno no deja de ser algo inquietante, siendo lo cierto que la mayor parte de los libros de cuentos que se publican no son precisamente de aquellos de los cuales puede decirse que enriquecen una literatura, así sea relativamente joven como la nuestra. A nuestro juicio, la causa de ello está en que los autores no dan la importancia necesaria a la *factura,* como quien dice, de sus cuentos, fiándolo todo al interés del asunto. No es ese, por cierto, el caso del autor de *El Estrellero,* cuyos cuentos reunen las condiciones necesarias para ser leídos con interés y agrado.

Por Gracia de Amor, *por Delfina Molina y Vedia de Bastianini.* — La autora de este libro de versos posee un temparamento artístico muy personal, que es como deben ser los verdaderos temperamentos artísticos. A esa circunstancia atribuye ella misma, bien que no lo diga en esos precisos términos, el hecho de que algunas de sus poesías hayan sido mal interpretadas, mal entendidas, lo que mucho la ha mortificado. Por nuestra parte, y a riesgo de pasar por cualquier cosa, confesamos que en los versos de la señora de Bastianini no hemos encontrado sino una inspiración muy sana, una sentimentalidad muy normal y unas aspiraciones que no pueden parecer extrañas sino por lo que tienen, en el fondo, de misticismo, que conviene no confundir con el ascetismo. Todo ello no obsta para que la distinguida autora de este libro tenga, como decíamos, un temperamento artístico muy personal, al cual debe atribuirse el encanto particular de sus versos.

La Montaña, *por Enrique Napolitano.* — Es una verdadera lástima que las buenas intenciones no estén siempre en relación directa con las cualidades literarias de quienes quieren realizarlas por intermedio del libro. El autor de éste es un filósofo humanitario y liberal, y sus ideas no pueden merecer sino sinceros aplausos; pero por desgracia no es novelista, a lo menos en el sentido en que ordinariamente se entiende esa condición. Bien es verdad que queda la duda de si quienes así piensan están o no en lo cierto, lo que justifica la hipótesis de que las novelas del señor Napolitano sean, efectivamente, las buenas, y no las que ordinariamente se tienen por tales y que dan las características del género.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS:

"La logia Lautaro y la independencia de América", edición oficial de la Masonería Argentina, por Antonio R. Zúñiga. Ed.: J. Estrach. Buenos Aires.

"Santiago Roque Palazzo, su vida pictórica", por Julio César Ford. Ed.: Imp. López. Buenos Aires.

"De las horas pasadas", colección de poesías escogidas, original de Ricardo M. Llanes. Ed.: Imp. El Ancla. Buenos Aires.

"Viajes" (2.° vol.). España e Italia, por Domingo Faustino Sarmiento. Ed.: La Cultura Argentina. Buenos Aires.

"Le symbolisme français et la poésie espagnole moderne", estudio por A. Zerega-Fombona. Ed. "Mercure de France", París.

"Oro pálido", poesías selectas por Andrés Chabrillón. Ed. "Virns". Buenos Aires.

"Por dónde se ve...", réplica del P. G. Palau, S. J., a don Miguel de Unamuno. Ed. Bayardo. Buenos Aires.

FOLLETOS:

"Harrods", catálogo para primavera y verano, 1922-23. Ed. Comp. Gral. le Fósforos. Buenos Aires.

REVISTAS:

"Nosotros", año XVI, número 160. Buenos Aires.

"Nuestra Revista", año III, número 28. Buenos Aires.

"Revista Boliviana", año I, vol. 1, números 2 y 3. La Paz, Bolivia.

"Periódico para la Importación y el Comercio Sudamericano", año I, número 18. Número especial dedicado a la industria de la Exposición de Río de Janeiro. Leipzig, Alemania.

"Sarmiento", Boletín de la Sociedad Protectora de Animales, año XIII, números 109-110. Buenos Aires.

"La Palabra", número extraordinario "Día de la Raza", año I, número 5. Buenos Aires.

"La Baskonia", año XXX, número 1045. Buenos Aires.

"Revista de la Asociación Argentina Criadores de Cerdos", año I, número 2. Buenos Aires.

"Impuesto Unico", año I, número 12. Buenos Aires.

"Revista del Profesorado", año I, número 3. Buenos Aires.

"Tribuna Española", número extraordinario "Día de la Raza". Buenos Aires.

"Círculo Andaluz", Boletín Mensual, año I, número 7. Buenos Aires.



De San Fernando



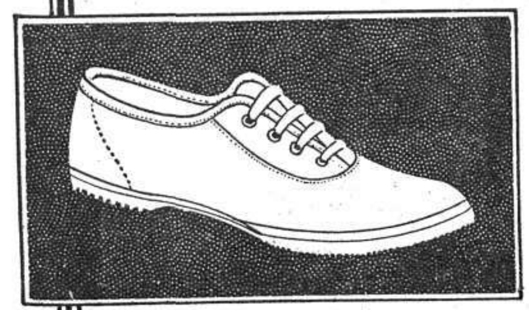
Comisión organizadora y niños que tomaron parte en la velada artística que, propiciada por el instituto que dirigen las señoras Luisa Vicente y Fermina Percioli Costa, se realizó para allegar fondos con destino a las obras del Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia.

EL GIRASOL, DESINFECTANTE

Como medio de desinfección en los alrededores de los pantanos y cenagales se ha probado, por los ensayos practicados por hombres competentes en Francia, Holanda, Bélgica e Italia, que el girasol es muy útil. Plantando girasoles en grandes cantidades en terrenos malsanos, desaparecen por completo todas las evaporaciones nocivas. En los campos pantanosos de las cercanías de Rochefort, en Francia, se han conseguido resultados magníficos, llegándose a convencer el gobierno francés de que en todas las comarcas que se cultiva el girasol, en las cuales antes reinaba la fiebre intermitente en una escala aterradora, hoy ha desapárecido por completo. Este hecho ha sido reconocido también por la población de aquellas comarcas. Además del valor higiénico, tiene otro muy crecido en la industria por contener mucho aceite.

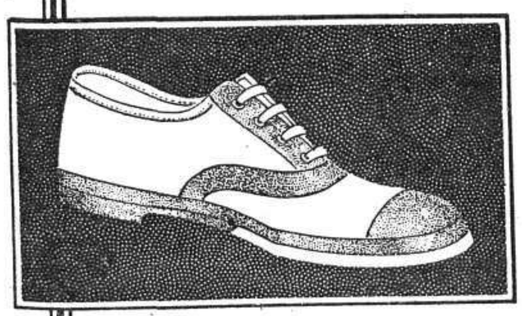
El girasol es planta que se da perfectamente en nuestra región, la cual, a su vez, necesita en algunos puntos poderosos elementos de desinfección: por eso creemos que tienen verdadero interés las observaciones practivadas recientemente en Francia, de las que acabamos de dar cuenta a nuestros lectores.

ZAPATOS *para* SPORT



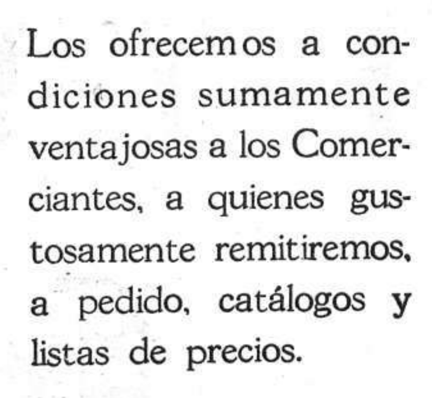
Zapato "BAYSIDE"

TENEMOS actualmente una gran existencia de estos Zapatos para Sports y Playa, fabricados con lona blanca y con suela de goma.

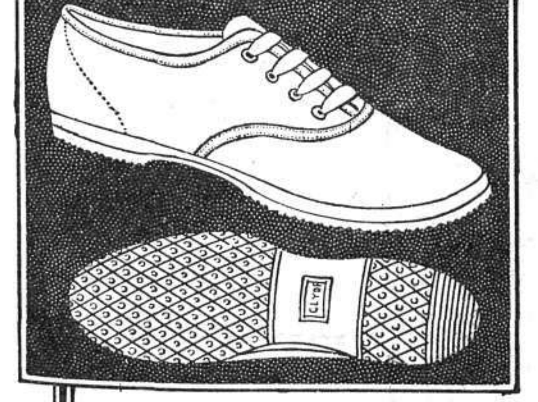


Zapato "KLAYKORT"

Los hay de todos los tamaños, para hombres, señoras y niños.



Los ofrecemos a condiciones sumamente ventajosas a los Comerciantes, a quienes gustosamente remitiremos, a pedido, catálogos y listas de precios.



Zapato "CLYDE"

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Dirigirse a

Rice & Hutchins South America Co.

333 - Florida - 333

Buenos Aires

De Lomas de Zamora



Grupo de jóvenes que concurrieron al gran baile de gala realizado en el Club Español en celebración del Día de la Raza.

LA PÓLVORA Y EL REUMA

Pocas son las enfermedades que lleven asociado mayor número de supersticiones que el reuma.

En Holanda mucha gente cree que una patata, regalada o robada, es un excelente preservativo contra tan molesta dolencia, y esta misma virtud, si bien en no tan grande escala, la poseen las castañas.

En el centro de Inglaterra se cree que la pata delantera derecha de una liebre es un magnífico amuleto.

Una de las curas más raras del reuma se encuentra en el libro titulado "El compañero de la perfecta ama de casa y del completo caballero", publicado en 1742.

En la referida obra se recomienda como eficacísimo remedio para curar el reuma la siguiente: "Tómese el contenido de un dedal de la mejor pólvora que se encuentre y mézclese con una cucharada de leche de vaca; tráguese la mezcla y bébase inmediatamente después un buen vaso de leche caliente y métase el paciente en la cama bien arropado hasta que sude copiosamente. Eso debe hacerse a eso de las siete de la mañana, en ayunas, durante nueve o diez días seguidos"



TOS
CONVULSA

POR SU SABOR DULCE,
SUAVE Y AGRADABLE

Jarabe Negri

ES UNO DE LOS POCOS MEDICAMENTOS ACEPTADOS POR LOS NIÑOS.

Su eficacia para combatir la **TOS CONVULSA** ——————— la viene demostrando en 50 años de éxitos indiscutibles.

EN NINGÚN HOGAR DEBE FALTAR UN FRASCO DE **JARABE NEGRI**

EN VENTA:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Lda

Defensa 215 sus Secciones y Farmacias

De San Isidro



Fiesta de la Raza. La comisión organizadora de las fiestas realizadas bajo el patronato de la S. E. de S. M.

Público que asistió al grandioso festival con que se dieron fin a los actos realizados en el Día de la Raza.



SALUQUIA LA MORA

I

Hay una curiosa leyenda muy popular, que corre como tradición, sobre la conquista del castillo de Moura, entre los pueblos que baña el caudaloso Guadiana, tierra dentro de Portugal, y que viejos pastores y ancianas cortijeras refieren aún en las largas noches de invierno, al calor que despiden las llamas que devoran los secos troncos de encina bajo las grandes chimeneas arabescas de las casas de labor.

Al suceso se le da por fecha el año de 1226, y como acaecido en el castillo de Moura, situado tres millas al este del río Guadiana, por cima de Serpa y entre Beja y Ficalho. En la Navidad de 1867 se la oímos a unos pastores que tenían su majada a orillas del río Ardila, que desemboca en el Guadiana, antes de llegar a Moura. El anciano que nos refirió esta leyenda era de la villa de Mounaras y se la oyó varias veces a un tío suyo, cura de Mértola, hermano de su madre, como una de las tradiciones populares del país, a las que fué muy dado el buen párroco que, como constante cazador, se pasaba las noches en las chozas y cortijos refiriendo a sus compañeros de caza y a los campesinos que querían oirlo, sus narraciones portuguesas.

He aquí, pues, tan curiosa leyenda, algo aderezada por nosotros con algunos apuntes de historia que la hacen más interesante.

II

A la caída de la monarquía de los *Aftasidas*, que reinaron en Badajoz hasta los finales del siglo XI y cuyo último rey, Omar-Almotawaquil, murió alanceado en las orillas del río *Bekayah* (Caya), a una legua de Badajoz, con los sanguinarios almoravides, y después los almohades, que no fueron más humanos, una oligarquía perturbadora imperó largos años en toda la parte occidental de la península, denominada por los árabes el *Al Gharbyya;* y desde *Al-Karsr-ibn-Abu-Danés,* nombre que daban los almohades a las hoy provincias extremeñas, hasta los confines del Guadiana y del Duero, esto es, desde el *Andalusün* (Andalucía), hasta *Chalikia* (Galicia), cada comarca fué regida o gobernada, con mejor o peor suerte, por el más fuerte, que, erigido *Arráez* (Caudillo) de otro emir más poderoso, a quien tributaba, ejercía de señor feudal entre sus gobernados. La comarca de Serpa, que comprendía a Moura, Mértola, Cacella, Tavira, Morcanes, Ficalho y 32 pueblos más a la redonda, estaba sometida al moro Buaçon, poderoso señor inmensamente rico, que había guerreado en sus mocedades y ahora descansaba gobernando su pequeño estado. Del antiguo castillo romano, denominado *Aroche,* en ruinas desde el siglo IX, hizo una hermosa fortificación, dando asiento junto a sus muros a una villa, que se denominó Moura por los que la poblaron y con ocasión del suceso que nutre esta leyenda.

Tenía Buaçon una hija, llamada Saluquia, que por su hermosura era el encanto de todos los jóvenes de la comarca, y le señaló como dote o patrimonio a su casamiento la villa y castillo de Aroche, que ya comenzó a gobernar, como *Alcaideça* o *Caid* del mismo, desde 1224, según unos, o desde 1219, según otros.

Enamoróse de Saluquia un joven moro llamado



Al-Brafama, señor del castillo de Yelmeña (al que hoy llaman Jurumeña), el cual mozo, tenido por muy valeroso, lo respetaban todos los moros y le temían no menos los cristianos. El viejo Buaçon, padre de la hermosa Saluquia, había estado asociado varias veces en empresas belicosas contra los cristianos, al *Caid* de Yelmeña, y con suerte próspera unas veces y otras adversa, compartió con él las contingencias de la guerra. En un principio no llevó bien estos amores el viejo Buaçon, quien sin duda soñaba encontrar para Saluquia algún príncipe de estirpe real; pero la *Alcaideça* de Aroche no era de su parecer y ofreció su mano al joven Al-Brafama, a quien de antiguo quería por marido. Vencida, pues, la voluntad del viejo Buaçon, concertaron los dos jóvenes su boda para el 29 de junio de 1226 (623 de la Hégida), día de San Pedro Apóstol, muy celebrado por los cristianos con fiestas en las que por igual tomaban parte los moros.

Ya de días anteriores habían comenzado para los *fellah*, o aldeanos labradores de Aroche, estas fiestas, con ocasión de las que le dedicaban a San Juan Bautista el 24 de junio, pues, como es sabido, moros y cristianos conmemoraban juntos, en España y Portugal, las fiestas del fuego, llamadas por el pueblo las *Hogueras de San Juan*, recuerdos verdaderos del solsticio de verano de los tiempos paganos de la antigua Roma.

Todo era alegría aquel año entre los *rumíes* (cristianos) y las gentes del *islam* (mahometanos). Desde la víspera del Bautista, las hogueras iluminaban los campos de Aroche, y al resplandor de las candelas que rodeaban los viejos muros del castillo gobernado por la hermosa Saluquia bailaban las *harasas* (muchachas) y *beledíes* (campesinos) al son de alegres canciones, que el *kitabó 'l-agami* (trovador o coplero) se hacía acompañar de la *güiatras* (guitarras), *guenberí* (bandurrias) y *tars* (panderos).

El día 28 se preparaba la *Alcaideça* de Aroche a recibir en la mañana siguiente, día de San Pedro, a su prometido, que vendría cabalgando por el ancho *albalate* (camino) de la pintoresca Jelmanyah, acompañado de un buen número de caballeros y de peones, cuando una noticia que le dieron los *beledíes* de Aroche la llenó de negros presagios. Según estos campesinos, que regresaban de *Sheberina* (Serpa), habían visto cruzar por el camino a un numeroso tropel de caballeros cristianos, armados y en son de guerra, que venían como del castillo de Paymogo, mandados por don Alvaro Rodríguez y su hermano don Pedro, enemigos de Brafama. Y no fueron infundados los temores de Saluquia, pues a la mañana siguiente amaneció el castillo de Aroche sitiado por más de 2.000 caballeros cristianos. Saluquia fuese a lo alto de la *almocobar* para de allí dominar mejor las afueras del castillo, observando con gran pena que las huestes cristianas comenzaban a todo denuedo el ataque. Púsose al punto en movimiento toda la población; hizo sonar el *atambor* y el *derbuya* de un extremo a otro del castillo; pronto se pusieron sus gobernados en defensa; pero el enemigo era numeroso, y a la primera embestida se apoderó del poblado que rodeaba la fortaleza. Saluquia, loca de terror, se refugia en la *Borch-Calat* (torre del homenaje), para arengar a los que valientemente luchaban desde los almenados muros. Su esfuerzo era inútil. Los cristianos consiguen penetrar por la *Bab-as sheberina* (puerta de Serpa), y en turbulento tropel avanzan castillo arriba, gritando: ¡Victoria, victoria! Sus deseos eran hacer cautiva a la *alcaideça*, a la hermosa Saluquia; pero ésta, comprendiéndolo así, se arrojó por un ajimez de la torre del homenaje, quedando muerta en los pedregales del foso. Los cristianos recogieron su ensangrentado cuerpo, que condujeron al castillo, y se prepararon a resistir las huestes que acompañasen al *Caid* de Jelmeña, quien no se hizo esperar mucho, pues a las tres de la tarde dió vista al castillo en compañía del anciano padre de Saluquia, ambos seguidos de unos 25 caballeros; y apenas informados del triste suceso acaecido pocas horas antes, llenos de pena, ardiendo en ira y con las lágrimas en los ojos, se retiraron a Sheberina a deliberar entre sí lo que podrían hacer para reconquistar Aroche y vengar juntamente después la muerte de su *Alcaideça*. Y según las crónicas lusitanas, es fama que esta villa quedó desde entonces al dominio de los cristianos, quienes, al repoblarla, la denominaron *Villa-Nova da Moura*, en memoria, sin duda, de su célebre *Alcaideça* la hermosa Saluquia.

III

Tal fué la leyenda tradicional que en la Pascua de Navidad de 1867 nos refirió el anciano pastor portugués en la majada a orillas del río Ardila.

Evidentemente es esta leyenda una de tantas tradiciones cristianas, tan comunes en la península durante la Reconquista, como muy acertadamente sostiene el historiador A. Herculano en su *Historia de Portugal* (1). El escritor P. H. Serptores, en su erudita *Intucçao* a los *Livros de Linhagens* (2), la coloca entre las tradiciones festivas de los escritores burlescos, no obstante de encontrarse incluida en la *Monarquía Lusitana* de fray Antonio Brandão.

Hubo, sin embargo de lo inverosímil de esta leyenda, algún fundamento para considerarla verídica por los autores antiguos. Bastaba para ello la donación que la reina doña Brites, hija bastarda de don Alfonso *el Sabio* y esposa de don Alfonso III de Portugal, estando ya viuda y residiendo en Sevilla, en 1284, hizo del castillo de Moura a un su pariente llamado don Vasco Martins y Serrão, en pago de los servicios que le prestaran don Vasco Martins y su mujer, acompañándola en sus largas jornadas por Portugal y Castilla, y en atención a los buenos servicios hechos a don Alfonso III en la conquista del Algarbe por los hermanos que don Vasco Martins, gran maestre de la Orden de Santiago, y don Frey Alvaro Martins, y considerando asimismo cómo don Pedro Rodríguez y su hermano don Alvaro, abuelo el primero de don Vasco Martins, "tomaron a Castelho de Moura a alcaidezça d'elle, matando lhe o esposo de no caminho, ó qual — el castillo de Moura — teve é defendéu com os seus amigos é soldados emquanto o não largou a'orden do Hospital por consentimento dos reis".

Este documento, que como dice muy bien el escribano del Archivo Real, Gaspar Alvarez de Lousada, es a todas luces falso, fué origen fundamental de la leyenda Saluquia y la toma de su castillo. Brandão primeramente, y después Juan Bautista Levaña, al comentar la obra denominada *Conde Don Pedro*, recogieron el documento de doña Brites, aceptándolo como auténtico y corriendo como tal entre historiadores y cronistas, hubiese pasado hasta nuestros días a no haber sido por José Atanasio de Figueiredo, que hizo pública una nota del erudito y paleógrafo Alvarez de Lousada, en la cual se declara, con muy buenas razones, *falso de toda falsedad* el citado documento de doña Brites. Sin el concurso de Alvarez de Lousada y Figueiredo la crítica, bien reconocida en los historiadores modernos habría descubierto la falsificación, pues basta para ello conocer la confusión que reina en la donación de doña Brites y el hecho de conocerse a Moura en fecha muy anterior al rey don Alfonso Henriques. En la obra denominada *O Livro de Noa* (contemporáneo a la leyenda de Saluquia), en *A Chronica Gothorum* y en *O Chronicom Lamocense*, se le llama *Mauram* y *Maura*, añadiéndose que fué tomada (conquistada) juntamente con *Serpam*. Maura o Moura (que de ambos modos la encontramos citada en cronicones antiguos) ya existía con tal nombre en el siglo XI, y por tanto, de anterior a

(1) V. el tit. II, pág. 485.
(2) V. la pág. 137.

la leyenda de Saluquia. Su primitivo nombre fué *Aroche,* al decir del erudito Juan Bautista de Castro en su obra *Mapa de Portugal* (3), donde escribe lo siguiente: "*Aroche.* Consta en muchos cipos que esta ciudad fué notable. Sobre sus ruinas se levantó después la Villa de Moura, en Alentejo, como prueban los eruditos Fr. Manuel de Sáy y A. Resende". De esta opinión son la mayoría de los escritores anteriores al siglo XVIII. Y es más; entre los contemporáneos podríamos hallar también a gran número de ellos que coinciden con nosotros en cuanto a lo de juzgar apócrifa la leyenda de Saluquia. Ahí está, entre otros, el historiador señor conde de Ficalho, literato que tanta honra da a las letras portuguesas, y quien no se ha desdeñado en llevar esta curiosa tradición a su notable trabajo denominado *Notas históricas acerca de Serpa,* que viene publicando la excelente revista ilustrada que con el título de *A Tradição* ve la luz pública mensualmente en Serpa, con justos aplausos de los buenos literatos portugueses (4). Algunas variantes da el señor conde en el suceso de la *Alcaideça* Saluquia, comparado lo que de él refiere con nuestra leyenda, pero en el fondo coincidimos los dos. He aquí cómo la da el señor conde:

"Una joven musulmana, llamada Saluquia, gobernaba militarmente, como alcaideça el castillo de Moura. Su padre, llamado Buaçon, era un poderoso señor de aquellos contornos y había levantado el castillo que encontró en ruinas, y se lo ofreció como dote a su hija, cuando se casara. Un moro llamado Brafama, señor del castillo de Arrouche, concertó su casamiento con Saluquia, con el deseo acaso de poseer su castillo o seducido por los encantos personales de su Alcaideça, pues nada nos impide suponer que ella fuese muy hermosa. El día señalado para los desposorios, viniendo Brafama de Arrouche para Moura, dos caballeros portugueses le salieron al camino con sus escuderos en armas y los soldados bien pertrechados, le sorprendieron y mataron, así como a todos los moros que iban en su compañía. Vístense los portugueses con los trajes de los moros muertos, y tomaron el camino de Moura fingiendo en lo largo de la carretera escaramuzas de alegría, esto es, una especie de fantasía árabe que llaman "correr las armas". Salustia estaba en una alta ventana de su castillo esperando a su futuro esposo; vió venir de lejos aquella extraña comitiva en alegre fiesta y así que iban acercándosele comprendió que eran enemigos cristianos que iban a sorprenderla y ganar el castillo. Desesperada, y no queriendo quedar cautiva, arrojóse por la ventana y cayó muerta en el suelo. Los portugueses, en aquel momento de confusión que les produjo ese tan inesperado suceso, entráronse por las puertas del castillo y se apoderaron de él sin resistencia alguna."

Tal es la leyenda contada por el señor conde.

IV

Como se ve, hay algunas variantes con la que me refirió el viejo pastor a orillas del río Ardilla.

Aquí Brafama era señor de Arrouche, en vez de Paymogo.

Los cristianos aquí eran portugueses; en la otra no se les da patria.

El casamiento de Saluquia no se dice cuándo era; en la otra leyenda, el día de San Pedro; cosa muy natural en estas tradiciones, pues en todas las aventuras caballerescas se echa mano del santoral para fijar el tiempo. "Día de San Antón era"; "Día era de los Reyes"; "Domingo de Ramos era"; "Día era de San Millán"; "Día de la Virgen era". Así empiezan muchas aventuras y no pocos romances. Además, las fiestas del *Corpus Christi,* como las de San Juan o San Pedro, eran las escogidas para cautivar doncellas y especialmente las de San Juan. A la Infanta Moriana o Julianesa cautivaron los moros la mañana de San Juan, cogiendo moras y flores en la huerta de su padre. Y si abrimos el *Romancero,* por dondequiera nos encontramos con estos comienzos:

La mañana de Sant Joan
al tiempo que alboreaba;
gran fiesta hacen los moros
en la Vega de Granada..."

Wolf., núm. 75., cfr. ("Durán", núm. 80.)

"La mañana de San Juan
salen a coger guirnaldas
Zara, mujer del Rey "Chico"
con sus más queridas damas..."

("Durán", núm. 12.)

Y finalmente, en la leyenda del señor conde, Brafama es sorprendido y muerto a manos de los cristianos portugueses; en la otra del pastor, Brafama y Buaçon no conocen más que de referencia la muerte de Saluquia, ni la ocupación de Moura por los cristianos, y retroceden del campo de éste para buscar en Serpa medios de fuerza que les permitan reconquistar el castillo y vengar la muerte de su *Alcaideça.* Fuera de estas variantes, las dos leyendas son iguales.

Opina el señor conde — y terminamos ya — con estas afirmaciones, que nos parecen muy atinadas:

1.º Que la leyenda de la *Alcaideça* Saluquia es pura fantasía popular, como esa otra de Mariguarda en el castillo de Almourol, asentado en medio de las aguas del Tajo;

2.º Que no era posible la aventura de Mouron en el período de 1166 a 1232, cuando todo Alentejo estaba en poder de los moros;

Y 3.º Que don Sancho II fué el verdadero conquistador de todo el Alentejo, sin negar la posibilidad de que, en 1165 ó 1166 (5), Pedro Rodríguez de Guzmán ganase el castillo de Moura, para perderlo al siguiente día, pues Serpa lo ganó también Alfonso Henriques, como parte del Algarbe conquistó don Sancho I y los moros los rescatan tan pronto como lo habían perdido.

Fuera ya de esas disquisiciones históricas, hemos de declarar aquí que la leyenda de Saluquia es notable y sirve, más que otra cosa, para dar idea del espíritu de aquellos tiempos en que moros y cristianos se pasaban la vida matándose unos a otros. Nuevas investigaciones sobre el particular, por plumas más doctas que la mía, quizás puedan aclarar algunos puntos dudosos que ya encuentra en esta leyenda el señor conde de Ficalho y que no he podido llenar, con gran pena mía.

(3) Véase la parte primera p. 13 del cap. II.

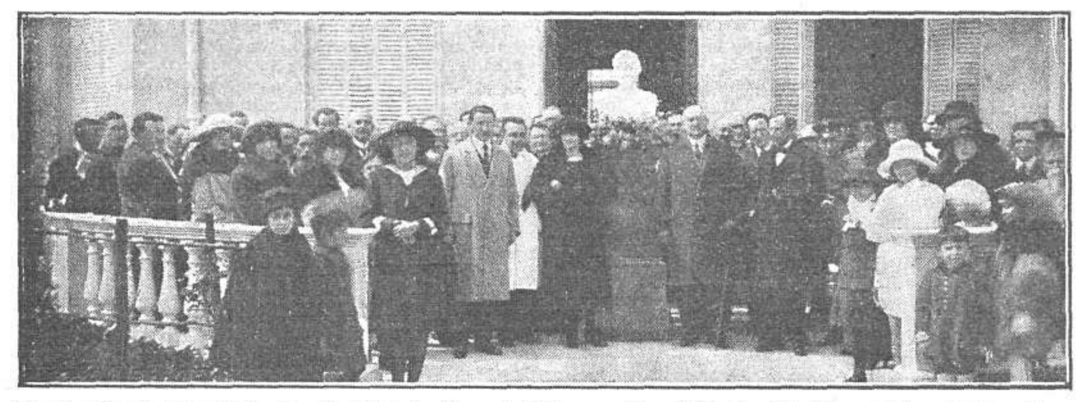
(4) La dirigen nuestros estimados colegas los Excmos. señores Ladeslau Piçarra y M. Días Núñez, en colaboración con notables escritores del país vecino y algunos otros de España. Este trabajo del señor conde de Ficalho comenzó a ver la luz en el número 1.º (mes de enero) del año y volumen II (1900), y en casi todos los números sucesivos continúa tan importante estudio. En el 5.º del volumen y año 3.º (1901), correspondiente al mes de mayo, aparece el capítulo X dedicado a narrar la existencia histórica de la "Alcaideça Saluquia", y recoge, como de rigor, esta leyenda o tradición, constituyendo esto ya el primer rasgo literario y aun histórico de la literatura portuguesa con relación a la citada leyenda; al menos nosotros no sabemos de ningún otro autor que, como el señor conde de Ficalho, la lleve a sus obras.

(5) "Nobiliario de don Pedro, conde del Barcelos", nota E a pág. 104 y nota A a pág. 334.



DIBUJOS DE SIRIO.

De Ayacucho



El gobernador de la provincia, señor José Luis Cantilo, autoridades y comitiva oficial a la salida del hospital después de la visita a esta institución

EL TOCADOR DE LAS ROMANAS

Las romanas cuidadosas de la **frescura de su cutis empezaban el cuidado** diario de su persona desde **la** víspera. Cada noche, al acostarse, cubrían su rostro con una pasta de miga de pan y leche, que no se quitaban hasta el momento de lavarse por la mañana. Invención era de la célebre Popea, más que amiga de Nerón, y de aquí el nombre de "poppæana". También se empleaba con igual objeto una cataplasma de habas; y eran varias las recetas de composiciones análogas mencionadas por Ovidio, en las que figuraba la leche de burras, el trigo candeal, la mirra de Judea y otras substancias. Después de quitarse tales emplastos del rostro, y lavárselo con esmero, lavaban sus manos, que por fuerza estarían grasientas, con jabón blando o líquido. Lavadas las manos, la dama se daba en ellas leche de burra para suavizarlas y blanquearlas.

Después del aseo de la cara y de las manos venía el de la boca, que consistía en frotar los dientes con un cepillo y enjuagarse con agua aromática, cuyos ingredientes principales eran azafrán y rosas de Pœstum. Como los modernos, los elixires antiguos, del tiempo de Augusto, llevaban los nombres de los fabricantes. Coscus era el perfumista de moda, y dió nombre también a unas pastillas desinfectantes compuestas de mirto, lentisco e hinojo que algunas mujeres tomaban con verdadero abuso.

Acabadas todas estas operaciones las romanas se daban un baño, sencillo, de aseo y al propio tiempo de placer, que duraba una media hora.

MI ACEITE DE OLIVAS "CONDAL"

es importado única y exclusivamente para todas aquellas personas de exquisito paladar y delicadas del estómago y no puede confundirse con la vulgaridad de los malos Aceites que se venden en plaza a fuerza de reclame.

Por esta causa fundamental es hoy el preferido del público, el que más se vende y el único insustituíble.

He aquí algunas opiniones autorizadas

acerca de las bondades del exquisito Aceite de Olivas

"CONDAL"

Dr. ELISEO CANTON
A los fines que se desean:
Certifico haber usado con muy buenos resultados el aceite marca **CONDAL**, tanto como substancia alimenticia cuanto por su acción favorable en el tratamiento de determinados procesos hapáticos.
Firmado E. CANTON.
Noviembre 5 de de 1919.

Dr. LOPEZ BANCALARI
Director del Hospital Durán.
Certifico que el aceite **CONDAL** es un excelente deputaritivo para las afecciones del higado, siendo su uso recomendable para los constipados.
Noviembre 5 de 1919.

Dr. ARTURO AMUCHASTEGUI
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación, es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos para los enfermos del estómago e hígado.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ANTONIO MARE
Jefe de servicio del Hospital Muñiz.
Certifico que el aceite **CONDAL** es sumamente agradable al paladar y de resultados maravillosos para las personas que lo toman con fines curativos.
Octubre 30 de 1919.

Dr. ERCILIO RODRIGUEZ
El aceite **CONDAL** es un alimento de primer orden, particularmente recomendable por su pureza y fácil digestión a los enfermos del aparato digestivo.

Dr. MARIO FUSCHINI
Del Hospital Muñiz.
La refinación extraordinaria del aceite de oliva **CONDAL** es beneficiosa por su agradable paladar a todas aquellas personas que lo usan para fines intestinales.

Dr. AGUSTIN G. REBUFO
Certifico que el aceite **CONDAL** por su extraordinaria refinación es sumamente agradable al paladar y de resultados prácticos en los enfermos hepáticos.

Dr. F. MARCOVECHIO
El aceite **CONDAL** es perfectamente tolerado en todos los padecimientos gastro-intestinales crónicos y de inestimable valor en las afecciones del hígado de origen calculoso.
Octubre 27 1919.



UNICO IMPORTADOR:

FERNANDO SANJURJO

ALSINA, 1000 — Buenos Aires

U. T. 4862, Rivadavia - Coop. 230, Central

Dr. PABLO PIRATE
Médico de Policía.
El médico que subscribe certifica haber prescrito el aceite **CONDAL** en ciertas afecciones hepáticas, con resultado satisfactorio. Además, lo usa con el mismo resultado particularmente.
Marzo 10 de 1919.

Dr. LUIS RABUFFETTI
Del servicio de Clínica Médica del Hospital Alvear.
El aceite oliva **CONDAL** no encierra, según su análisis químico, productos nocivos, y es un producto útil en la dietética de diversas afecciones.
Octubre 23 de 1919.

Dr. M. SOBRE CASAS
Certifico que el aceite **CONDAL** no contiene substancias nocivas; según resultado de su análisis químico puede ser empleado en la alimentación.
Octubre 24 de 1919.

Dr. LUIS O. FIRPO
Certifico que el aceite **CONDAL** puro de Oliva, prescripto a los pacientes de afecciones al hígado y gastro-intestinales, en su alimento ha dado excelentes resultados.
Noviembre de 1919.

Dr. MOISES PORCEL ITURRALDE
Prosector del Hospital Alvear.
Certifico haber usado con fin terapéutico el aceite **CONDAL**, que por su análisis químico intachable y su delicado sabor lo ha hecho un eficaz coadyuvante en el tratamiento de varias afecciones internas; especialmente hepáticas e intestinales.

Drl JUAN BOTINELLI
El médico que subscribe certifica que receta a sus enfermos afectados de taiásis biliar y colitis el aceite de oliva **CONDAL** con buen resultado, y que por su gusto agradable y su pureza lo toman *sin repugnancia*.
Noviembre 1.° de 1919.

Dr. RAFAEL F. GRIGERA
Me es grato manifestarle que el aceite de oliva **CONDAL**, del cual es usted introductor, por su pureza y agradable sabor está perfectamente indicado en las personas que sufren de constipaciones crónicas y pereza funcional del hígado.

De San Martín



Grupo de alumnos de la escuela N.° 3 que intervinieron en el torneo escolar efectuado en esta localidad, resultando vencedores en distintas pruebas.

Tanto las Estrellas del Teatro Argentino como las del Londinense



coinciden en afirmar que para el embellecimiento de la tez no existe substancia alguna de efectos tan maravillosamente eficaces como la

CERA PURA MERCOLIZADA



María Esther Lerena.

"Nuestra cara difícilmente resistiría a la deletérea acción de los afeites que se usan en las caracterizaciones teatrales, si no pudiéramos contar con la cera mercolizada que tiene la propiedad de devolver a la piel su natural y primitiva tersura."

María Esther Lerena

María Esther Podestá de Pomar.

"De los numerosos preparados de tocador que me ha tocado en suerte probar, ninguno puede sufrir el parangón con la cera pura mercolizada, pues es el único que logra dar a la tez ese aspecto siempre brillante y terso que constituye el complemento necesario de un rostro hermoso."

María Esther Podestá de Pomar

Si su cara demuestra imperfecciones: arrugas, manchas o palidez, solamente conseguirá Vd. empeorarla con el uso de afeites, cremas y lociones. Renuévela Vd., empleando cera pura mercolizada que, aplicada como si fuera cold-cream, hace que, gradualmente y sin dolor, desaparezca en partículas imperceptibles toda la cutícula vieja, dejando al descubierto el nuevo, sano y sonrosado cutis que toda mujer posee debajo del viejo. Y ésto... mientras Vd. duerma.



Gladys Cooper.

"Para la renovación del cutis no hay ninguna substancia cuya eficacia pueda ser comparada con la de la cera mercolizada, pues, ésta, aplicada durante unas cuantas noches, hace que la cutícula vieja desaparezca, por medio de una suave absorción. La cara, tratada de esta manera, bien pronto aparece completamente rejuvenecida."

Gladys Cooper



Lola Membrives.

"He comprobado que la cera pura mercolizada tiene la virtud de dar al cutis ese aspecto terso y fresco, propio de la infancia, tan difícil de conservar en medio de las molestias e incomodidades que impone la vida de teatro."

Lola Membrives

EL MAIZ

por

ERNESTO MORALES

El maíz es una planta originaria de América, y a la que los indígenas, según nos lo atestiguan distintas tradiciones, conservaban veneración profunda.

Maíz en la lengua de los guaraníes se dice avatí, y quiere significar nariz del indio. La leyenda explica tal significado. Según ella, dos cazadores amigos fueron protegidos por Ñandeyara, el Gran Espíritu, quien les envió un guerrero para que lucharan con él; el vencido sería enterrado, y de su cuerpo saldría una planta cuyo frutos serían rico alimento de las generaciones sucesivas. Así fué: lucharon ambos cazadores con el guerrero, y el vencido fué enterrado, mas, como lo fuera de noche, quedó su nariz afuera. Un año después, del sitio donde salía la nariz, brotó una hermosa planta que, en recuerdo a este hecho, fué denominada avatí.

La espiga del maíz simbolizaba la unión entre los guaraníes, porque recordaban que ella era debida a un hombre que se había sacrificado por los otros.

Esta creencia de que el maíz se debiera al sacrificio voluntario de un hombre en bien de la comunidad la participaban diversos pueblos de América, y hasta era común a los pieles rojas, pueblo feroz y eminentemente guerrero.

A un poeta culto de América se le ocurrió que el maíz pudiese ser oro escondido que salía en tal forma; y con tal tema forjó una balada. Pero este rasgo de codicia no es propio de pueblos primitivos que, mal que nos pese, son más generosos. Si ellos veían en el maíz «el trigo americano», el cual diariamente los salvaguardaba del hambre y a quien recurrían para fabricar el alcohol de sus fiestas, debían ver en él la reencarnación de un acto notable, y simbolizaron en él un espíritu de sacrificio.

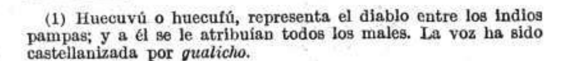


De boca de un anciano, por cuyo arrugado rostro se extendía el cobrizo color de los indígenas y cuyos rasgos aguileños denunciaban al pampa neto, descendiente de aquellos terribles araucanos que aun estremecen la epopeya en las octavas reales de la *Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, he oído yo una leyenda relativa al maíz. Procede, ya se ve, de la raza de indios más indomables de América, y en ella es también el espíritu de sacrificio que florece: su héroe es un mártir.

En cierta tribu reinaba el hambre más imperiosa. En vano los cazadores más diestros de ella habían salido; la sequía era obstinada y los animales, acosados por ella, huían. En vano erraba la tribu también en busca de lugares menos castigados. La machi (adivina de la tribu), rodeada de las machis menores y de las novicias, empleaba todos los conjuros de su misteriosa ciencia a fin de aplacar las iras de Huecuvú (1). Al cabo de muchas penas, la machi, inspirada por Huecuvú seguramente, ya que tenía el don de comunicarse con él, dijo que el Malo estaba dispuesto a dar un nuevo alimento a los hombres; pero que, a cambio de él, exigía el sacrificio voluntario de uno de ellos. Uno de ellos tenía que morir de hambre para que los demás se salvaran.

Varios se ofrecieron. Hubo de tirarse a la suerte y el escogido fué atado a un poste, cara al sol naciente. Según era costumbre en sus ceremonias, fueron inmoladas dos yeguas blancas, cortándoseles la cabeza y la cola. Y allí quedó el sacrificado aguardando la muerte. Tardó ésta en venir, y en tanto la machi, seguida de la tribu entera, danzaba en torno del que iba a morir por ellos, danzaban y bebían, cantando alegremente, porque en tal forma querían demostrar al feroz Huecuvú que, alegremente, acogían sus mandatos.

Una tarde vió el curandero de la tribu que el sacrificado entraba en la agonía, y se dispusieron a hacer una suntuosa fiesta para celebrar su muerte. Mas esa noche se desató un vertiginoso pampero, y nadie pensó en otra cosa que en guarecerse de su ira terrible. Tres días duró. Al cabo de ellos, un amanecer, fueron a ver al sacrificado. Ya no estaba allí, pero en su lugar se alzaba una planta de anchas hojas en medio de las cuales relucía una dorada espiga: era la planta del maíz.



(1) Huecuvú o huecufú, representa el diablo entre los indios pampas; y a él se le atribuían todos los males. La voz ha sido castellanizada por *gualicho*.





Entregamos
TE SOL
(FIVE O'CLOCK)
Gratis
una latita de
muestra del
"Five O'Clock"
(Te Sol - calidad extra)
que contiene te suficiente para ocho o diez tazas, a todos los que la pidan a TE SOL en la calle Tucumán, 349.
Buenos Aires.
A los que deseen recibirla por correo certificado, rogamos enviar 17 centavos en estampillas para el franqueo.
TeSol
El Rey de los Tés

De Quilmes



El doctor Pedro Elustondo, intendente, y la señora Matilde G. de Melo, que actuaron como padrinos en el acto de la inauguración del Instituto Musical Popular, rodeados por el público que asistió a dicho acto.



Los TEATROS y la MÚSICA en BUENOS AIRES



«TODO BICHO QUE CAMINA VA A PARAR AL ASADOR.» DE D. ALBERTO VACAREZZA.

LA compañía del teatro Nacional, que dirige el señor Carcavallo, ha estrenado últimamente un nuevo sainete que lleva por título dos versos octosílabos: «Todo bicho que camina va a parar al asador», de don Alberto Vacarezza. Ya se cuentan las obras de nombres semejantes por decenas, como lo hemos hecho notar en esta crónica, y si en verdad en esto el hábito no hace al monje, resulta por lo menos extraño que los autores adopten designaciones de tan poco buen gusto por el prurito de dar apariencia arrabalera a sus producciones.

El sainete del señor Vacarezza es, sin duda, uno de los más acertados que pueden señalarse entre los de reciente data. Su asunto no es nuevo ni está tratado con gran originalidad, los tipos que presenta son los de siempre (el italiano acriollado, el vividor colindante con la estafa, el español timorato y amante de la juerga, el matón que roba una mujer por el prestigio de la fuerza, las mujeres arrastradas por el vicio o la curiosidad, los cantores guitarreros, y el eterno, el infaltable, el angustioso «cabaret»), los cuadros no ofrecen muchas variantes de los ya conocidos y las caricaturas de personajes populares llegan a excesos inverosímiles. Pero en medio de todo, la trama se compone de tres comedias entrelazadas, que habrían dado a otro autor tema para tres obras diferentes, y que reunidas acuerdan notable movimiento al conjunto.

Las señoras Poli y Ducase, y los señores Cicarelli, Otal, Morales y Sapelli se distinguen en la ejecución de sus papeles.

«CRISTOBALÓN», DE DON MANUEL LINARES RIVAS.

LA compañía dramática española de doña Concepción Olona, dirigida por don José López Silva, ha estrenado en el teatro Victoria el drama regional «Cristobalón», de don Manuel Linares Rivas, eminente autor a quien le debe la escena española moderna no poco lustre. El autor mismo y los carteles del teatro llaman a la pieza «tragedia rústica»; pero tal designación parece excesiva, en verdad, por la falta de grandeza y de emoción, por las demasías de discursos declamatorios y de literaturas floridas, y más que nada por la ausencia del sentimiento de fatalidad, que a pesar de las agoreras intervenciones de la bruja Monta N'a Escoba, nadie revela sentir.

Digamos, ante todo, que la obra ha sido recibida por el público con grandes muestras de respetuosa atención, y que ha conseguido larga permanencia en el cartel al lado de producciones tan peligrosas como «Una mujer sin importancia», de Oscar Wilde, y «La Malquerida», de Benavente; pero es que si el asunto de ella se arrastra lentamente durante el primer acto y la mitad del segundo, las escenas que precipitan el desenlace tienen la virtud de captar poderosamente al espectador y de darle motivo de sobra para aplaudir.

Cristobalón es un buen muchacho de cierta aldea gallega, fuerte como un atleta y bueno como el pan. Perdidamente enamorado de Sabela, pero más tímido con las mujeres que un corderillo ante el lobo, no ha sabido decirle nada, y la chica, desesperando de él después de dos años de espera inútil, se ha entregado a Manolo, otro joven valiente de un villorrio vecino. Al saberlo, Cristobalón se enfurece y jura matar al otro, con grandes amenazas y terribles palabras, no sin que antes le haya predicho la bruja que ha de tener en sus brazos a la persona que ama y que morirá la que odia. Sabela, sin embargo, está a punto de desbaratar los decretos de la hechicera: busca a Cristobalón para explicarle su estado, y después de recordarles sus promesas, le pide que no haga daño a Manolo, puesto que el joven es cosa suya, y el buen muchacho se lo jura con igual vehemencia que antes ponía en jurar su muerte. El encuentro de los dos campeones es la mejor escena del drama: Cristobalón soporta todas las injurias y hasta los golpes de Manolo sin chistar, y sufre callado los improperios de sus propios amigos; pero cuando queda solo y asiste sin querer al repudio de Sabela por Manolo, cuando de su misma boca escucha que ya no se considera prometido de la muchacha, cuando sabe que ésta ya no lo prefiere, se echa sobre el otro y de un solo apretón lo estrangula, mientras la bruja comprueba sucesivamente que Cristobalón recibe en sus brazos a la persona que ama y destruye como sabandija a la persona que aborrece.

Las señoras Olona, Tressols y Puente, así como los señores Catalá, Vilches, Lliri y Fernández, merecen, ciertamente, los aplausos que el público les prodiga en la interpretación de los personajes principales.

LA COMPAÑÍA INGLESA «THE DIAMONDS».

EN el teatro Cervantes se ha presentado la compañía inglesa de variedades «The Diamonds» y ha obtenido del auditorio, casi exclusivamente compuesto de gentes sajonas o sajonizantes, una acogida tan entusiasta que raya en el frenético delirio.

Para nosotros los latinos la cosa es inexplicable, y más nos asombra el fervor casi indescriptible del auditorio que la identidad absoluta de todos los números del programa y el parecido sorprendente de todos los elementos artísticos de la compañía.

Un cantante vestido de pierrot con blusa de satiné negro y botones azules, interpreta una canción con ritmo de fox-trot y zapatea muy correctamente, acompañado al piano por una señora vestida de pierrette con blusa de satiné negro y botones rojos, ante la decoración de una cortina gris que cae en elegantes pliegues; otro cantante vestido de pierrot con blusa de satiné negro y botones morados interpreta otra canción con ritmo de fox-trot y zapatea con igual corrección, acompañado por la misma señora; un par de cantantes vestidos de pierrots con blusa de satiné negro y botones amarillos, interpretan al unísono otra canción con ritmo de fox-trot y zapatean con admirable unidad, acompañados por otra pareja de pierrots de blusa negra y botones blancos... y así hasta el fin.

El público ríe estruendosamente ante el zapateo y los movimientos más o menos ridículos de los artistas y aplaude prolongada y rumurosamente, y pide la repetición de canciones y danzas, y todo transcurre con tanto agasajo, por parte de la sala atestada de concurrencia, que no se sabe qué admirar más, si la resistencia de los artistas o la resistencia del público. Confesamos humildemente que no habríamos soportado más de dos repeticiones nosotros los latinos...

JOSÉ OJEDA.

NUESTRO NUMERO PROXIMO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: La reina Balkiss, por el **Emir Emín Arslán.** Elogio de la azotea, por **Enrique M. Amorim.** El traje de boda, por **Luis Ponce de León.** El te de moda, por **Carlos Ponse.** Mens, por **Pablo Della Costa (hijo).** Los peregrinos de la espuma, por **Héctor Pedro Blomberg.** La herencia, por **Héctor Olivera Lavié.** Quien quiera que seas eres mi hermano, por **Raniero Nicolai.** El buen señor que viaja, por **Edgardo Garrido Merino.** Trono y Cátedra, por **Miguel de Unamuno.** Esthe y las fieras, por **Max Dauthenday.** Mujercita de hogar, por **Carlos Enrique Hirsch.** La partiquina, por **José Feliú y Codina.** La confraternidad del combate, por **Geoffrey Williams.** La muerte del barón Stockmar, por **Sapper.** Imágenes chinas, por **Adolfo Thalasso.** Sarrasqueta aviador, por **Redondo.** Los tres candidatos proclamados para la presidencia del Uruguay, por **Floridor.**

De Villa Urquiza



Comisión de caracterizados vecinos que conmemoraron el Día de la Raza, obsequiando con víveres a los menesterosos de la localidad.

Público congregado ante el edificio de la Sociedad Italiana, esperando a presenciar el reparto de víveres que se hizo el Día de la Raza.


Y ese motivo
de aflicción,
esas erupciones que muchos llaman *de Primavera* y que cubren a veces buena parte del rostro, se previene y evita bebiendo todas las mañanas al levantarse una copita de la
LEVADURA DE FRUTAS
Gibson
Laxante suave de las frutas frescas de sabor delicioso, libra al organismo de impurezas y cura, por ello, granos, forúnculos, sarpullidos, eczemas y todas las erupciones del cutis.
Distribuimos un interesante folleto dedicado a esta especialidad. Pídalo usted.
FARMACIA Y DROGUERIA
DIEGO GIBSON
168, DEFENSA, 192 — Unica Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)
U. TELEF. del 5921 al 5925, AVENIDA

E L   D I L E M A



A escena de aquella tarde le desesperó del todo. El no podía seguir siendo "cabeza de negro" de aquellas dos mujeres. O se quedaba decididamente con una o se desligaba definitivamente de las dos. Se dejaría de una vez por todas de escrúpulos. ¿Que era difícil la elección porque tanto Ana como Rosa merecían igualmente ser amadas? Pues a no querer ninguna. ¿Que había que tener mucho coraje para tanta decisión? A fijarse pues aisladamente en una o en otra. Pero nada de preocupaciones, nada de desvelos.

En cierta ocasión había pensado en atender a ambas. Hasta pensó en ello detenidamente. Pero acudió la conciencia y todo abortó. Para mejor que su corazón estaba en una actitud de pasividad, esto obligaba al cerebro a trabajar activamente y el dilema le resultaba más acentuado así.

El ciertamente no se explicaba de por qué tanto interés. Ni físicamente ni intelectualmente se creía un aparte excepcional. Se sabía de un trato agradable, se sabía de buen talle para el uso del frack, tenía cierta habilidad para manejar la raqueta del tennis, estaba al tanto de lo mucho que se producía en el mundo del arte. Pero nada más. Nada de extraordinario. ¿Por qué, pues, esta pasión por él?

Porque aquello era pasión en toda la acepción de la palabra. Ana había hablado de puñales y Rosa de vitriolos. La tarde aquella, por ejemplo, habían soliviantado con sus gritos y sus amenazas toda la tertulia del señor del Villar, esa tertulia que centralizaba la espuma de la chismografía artística. ¡Lo que una y otra se dijeron entonces! Rosa había afectado a la familia de Ana nada menos que hasta en la tercera generación; y Ana habló de los bastidores de la vida de Rosa, tocando hasta los más apartados.

¡Y lo amigas que habían sido! Inseparables. Nadie las había visto separarse sin un beso de despedida, ni nadie había podido tratar a una sin tener que responder inmediatamente a las preguntas de la otra. Ambas vestían semejantes trajes y calzaban el mismo estilo de zapatos. Aquello había sido una lidia de querer. Se iba quien a quien quería más. ¿Y qué ocurrió? Que lo conocieron a él y aquella amistad terminó.

En cierta oportunidad había interrogado a Rosa:

—¿Por qué se interesa usted tanto por mí?

Pero la respuesta de la muchacha no le satisfizo. Le dejó receloso.

Otra vez, y ya con Ana, amplió la pregunta:

—¿Qué interés tiene usted por mí?

Pero tampoco Ana le dejó tranquilo en este sentido. Había algo de velado que no comprendía, algo turbio que había que aclarar.

En aquella tertulia del señor del Villar justamente se las habían presentado. Y fué por un comentario que hizo sobre la música de Debussy que nació en las muchachas este interés por él. ¿Cómo? Ana y Rosa descutían los alcances de la obra del autor de los "Arabescos". El terció y opinó a su modo. La discusión se hizo así entre los tres. Y cuando terminó la tertulia, Ana y Rosa se separaron sin besarse ya. ¿Después? Dejaron hasta de usar el mismo estilo de zapatos. Se encontraban, sí; pero sólo donde estaba él.

¡Lo que ocurría entonces! Lo angustiaban con sus zalamerías, con sus asentimientos incondicionales a todo lo que decía, con la insistencia de sus miradas, con la nerviosidad, con la febrilidad con que le hablaban.

Una vez se había mostrado más galante con Rosa que de costumbre, y Ana lloró de rabia y de despecho.

—¿Por qué la prefiere usted a mí? — le había preguntado.

—¿Tanto me quiere? — inquirió él a su vez.

Pero ella, en lugar de responder directamente, insitió:

—¿Por qué la prefiere usted a mí?

Otra vez, en una reunión, se había aislado con Ana, y fué Rosa quien, furiosa, le preguntó:

—¿Por qué es que llena usted de privilegios a Ana?

—¿Tiene usted celos?

—Sí.

—¿Celos de qué? ¿Celos de amor?

Pero también Rosa desvió la respuesta:

—Me molesta mucho, muchísimo — contestó simplemente.

* * *

Ana salió de Buenos Aires y el dilema para Gregorio quedó resuelto. Pudo así dedicarse exclusivamente a cortejar a Rosa. Al principio lo hizo con alguna vacilación. La partida de



— ¿Pero este tren no para aquí?
— No, señora; el maquinista está enojado con el jefe de estación.

— ¡Siete pesos por un sombrero! ¿Me crees idiota?



El patrón que sale a veranear. — Por precaución deposité la vajilla en el Banco.
La sirvienta acobardada. — ¿Entonces qué les puedo dar a los ladrones si vienen?

Por B E R N A R D O   E S C L I A R

Ana le había dejado un cúmulo de remordimientos. Ana había salido tan imprevistamente, con tanta resolución, que a él esta salida le supo a decisión fatal. "¿Se alejaría de la ciudad para suicidarse?", se preguntaba. Cada vez que pensaba en ello se estremecía. Para peor que Rosa parecía complacerse en acentuar tales suposiciones. Ponía en ello una intención que para él tenía mucho de perversa. Se diría que gozaba con ello. Que necesitaba de esta derrota total de su rival para quererle del todo.

Y a este respecto recordaba que un diario del interior había traído la nueva del suicidio de una joven que no pudo ser identificada por haberla hallado la policía semanas después de su muerte; pero que por lo que a primera vista se deducía, por los restos de ropa que llevaba, debió ser mujer de buena posición. Tanto Gregorio como Rosa pensaron en Ana; y mientras tal pensamiento duró, el interés de ésta por aquél tuvo un carácter que le alarmó. Fué un interés lleno de arrebatos, de debilidad, un interés enfermizo. Y se supo después que la suicida no fué Ana; y el carácter del interés ya totalmente varió. Hubo en él ya algo de desencanto, de desmayo. Tanto, que cuando Gregorio insistió:

—¿Es que ya no me quieres?

Rosa, so pretexto de otras preocupaciones, le indicó que no la molestara.

* * *

Un contertulio de la casa de del Villar anunció un día que había encontrado a Ana en una estancia de los alrededores de Paraná sana y alegre. A Gregorio se le fueron así todas las inquietudes. Se dedicó de lleno a Rosa; y él, que no había amado nunca, amó apasionadamente a esta mujer.

Pero sobrevino lo inexplicable. Mientras más se apasionaba él por ella, menos se entusiasmaba ella por él.

—¡Eres para mí la única! — la había dicho, lleno de sinceridad, una vez.

—¿Sí? — inquirió ella con menosprecio y sorna. — ¡Pues es una lástima! — había agregado entre formal y burlona...

De Ana se supo después que en la estancia de los alrededores de Paraná llevaba una vida entretenida y a gusto. Más. Que era bien mirada por cierto diputado joven que había ya hecho algunas conquistas en el Parlamento. Y estas nuevas interesaron más a Rosa y a Gregorio. A Rosa sobre todo.

—Podremos ser felices ahora, sin que la conciencia nos tenga que reprochar de nada — decía él, al margen de la información.

Pero Rosa le miraba, y esta mirada parecía decirle:

—Eres un estúpido.

* * *

Se confirmó lo del diputado y Ana. Aquello era un hecho.

—Debemos alegrarnos. Ahora sí que seremos el uno para el otro — exclamó Gregorio.

—Ya ves; ella no se interesó sinceramente por ti — contestó ella, como decepcionada.

—¿Cómo?

—De lo conrario no se enlazaría a este diputado...

—¿Y qué te importa a ti.

Rosa vaciló:

—¡Qué se yo!...

—Se diría que sólo me querías porque te pareció que también ella me quería.

A esto Rosa no contestó.

* * *

Ana y el diputado aparecieron una tarde en la tertulia de del Villar; Ana parecía feliz y el diputado más. Rosa, que también había acudido a la tertulia con Gregorio, se retiró, trastornada.

—Ana apenas si te ha mirado — dijo al mozo en un tono que tenía mucho de burla y bastante de reproche.

—Mejor — contestó él ingenuamente.

Rosa miró a Gregorio detenidamente y, furiosa, con exaltación, le gritó:

—Eres un pobre hombre.

Gregorio quedó sorprendido.

—¿Qué quieres decir con esto? — preguntó.

Hubo una larga pausa.

—Hemos terminado — decidió ella.

—¿Por qué?

—¿Por qué?... Porque a Ana ya no interesas...

—¿Y esto?

—Adiós — terminó, resueltamente. Y se apartó de él.

Gregorio se dirigió a su casa. Tenía mucho que caminar y empleó para ello bastante tiempo. Sin embargo al llegar no había resuelto todavía si el móvil del interés de Ana y de Rosa por él había sido un móvil de amor o de vanidad...



Un simple error.

—Es un confesor sumamente hábil. Ayer me hizo declarar pecados que jamás me atrevería a cometer.

—¡Se pasa todo el día besando las manos de las señoras!
—¡Más que un hombre... es una toalla!

Enlaces



Señorita Zulema R. Carmody con el señor Angel J. Ferrario. — Capital.



Señorita Agripina Sierra con el señor Vicente Gil Bianchi. — Luján.



Blanco del Cueto-Blanco. — Quemú Quemú.

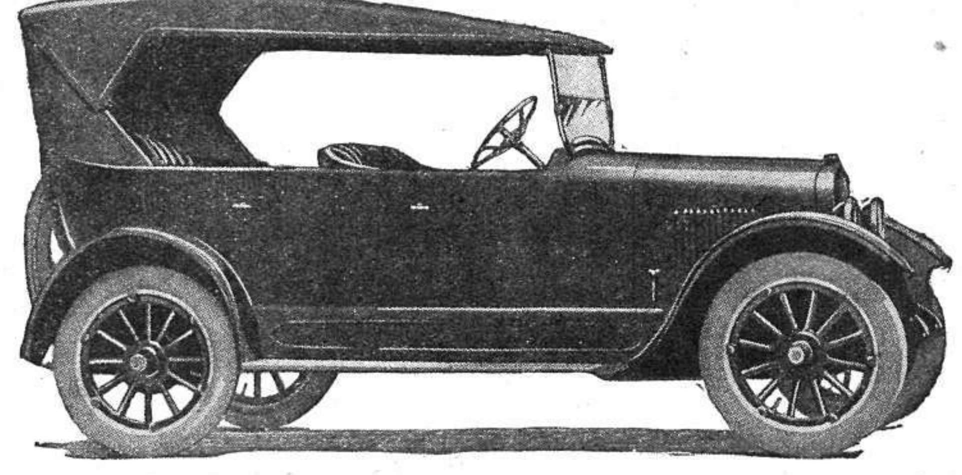


Señorita Cecilia Birri con el señor José Taramazzo. — Realicó.



Señorita Verónica Encinas con el señor Isidoro Velasco. — Rivadavia (F. C. O.).





EL "BUICK" DE CUATRO CILINDROS

Modelo Año 1922.

Un notable producto de BUICK Motor Company, sobre la base de las características individuales de la marca, y mejorado en lo concerniente a consumo mínimo y precio de venta bajo, al alcance de todos los bolsillos.

En territorios libres concederemos **agencias exclusivas.** Escriba hoy mismo; mañana puede ser tarde.

HENRY W. PEABODY y Cía.

SALON DE VENTAS:
1746, Bmé. MITRE, 1758

TALLER Y REPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

Buenos Aires



Necrología



Señora Josefa María Urreta de Urreta.—Rufino.



Señora S. D. de Bardi. — Bahía Blanca.



Señor Juan Carlos Ayala. — Capital.



Señor Francisco Otero. — Capital.



Señor Juan Jacomet. — Capital.



Señor Félix Marasco. — Corrientes.



Señor Vicente Biscay. — Capital.

¿LA LUNA TIENE SIEMPRE LAS MISMAS DIMENSIONES?

Es un fenómeno de observación corriente que al salir la luna, es decir, cuando está más baja en el horizonte y vista a través de árboles o de edificios, su aspecto es para nosotros considerablemente mayor que en su culminación. Pero no es a este fenómeno al que aludimos; se trata de la luna en pleno firmamento y substraída a la influencia que una atmósfera más gruesa puede ejercer sobre las apariencias ópticas.

Observándola, aun a simple vista, es fácil comprobar existen momentos en que parece más voluminosa y otras veces parece más pequeña, en un cielo absolutamente raso.

La órbita que describe la luna *no es un círculo sino una elipse*, uno de cuyos focos es la tierra; de ahí que en ciertas épocas del año lunar, al estar nuestro satélite más cerca de nosotros, le veamos también mayor, o sea durante su perigeo, viéndole más pequeño en su apogeo.

La excentricidad de su órbita hace que entre sus dos extremos alcance una diferencia de 42.000 kilómetros su distancia a nosotros, o sea algo más de nuestro máximo paralelo ecuatorial, y dada la relativa proximidad del planeta se comprende ha de influir mucho en su tamaño aparente.

Si se toma como punto de comparación el diámetro de la luna cuando está en su distancia media, o sean 384.000 de kilómetros, que es de *31 minutos y 8 segundos*, encontramos que en su máximo alejamiento o apogeo tiene 29 minutos y 31 segundos, mientras que en el perigeo o mínima distancia de nosotros es de 32 minutos con 55 segundos.

En los eclipses de sol esta circunstancia *influye* notablemente, por cuanto, según la situación, resulta el eclipse anular o total. Si está en su perigeo, el eclipse es total, y si es en su apogeo, es anular. En el primer caso, la luna ejerce el oficio de pantalla suficientemente grande para tapar el disco del sol, y en el segundo lo hace solamente en parte.

Su propia conveniencia

le aconsejará comprar **Puertas y ventanas de cedro** en vez de pino cuando por ellas pagará el mismo precio.

Puerta para cocina Nº 21



Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 11 - 12 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17
18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26
27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

Solicite catálogo

PUERTA N.º 21
De 240 × 0.70 c/u..... $ **54.—**
„ 220 × 0.70 „ ..... „ **52.—**

VENTANA N.º 15
De 140 × 0.75 c/u..... $ **40.—**
„ 120 × 0.75 „ ..... „ **38.—**
„ 100 × 0.75 „ ..... „ **36.—**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

de cedro

Acordamos 5 % de descuento

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 - Buenos Aires

PRODUCCION DE FUERZA

TRANSMISION Y APLICACION



Fabricamos desde la lámpara y motor más pequeño hasta el generador más grande.

Turbinas tipos alta y baja presión y para marina.
Turbo Alternadores.
Generadores de baja velocidad (corriente contínua y alternada).
Engranajes para reducción de velocidad para uso marino e industrial.
Convertidores Rotativos.
Cuadros y tableros de control para usinas y minas.
Transformadores.
Medidores varios.
Cuadros de control de contacto líquido y otros tipos.
Motores Grandes, especiales para minas, laminadores, etc.
Motores de Corriente Continua y Alternada para usos industriales.
Lámparas "Cosmos" de filamento metálico para todo uso.

Solicítenos informes.



Notas Sociales

«Musicalizar la vida al son de una sonata, o de la sinfonía pastoral de Beethoven, o de la oración de los peregrinos, o del canto a la primavera de Wágner, no está mal» — dice el poeta...

En estos primeros días tibios, cuando entra por nuestros balcones, abiertos de par en par, toda la gloria del sol de octubre, vemos desfilar, aspirando el aire suave y luminoso, la incesante animada caravana... La ciudad febril, agitada y rumorosa, *musicaliza* sus actividades, porque se eleva en la gloria luminosa de nuestros días de sol un canto entusiasta a la vida intensa, a esa vida que vibra con todas las emociones: las que emanan del espíritu con penetrante y sereno destello, las que nos deslumbran con la brillante solemnidad de las ceremonias oficiales, con el fulgor que irradia de las luminarias del mundo... El canto prodigioso se eleva, atesorando mil diversas armonías: el toque vibrante de los clarines, la frase heroica de los aires marciales, fragmentos de músicas exóticas que llegaron hasta la ciudad del ruido como las ondas melodiosas del lenguaje de otras razas... Y luego, la estridente algarabía de las danzas importadas del norte, que no logra apagar el ritmo cadencioso y melancólico del baile popular adoptado en los salones...

La alta vida mundana ha llegado a su apogeo: después de celebrarse las solemnes ceremonias oficiales, sucédense, sin interrupción, las recepciones ofrecidas por las embajadas extranjeras, los almuerzos íntimos... En las comidas suntuosas, llenas de boato, los uniformes de gala, las condecoraciones, crean un ambiente de corte en plena democracia, y luego, en la gloria luminosa de la tarde de octubre desfila la incesante caravana camino del hipódromo... El memorable acontecimiento reviste entonces todo el brillo de otros años: un cielo diáfano y apacible rompe el pronóstico de uno de los «Dioses en el ocaso...» horas antes, tal como los agoreros legendarios, invocaba en su auxilio todos los rigores de un oportuno vendabal... «¡Así, si mañana llueve, pasado el primer impulso de entusiasmo, la natural reflexión impedirá que la más eminente personalidad oficial del país consagre con su presencia los acontecimientos del turf!».

Y la vida intensa de la gran ciudad vibra con mil diversas actividades: cada minuto anota una emoción exterior... Pasó la época arcaica en que todo el programa de nuestra vida — la femenina se entiende — se ceñía a coser, charlar y soñar... Me parece que para algunas de ustedes, lectoras amigas, se reduce tal programa a charlar y bailar a todas horas... ¿No es así?

Se formulan hoy invitaciones que establecen un horario especialísimo: desde las 18 horas hasta las 21... No sé si es porque no nos hemos habituado aún a *colocar* las horas por el nuevo sistema. El hecho es que el plazo se prolonga, y se baila durante ocho o diez horas seguidas... Tal como si se quisiera imitar, en la agitada ciudad del ruido, la esplendidez legendaria de la fiesta de Camacho: baile y festín se prolongaron desde el alba hasta muy entrada la noche, sin que se agotara por ello el sabroso contenido de las ollas de Egipto...

Otra nota modernísima en nuestro código mundano, y muy simpática por cierto, es el almuerzo de «despedida de la vida de soltera...» El feminismo elegante toma su desquite, y en derredor de una mesa cubierta de flores se deslizan las horas porque se hace derroche de ingenio... Se comentan animadamente los diversos acontecimientos de los últimos días y no falta, por cierto, la primicia sentimental. Esta vez se asegura que uno de los miembros de aristocrática embajada está *sous le charme* de una interesantísima figura femenina, que lleva el más generoso de los nombres, puesto que es el símbolo de toda gracia y *merced*... ¿Aceptará la juvenil figura tan rendido homenaje? ¿Habrá llegado el momento de rehacer su vida? Mientras tanto parece que se suceden los almuerzos íntimos en la magnífica quinta que se levanta, sobre suave pendiente, en el camino de Palermo... Y el comentario asegura que el distinguido huésped no atravesará las altas cumbres que nos separan del país hermano mientras no consiga llevar siquiera una esperanza...

La alta vida mundana culmina, pues, en estos luminosos días del mes de octubre: se baila a todas horas, se flirtea todo lo posible y se charla sin cesar. Si se eleva muy alto, en el espacio infinito, el canto prodigioso de la vida, el susurro mundano que brota incesantemente sobre todas nuestras actividades sociales, me revela con cierta persistencia la inquieta curiosidad con que algunas interesantes personalidades desean despejar el incógnito de la indiscreta Duende que anota muchas de las debilidades de nuestra humana condición, pero que logra percibir también los destellos serenamente luminosos que revelan al *Ego* verdadero... Tal afán, lectoras amigas — ¿a qué negarlo?, — me llena de contento... Pero debo confesar qué, si *las tapadas* de antaño hallaron singular placer en disimular el rostro para sus andanzas y manejos, no puede darse hoy mayor encanto que el de ser *espectadora* de nuestra vida intensa y rumorosa, mientras se participa, *inocentemente* al parecer, de tantas de sus actividades...

A veces también suele pesar el asistir como espectadora muda e indiferente, cuando se hace ostentación en nuestra presencia de atolondrada vanidad, de inconsciente egoísmo, y cuando se siente el anhelo de remediar tanta injusticia, tanta pequeñez...

Las distintas escenas de la alta vida mundana se suceden sin cesar: primero, las fiestas llenas de bullicio y magnificencia, celebradas en el suntuoso hotel de moda; luego, los paseos al aire libre en la gloria luminosa de las tardes de octubre...

Han transcurrido breves horas y otra escena se encadena a la anterior: en la apartada calle que cruza lentamente el fiacre que me trae hacia el centro vibra la estridente algarabía de las danzas importadas del norte: abiertos los balcones de la primorosa casa de estilo colonial, inunda la tranquila calle la gozosa algarabía de los que terminan la tarde en pleno baile... Y mientras me alejo, vibra en el ambiente sereno de la noche el ritmo cadencioso y melancólico de nuestro baile popular; pero en el canto prodigioso de la vida me parece percibir notas hondamente dolorosas...

LA DAMA DUENDE.

Buenos Aires, octubre, 1922.

EN MI COFRE DE CRISTAL

POR LEOPOLDO VELASCO

Dormid, memorias, aquí,
de todo lo que se fué;
de los versos que escribí,
de las mujeres que amé.

De lo que no he de olvidar,
malgrado tanto dolor;
de aquella historia de amor,
tierna y trágica a la par.

De todo lo que pasó,
de lo que no ha de volver;
del rondel que celebró
las gracias de una mujer.

Adiós ensueños en flor
de mi breve juventud,
mi abandonado laúd,
mis rimas de trovador.

Blancas torres de marfil
incendiadas de arrebol,
vagos jardines de abril
bajo las glorias del sol.

¡Oh!, compañera ilusión,
que ya no retornarás...
Alguien murmura que estás
oculta en mi corazón.

Marchitas flores del mal
que dicen de lo que fuí
y que están durmiendo aquí,
en mi cofre de cristal.



DURAN MAS QUE TACOS DE CUERO

Los Tacos de Goma Goodyear son de calidad uniforme pues se fabrican científicamente

Los que ustedes venden hoy darán a sus clientes el mismo servicio satisfactorio que los que vendan mañana.

Los Tacos de Goma Goodyear aseguran una clientela buena y numerosa.

Son fabricados de goma flexible pero a la vez durable, de modo que proporcionan confort a las personas que los usan y dan un servicio largo y económico.

Duran más que cualquier otro taco, sea de cuero o de goma.

Los Tacos de Goma Goodyear vienen en to dos los tamaños para hombre y en los colores negro y marrón.

The Goodyear Tire & Rubber Co. of South America

Leandro N. Alem 601, B. Aires



TACOS DE GOMA GOODYEAR

REGALAMOS

Obsequiamos a todo comprador de una o más alhajas con un hermoso anillo enchapado en oro, con una piedra de color.

N.° 435. — **Plata fina**, imitación ónix y camafeo blanco, el par pesos ... $ **3.50**

N.° 427. — **Plata** enchapada en oro, el par por sólo...... $ **3.90**

N.° 452. — **Enchapado** en oro 18 kilates y brillantes fantasía... $ **3.50**

N.° 453. — **Enchapado** en oro 18 kilates, brillantes fantasía, a..... $ **3.50**

N.° 456. — **Aros** galalit, blanco, punzó o verdes, el par a pesos... **2.90**

N.° 206. — **Platinados** y brillantes negros del Brasil, a pesos........... **4.—**

N.° 409. — **Platinados** y brillantes negros del Brasil, a pesos.......... **4.—**

¡EXCEPCIONAL! Boquilla de ámbar prensado, con un estuche fino, en varios tamaños, precio.............................. **$ 3.90**

N.° 423. — **Pulsera** enchapada en oro inalterable, a $ **1.-**
Para flete, adjuntar $ 0.20

Recibimos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

¡ADVERTENCIA! NO CONFUNDIR NUESTRA CASA CON OTRAS: ES ENTRE VENEZUELA Y MEJICO

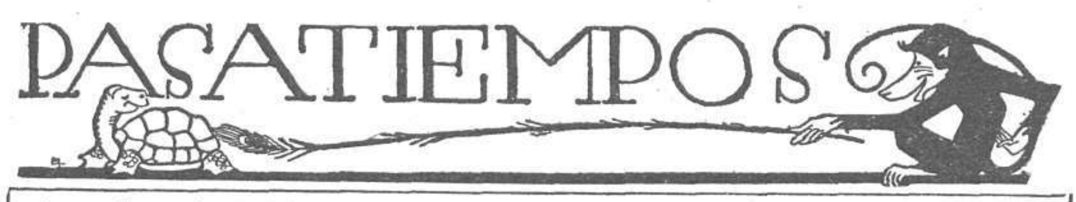
RELOJERIA Y JOYERIA LA SUIZA-AMERICANA
P. SEITLER
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 - Bs. AIRES

De Gerli



La comisión de fomento a la llegada del intendente señor Salas Chaves y personalidades que concurrieron al acto inaugural del alumbrado eléctrico de la población

Lunch servido en honor de la comisión e invitados a la fiesta, después de la entrega que se hizo a la directora de la escuela N.º 45 de una bandera adquirida por suscripción popular.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Comprimido, por «Tito» (ciudad)

1000 CAL

N.º 2

Intercalación comprimida, por «Tito» (ciudad)

MINE ANIMAL RAL

N.º 3

Triángulo numérico, por «Tito» (ciudad)

1 2 3 4 5 6 En el colegio
3 4 2 5 1 Verbo
2 1 4 5 Consonante
2 1 5 Consonante
4 5 Nota musical
5 Vocal

N.º 4

Acertijo, por Ariel Irume (ciudad)

¿Cuál es el río de la República Argentina que leído al revés da lo mismo?

N.º 5

Refrán interpretativo, por «Rino» (Río Santiago, F. C. S.)

MENDIGO LORO CAUTIVO

N.º 6

Refrán interpretativo, por «Rino» (Río Santiago, F. C. S.)

VENENO OXIGENO
MUERTE VIDA

N.º 7

Refrán criptográfico, por «Rino» (Río Santiago, F. C. S.)

. . R A B A . .

N.º 8

Charada eléctrica, por Camilo Darthes (ciudad)

Querida "TODO" 3.ª 4.ª 1.ª 2.ª Luis.

N.º 9

Charada, por Alberto Montalvo (La Plata)

Sin la 1.ª En los animales
Sin la 2.ª En geografía
Sin la 3.ª Parte del cuerpo
TODO: EMBARCACION

N.º 10

Metátesis, por Alberto Montalvo (La Plata)

1 2 3 4 5 6 Enfermedad
1 5 6 4 2 3 Tiempo de verbo

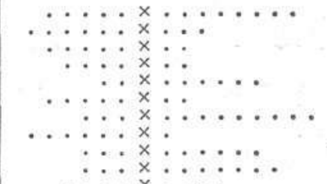
N.º 11

Comprimido, por A. Airolo (ciudad)

G NOMBRE
TODO: REGION DE ESPAÑA

N.º 12

Acróstico, por Alberto Montalvo (La Plata)



En la línea vertical de "equis" deberá leerse el nombre de esta página, y en las líneas horizontales de "puntos", nombres de juegos que en ella se publican.

N.º 13

Comprimido, por «Cayetano» (Ciudad)

COLOR NOTA M

N.º 14

Cuatro nombres propios comprimidos, por «Cayetano» (ciudad)

VERBO CONSONANTE
VERBO VOCAL VOCAL
VOCAL VERBO VOCAL VOCAL
VERBO VOCAL VOCAL

N.º 15

Comprimido, por J. Borgonovo (Rosario)



N.º 16

Comprimido, por J. Borgonovo (Rosario)

NOTA R

—

EL EXITO DE NUESTROS CONCURSOS

Los concursos mensuales de pasatiempos, en un principio modestos por la pequeña cantidad de participantes, han adquirido paulatinamente una importancia que no esperábamos, ocasionando entre los colaboradores un retardo en la publicación de sus trabajos, por lo que pedimos disculpa, poniendo toda nuestra buena voluntad en complacer a todos.

Considerando que el tiempo que se da como límite para el envío de soluciones no permite tomar parte en el concurso de soluciones nada más que a este país y limítrofes, se han dedicado muchos lectores del extranjero a competir en el de colaboraciones, habiéndose premiado en ese sentido a personas residentes en Chile, Uruguay, Brasil, Cuba, etc., lo que constituye una prueba del buen éxito obtenido.

La enormidad de series de soluciones que recibimos de nuestros lectores, y el recuento que hay que hacer para fijar el cómputo a cada uno, retardan en parte el fallo, habiéndose tomado medidas para hacerlo más rápido en lo sucesivo.

CONCURSO DE PASATIEMPOS OCTUBRE de 1922. CUPON N.º 1256.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — **Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.**



¡¡JAMAS!!

SE HICIERON OFERTAS TAN VENTAJOSAS!

CONVENZASE ANTE LA REALIDAD!

NO TITUBEE, ADQUIERA UNA CONCERTOLA O UN GRAFOFONO **"AMERICA"**; SON LAS MAQUINAS PARLANTES MAS PERFECTAS.



CONCERTOLAS

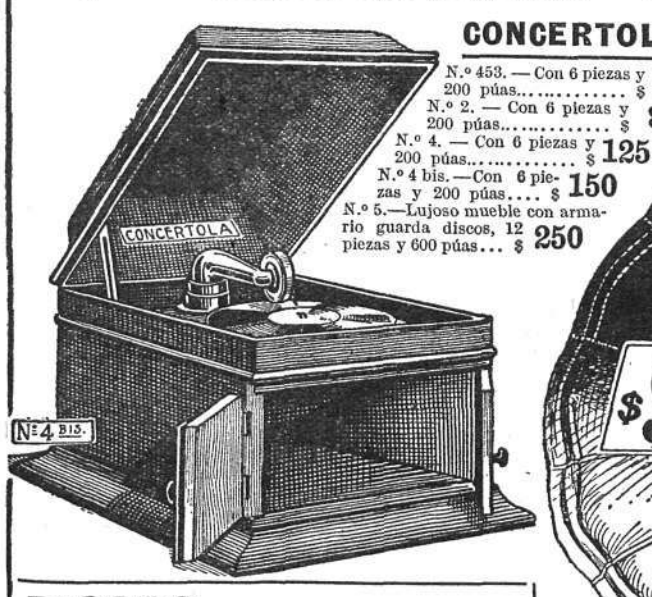
N.º 453. — Con 6 piezas y 200 púas.................. $ 55

N.º 2. — Con 6 piezas y 200 púas.................. $ 85

N.º 4. — Con 6 piezas y 200 púas.................. $ 125

N.º 4 bis. — Con 6 piezas y 200 púas.... $ 150

N.º 5. — Lujoso mueble con armario guarda discos, 12 piezas y 600 púas... $ 250



$ 97.50

AMERICA

DISCOS

Ultimas novedades en bailables por la célebre orquesta

MAREK WEBER

Discos dobles, de 30 ctms., $ 4.— c/u.

- Petite Mouche. Shimmy. / South Sea Isles. Shimmy.
- Anita. Vals. / Pájaro Azul. Vals.
- Big Ben. Shimmy. / Say it with Music. Shimmy
- Liebes Shimmy. / Shimmy Moon.
- Die Bajadere. Shimmy. / Oh! Bajadere. Shimmy.
- Cuban Moon. Shimmy. / My Mammy. Shimmy.
- J'en ai Marre. Shimmy. / La Lune indiscrete. Fox Trot
- Mistery. Shimmy. / Margie. Shimmy.
- Moon Light. Shimmy. / Bright Eyes. Shimmy.
- Humming. Shimmy Fox. / Dedé. Shimmy.

Discos VICTOR, de 25 ctms., a $ 3.— c/u.

- Fruta Prohibida. Tango. / Pura Espuma. Tango.
- Wanna. Fox Trot. / She Loves Me. Fox Trot.
- Buena Mano. Tango. / Tinieblas. Tango.
- Cho-Cho-San. Fox Trot. / Song of India. Fox Trot.

Discos NACIONAL, de 25 ctms., a $ 3.— c/u.

- Beso de Muerte. Tango. / Abran Cancha. Tango.
- Madre. Tango. / Enigma. Tango.
- El Cacique. Shimmy. / Mustafá. Shimmy.
- Muchacha. Tango. / Aquí está la Papa. Tango.

Cantados por BENJAMIN GIGLI. Discos Víctor de 30 ctm., $ 6.— c/u.

74615 — Lodoletta. «Ah rivederla nella sua stanzetta».
74605 — Faust. «Salve dimora».
74606 — Gioconda. «Enzo Grimaldo, Príncipe di Santafior».
74614 — Favorita. Dúo final. «Vieni, Vieni!»
74619 — Gioconda. «Laggiu nelle nebbic remote».

Por otros modelos de Concertolas, Grafófonos y Victrolas Victor, Discos, solicite Catálogo N.º 5 que remitimos enviándonos 20 centavos en estampillas.

GRAFOFONOS AMERICA

CON CORNETA AMPLIFICADORA DEL SONIDO.

N.º 401. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 35.—	N.º 114. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 85.—
N.º 404. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 55.—	N.º 14. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 97.50
N.º 109. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 72.50	N.º 117. — Con 6 piezas y 200 púas, $ 115

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

AVENIDA DE MAYO, 979 - Buenos Aires

No tenemos sucursales — **No cerramos los Sábado**



Ya no sería el caso de que usted consulte a su médico para saber cual es el tónico estomacal que han de tomar su señora o sus hijos. Deles simplemente un poco de

XEREZ-QUINA RUIZ

antes de cada comida y quedará maravillado por la rápida eficacia de este vino generoso quinado que ha sido comprobada por muchísimas familias que lo consumen diariamente.

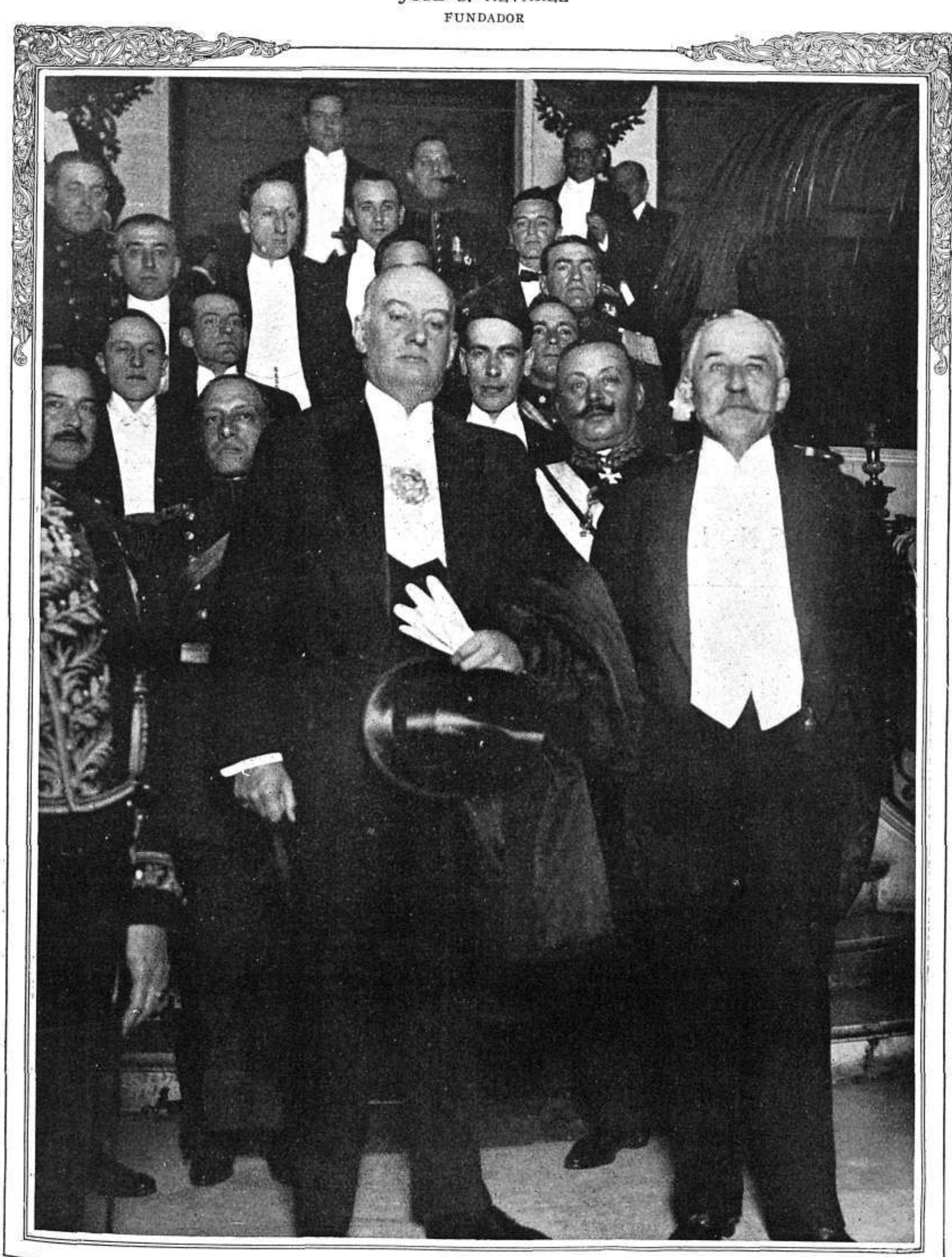
BUENOS AIRES, 28 DE OCTUBRE DE 1922

AÑO XXV

CARAS Y CARETAS

N.º 1256

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN LA LEGACIÓN DE CHILE

BANQUETE EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Dr. ALVEAR.

EL PRIMER MAGISTRADO, A QUIEN ACOMPAÑA EL ILUSTRE EMBAJADOR DOCTOR LUIS BARROS BORGOÑO Y LOS COMPONENTES DE LA EMBAJADA, RETIRÁNDOSE DE LA LEGACIÓN DESPUÉS DE HABER ASISTIDO A LA SUNTUOSA COMIDA QUE LE FUÉ OFRECIDA.

FOTO DE BELL.

EN LA LEGACION DE CHILE



El doctor Alvear, los ministros de Estado, representantes diplomáticos acreditados ante el gobierno argentino y las personalidades políticas y sociales que fueron invitadas a la lucida reunión a que dió lugar el banquete ofrecido por el embajador especial.

EN LA LEGACION DEL BRASIL

RECEPCION OFRECIDA POR EL EMBAJADOR ESPECIAL Dr. PEDRO DE TOLEDO



El Presidente de la República con el embajador especial, doctor de Toledo, y el comandante del acorazado "Minas Geraes", al terminar la recepción con que el distinguido diplomático brasileño retribuía las atenciones recibidas de parte de las autoridades nacionales.



Interesante instantánea tomada en la legación al salir de la misma la señora Regina Pacini de Alvear, a quien acompaña el doctor Toledo.

FOTOS DE BELL Y ARROYO.

ELECCION DE CANDIDATOS A CONCEJALES POR EL PARTIDO SOCIALISTA



Una de las figuras más conocidas del partido, el doctor Angel M. Jiménez, depositando su voto.



Afiliados votando en la mesa presidida por el diputado nacional doctor Enrique Dickmann.



El concejal señor Antonio Zaccagnini, con un grupo de sus correligionarios, durante la asamblea.



Algunos de los sindicados como candidatos que más simpatías contaban entre los electores, entrando al acto.



Los concurrentes a la elección, confeccionando las listas con los nombres de sus candidatos. La numerosa reunión se desarrolló en el mayor orden, constituyendo un verdadero espectáculo de cultura.

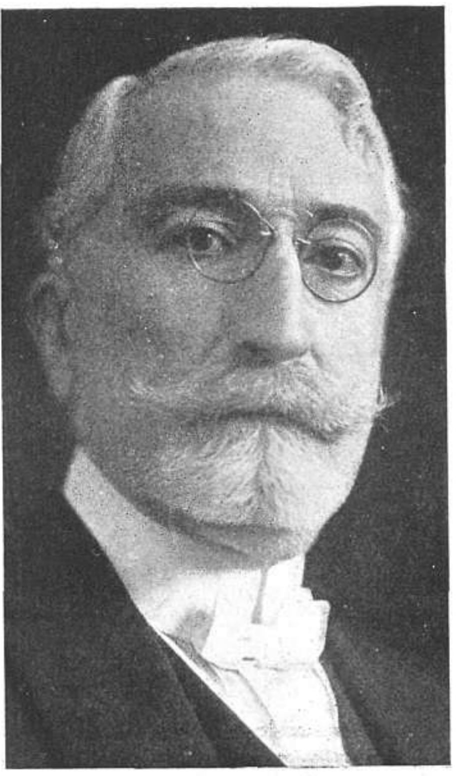
Pro jubilación de empleados y obreros de servicios públicos y de comercio



Los señores: Manuel Campoamor, Miguel Leguía, Alberto J. Festal y Eduardo M. Quintana, representantes de los empleados y obreros de servicios públicos, empleados y obreros de comercio, industrias, ferroviarios, bancarios y de navegación, saliendo de la casa de gobierno, después de haberse entrevistado con el doctor Alvear a fin de interesarle en la sanción de la ley N.º 11.110, obteniendo del presidente la seguridad de que se ocuparía preferentemente del asunto.

FOTOS DE BELL.

LA ACUSACION AL SENADOR POR ENTRE RIOS



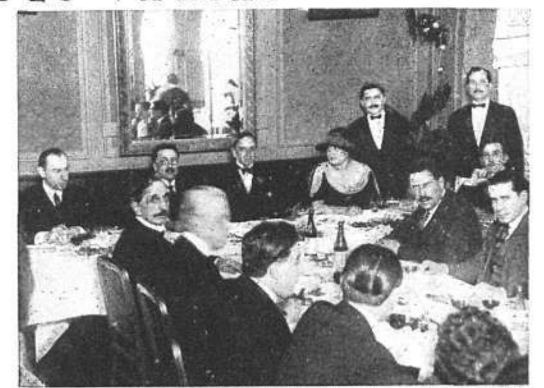
El solo anuncio de que el doctor Martín M. Torino contestaría en acto público a las inculpaciones que sobre su conducta cívica y su acción en el Senado Nacional le hacía la Junta de Gobierno del radicalismo entrerriano, apasionó vivamente a la opinión general y sobre todo a las esferas políticas. Conocida la destacada personalidad del senador Torino, su actuación dentro del radicalismo, su obra parlamentaria y científica, esperábase que el documento con que levantaría los cargos formulados tuviera gran importancia.

Lo sucedido en la gran asamblea verificada recientemente en la capital entrerriana no ha defraudado la expectativa creada; la pieza oratoria del senador Torino fué altiva, serena, lógica y convincente, tanto que pocas horas después, esa misma junta que le pedía explicaciones no encuentra fundamento a la mayor parte de los puntos que se consideraban como violados por el doctor Torino y se limita a pedirle «una mayor contracción y empeño en el cumplimiento de sus deberes partidarios». La extensión del documento nos impide transcribirlo integramente, y no deja ello de ser lamentable, pues más que el análisis de la conducta del doctor Torino es el del partido radical, en su acción de gobierno. En el último párrafo de su alegato dice así: Nos debatimos muchas veces en el vacío y sentimos que el silencio nos cercaba, enfriando el ambiente para la protesta. Era un estado enfermizo colectivo que permitió las más grandes trasgresiones de la ley, llegando, en ciertos momentos, a situaciones que fueron condenadas severamente en otras horas de nuestra historia. El sometimiento incondicional tenía entusiastas adeptos que lo practicaban como un rito democrático. Nos tuvimos que limitar por esto a hacer una obra obscura y silenciosa que no dislocara al partido y permitiera una solución como la candidatura del doctor Alvear. Todavia esta actitud prudente ha merecido, como en mi propio caso, el anatema de aquellos que hubieran querido que sacrificásemos todas las convicciones y todas las altiveces, para mantenernos dentro del círculo que trazara el poder ejercido por el presidente Irigoyen. Ni el senador que habla, ni muchos otros ciudadanos dignos, aceptaron una actitud de pasivo sometimiento».

ACTUALIDADES VARIAS



EN HONOR DE LOS COMISARIOS PEDRO AULI Y ALBERTO C. ARAUJO. — Los obsequiados y parte de los comensales al banquete efectuado en testimonio de aplauso por la actuación del primero de los citados al frente de la comisaría 14.ª y de simpatía a su sucesor en ese cargo, comisario Araujo.



DEMOSTRACION AL DIBUJANTE MEJICANO ROBERTO MONTENEGRO. — El celebrado artista, con el ministro de Méjico, doctor González Martínez, y un grupo de intelectuales y colegas argentinos en la comida que le dedicaron con motivo de su visita a nuestro país.

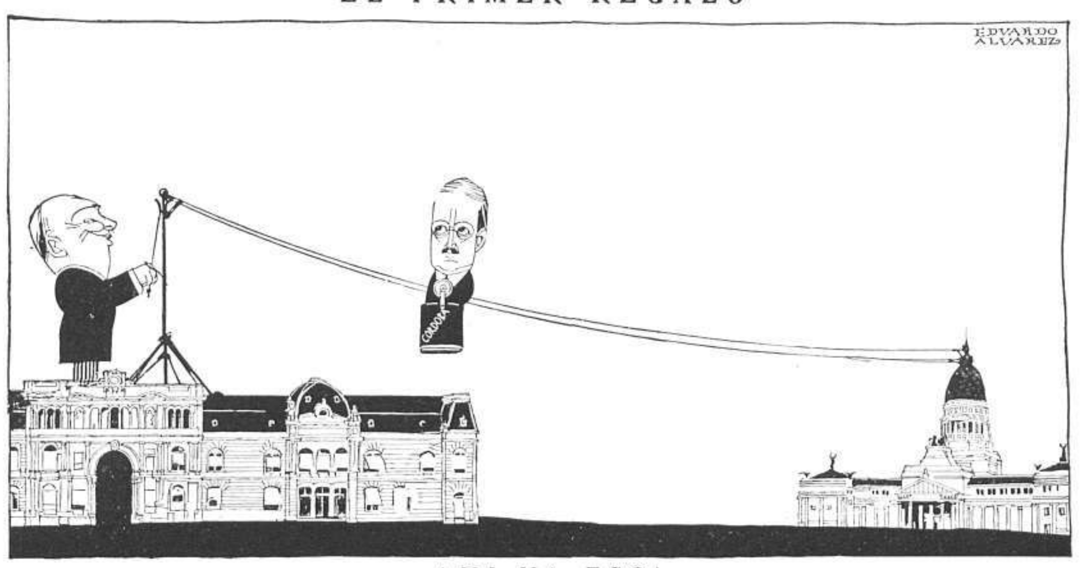


HOMENAJE A LAS REPUBLICAS CENTROAMERICANAS. — El jurisconsulto gualtemateco, doctor Máximo Soto Hall, disertando sobre el tema "Pasado, presente y porvenir de Centro América" en la sesión celebrada por el Instituto Popular de Conferencias.



EN EL CIRCULO DE LA PRENSA. — Recepción ofrecida por los socios de la institución a la escritora brasileña, señora Julia Lopes de Almeida, y al periodista portugués, señor Acurcio Pereira, distinguidos huéspedes de nuestra capital.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.



¡AHI VA ESO!

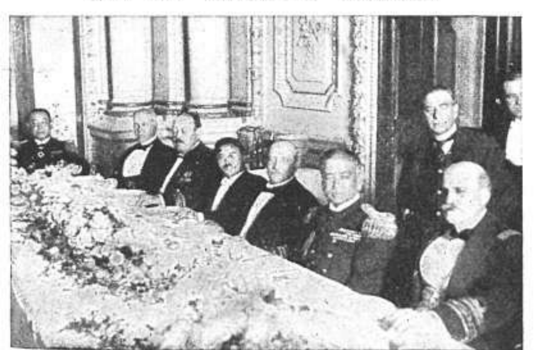
CARICATURA DE ALVAREZ.

Demostración a los militares extranjeros agregados a las embajadas



Los distinguidos jefes y oficiales que llegaron a esta capital agregados a las embajadas, con el ministro de Guerra, coronel Agustín P. Justo, quien los obsequió con un banquete, y los militares argentinos que fueron comensales en esa interesante reunión de alta confraternidad.

En el Centro Naval



Cabecera del banquete que el ministro de Marina, almirante Domecq García dió en honor de los marinos de las naves brasileñas, mejicanas, uruguayas y japonesas que representaron a esos países en la transmisión del mando presidencial.

Misión comercial Japonesa



Los miembros que forman la delegación, el presidente de la Cámara de Diputados, coronel Pereyra Rozas, a quien los ilustres huéspedes le hicieron una visita de cortesía, al llegar a esta capital.

FOTOS DE ARROYO Y VARGAS.

El número extraordinario de PLVS VLTRA en homenaje a la fraternidad hispanoargentina aparecerá el día 31




FESTIVAL ARTISTICO Y DANZANTE. — El personal superior, empleados del Banco de Boston, y familias que participaron de la brillante fiesta llevada a cabo por ese establecimiento, en el Savoy Hotel.



LIGA PATRIOTICA ARGENTINA. — La comisión de damas y caballeros de la brigada 10, rodeando al cabo de policía Ascanio Rossi, después de habérsele entregado una medalla, en premio de un rasgo de abnegación.




EN EL CLUB DEL PROGRESO. — La distinguida concurrencia que asistió a la recepción verificada en aquellos salones con motivo de la Fiesta de la Raza.

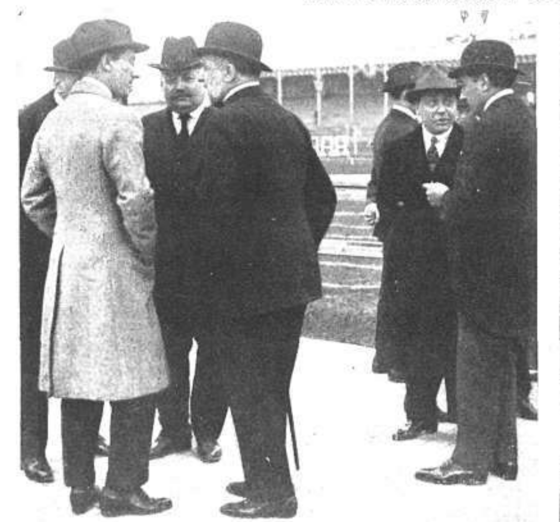
FOTOS DE ARROYO.

CONCURSO ATLETICO MUNICIPAL

Nota gráfica de su inauguración en la cancha del Club de Gimnasia y Esgrima



El palco oficial en la tribuna de socios ocupado por el presidente de la república, doctor Alvear; el ministro de Guerra, coronel Justo; el intendente municipal, doctor Noel; el secretario de Obras Públicas de la Municipalidad, doctor Varangot, y el presidente de la institución donde se verificó el torneo, doctor Ricardo C. Aldao.



Gente conocida esperando la llegada del doctor Alvear. Los doctores: Noel, Aldao, Varangot, Molina y Veronelli, secretario de la presidencia de la república.



Los atletas después del desfile saludan al doctor Alvear, cuando se retiran del campo de deportes, contestándoles afablemente el primer magistrado.



Las delegaciones de los clubs que tomaron parte en el importante torneo desfilando ante la tribuna oficial, donde se hallan las autoridades nacionales y municipales. El paso de los jóvenes atletas es acogido con simpatía por la crecida concurrencia que llenaba las amplias tribunas del Club de Gimnasia y Esgrima.

FOTOS DE VARGAS.

"ESE ES PEOR QUE YO"

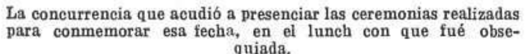
Salinas. — Me dicen que es Loza. Ya decía yo que ese no podía ser el Gallardo del ministerio.

CARICATURA DE ALVAREZ.

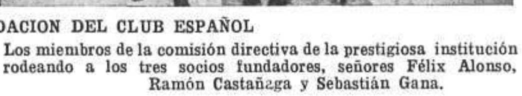
DE ROSARIO



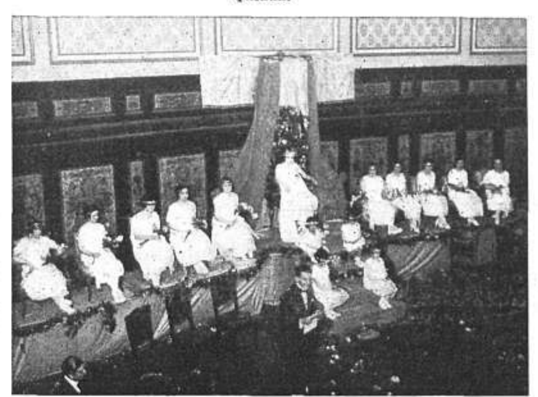
40.º ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DEL CLUB ESPAÑOL



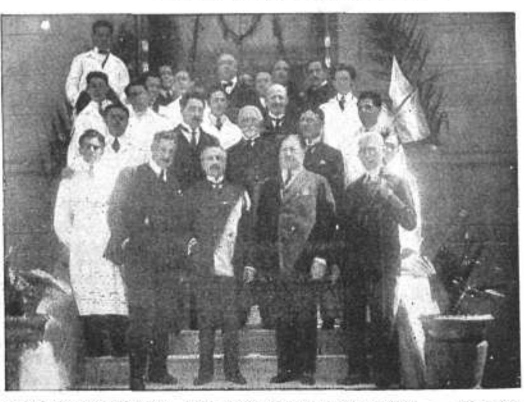
La concurrencia que acudió a presenciar las ceremonias realizadas para conmemorar esa fecha, en el lunch con que fué obsequiada.



Los miembros de la comisión directiva de la prestigiosa institución rodeando a los tres socios fundadores, señores Félix Alonso, Ramón Castañaga y Sebastián Gana.



JUEGOS FLORALES EN LA ESCUELA NACIONAL. — La reina de los juegos y su corte de amor durante la proclamación del autor premiado con la flor natural.



BODAS DE PLATA DEL HOSPITAL CARRASCO. — El vicegobernador, con las autoridades y cuerpo médico del establecimiento, al terminar la fiesta celebrada con ese motivo.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

RAMÓN MIHURA, NUEVO GOBERNADOR DE ENTRE RÍOS POR ALVAREZ

¿Qué decir de él? Que al subir
cuenta con la aprobación
hasta de la oposición,

La Página de la Moda

Últimos Modelos

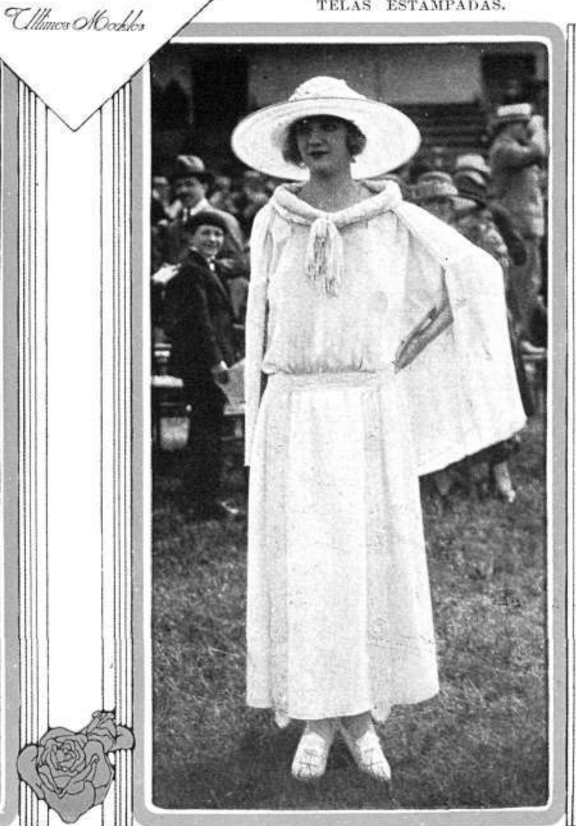


LAS POLLERAS CORTAS NO SE RESIGNAN A MORIR. ESTE SENCILLO Y SIMPÁTICO TRAJE DE PASEO ASÍ LO PRUEBA ELOCUENTEMENTE.



LA MANTILLA, MÁS O MENOS ESPAÑOLA, SIGUE OBTENIENDO EL FAVOR DE LOS MODISTOS, QUE LA COMBINAN CON TELAS ESTAMPADAS.







LOS GRANDES CUADROS CON DIBUJOS ESTILO RUSO DAN A ESTA TÚNICA UN SEVERO CARÁCTER. MANGAS AMPLIAS Y SOMBRERO [illegible]

TRAJE SENCILLÍSIMO ORNADO DE ENCAJES. EL CUELLO EN FORMA DE ALBORNOZ, Y SUJETA A LOS HOMBROS UNA [illegible] CAPITA; BONITO SOMBRERO



ANDRES Y ROY

Por William Harold Thompson

Entre las palmas de sus en un tiempo ásperas pero ahora más bien suaves manos Andrés Mac Intyre estaba preparando cuidadosamente un poco de tabaco. Tenía la cabeza baja, como si aún poseyese el sentido de la vista.

Frente a él, en el más cómodo de los dos sillones, se hallaba sentado Fergus Mac Rostie, recién llegado al pueblo y ya conocido como buen bebedor y lengua larga.

Cuando Andrés consideró que su tarea estaba concluída, sacó una pipa y la llenó. Después dobló cuidadosamente la hoja de diario en que siempre guardaba el tabaco.

— Ponga ésto en la mesa, Fergus — dijo a su acompañante. — Y ahora lo mejor será tomar algo.

Fergus se levantó e hizo lo que se le decía. Cuando volvió a sentarse, ya había tomado una copa de whiskey, comprado con el dinero de Andrés.

— ¿Y cómo van las cosas hoy? — preguntó.

Mientras esperaba la respuesta se desperezó, agitando sus largos brazos, y bostezó ruidosamente.

Hubo unos momentos de silencio. Andrés echó una gran bocanada de humo.

— Esto sigue siendo el infierno, y siempre será lo mismo — dijo. — ¿A qué me hace esa pregunta cada vez que viene a verme? Usted debe saberlo mejor que yo. Yo ya estoy arruinado para siempre. ¡Hace tanto tiempo que deseo morirme!

Se echó atrás en su asiento y alzó la cabeza. Con los dedos empezó a tamborilear en el brazo del siilón.

Andrés Mac Intyre era un hombre grande, barbado, buen mozo, de unos cincuenta años de edad. De tipo escocés, tenía la nariz recta y las mejillas rosadas. Había sufrido muchas desdichas, culpables tal vez de cierta caída de hombros que le hacía aparecer más viejo, y de la sonrisa algo pesimista que siempre plegaba sus labios.

— Esas son sonseras, Andrés — replicó Fergus, con tono cariñoso. — No hay motivo alguno para que hable de la muerte mientras pueda gozar de un buen tabaco y beber de lo mejor. Con buen whiskey adentro, un hombre no tiene por qué desesperar. Además, usted tiene amigos.

Andrés se encogió de hombros.

— ¡Amigos! — repitió. — ¡Buenos amigos son los que tengo! ¿Quién ha venido a verme desde que salí del hospital? Sólo Lamond, el sacerdote, una vez, porque era su deber venir, el joven doctor Grant y usted. ¡Buena partida de amigos!

— Yo no hace mucho tiempo que lo conozco — dijo Fergus, con voz inteligentemente modulada — pero reconocerá que he venido frecuentemente, al paso que los otros... se han distanciado.

— Sí — asintió Andrés, — y se lo agradezco; pero

yo nunca he tenido muchos amigos verdaderos, y ahora que estoy ciego, no hay esperanza de que haga nuevos. La gente huye de los inválidos como yo, y no la censuro. Un ciego es una molestia... Tiene muchas *simpatías*, porque la *simpatía* es lo más barato... Ya me llaman el ciego Andrés... Me alegro mucho de que haya venido, Fergus. Pueden decir de usted lo que quieran; pero usted ha venido a verme y distraerme. Tengo plena confianza en usted.

Fergus miró por la ventana y vió que se acercaba a la casa una mujer:

— Ahí viene la señorita Dundas, la hija del propietario — dijo. — Me iré por la otra puerta, Andrés; pero volveré pronto a verle.

Al salir, Fergus se echó al bolsillo un puñado del tabaco de su amigo.

A Andrés no le agradó la visita de la joven. Era verdad que le debía a su padre las comodidades de que gozaba; pero no le gustaba que fuese a verlo.

Cuando *sintió* que Alicia Dundas se hallaba delante de él, le preguntó en tono brusco:

— ¿Quién es usted y qué quiere aquí?

— Soy Alicia Dundas — contestó la joven. — Antes era usted muy amigo mío, Andrés.

Mac Intyre se pasó la mano por la frente.

— Recuerdo que era usted muy bonita, señorita Alison — dijo. — Jugamos muchas veces juntos cuando usted era una niña; pero ha pasado tanto tiempo...

— Sólo tres años — replicó la joven, que miraba al ciego con los ojos llenos de piedad. — ¿Recuerda usted que fuí a Australia con mi tía? Regresé la semana pasada y todos los días he estado por venir a verle.

— Puede usted venir cuando guste — dijo Andrés. — La casa está siempre muy llena de humo; pero es posible que no la moleste.

Alicia se sentó para oir de boca del propio ciego la historia del accidente.

— Fué cuando estábamos cazando en Ben Cruach — contó Andrés. — Su padre estaba trepando una cerca y su escopeta hizo fuego sola... El tiro me dió en la cara. Dicen que debí morir; pero no morí... Eso fué todo y no creo que sea para usted una novedad.

— Sí — reconoció Alicia. — Y no necesito decirle, Andrés, cuánto siento su desgracia; ya debe estar usted aburrido de oirlo decir.

— Lo estoy — dijo Andrés. — Pero la verdad es que hay poco que decirme. Su padre de usted se ha portado muy generosamente conmigo; me instaló en esta casita y me pasa una pensión para que pueda tener algunas comodidades... que no podría permitirme si tuviese vista... No sé lo que habría sido si hubiera nacido ciego... Ahora puedo recordar, puedo volver a ver lo que vi antes...

La visita de Alicia duró una media hora, y antes de retirarse le dijo al ciego que quería hacerle un regalo.

— Andrés, he oído decir que usted no puede salir mucho porque no tiene quien le acompañe. Sé que la señora Mac Bain, de al lado, lo atiende, le cocina, le limpia la casa y le hace todo; pero usted necesita alguien que lo acompañe a pasear.

— No se preocupe usted de eso, señorita Alicia. Puedo salir al jardín y sentir el sol en la cara — dijo Andrés levantándose y tomando su bastón.

— Pero usted debe hacer ejercicio — insistió la joven. — Y por eso volveré mañana trayéndole mi regalo.

— ¿Un regalo?

— Sí. Voy a regalarle un perrito, raza de Airdale, de dos años. Se llama Roy y ha sido enseñado especialmente para acompañar a ciegos. Es muy lindo y puedo confiárselo a usted. Llevándolo de una cuerda, podrá usted ir a donde quiera. Roy lo guiará con la más completa seguridad.

— ¡Pobre animal! — exclamó Mac Intyre.— ¡Y yo qué pobre diablo soy! ¡Mire usted que pasarse el resto de la vida tirando de una cuerda! Pero de todos modos, le agradezco que haya pensado en mí. Ya estoy dispuesto a querer a Roy; pero dudo que él me quiera a mí.

— ¿Por qué no? — preguntó Alicia. — Lo traeré mañana a las cuatro. Mi papá y yo iremos a Londres el sábado y no sé cuánto tiempo estaremos allá; pero cuando vuelva espero encontrarme con que Roy ha cumplido todas mis promesas.

— Gracias, gracias — repitió Mac Intyre. — Lo que falta será que me pongan una multa por tener un perro.

HACIENDOSE AMIGOS

Cuando Roy fué llevado por primera vez ante su nuevo dueño se manifestó algo inquieto.

— No quiero — parecía querer decir — tener nada que hacer con este hombre; me hace el efecto de que le gusta andar con bastón.

Empleando más inteligentemente los ojos que la voz, Alicia le rogó:

— Roy, no seas malo. Esta es tu nueva casa y tienes que hacerte amigo del señor Mac Intyre.

— Es el perro el que tiene que resolver — dijo Andrés, con cierto dejo de amargura. — Puede ser que esté acostumbrado a estar con ciegos; pero algunos le gustarán y otros no. Lo mismo nos pasa a nosotros.

Luego hizo el gesto con los dedos usual y sonoro para llamarlo.

— Aquí, Roy — dijo, con tono más amable. — Ven y dame la mano.

El cambio en la voz del ciego no pasó inadvertido para Roy. Levantó la cabeza y puso las orejas de punta.

— Después de todo — pensó — puede ser que no sea tan malo como parece.

Y después de un instante de vacilación se acercó a Andrés y se dejó acariciar la cabeza.

— Un perro puede ser una gran comodidad — dijo el ciego. — Yo confiaría más en un perro que en muchos hombres.

Era el espíritu de desconfianza lo que iba a amargar la vida de Andrés en lo sucesivo. Como vivía en perpetua obscuridad, desconfiaba de todos, con excepción quizás del doctor Grant. Una ocasión hasta se permitió sospechar de Fergus y de la señora Mac Bain, la joven viuda que vivía en la casita de al lado y hacía las veces de dueña de casa para él.

Cada día que pasaba lo dejaba menos resignado a su triste destino, que lo había llevado a una situación de invalidez casi absoluta, y su amargura aumentaba con trágica rapidez. Se hizo violento, y en especial con el sacerdote, reverendo Lamond.

— ¡La fe! — le dijo una ocasión. — ¿Qué necesidad tiene de fe un desgraciado como yo? Todo lo que sé es que es fácil sonreir y cantar cuando nada lo atormenta a uno; pero yo ¿cómo podría cantar en la iglesia?

El reverendo Lamond suspiró y movió compasivamente la cabeza.

— La religión le daría consuelo en su aflicción — replicó.

— Pero siempre sería ciego — exclamó Andrés. — Habría sido distinto tal vez si tuviera veinte años menos; pero ahora soy demasiado viejo para aprender... para adquirir ideas nuevas.

Con el transcurso del tiempo su único consuelo llegó a ser Roy. En Roy, por lo menos, podía confiar, y esa confianza se hizo completa, absoluta.

— Tú y yo no más — le decia a Roy, acariciándole la cabeza, tirándole suavemente las orejas. — No hay nadie más: solo tú y yo.

Por su parte, Roy se mostró dispuesto a pasar con el ciego toda su vida, sucediese lo que sucediese.

Trabajaba lealmente y bien, y se veía recompensado con un hogar cómodo y comida suficiente y buena. Es verdad que, como Andrés había dicho de él mismo, se pasaba la vida tirando de una cuerda; pero aunque Roy envidiaba a los otros perros su libertad, su envidia era aminorada por el hecho de que nunca había conocido las dulzuras de la libertad.

Habían pasado muchas semanas cuando Roy se aventuró a hacer solo su primera salida, en un radiante día de primavera. Estuvo fuera tres horas y cuando volvió a la casa encontró a su amo muy inquieto por él y en compañía de un hombre en quien Roy reconoció al doctor Grant. Los dos lo acariciaron y siguieron conversando.

— ¿Qué es de Fergus? — preguntó el doctor. — Viene frecuentemente a verle, ¿verdad?

En la voz del doctor Roy creyó notar cierto tono de censura.

— Sí — contestó Andrés. — Y no me diga nada de él. Es posible que en el pueblo no lo quieran; pero yo recibiría bien al diablo si viniera a verme y fumara una pipa y tomara una copa conmigo.

El doctor puso una mano en un hombro al ciego y le dijo:

— No diré de él sino que es joven y activo, y muy bien podría estar en donde usted no puede estar.



FERGUS ESTABA ECHÁNDOSE AL BOLSILLO EL RELOJ DE PLATA DEL CIEGO, CUANDO ROY DIÓ UN LADRIDO FURIOSO Y SE LANZÓ SOBRE ÉL.

— ¿Qué quiere usted decir?

— Que para su salud sería mejor que Fergus lo visitase menos... si a cada visita suya se ponen a beber. Usted no se preocupa de lo que puede hacerle mal, Andrés. Se lo digo aunque se ofenda, porque debo decírselo.

— Mi dinero es mi dinero — replicó bruscamente el ciego — y si quiero gastarlo en whiskey, eso es cosa mía y nada más que mía.

DOS PICAROS

A los pocos días Roy tuvo ocasión de participar directamente en los asuntos de su amo.

Fergus Mac Rostie, a quien siempre había detestado y a quien siempre le gruñía inamistosamente, fué a visitar a su amo, llevando como siempre una botella de whiskey comprada con dinero del ciego; pero esa vez no bebió tanto como de costumbre, a pesar de que dió bastante whiskey a Andrés.

Sabía donde guardaba su amigo su poco dinero, y bajo pretexto de ir a buscar agua, sacó diez chelines en plata y se los guardó. Después encendió la pipa y resolvió llevarse también un reloj de plata que el ciego tenía.

Por su parte, Roy había sospechado siempre que el amigo de su amo era un grandísimo pícaro. Probablemente no sabía que Fergus le robaba el dinero, pero tenía la idea de que estaba haciendo algo malo, y que lo hacía con mucha maña.

Resuelto Fergus a llevarse el reloj de plata, lo tomó, y estaba echándoselo al bolsilló, cuando Roy dió un ladrido furioso y se lanzó sobre él.

— ¡Maldito seas! — murmuró Fergus, y dió a Roy un puntapie.

El ladrido del perro llamó la atención de la señora Mac Bain, que no tardó en hacer acto de presencia.

— ¿Qué pasa, Andrés, qué pasa? — preguntó llena de inquietud al ciego.

— Fergus le ha pegado a Roy — contestó éste. — No sé por qué Roy se le habrá ido encima; pero, por algo debe haber sido.

— ¿Por qué? — refunfuñó Fergus, sobándose el muslo como para alejar un dolor. ¡Por nada! Iba a buscar agua al aparador cuando el perro se me vino encima y me mordió. Pero yo le devolveré la cortesía: lo mataré de un tiro.

— ¿Lo matará usted? — preguntó el ciego. — Entonces matará algo de mí mismo.

Andrés se volvió a la señora Mac Bain y siguió diciendo:

— Señora, le debo a ese hombre una botella de whiskey, hágame el favor de pagársela. En el cajón del aparador hay dinero. Debe haber treinta y siete chelines y unos peniques. Dele lo que le debo y que se vaya.

— Me iré sin el dinero — dijo Fergus, dirigiéndose a la puerta; pero dándose cuenta del peligro se detuvo y se echó a reir. — En realidad — agregó — ya saqué el dinero hace un momento, pensando no molestarlo.

— ¡Ah! — exclamó Andrés. — ¡Por eso Roy se le fué encima!

Había perdido una ilusión más, y cuando media hora después la señora Mac Bain le dijo que faltaban otras cosas, Andrés comprendió que el hombre a quien había considerado amigo había estado robándole regularmente desde quién sabe cuánto tiempo hacía.

— Roy — le dijo al perro, mientras se desnudaba para acostarse esa noche, — no confío en nadie; todos son lo mismo.

Una lengua cálida le lamió la mano y Andrés acarició la suave cabeza del perro.

— Pero aquí al lado vive la señora Mac Bain — siguió diciendo el ciego, — y es buena. Es viuda y yo soy viudo... Algunas veces he pensado que sería bueno... Ya lo pensaré despacio... No hay apuro...

Pasó un año antes de que Andrés se resolviese a ofrecerse como marido a su vecina, que también había pensado en que le convendría casarse con el ciego: podría vivir en su casa y trabajar menos.

Por desgracia para la señora Mac Bain, Roy llevó a Andrés al jardín en el preciso momento en que ella estaba hablando con una amiga íntima.

— Creo que pronto se resolverá — decía. — No es caso de amor; pero disfrutará de la casa mientras viva y tiene más dinero del que necesita.

Andrés tiró de la cuerda y Roy, comprendiendo lo que quería, lo llevó de nuevo a la casa.

— Está bien. Me he salvado en un pelo — pensó Andrés. — Después de todo, estoy contento. No hay ninguna mujer que pueda reemplazar a mi pobre Molly...

BUEN PERRO

Y un día, mientras acompañaba a su amo a dar una vuelta por el pueblo, Roy se detuvo de repente, lleno de miedo, y luego quiso volver atrás.

Casi silenciosamente, un enorme automóvil de carga acababa de cruzar la esquina. Desde la otra acera una voz, la voz de Fergus Mac Rostie, incitaba a Andrés a que cruzase la calle... No debe pensarse que Fergus tenía malas intenciones; pero su voz, que ya había dejado de ser familiar al ciego, lo llamaba en dirección contraria a la que quería llevarlo Roy.

Hubo un crugido de frenos; un grito de mujer; un ladrido desesperado de Roy... Una hora después, Andrés, todo dolorido, estaba en la cama y conversaba con el doctor Grant.

— Sólo en dos seres vivos confío — decía el ciego, — en Roy y en usted... Usted siempre me ha dicho la verdad, doctor. ¿cuánto tiempo estaré enfermo? Dígamelo.

— No mucho — contestó el doctor. — Los dolores se le pasarán pronto.

Andrés se humedeció los labios con la lengua.

— Gracias — dijo. — Los hombres honrados son pocos... Bueno, cuando me muera le dejaré a Roy, porque estoy seguro de que lo tratará bien... si no... lo maldeciré por toda una eternidad... Usted nunca se ha enojado con él.

— Nunca — confirmó el doctor. — Ahora me voy; pero volveré mañana temprano.

— Entonces, ¿tendré que quedarme en cama algunos días?

— Sí; un día o dos.

Andrés estuvo en la cama más tiempo. Repentinamente se agravó, pues los golpes que había recibido al ser atropellado por el camión fueron más serios que lo que al principio se había imaginado el doctor. Tres semanas después, era un caso perdido, y Andrés lo sabía; pero en ese tiempo había recobrado su fe en la humanidad, y la había recobrado por el amor de un perro.

— Roy — solía decirle, — eres un ser maravilloso... Un trabajador maravilloso en maravillas...

Roy lo miraba con los ojos llenos de ternura y como diciéndole: — No hable sonseras.

— Tú no entiendes — seguía Andrés; — pero me has hecho feliz porque me has hecho creer de nuevo en que puede haber bondad en la tierra.

Después de haberse marchado el doctor esa noche, y antes de que la señora Mac Bain se presentase, el ciego habló otra vez a Roy:

— Así es el mundo — le dijo. — Unos vienen y otros se van, y nadie ha sido todavía suficientemente inteligente para decir lo que eso significa. Pero, Roy...

El perro le lamió dulcemente la mano.

— Será mejor para ti — siguió diciendo el ciego. — Ya no tendrás que tirar de la cuerda...

....

El doctor Grant vió a Roy cerca de la humilde tumba en que fué enterrado Andrés Mac Intyre; pero por primera vez el perro lo miró con rabia y le mostró los dientes. Veinticuatro horas después Roy seguía tendido en el césped que cubría la tumba de su amo, cuando el doctor fué a buscarlo.

Entonces, cansado, medio hambriento, los ojos turbios, Roy miró amistosamente al doctor y le tendió una mano, como diciendo:

— Está bien; me iré con usted.

Pero Roy no pudo tener tranquilidad en casa del doctor, y dos noches después fué encontrado de nuevo, pero esta vez frío y rígido, en la tumba de su amo.

— El vínculo que unía a Roy y Andrés era muy fuerte — le dijo el doctor Grant a su hermana, que había ido al cementerio con él. — Era una cadena cuyos eslabones eran más fuertes que el acero.

Se agachó, levantó suavemente el cadáver del perro y se lo llevó...

F I N

— ¡Yo, joven, me enriquecí con las artes!
— ¿Pintor?... ¿Escultor?
— No... ¡Yo fuí comerciante de colores y artículos para dibujo!



ARTICULOS DE PESCA

— Buenos días, señor... Desearía unos gusanos.
— Sólo me queda uno, señor... pero... puede usted pasar enfrente y ver al vendedor de quesos... ¡Que es el que me los vende diariamente!

UN HIJO: HAY QUE LUCHAR MÁS

Quiero tener, por si el dolor depura
su saña y luego al goce me provoca,
duro mi corazón, como la roca;
mi voluntad, como la vida, dura.

Juré guerra mortal a la ternura;
y cuantas veces con aleve y loca
maldad me toque al corazón, mi boca
será blasfema pero no perjura.

Ayer fuí padre. Para dar cabal
noticia de ello a mi turbada sien,
una gota rodó del lagrimal
hasta la boca, en silencioso tren.
Era tan acre como el mal vital;
y la escupí en silencio y con desdén.

A. HERNÁNDEZ - CID



LA LEY

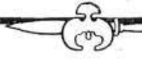
Yo digo: "esta es mi ley y este es mi rumbo";
y pienso que voy recto a mi destino.
Pero cada incidente del camino
hace torcer mis pasos, y sucumbo
a cada tumbo
y a cada trino...

Ayer no más, mientras el alma entera,
ya desprendida de las cosas, era
una contemplación solemne y santa,
un himno puro y una viva hoguera,
llegó aquel beso, y la cobarde planta
quedó inmóvil, clavada y prisionera...
Ha transcurrido el día y no adelanta
la carrera...

El tiempo huye y pasará la hora;
mas el alma incansable se desvía
a cada flor, a cada melodía,
y anda y desanda su camino... Ahora
aguarda un nuevo día...

Y como la avidez va aguijoneada,
como la tentación cambia de nombre,
ya ni la vida, ni la muerte, nada
trocaré por mi orgullo de ser hombre.
Esta es mi ley...
Que siga la jornada...

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ



También lloran los sauces...

Hoy con hondas tristezas en el alma,
He recorrido el monte de la estancia;
Busqué su soledad, la precisaba,
Porque hay en mí una pena muy amarga.
Me pasé muchas horas, mucho tiempo,
Sentado al pie de un árbol que yo puse
(Todas son plantas que plantó mi mano),
Y era tan grande mi dolor, que en vano
El llanto amargo, contenerlo pude.
Salí del monte... desde el campo abierto,
Lo contemplé con infinita pena,
Porque vi que las ramas de los sauces,
Como nunca caían!...
¡Los sauces como nunca
Lloraban la tristeza de su amo!...

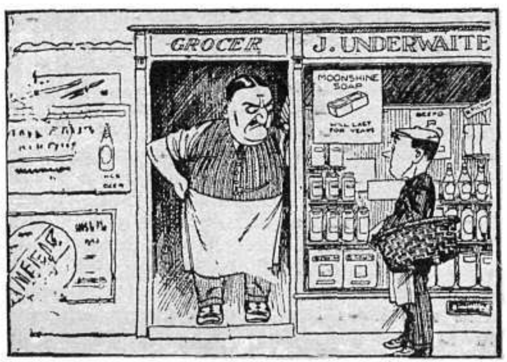
FAUSTO E. VIGLIONE



— No te rías... Ayer mismo, un joven me ha propuesto raptarme...
— Ese joven, atleta seguramente, querría entrenarse para los Juegos Olímpicos...



El. — El hecho es que tú gastas mucho dinero.
Ella. — No; el hecho es que tú no ganas bastante.



El tendero. — ¿Qué dijo el señor Peréz cuando le pediste el dinero?
El chico. — Que si volvía me daría una bofetada.
— Bien; ¡vuelve y dile que sus bofetadas no me acobardan!

La Carta perfumada

Por Luis Enrique Osorio



Hubo algo que a Juan de Flor le trastornó el seso al comienzo de su carrera intelectual en Buenos Aires, y fué la leyenda de las solicitudes amorosas con que se dice que asedian las románticas chicas porteñas a los escribidores de fama.

El anhelo de recibir una tarjeta perfumada, con la correspondiente cita en la mesa de algún café, en las frondas del rosedal o en cualquier otro sitio propicio al platonismo mistificado, convirtióse para él en una obsesión más fuerte que la gloria. Desde que abandonó a la harpía de su esposa, una energúmena mujerzuela al estilo de las características de género chico, el amor al arte y a la tranquilidad no fueron mucho a llenar el vacío de su alma. Juan de Flor experimentaba la necesidad de un espíritu compañero — y femenino, se entiende — que le endulzase la lucha por el duro y mal cotizado laurel. Sabedor así de este aspecto galante de la literatura platense, hubiera vendido la inmortalidad por la sonrisa de una admiradora.

No obstante, aunque había echado su nombre a circular en todas las publicaciones, a la postre de cuentos y poemas y otras barrabasadas de la moderna grafomanía, quedábase siempre esperando el codiciado efecto. A lo sumo encontraba un amigo que le decía de prisa:

— Leí su cuentecito... Leí sus versitos... — Y estos diminutivos le producían a Juan de Flor el efecto de una bofetada.

Agobiado por el desengaño preguntábase por qué el dios de las liras y la letra de molde le excluía de tan ansiada recompensa. ¿Hallaríase el obstáculo en los títulos?... ¿o en los asuntos?... ¿o en el retrato de las carátulas?

Resuelto a romper, a triturar el silencio que guardaban para con él las hijas de Eva a despecho de costumbres y justos merecimientos, resolvió atraerlas agotando toda clase de recursos. Escribió novelas en las que relataba como reales las aventuras imaginarias que le tenían trastornado el magín, en las cuales él descollaba siempre como un héroe folletinesco... ¡Oh, los secretos sentimentales que guardaba su «garçoniére»!... ¡Oh, las mujercitas a quienes inmortalizara en un folleto con ilustraciones acomodaticias!... ¡Oh las escritoras a quienes hacía célebres presentándolas en todos los talleres tipográficos del parnaso nacional!

Luego venían los títulos: «La chica que me llamó por teléfono»... «La Muñeca de las cartas violetas»... «La admiradora de mis tristezas».

Por último iba de fotógrafo en fotógrafo, encomendándose con todas las fuerzas de su ánimo a la indulgencia del objetivo y a la minuciosidad del retoque; adoptaba una mágica apostura, sonriendo con aire de amorosa melancolía... ¡Plim! El obturador, haciendo otra de las suyas, trasladábale al papel satinado en competencia con las figuras byronianas.

Entonces quedaba esperando que llegara el eco dulcísimo de sus mayores ansias. Cada vez que veía pasar el cartero, el corazón le daba un vuelco; cada vez que sonaba el timbre del teléfono Juan de Flor levantaba el tubo con mano temblorosa, esperando escuchar una voz meliflua que le dijera:

— Soy una admiradora... En Florida a las siete... Soy la mujer que hallará usted suspirando junto a una vitrina de tal tienda donde exhiben artículos para hombre...

A pesar de todo pasaban los días y eran siempre infructuosos los recursos de Juan de Flor.

Para colmo parábase junto a los kioscos y pasaba allí largas horas dominado por la emoción, espiando el momento en que se acercase una chica de ojos muy negros y dijera con tono apasionado:

— ¡Ay! ¡Juan de Flor ha publicado en esta semana!! ¡Demelóóó!!!

El saltaría entonces a la palestra para decir con la más exquisita galantería:

— Permítame, señorita, que le ponga el autógrafo... Yo soy... Juan de Flor.

Ella entonces le reconocería por el retrato, aunque con alguna dificultad; contemplaría ruborizada al superhombre; dejaríase conducir por él como una pluma... como una pluma con que pudiera, no ya escribirse, sino vivirse la más trascendental de las novelas cortas.

De pronto se acercaba al kiosco una chica fascinadora... Juan de Flor estremecíase hasta perder casi el equilibrio y la clara visión de las cosas. ¡Al fin!

Ella miraba el retrato y dejaba escuchar su acento dulcísimo en la ventanilla:

— ¿Tiene usted... figurines?

— Si, señorita.

Juan de Flor dirigíase entonces a recorrer todas las redacciones en busca de cartas. Súbito le entregaban una... dos... tres. El no acertaba a romper el sobre ni a leer el sobreescrito; iba a un rincón dando traspiés y... eran cuentas de la patrona,

del tendero y del sastre, que ignorantes del paradero del poeta le recordaban deudas por la vía de Apolo.

Una vez, ¡oh sorpresa! ¡oh felicidad! ¡oh alegría de vivir!, llegó la deseada carta. Sí: era de mujer. Decíalo el perfume, reafirmábalo la coquetería del sobre, en el que se dibujaban los más delicados rasgos caligráficos.

Juan de Flor vió que los caracteres se borroneaban bailándole ante los ojos un tango frenético. La sangre le bulló en la cabeza y el pecho ante la perspectiva de un amor nuevo y original. Lo primero que hizo fué ver la firma: ¡Nora! El nombre le supo a gloria. Vió sonreir a Nora, a la rubia Nora, que le contemplaba con tímidos y apasionados ojos acariciándole la cabellera... la escasa cabellera degenerada por el fuego del pensamiento.

—¡Mi genio!... ¡Mi amor!

Y una aureola de besos, mejor que de laureles, le iluminaría la calva incipiente.

Acto continuo devoró el *contenido:*

«Soy su lectora más asidua. Reconozco en usted al más grande artista de la época. Si supiera usted qué horas de ensoñación me han hecho pasar sus producciones cuando voy a leerlas y releerlas como de costumbre bajo los árboles de Palermo, a la orilla del lago de los cisnes...»

¡El parque! ¡La hora vespertina! ¡Todo lo que él había venido soñando! Juan de Flor bendijo a la naturaleza que le había hecho poeta y subió al acoplado de un tranvía que iba hacia el paraíso de sus ilusiones. Comenzaba quizá a vivir su obra definitiva, inmortal...

Era una tarde... como todas las otras; pero a Juan de Flor le pareció Buenos Aires un mundo de ensueño... El oro crepuscular se derretía sobre la silueta de los edificios, en cuyos perfiles temblaban sutiles franjas amoratadas, como una transpiración de luz. Aquello era para él un cúmulo de palacios encantados, bajo cuyas sombras abría sus alas la mariposa de la poesía vivida.

Al fin vió el campo abierto... Los monumentos marmóreos cuya blancura surgía de entre las frondas a manera de amorosas evocaciones... El sol barnizaba de llamas la negrura del asfalto brillante, convirtiéndolo en amplia placa de metal dorado, sobre la cual rodaba el enjambre de los autos, a modo de capullos arrebatados por el huracán, que encerrasen cada uno otro amor en ciernes... otra larva que habría de convertirse en mariposa.

Internóse por las sendas ornadas de palmeras y altos eucalyptus... Sobre las aguas del lago el sol gesticulaba y se deshacía en ondas bulliciosas. A flor de agua distinguió la curva silueta de los cisnes: liras enlutadas con sangre en el extremo de su cuello.

Distinguió una silueta femenina... Era Nora, que se hallaba en la orilla, respirando a pulmón lleno la atmósfera tibia de emanaciones primaverales.

Juan de Flor se fué acercando sin poder dominar su ansiedad... Temblaba como un chiquillo... Dióse luego a pensar en el modo cómo debía hacer acto de presencia, hasta que resolvió asumir el aire de un Don Juan despreocupado y perturbador.

Antes de que Nora le reconociese, pasó con disimulo cerca a ella... ¿Qué vió Juan de Flor?... ¿Por qué sintió en el pecho una frialdad sepulcral? ¿Por qué se dibujó en sus labios una sonrisa amarga y sintió deseo de competir en pesimismo con el mismísimo Schopenhauer?... ¿Por qué huyó a toda prisa temiendo que hasta las aves rieran de verle en ridículo?

Porque la admiradora resultaba ser nada menos que la harpía de su mujer, la enemiga de sus más bellas inspiraciones, la iconoclasta de todas sus herramientas líricas, la que le obligó a tomar las de villadiego a fuer de fealdad y arañazos.

Viendo ella que no le era posible «reconstruir *su vida*», resolvió apelar a los fueros tradicionales, obligando a Juan de Flor a volver sobre el peor de sus pasos. Tal vez pensaba conmoverle con súplicas desgarradoras, con lágrimas de femenino artificio.

Juan de Flor, afortunadamente para las letras continentales, supo huir esta vez.



Lo primero que hizo fué acudir a un tocayo amigo para contarle aventura tan desventurada... y darle un sablazo. Era el tal un prójimo que a trueque de enredos financieros y engaños al por *mayor*, y aun al detalle había logrado descollar en el mundo de las finanzas y amparaba a Juan de Flor en los momentos de mayor escasez.

Allí pudo el poeta encontrar entre facturas y pagarés más de media docena de cartas perfumadas; y después de oir el timbre del teléfono repetidas veces, escuchó con distintos tonos melifluos la pregunta de sus desvelos:

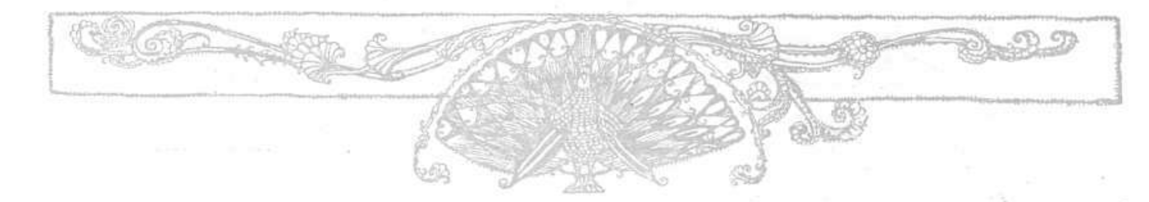
—¿Está Juan?

Juan, el Juan comerciante y embaucador, contestaba sonriendo, satisfecho de la vida, en tanto que Juan de Flor pensaba para sí, contradiciendo a un colega ilustre:

—Quien supiera... dejar de escribir.

Esa tarde llegó a su casa convencido de que los poetas no hacían más papel que el de desarrollar en las mujeres el sentimentalismo para que ellas fuesen luego a desahogarse con los secuaces de Mercurio. Fué tal su ira ante el convencimiento del triste papel sirvientil que jugaba el literato en las olimpíadas del amor, que no teniendo a su mano la lira de que tanto se habla, rompió un lápiz y dos bloques de papel.

No obstante, al día siguiente comenzó otro poema... y volvió a retratarse.





EL BAGRE

O *bagro*, llamado *mandií* por los guaraníes y *mochuelo* en algunos sitios, pertenece a la familia de los *silúridos*. El nombre silúrido viene del *siluro*, un pez grandote y malo que se come a los niños, del cual hablaremos otro día. Los silúridos argentinos son los siguientes: la vieja, el armado, el manduví, el manguruyú, el zurubí y el bagre. Hay varias clases de bagres: el bagre amarillo, el bagre blanco, el bagre a secas y el bagre sapo. Sería muy difícil que comprendieses, lectorcito, los nombres científicos de estos peces. Aquello es un lío formidable que tú desenredarás cuando seas mayor y te dediques a estudiar zoología.

El bagre del viejo mundo habita en el Nilo y se divide en dos especies. Es un pez sin escamas y que solamente tiene espinas en las aletas, de color gris y de 0.90 a 1 metro de longitud. Todos los silúridos poseen unos tentáculos o bigotes en los labios.

Dice un autor al hablar de los bagres americanos que: «habitan los principales ríos, especialmente en los países cercanos al ecuador, donde se hallan con tal abundancia que sin ninguna dificultad se les puede matar a palos, penetrando en el agua a pocos pasos de las orillas. Los naturales de los países donde se encuentran descargan, al sacarlos del agua, fuertes garrotazos en las aletas con el objeto de inutilizar sus aguijones que son unas magníficas armas ofensivas y defensivas para los bagres, pues además del agudísimo dolor que se siente al ser herido por ellos se produce una gran inflamación que dura cuando menos seis o siete días».

Como, según creo haberte dicho en otra ocasión, todos mis viajes por la Argentina están limitados al norte por el Tigre, al sur por Lomas de Zamora, al este por la dársena y al oeste por Ramos Mejía, no conozco más bagres que algunos tipos dañinos que andan sueltos por esas calles. Todavía, que yo sepa, no existe un libro donde se explique a la gente con palabras claras la anatomía, variedades y costumbres de los peces argentinos. Y es una lástima que los sabios criollos se limiten a escribir para los sabios solamente.

A propósito de bagres y de peces voy a decir algo importante. Pedrito Botti me escribe desde Villa Cañás: «Hay en un gran tanque de la chacra (somos colonos) unos pescaditos del tamaño de las sardinas, que no son ovíparos. Esto llamó hace tiempo mi atención, pues he leído que, fuera de los cetáceos, los peces nacen de huevos. Pues bien, he tomado «varias pececillas», les abrí el vientre y conté que una sola tenía hasta 115 minúsculos pececitos que al soltarlos en el agua huían nadando. Esto me ha dado que pensar y creo que solamente usted podría explicar el fenómeno».

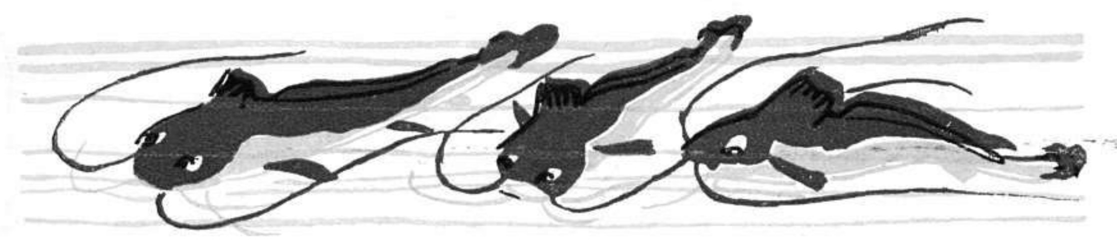
Agradezco al buen observador Pedrito Botti el concepto en que me tiene inmerecidamente.

La inmensa mayoría de los peces es ovípara; una minoría, formada por los *embiotócidos* y casi todos los *selacios*, es vivípara. *Embios*, en griego significa vivo, y *tokos*, parto.

A los selacios, pertenecen el tiburón, la pintarroja, el cazón, la quimera, el torpedo y otros.

Ahora bien, amigo Botti: le pido dos cosas. Primera que no llame peces a los cetáceos, que son mamíferos adaptados a la vida acuática, y segunda, que me envíe la descripción detallada de esas «pececillas» del tamaño de sardinas. Con esos datos consultaré a un verdadero zoólogo y veremos lo que resulta. Tal vez se trata de un descubrimiento.

EDUARDO DEL SAZ



DIBUJOS DE MACAYA.

Página Infantil

Nina de la Torre





Nina de ... Ethel J. Mulhall Huergo

LA VIEJA MARIANA

ACUARELA DE JORGE LARCO



EL GOBERNADOR DON JOSÉ LUIS CANTILO EN SU DESPACHO. PRIMERA FOTOGRAFÍA TOMADA DESPUÉS DE LA ASUNCIÓN DEL MANDO.

EL DIA DE UN GOBERNADOR

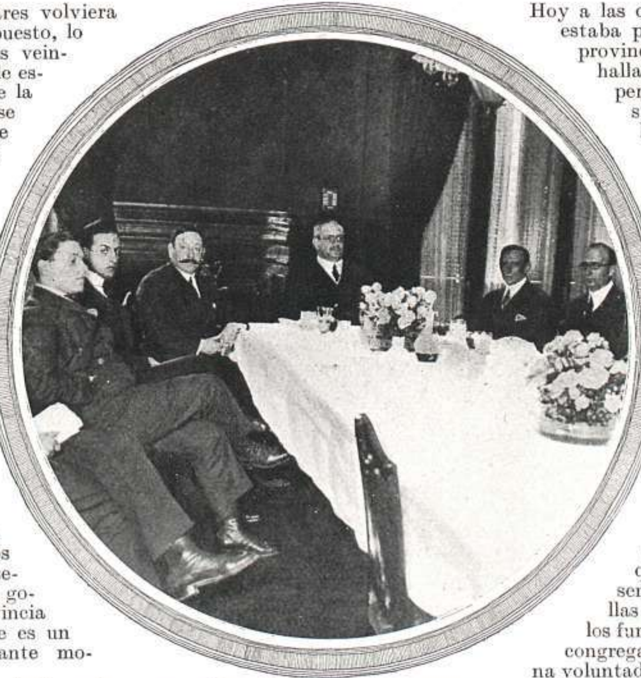
CON EL SEÑOR JOSE LUIS CANTILO

GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Si uno de los Césares volviera hoy a ocupar su puesto, lo perdería dentro de las veinte y cuatro horas. Se le escaparía el gobierno de la mano. Para asegurarse el título de gobernante no son esenciales ya las virtudes de Marco Aurelio o de Zadig. Hay que ser activo, ubicuo, andar, estar en todas partes y si fuera posible ser sonámbulo para continuar de noche la ruta del día interrumpida.

Por eso el día de un gobernador de hoy exige varios cronistas, y podrían llenar un libro los detalles de la gestión administrativa. Sobre todo si nos encontramos con el señor José Luis Cantilo, gobernador de la provincia de Buenos Aires, que es un ejemplo del gobernante moderno.

Ayer eran las diez de la noche y no había vuelto aún a su casa.



EL SEÑOR CANTILO, DE SOBREMESA CON SUS SECRETARIOS DE ESTADO.

Hoy a las ocho de la mañana ya estaba por los caminos de la provincia, antes de ayer se hallaba en el Azul, la víspera inauguraba la Exposición de Avicultura en la Plata. La tierra se anima bajo sus pies; el señor Cantilo anda. Encima de un «tapis roulant» se le ve pasar por todas partes. Es su programa de gobierno. Hallarse presente en todas las expresiones vivas de la vida provinciana que se inician, que maduran, o que culminan en un resultado de progreso y de cultura. El señor Cantilo es como un gran padrino — forma moderna del antiguo patriarca— que prohija con su presencia las reuniones aquéllas en que el trabajo echa los fundamentos de una obra, congrega a los hombres de buena voluntad y les da la alternativa. Este espíritu inquieto y diligente que ensaya en la gobernación hace



EL SEÑOR CANTILO SALE A RECORRER LA CIUDAD SEGUIDO DE SU SECRETARIO, SEÑOR RODRÍGUEZ IRIGOYEN.

Tengo orientaciones definidas en el gobierno de Buenos Aires.

Desde luego, procuro extender las líneas del Ferrocarril a Meridiano V, para vincular a La Plata con la Provincia, corrigiendo el error fundamental de su aislamiento.

Esta expansión ferroviaria tiene la inmediata consecuencia de favorecer al productor, por cuanto permite al Estado el transporte económico y a crédito de la producción hasta los grandes mercados de venta.

En ellos las empresas proyectadas, galpones para guardar cereales en el puerto de La Plata y matadero frigorífico en Avellaneda, complementarán la obra, con el depósito, también a crédito, de los productos.

Los vagones frigoríficos y las cámaras frías de Avellaneda, traerán como consecuencia el matadero regional y el transporte de una parte de la carne, ya faenada, desde el punto de origen.

Procuro el mejoramiento de la vialidad, porque es legítima y perentoria exigencia del pueblo de la Provincia, y la división de la tierra, en derredor de los centros de población y las estaciones, para contribuir, de tal suerte, al progreso general, retardado por el latifundio.

Quiero regularizar las finanzas, mejorar la salubridad pública e impulsar la asistencia social, fomentar la pequeña industria de la granja y otros muchos progresos, que he de obtener, con la adhesión, cada día más evidente, de la opinión pública, el patriotismo de los legisladores, la fe en el porvenir de la Provincia y la voluntad inquebrantable de no detenerme ante ningún obstáculo.

La Plata, octubre 19 de 1922.

José Luis Cantilo



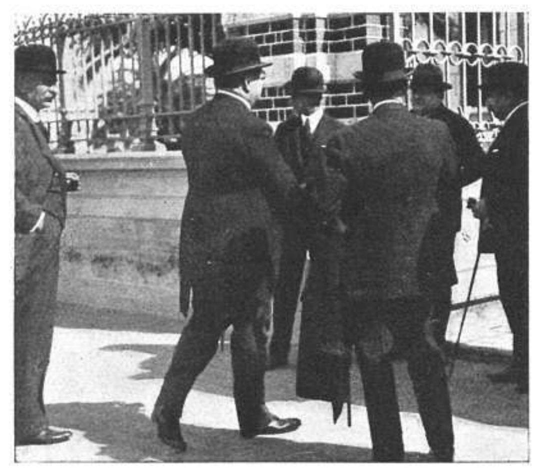
EL SEÑOR CANTILO EN LOS CORREDORES DE LA RESIDENCIA, DE VUELTA DE UN ACUERDO DE MINISTROS.



EL SEÑOR CANTILO DEJANDO EL LOCAL DE LOS EJEMPLARES PREMIADOS.



EL SEÑOR CANTILO DANDO CONSEJOS A LOS CRIADORES DE AVES.



EL ACTIVO GOBERNADOR ENTRANDO A LA RESIDENCIA, PARA LIQUIDAR LOS ASUNTOS ADMINISTRATIVOS, DE VUELTA DE SU VIAJE AL AZUL.



UNA DE LAS SITUACIONES MÁS COMUNES EN LA VIDA DEL GOBERNADOR: RODEADO POR UNA COMISIÓN DE RECEPCIÓN.



DESPIDIÉNDOSE AFECTUOSAMENTE DE LOS MINISTROS, DESPUÉS DE LA INAUGURACIÓN DE UNA OBRA.

también que la actividad de las obras de estado se acelere y que la burocracia no sea el mal que neutraliza la acción de los hombres de gobierno. No es la polilla un parásito que resista al aire fresco que trae consigo y a la energía aplicada del señor Cantilo.

La ciudad de La Plata, que duerme extensamente como la bella del cuento, no es un espectáculo amable para el actual gobernador. Quiere sacarla de su modorra. Y para ello ha visto que sólo haciendo de La Plata una ciudad industrial podrá prestarle fuerzas, reanimarla. La industria del grano, el mercado de cereales, los derivados de la ganadería y la agricultura, la granja, podrían dar a la capital provinciana una población activa y feliz, en vez de la administrativa y universitaria que ha impuesto al silencio como su dios tutelar.

Vizconde de Lascano Tegui.



EL SEÑOR CANTILO CON UNO DE SUS COLABORADORES MAS ACTIVOS EN EL GOBIERNO, SEÑOR RODRÍGUEZ IRIGOYEN.

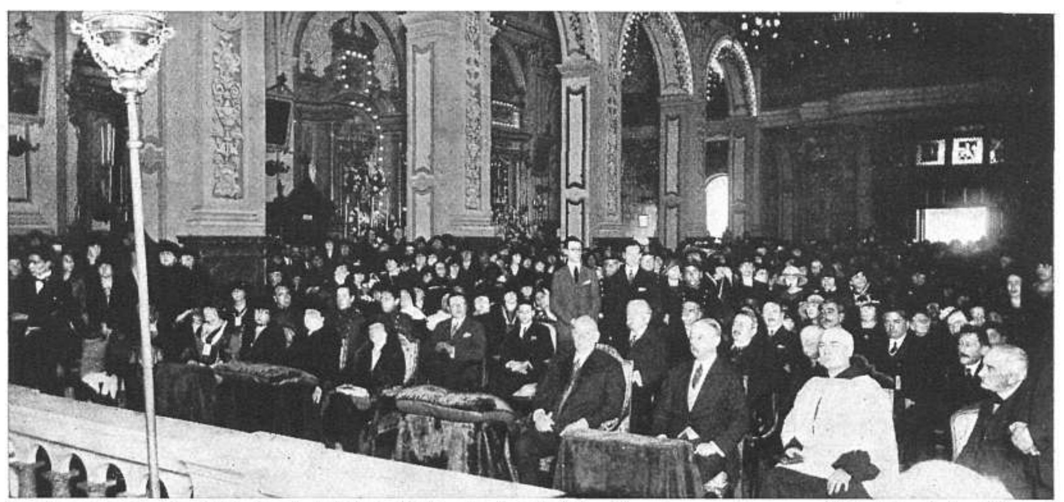


SALUDANDO A LOS ORGANIZADORES DE LA EXPOSICIÓN AVÍCOLA.



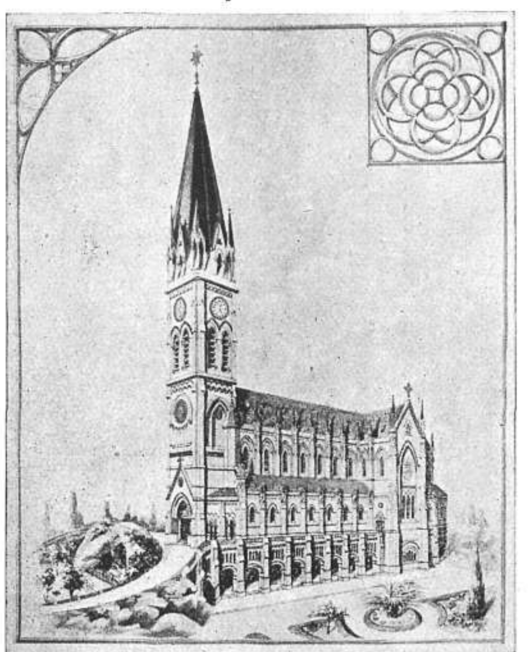
EL SEÑOR CANTILO ENTRANDO AL LOCAL DE LA EXPOSICIÓN DE PRODUCTOS DE GRANJA.

3er. CENTENARIO DE LA CANONIZACION DE SANTA TERESA DE JESUS



Aspecto que presentaba el interior de la iglesia del Carmelo durante la función solemne en la que pontificó el Nuncio Apostólico. En la primera fila hállanse el Presidente de la República, doctor Alvear; el embajador de España, marqués de Amposta, y la señora Regina Pacini de Alvear, ocupando las amplias naves una selecta concurrencia.

Colocación de la piedra fundamental de la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes



Plano de la nueva iglesia que se construirá en Santos Lugares (F. C. P.), costeada con las donaciones espontáneas de los devotos de esa milagrosa Virgen.



Monseñor Alberti, obispo de la Plata, bendiciendo la piedra fundamental en presencia de una enorme multitud de fieles que acudieron de todas partes del país y de las naciones vecinas.



Durante la sagrada misa oficiada junto a la gruta. En la ceremonia de la piedra fundamental fueron padrinos la señora Pacini de Alvear, representada por la señora Magdalena Cantilo de Bullrich; el gobernador de Buenos Aires, representado por su hija señorita Josefina Cantilo, y un grupo de distinguidas damas y señores de nuestra sociedad.

CAMPEONATO SUDAMERICANO DE LAWN TENNIS

Los argentinos clasificados campeones

En un ambiente de caballerosidad y cultura se ha desarrollado el 2.º campeonato sudamericano de tennis por la copa Mitre. Tras lucidos matchs los jugadores argentinos han obtenido de nuevo el título de campeones. Los partidos finales disputados con los excelentes jugadores chilenos, lograron atraer una gran concurrencia, la que no escatimó su entusiasta aplauso al notable juego empeñado, siendo no pocos de esos aplausos arrancados por la corrección de los competidores



Arturo Hortal.



Luis Torralba, chileno, y Eugenio Pies, uruguayo.





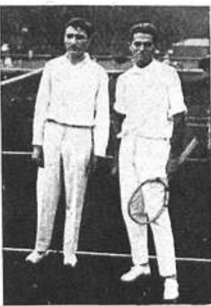
Eduardo Stanham.



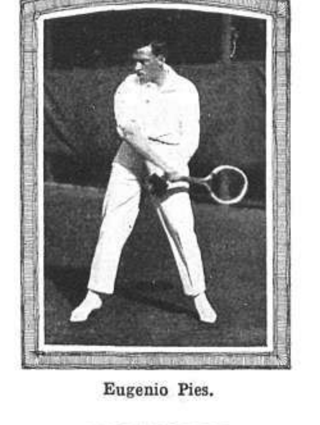
Luis Torralba.



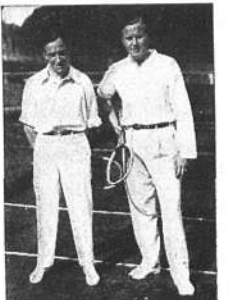
Enrico Freitas, brasileño, y Alaric París, paraguayo.



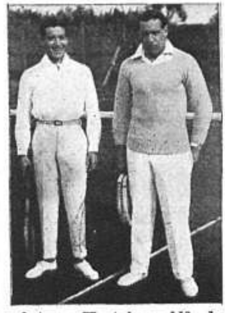
A. Haddot, paraguayo, y R. Pernambuco, brasileño.



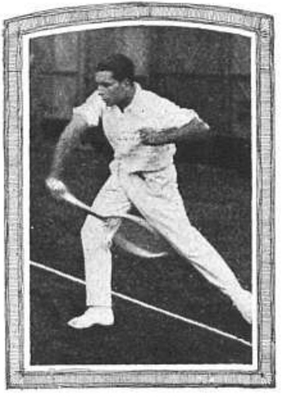
Eugenio Pies.



E. Stanham, uruguayo, y Heriberto Müller, chileno.



Arturo Hortal y Alfredo Villegas, argentinos.



Enrico Freitas.



Ricardo Pernambuco.



Lionel Knight, argentino, y Luis Torralba.



Domingo Torralba, chileno, y Carlos Morea, argentino.



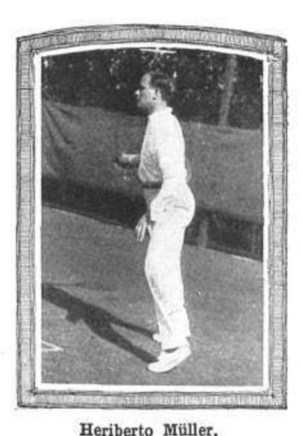
Alaric París.



Eugenio Pies y Guillermo Cóndon Moller, uruguayos.



Luis Martholomeu, brasileño, y M. Pascual, urug.



Heriberto Müller.

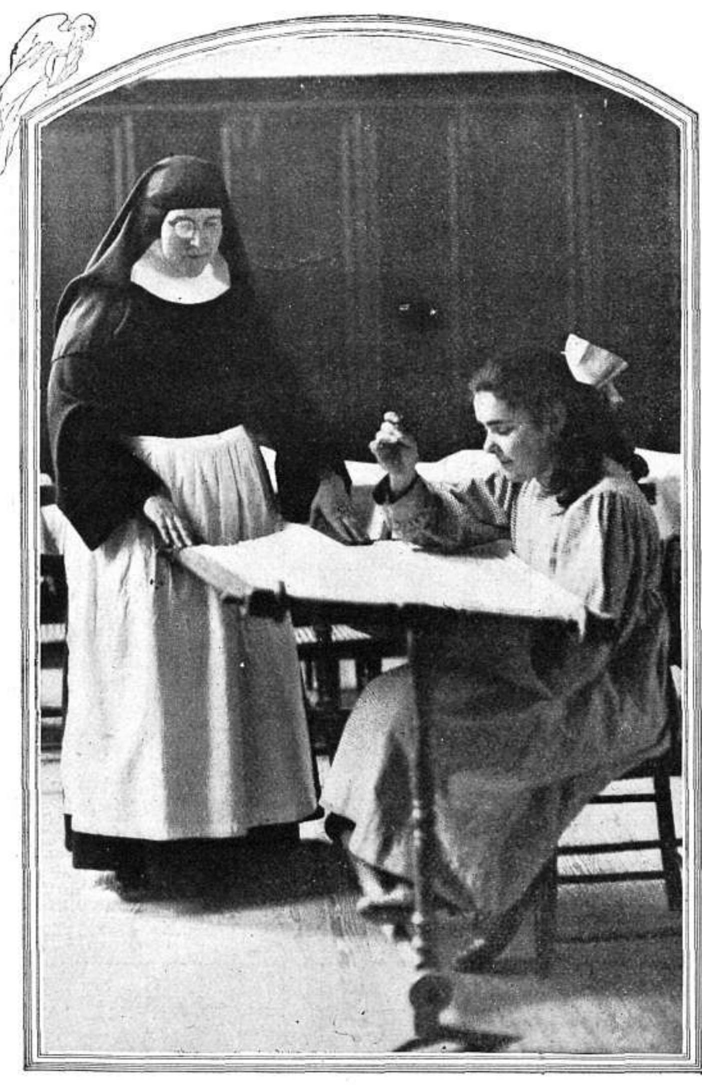
FOTOS DE ARROYO.

PATRONATO

HAY en Buenos Aires muchas obras importantes, que significan una ayuda inapreciable para la clase necesitada, que el público en general desconoce, porque llevan a cabo su labor silenciosamente, sin ostentación, aunque no por eso con menos generosidad y desinterés.

A este grupo pertenece el Patronato Español, asociación a la que se hallan vinculadas las damas más distinguidas de la colectividad española radicada en ésta, y muchas argentinas que tienen vínculos de parentesco y de afecto con la madre patria.

En la calle Federico Lacroze, en un edificio propio, amplio, lleno de luz y de sol, albergan las damas de la comisión del Patronato que preside con infatigable celo la señora Luisa Canale de Cibrián, más de setenta niños de ambos sexos, a quienes sostienen y educan de acuerdo con los métodos más modernos. Dictan las clases, y son las hadas



Una de las más aventajadas, a quien una de las "hermanitas" vigila el primoroso bordado.



Un rato de estudio.



La higiene ante todo...



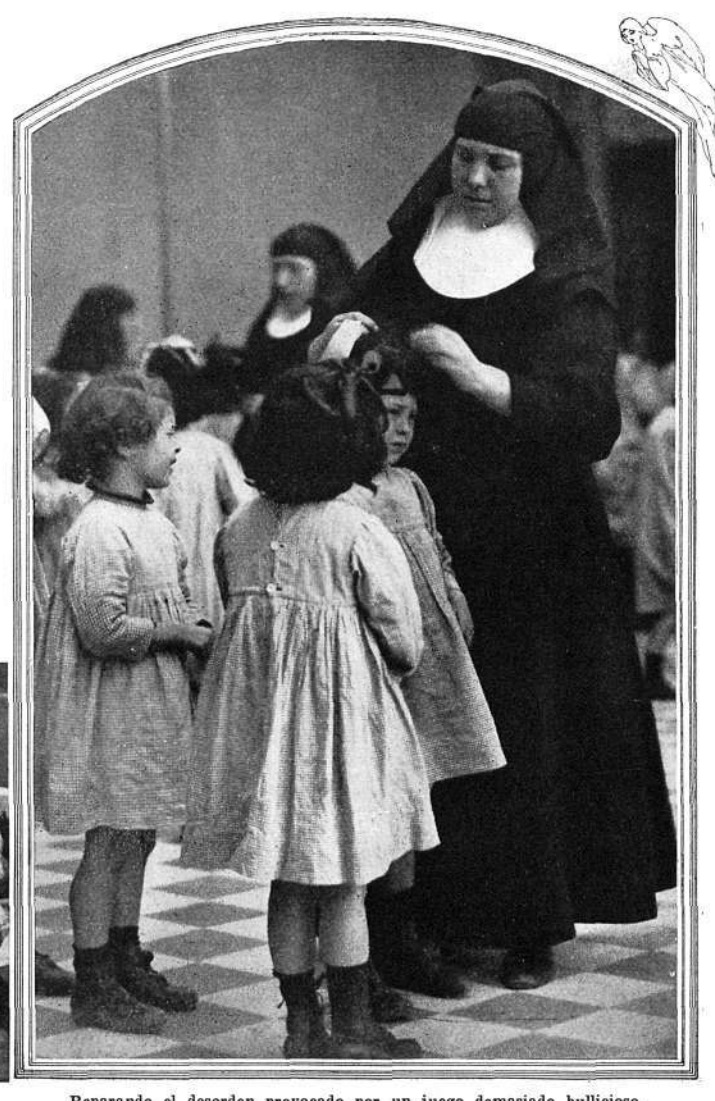
Las mayorcitas son un poco "mamás" de las pequeñas, y a veces les menudean algunos coscorrones...

tutelares de la institución, hermanas terciarias carmelitas, españolas, que vinieron a América a cuidar a los hijos huérfanos de españoles, y que con afecto de madres vigilan y rigen el asilo del Patronato. Dentro del mismo Patronato hay un anexo, por llamarlo así, donde encuentran amparo y defensa las inmigrantes españolas, que, faltas de todo apoyo, llegan a estas tierras con una esperanza en el corazón, que más de una vez se trueca en dolorosa realidad... Y el Patronato acoge a esas jovencitas, las ayuda a encontrar trabajo, y mantiene sobre ellas una constante tutela, aun cuando hallen colocación, gracias a las damas del Patronato.

La obra del Patronato es generosa y simpática, y en un porvenir, no lejano por cierto, está llamado a ser una de las instituciones más grandiosas, por sus ideales, por su organización y por el grupo de damas que pertenecen a la comisión en las que se reunen la actividad, la inteligencia y el altruísmo.



Bañada por el sol, que se refleja en los blancos delantales, el grupo de las mayorcitas hace prodigios en bordados en blanco.



Reparando el desorden provocado por un juego demasiado bullicioso.

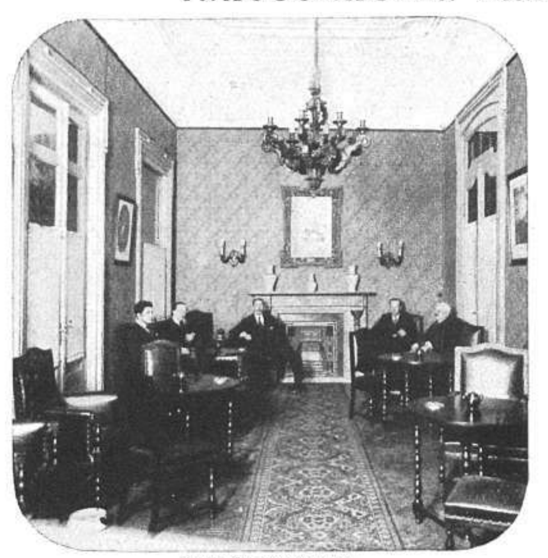


"Arroz con leche, me quiero casar...", y las vocecitas infantiles parecen el gorjeo de los pájaros.

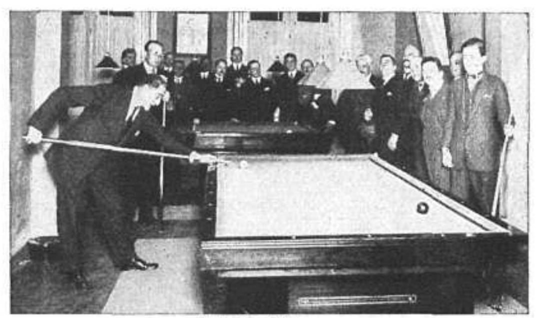
FOTOS DE VARGAS.

ACTUALIDADES DE MONTEVIDEO

INAUGURACION DEL CLUB ARGENTINO


Salón de recepciones.


Sala de lectura.

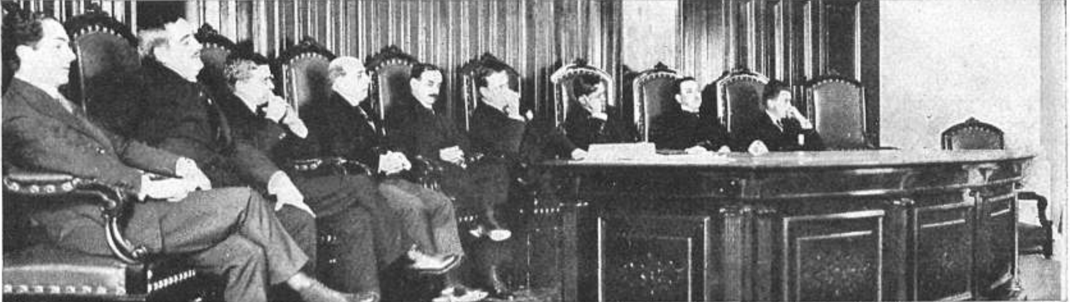

Sala de billares.

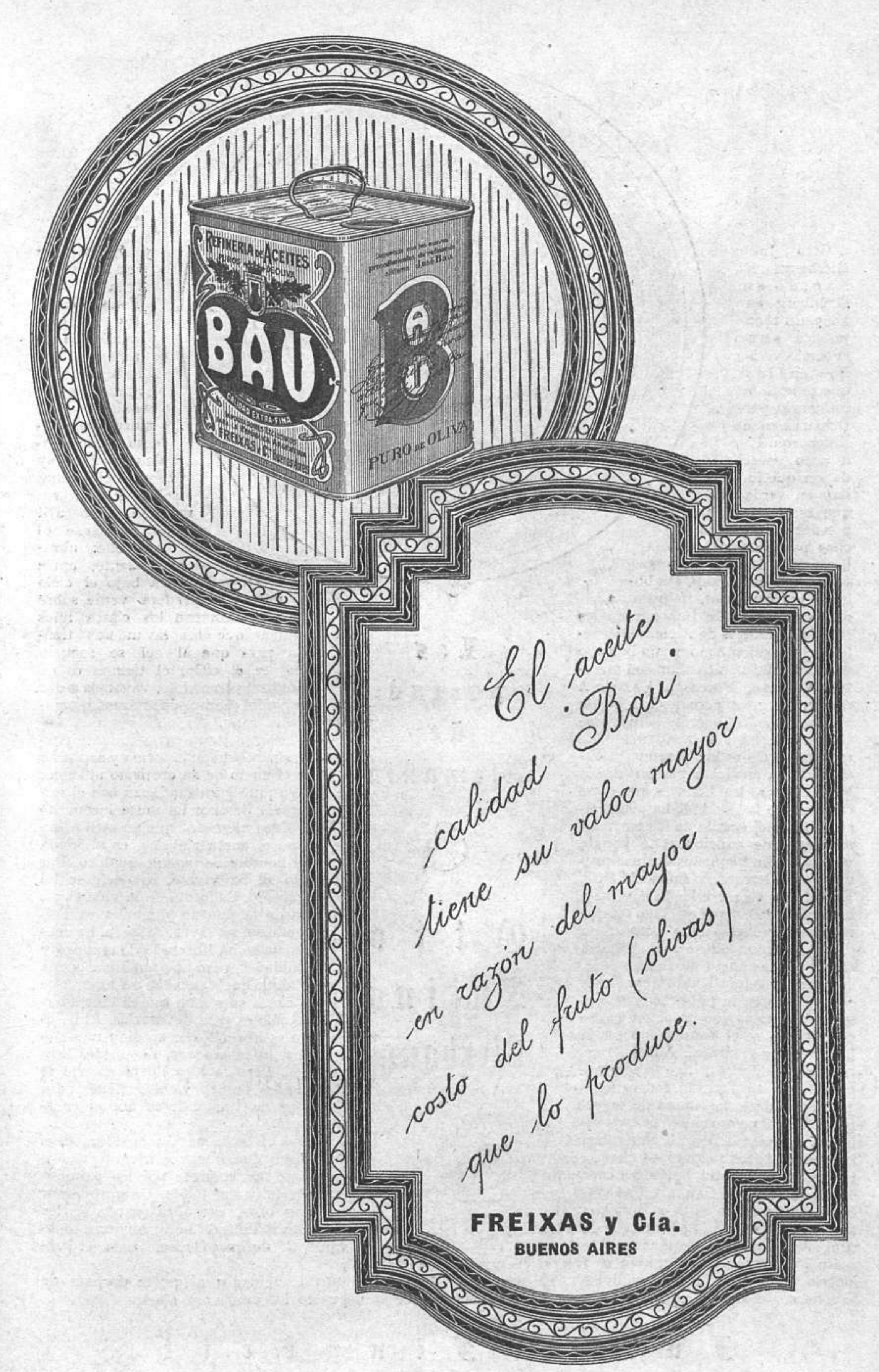

El señor Carlos Moore Franco, presidente del club, y los miembros de la comisión directiva.


El ministro de Relaciones Exteriores y el representante diplomático argentino, doctor Lagos Mármol, con la concurrencia en el lunch con que se festejó la inauguración del club, cuyo edificio está situado en la calle Misiones, 1319.


Distinguidas familias uruguayas y argentinas que asistieron a la interesante fiesta celebrada en los salones de la institución; sus fines han de ser un nuevo factor para estrechar aun más los vínculos que unen a los dos países.

1.er CONGRESO DE INGENIERIA AGRONOMICA


El ministro de Industrias, doctor Caviglia; el presidente del Congreso, ingeniero Gustavo Spagemberg, y los delegados, en la sesión inaugural.


REFINERIA DE ACEITES
BAU
CALIDAD EXTRA-FINA
FREIXAS
PURO DE OLIVA
El aceite
calidad Bau
tiene su valor mayor
en razón del mayor
costo del fruto (olivas)
que lo produce.
FREIXAS y Cía.
BUENOS AIRES

Los poetas de Alemania



Otto Julius Bierbaum

Otto Julius Bierbaum ha nacido en Grünberg en 1865. En 1892 publica sus «Poemas vividos» en los que se nota la influencia particularísima de Liliencron. Pero a poco se echa de ver que lo que hay en verdad es que Bierbaum tiene por naturaleza en muchos particulares semejanzas con Liliencron. Sus versos son musicales, simbolistas y arcaizantes, todo esto a una vez. Pretende imponer en los círculos literarios de Alemania el sello del decadentismo y simbolismo que en Francia cultivaban con maestría Verlaine, Moreas y Mallarmé, poetas distintos pero poetas de un solo período. Recuerda la advocación de Verlaine a la Edad Media: «enorme y delicada», y remonta hacia la lírica erótica y pastoril de los Minnesauger, los famosos maestros cantores de la Edad Media germánica. En el viejo estilo de los trovadores compone canciones de pericia música y aún pequeños dramas poemáticos aderezados musicalmente. Entretanto va escribiendo novelas a la manera de las que escriben los que no son novelistas sino poetas; un drama de amor, con su vuelo trágico, dos comedias harto medianas; pero, en cambio, es infatigable y excelente en la difusión de publicaciones, ensayos y críticas que propagan el decadentismo y el simbolismo en la literatura germánica. Adolfo Bartels, historiador y crítico pangermanizante, se alza airado contra Otto J. Bierbaum; le incrimina de superficial, de vacuo y vago y de extranjerizo. Al mismo tiempo, por razones iguales — falsas razones — cierra contra Dehmel y contra Falke, ya conocidos de los lectores de CARAS Y CARETAS. Bierbaum impertérrito edita en Munich su «Almanaque de las musas», de las musas decadentes y simbolistas, se sobreentiende.

En los comienzos Bierbaum es alegre, de una alegría fácil, enamoradiza y liviana. El amor no lo conoce. sólo amoríos practica. Hace versos osados y ágiles para Jeanette y para Josefina. Estos versos los va cantando con sus amigos, en estudiantina. ¿Cuál es su tesoro? Una moza planchadora. ¿Que dónde vive ella? Muy cerca del puente sobre el Isar rumoroso. Por allí puede pasearse el poeta con ella: abrazados fuertemente, entre la onda clara bajo el cielo puro y la pradera verde sobre la cual destacan los claros linos lavados que las lavanderas tienden para que al sol se sequen. Azul es el cielo, el tiempo es de bonanza: ¡Amor mío, vayamos a dar un paseo! ¡Campesina redonda, campesina sana, campesina firme! Tal es la musa joven del decadente poeta, simbolista en la forma y sanísimo en el gusto de su erotismo aldeano. Pero ¡qué gran mudanza con el andar del tiempo! La musa lozana de la aldea alemana, que en estilo precioso el poeta alababa, es olvidada del hombre de ingenio maduro. Por algo se ha vivido, es decir, se ha padecido. Cada día de la vida es un día de la muerte y mucho va muriendo sin ser ¡ay! sustituído. La conciencia se ha libertado de amoríos y vanidades, pero un gran amor ocupa el alma quebrantada, un amor que es carga suprema, que si crea fuerzas sólo es para devorarlas. El hombre es libre. No le asedian más deseos, ni esperanzas, ni mirajes ínfimos. Pero la idea de la muerte le obsede tenaz, y sólo tiene para oponerle el amor de la acción constante.

De esa virtuosa acción creadora que, lo mismo que nuestros vicios y nuestros ocios, nos conduce por los caminos de la muerte irremediable. Un gran amor en una gran obra, esa obra grande de los pequeños hechos de toda hora; ninguna esperanza; vanidad de vanidades, todo es vanidad.

En este punto le tenemos al poeta después de haber transpuesto los cincuenta años.

Julio Fingerit



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Y cómo después de haber vivido en un palacio puedes acostumbrarte a habitar en aquella casa tan alta y tan humilde?

—¡Qué remedio! ¡Pero te advierto que cada vez que tengo que subir a ella se me hace cuesta arriba!

LA SONRISA DEL MAESTRO

En aquella tarde reiteraba el maestro a su discípulo Raúl la necesidad de hacer un deber antes de terminar la clase.

Raúl era un buen niño, pero con grandes tendencias a la holgazanería. El maestro le había dicho sonriendo:

— Vamos Raúl, hay que trabajar; de hoy no pasa sin que hagas el deber de aritmética.

Nada contestó el niño. Había visto sonreir tan paternalmente a su buen maestro que no hizo caso del pedido. Podía substraerse muy bien al cumplimiento de toda tarea porque aquella sonrisa nada malo auguraba. El maestro era la bondad misma. Todos lo sabían y todos lo querían muchísimo.

— ¿Sabes? — le dijo minutos después su compañero Germán; — tengo una buena noticia que darte. La función de esta tarde en el cinematógrafo de la esquina de casa parece ser interesante. En el programa figuran «El perro que salvó al amo», «La niña extraviada en el bosque» y «El hada azul». Papá me regaló dos entradas para que concurriera con un amiguito, y te invito; ¿quieres venir?

— Tú siempre gentil; tendré mucho gusto en acompañarte. Lo que me propones es bien diferente de lo que acaba de decirme el maestro.

— El maestro no puede decirte más que cosas útiles y provechosas.

— No lo niego, pero lo que es hoy no me siento inclinado a realizar ningún esfuerzo.

— Sin embargo, debes intentar hacer el deber; si quieres, yo te ayudaré.

— Quiá, hoy no hago nada.

Dicho esto, Raúl tomó parte en los juegos de sus compañeros y no se acordó más del deber. Pero a la hora de salida, cuando todos los niños se hallaban formados, el maestro, le dió a Raúl una palmadita en el hombro, y señalándole la sala de clase, le dijo:

— Tú vuelves allí.

Desagradable fué la sorpresa del niño. Estaba lejos de esperar que el maestro lo penitenciara. Retornó a la clase muy apenado. Había disgustado a su maestro, quedaría recluído quien sabe por cuántas horas, y se vería privado de una diversión. Pero, sobre todas las cosas, sentía pesar sobre él la justicia del castigo impuesto. Lloró largo rato.

Obscurecía cuando el maestro retornó al aula. Raúl encontrábase aún con la cabeza entre las manos, sollozando. El disgusto y la vergüenza lo dominaban.

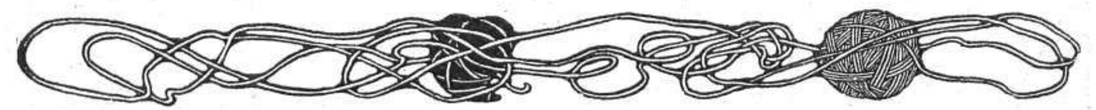
— ¿Quieres decirme, Raúl, por qué no me obedeciste hoy?

— Porque usted sonrió tan cariñosamente, maestro, que yo no temí ningún castigo.

— De manera que obedeces sólo por temor. La blandura, el cariño con que te trata tu maestro no te mueven a ser mejor. Pues de hoy en adelante comprenderás que aunque te reclame sonriente una tarea, no te librarás del castigo si no la cumples.

— Maestro, perdóneme. Sabré en lo futuro responder a su bondad.

Raúl es hoy un hombre y recuerda en toda ocasión la sonrisa de aquel excelente maestro que le enseñó a obedecer por la fuerza del amor.





Valiosos regalos para las consumidoras del
POLVO GRASEOSO LEICHNER

Queriendo corresponder a las preferencias que una numerosa y distinguida clientela mantiene por el **Polvo Graseoso Leichner**, como producto para embellecer y suavizar el cutis, los señores Mendel y Cía. han resuelto obsequiar a las señoras consumidoras de dicho artículo de tocador con valiosos regalos consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, que, como es sabido, constituyen seguros títulos de renta, cotizables en cualquier momento, y que devengan un interés no inferior al 6 por ciento anual. Dichos regalos podrán obtenerse mediante un sencillo pasatiempo que consiste en lo siguiente:

A las dos de la tarde del día 14 de Septiembre de 1922 el escribano público don Francisco Pita, con estudio en la Avenida de Mayo, 634, procedió, en presencia de testigos, a dar cuerda y poner en hora un reloj de bolsillo, de marca corriente, con dos esferas: una con horario de doce horas y división de minutos, y otra con división de segundos. Una vez puesto en marcha el reloj, fué encerrado dentro de una caja de lata de las que contienen el **Polvo Graseoso Leichner**, la cual, perfectamente tapada, precintada y sellada, quedó depositada en poder del mencionado señor escribano.

El día 15 de Marzo de 1923, en el sitio y a la hora que previamente se dará a conocer, el escribano señor Pita, en presencia de testigos y de las personas que deseen concurrir, procederá a abrir la caja y a constatar la hora, minutos y segundos en que se paró el reloj. Acto seguido adjudicará los regalos a las personas que hubiesen acertado la hora, minutos y segundos en que se detuvo la marcha del reloj. Si ninguna hubiese acertado la hora exacta, corresponderán los regalos a aquellas que más se hubiesen aproximado, en orden anterior y posterior. En caso de coincidir dos o más soluciones, el valor del regalo que corresponda se repartirá por partes iguales entre las que hubiesen coincidido. Del resultado definitivo, el señor escribano actuante levantará la correspondiente acta.

Para optar a los obsequios, es requisito indispensable utilizar la faja-prospecto que acompaña a cada caja de **Polvo Graseoso Leichner**, cuidando de dejarle adherido un trozo de la estampilla fiscal que la sujeta a la caja. En el margen blanco de dicha faja-prospecto deberá escribirse con letras (no con números) la hora, minutos y segundos en que se calcule se parará el reloj; y a continuación anotar el nombre, apellido, domicilio y pueblo de residencia de la persona interesada, enviándola bajo sobre, con esta dirección: **Señores MENDEL y Cía., Obsequios Leichner, Guardia Vieja, 4439, Buenos Aires.**

Cada persona podrá enviar las soluciones que desee, pero cada solución deberá anotarse en una faja-prospecto, con el trozo de estampilla adherido.

No se tomarán en cuenta las soluciones escritas en otro papel, o que no tengan adherido el pedazo de estampilla. Las soluciones podrán enviarse hasta el día 28 de febrero de 1923, considerándose nulas las que lleguen después de esta fecha.

REGALOS A ADJUDICARSE:

1.º—	1 regalo	de $ m/n	1.000.—	en cédulas del Banco Hip. Nac.
2.º—	2 regalos	» » »	500.— c/u	» » » » » »
3.º—	4 »	» » »	250.—	» » » » » » »
4.º—	10 »	» » »	100.—	» » » » » » »
5.º—	40 »	» » »	25.—	» » » » » » »
6.º—	500 »	» » »	3.50	» » Caj. de Pvo. «Si tu voulais!»
7.º—	1.500 »	» » »	1.50	» Caj. de Pvo. Graseoso Leichner

Las personas agraciadas con cédulas del Banco Hipotecario Nacional podrán optar entre dichas cédulas o el valor nominal de las mismas, en dinero efectivo.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 87

Nombre y apellido..

Domicilio..

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.



LO QUE VA DE LA SEMANA

¡ESTA ES FILOSOFÍA!

Escribo bajo la impresión vivísima, que me ha dejado una excelente señora, madre de un joven facultativo que ha terminado sus estudios hace cosa de pocos meses. Un doctorcito de la última camada.

La señora no espera más los cincuenta y cinco. Es una mujer delgada, nerviosa, que ha probado todas las amarguras de la vida para llegar a ser dueña de un pequeño capitalito; conoce el mundo muy bien, casi demasiado bien; tanto que ni tiene ni quiere hacerse ilusiones.

Tuve oportunidad de felicitarla por el flamante médico-cirujano, y la buena señora al sentirse tocar en su punto débil se desató con un «a solo» formidable, pero al mismo tiempo interesante:

—¡Yo sé lo que me ha costado!... Pero no importa... A Dios gracias he conseguido mi objeto, y... ¡es algo!... Tenemos nuestro doctorcito con su diploma en debida forma, su consultorio, su biblioteca, sus aparatos de cirugía... En fin... Es cierto que todavía no hemos concluído de pagarlos porque los hemos conseguido a un tanto por mes... ¡Y, mi querido señor, no podemos «disimbolsarlo» todo de golpe!... ¡Música!... ¡Pero si viera usted! ¡Todos los libros bien encuadernados, nuevitos que dan gusto!...

—Me lo imagino... Un doctor necesita de una biblioteca bien arregladita, aunque no sea más que para los que vienen a consultarlo... En seguida se forman un concepto muy...

—Es lo que dice el muchacho... Las obras hay que tenerlas, se necesitan, cuanto a com... ¿Cómo es que dice Alfredito?... Com....

—¿Compulsarlas?

—Eso es... ¡Cuanto a «compensarlas» es otro asunto!... Más adelante, en cuanto uno ya no se siente más tan fresco de estudios, entonces...

—Ahora se trata de encontrar clientes, ¿verdad?

—Eso es... El muchacho, me está mal decirlo, es bastante despierto; sin embargo, le falta algo... No sabe aprovechar... Yo sé bien lo que quiero decir... Me parece que... ¡es medio poeta!... Anda trastornado con la idea que la medicina es más bien una «emisión» que otra cosa, una «emisión» elevada, sublime; que el médico es el paño de lágrimas de los que sufren, un bálsamo ambulante...

—Sobre ese punto no hay duda... Claro que no hay que exagerar... de otra manera...

—Lo que digo yo... ¿Entonces?... Vea: yo me agarré al muchacho por mi cuenta y le dije: «Hijito... ¡mirá!... Vos tenés tus chapas a la puerta de calle, en tu consultorio tenés nada menos que los aparatos eléctricos de alta...» Esos benditos nombres no puedo acordarlos nunca... De alta fre...

—De alta frecuencia.

—¡Bravo!... Eso mismo... ¡Bravo!... ¡De alta frecuencia!... Pero le dije yo: «Mientras tanto nadie frecuenta tu consultorio, ¡m'hijito!... ¡Eh, eh!... Tu no tienes la culpa... Lo sé... Sos un buen muchacho, casi demasiado bueno... Tendrías que frecuentar los clubs, las sociedades de S. M. en lugar de pasar todo el santo día limpiando los instrumentos, las pinzas, los bisturís...»

—Naturalmente...

—A más... Hemos hecho treinta, podríamos hacer treinta y uno... Yo no sé nada de medicina, soy una pobre mujer que ha tenido una instrucción muy relativa... Puede darse cuenta usted de lo que nos enseñaban en mis tiempos... Pero cuantas veces le he repetido: «¿Por qué no das un curso de conferencias populares como hacen otros?... Cuesta tan poca cosa hablar de alcoholismo, morfina, opio... tuberculosis... Y habla hoy, habla mañana... todo el mundo termina por conocerte, ¿y quien te dice a vos que cuando menos lo esperes, te propongan como candidato a la diputación?... Se han visto otros... Y una vez diputado uno ya tiene una base económica...»

—¡Ahí está!... ¡Muy justo!...

—Yo no sé... ¿Se da cuenta?... ¿Se da cuenta de lo que es la juventud de hoy en día? ¡Pero dígame!... En mis tiempos me acuerdo que los muchachos afilaban a las chicas y a las que ya no eran chicas también... Y mi hijo se queda en sus trece, muy tieso, muy echado para atrás... Yo se lo he dicho: «¡Hay que festejar a las mujeres!... Son ellas las que te van a hacer propaganda. ¡Pegate a las viejas!... Cuanto más feas, mejor... ¡y sobre todo a las solteronas! Es preciso tener paciencia... Aguantar un poco y verás como harás carrera. Las mujeres bonitas vendrán después...»

—¿Y él no quiere saber nada?

—¡Qué quiere que le diga! ¡Me contesta preguntándome qué debe hacer! ¡Pero, Dios bendito!... «Se galante, lleno de atenciones, procura convertirte en médico espiritual de esas almas agriadas por la edad y por no haber tenido nunca un perro siquiera que se haya enamorado de ellas...»

—Lástima grande, señora, que el muchacho no sepa seguir sus consejos, pues con las condiciones científicas que tiene...

—Bueno: quiero ser justa... He de decir la verdad... Ha empezado... Todavía no se ha metido al hondo como le he aconsejado mil veces, pero ya se está encaminando... ¡A mí me tiene una veneración, que lo que digo es Evangelio, ni más, ni menos!...

—¿Y nota ya un resultado?

—Ya lo creo... Las viejas andan todas alborotadas, parecen abejas cuando se echa humo en la colmena... ¡Hay qué oirlas!... —«¡Qué simpático mozo!» «¡Salió primero entre los de su curso y con las felicitaciones de la mesa examinadora!» Y no es cierto... Rindió un buen examen, pero sin felicitaciones de la mesa. «¡Qué prudente y reservado, che!... ¡Y no sé da tono como tantos otros!» ¡Que más quiero! Una reclame constante, penetrante, a domicilio, hecha con el calor, la convicción, el entusiasmo de gente agradecida... Con decirle que ha habido algunas entre ellas que han asegurado haber sido sanadas por él de una enfermedad que los mejores facultativos de la capital no la habían comprendido...

—Me lo figuro... Si empieza a correr la voz, va a ser una romería.

—Si le digo que la voz corre ya... Pero el muchacho es pavo... ¡Pavo! El martes último estábamos de sobremesa después del almuerzo, esperando como de costumbre que el timbre de calle anunciara la llegada



DE MI DIARIO

por el

DR. A. VACCARI

de algún cliente. El timbre de calle tocó varias veces, pero para anunciar al cobrador de la luz eléctrica, del gas, del diario... Todos los que vienen a cobrar a mes vencido...

— Pero... por fin se presentaron clientes o...

— Espere... ¡Drín-drín! Oimos el drín-drín del timbre de calle y vino la «gallega» a decirnos en voz baja: «Señor... ¡una enferma!» ¡Imagínese usted! Mi hijo por poco no voltea la mesa, las sillas, el sillón... Creí que se iba a enloquecer... Y dijo a la muchacha de hacerla pasar... «¡Qué pase inmediatamente!» ¡Qué le parece! Suerte que estaba yo... Corrí a la sirvienta que había salido para cumplir la orden del doctorcito, la sujeté de un brazo y le dije de irse no más a la cocina... ¡Voy yo!... Mi hijo mientras tanto había pasado al consultorio donde entré yo también sin más trámites. «Decime un poco vos... ¡Parecés un chiquilín!... ¡La enferma que espere! ¿A dónde se ha visto a un médico que se respeta recibir a los clientes sobre el pucho en cuanto se presentan?... ¡Hay que aprender a dominarse, amiguito!... Es usted muy nervioso... ¡Calma, calma, mucha calma!... ¿Son las 14.30? Bueno... Recién a las 14 y 45 hará usted pasar a su clienta...»

— Habrá tenido miedo que se fuera...

— ¡Claro!... Mire un poco si puede ser más... ¿A dónde quiere que se hubiera ido? De todas maneras mejor que hubiese dejado el consultorio, más bien que ser recibida... sobre el tambor... Yo dejé pasar unos minutos luego hice cuenta de cruzar la salita de entrada como por simple casualidad. Me acerqué a la señora y le dije bondadosamente: «¿La señora espera al doctor?... El doctor está operando a un niño... ¿Un momentito, quiere?... ¡No puede figurarse usted el trabajo que tiene este mozo! Con su permiso, señora...» ¿No hice bien? ¡Diga la verdad!...

— Perfectamente... Hay que dar un poco de importancia a los hombres y a las cosas... En este mundo la reclame lo es todo...

— ¡Lo mismo que digo yo!... Bueno: entonces a las 14 y 45 en punto — porque mi hijo tendrá todos los defectos de este mundo, pero me obedece — a las 14 y 45 en punto hizo entrar a la señora en el consultorio. No era necesario ser una celebridad para comprender que se trataba de un caso de histerismo clavado. Según ella todas las enfermedades juntas se le habían echado encima: no dormía, no podía digerir nada, sufría de un algo que del estómago le subía a la garganta y de la garganta bajaba otra vez al estómago, dolores muy agudos a veces en los brazos, en los lomos, que pasaban luego a las piernas, a las costillas... ¡Y había consultado a media humanidad!

— ¿Pero usted cómo ha sabido esos síntomas?

— Hombre, porque estaba escuchando detrás de la puerta que pone en comunicación el comedor con el consultorio...

— ¡Adiós secreto profesional!...

— ¿Qué dice? ¡Qué secreto profesional!... ¿Soy la madre, comprende? La madre de Alfredito. Tengo el derecho de saber lo que pasa. A más a mi edad no hay nada nuevo.

— No es cuestión de novedad, es cuestión del secreto que deben conservar los médicos sobre las enfermedades que afligen a sus respectivos clientes.

— Pero mi hijo no habló con nadie... Soy yo la que ha ido a escuchar... Y por otra parte, o bien o mal, yo hice así. Y no me arrepiento... ¿Pues sabe con que salió ese pavo, que no es otra cosa?... ¡Si será!... Le dijo a la enferma con mucho aplomo: «Señora, usted no tiene nada... Absolutamente nada. Está usted más sana que yo... Son sus nervios los que hay que curar y para eso es necesario que haga usted mucho ejercicio, que procure distraerse, ir al campo, veranear, casarse si es posible. Entonces dormirá usted, comerá bien y sus dolores se harán humo... ¡A qué le voy a hacer gastar dinero en botica! Siga no un tratamiento a base de remedios, sino un régimen de vida activa, capaz de cansarla físicamente. Eso es todo». ¿Qué le parece?... Claro que la cliente se fué poco satisfecha. Comprendí en el acto que no volvería jamás y ese pobre hombre de mi hijo parecía triunfante...

— El pobre había hablado según su conciencia... ¡Qué más quería!

— Ah sí, ¿eh?... ¡Hágame el favor usted también!... Bueno; yo le hablé sin muchos rodeos. En cuanto estuvimos a solas, lo llamé inmediatamente por su nombre: «¡Animal!»

— Demasiado...

— Espérese... «¿Por qué?» — contestó él... «¿Por qué?... ¿Y me lo preguntas todavía? Porque si sigues así te vas a morir de hambre... Habría sido mejor que te hubieras puesto de carpintero, herrero, zapatero, cualquier cosa, pero no de facultativo... ¡No sabes hacer nada!... A esa señora la debías revisar de pies a cabeza, tu deber habría sido hacerle la auscultación del corazón, de los pulmones, tantearle el estómago, el hígado, la garganta... Debías aplicarle los rayos X... ¡Pobre mi plata! Lo empleé bien mi dinero... Eso sí... Mejor hubiera sido que lo hubiera invertido para darte un puesto de verdulería en el Mercado del Plata...»

— Lo mortificó demasiado, señora...

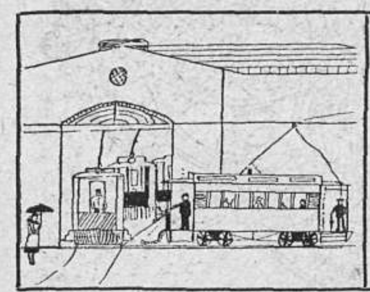
— ¿Demasiado? ¡Qué aprenda!... Eso es lo que temo... Que a pesar de mis prédicas no aprenda nada... Tuvo el valor de contestarme: «¡Pero, mamá, si se trataba de una histérica!...» Como si yo, que soy una mujer ignorante, no me hubiese dado cuenta como él y antes que él... ¡Tonto!... ¡Por eso mismo!... «¿Además, fuera lo que fuera, le dije, ¿te crees que ella va a quedarte agradecida por la novedad que le has dicho? Te va a tratar de ignorante, porque ella los dolores los siente y es inútil hacerle comprender que vienen de su sistema nervioso alterado. ¡Y puedes esperar mucho si te crees que va a volver! ¡Estás fresco!... Hay que dejarse de ciencia, conciencia, misiones bienhechoras y demás pavaditas, señorito... ¡Primero hágase una posición, reuna un capitalito regular como para vivir independiente y holgado después si le da por el altruismo, santo y bueno!... Hágase santo, taumaturgo, lo que quiera...» ¿No le parece qué tengo razón?

— ¡Pero claro, señora!... Esta es filosofía... ¡Filosofía práctica!




CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES

Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1259 — La llegada a la estación.
ARNALDO A. PUNA.



1260 — Dando de comer a las gallinas.
MARÍA ANGÉLICA PATTI.



1261 — La honradez de Juanita.
A. P. E. VARNEY.



1262 — El team vencedor.
IRÚN, GUIPÚZCOA (ESPAÑA).



1263 — Una carrera pedestre.
ATILIO CARRILLO.



Un examen detenido de este admirable producto, pondrá de manifiesto las propiedades siguientes:

Su pasta es dura, untuosa y emoliente.
Es neutra de reacción.
No contiene cáusticos ni anilinas.
Su perfume embriagador se conserva con la misma intensidad hasta el final de la pastilla.

En una palabra, el **JABON "FLORES DEL CAMPO"** es el mayor triunfo de la moderna perfumería científica.

Unicos Representantes: GONZALO SAENZ y Cía. - 24, Maipú, 26



El doctor Julio Valdez pronunciando el discurso inaugural del monumento elevado a Ramón y Cajal en el Hospital Español.



El doctor Angel García, presidente del Hospital Español, en el acto de la colocación de la piedra fundamental del nuevo pabellón donado por el señor Pedro Vila y Codina.

EL ALIMENTO SINTÉTICO

Sabemos que en el proceso de la digestión las materias azoadas que absorbemos empiezan por experimentar una serie de transformaciones, y que nuestro organismo no las asimila sino en una forma muy simplificada.

El sabio belga Effront ha tenido la idea de ofrecer al organismo materias nitrogenadas en su forma más simple. Para ello toma las heces de las cervecerías y destilerías, les quita el azúcar, las lava y prensa y las amasa con ácido sulfúrico. Al cabo de algunos días obtiene una solución en la que el ázoe se encuentra bajo la forma de polipéptidos y de ácidos animados muy asimilables.

El extracto obtenido después de la neutralización del ácido sulfúrico posee un gusto a carne sumamente marcado y tiene un valor alimenticio tres veces mayor que ésta.

Parece ser que las pruebas de alimentación con este producto hechas por los médicos de Bruselas han dado excelentes resultados.

M. Effront ha logrado asimismo preparar un alimento completo con heno, alfalfa y otras plantas forrajeras, alimento destinado al hombre y que contiene, entre otras materias nitrogenadas, una fuerte cantidad de azúcar.

KOLYNOS

CREMA DENTAL

UNA benéfica costumbre regularmente practicada resulta de inestimable valor.

Para limpiar los dientes propiamente, se aconseja un cepillo duro y pequeño con cierta porción de Kolynos aplicada *en seco.* Un escobillado rápido y circular sobre ambas caras de los dientes, removerá toda partícula de alimento de entre los dientes.

Limpiece la boca despues de cada comida si es posible, o por lo menos despues de almuerzo y al acostarse.

Kolynos es la crema dentífrica indicada para todo esto, por su incontestable valor como antiséptico y disolvente del sarro y mucosidades de la boca. Pero, Kolynos tambien restaura la dentadura haciendo adquirir al marfil el brillo nacarado de las perlas. Y, por fin, Kolynos llena sus funciones deleitando con su aroma y gusto exquisitos.

Cuando use Kolynos no podrá menos que confesar la agradable sensación que le produce.

Consígalo pronto y úselo como se aconseja; lo tienen todas las droguerías y tiendas de específicos.

Fabricantes: THE KOLYNOS COMPANY
New-Haven, U. S. A.



Agentes: MAYON Ltda.
1245, Avda. DE MAYO, 1257 • Buenos Aires



27 de octubre de 1826. — Aráoz de Lamadrid y Quiroga se baten en el Tala.

Así cuenta este combate el heroico don Gregorio:

«Al gobernador Gutiérrez le dí el mando de mi derecha, y mi izquierda al coronel Helguero, mi primo, quedando yo encargado del centro, que lo componían mis 90 cívicos tucumanos con los 40 más que había armado de la gente de Gutiérrez, y 80 milicianos de reserva a las órdenes del entonces sargento mayor Gregorio Paz, primo mío también. Los 300 infantes de Quiroga estaban colocados a su centro en columna, y tenía 200 de caballería de reserva. El resto de su fuerza estaba en ambos flancos; y no pasaba el total de la mía de 650 hombres. Se habían cruzado ya algunos tiros y escaramuzas provocadas por la gente de Quiroga que se movió a mi encuentro, cuando mandé disparar sobre su infantería dos tiros de cañón, a cuya señal debían cargar mis dos alas sobre la caballería enemiga, como lo hicieron en efecto, llevándose por delante a los de Quiroga: ¡pero al disparar los dos cañonazos acababa de recibir el pliego del señor ministro Agüero, y con él la confianza del gobierno nacional! Véase, pues, con cuanta razón dije: ¡Esta orden cuatro días antes, habría salvado la patria! Pues deteniendo entonces la tropa que llevaba el armamento para Salta, habría, con la demora de uno o dos días más, marchado con dos mil hombres, cuando menos. ¿Y qué habría sido entonces de Quiroga, de Bustos y de Ibarra? ¡Calculen los lectores! ¡Una imprudente y temeraria desconfianza por parte del gobierno que nos perdió, y acabó de consumar nuestra desgracia su más imprudente liberalidad! Puesta en fuga la caballería de Quiroga, y habiéndose lanzado en su persecución toda la mía; muévese él a la cabeza de sus 200 caballos de reserva y hace al mismo tiempo mover sobre mí su columna de infantería. Sálgole yo al encuentro con mis 80 caballos, y mando a mis cívicos romper el fuego de cañón sobre la columna y que la carguen en seguida. Los 200 caballos de Quiroga, y él con ellos, no esperaron a cruzar sus lanzas con mis 80 milicianos y se pusieron en fuga; procuré inmediatamente contener una parte de mi caballería para ir en protección de mis pocos cívicos, y pudiendo apenas detener más de 30 hombres, regresé con ellos; pero mis cívicos llevaban ya en retirada a la columna de Quiroga y le había arrebatado su bandera negra con dos canillas y una calavera blanca (sobre ellas) y la siguiente inscripción: *Rn. O. M.* Me lancé al instante en alcance de ella con mis pocos hombres de a caballo, pero así que me vió cerca, paró la columna y me hizo una descarga con la que me volteó mi caballo y unos pocos hombres e hirió al mayor Gregorio Paz en una mano. Mis hombres dispararon así que me vieron caer, pero habiéndose enderezado mi caballo al instante, salté a él y crucé por entre la columna nombrándome y ofreciéndoles indulto para que se rindieran. Muchos tiros me dispararon, pero ninguno me tocó. Habiendo cruzado la columna solo, regresé a escape por su flanco izquierdo en alcance de los míos de caballería, pues los cívicos venían apurando su marcha y tirando los dos cañones; los contuve a palos y regresé por segunda vez sobre la columna que había seguido su retirada. Animo a mis hombres y lánzome otra vez sobre ella, pero hácenme otra descarga y huyen por segunda vez mis soldados, pero la atravieso yo solo como al principio y vuelvo más enfurecido en alcance de los cobardes que me habían abandonado por segunda vez y los retrocedo nuevamente a palos. A esta tercera y temeraria carga se siguió una igual escena a la primera. Mi caballo cayó por segunda vez como a 50 pasos de la columna, y mis hombres dispararon, habiendo quedado tres o cuatro tendidos. Habiéndose parado por segunda vez mi caballo, lo monté al instante pero no pude ya hacerlo mover; unas cuantas balas le habían atravesado el pecho. En el acto fuí rodeado por un grupo como de 14 ó 18 hombres de caballería que se habían refugiado entre la columna, y me acuerdo que estuve defendiéndome de ellos con mi espada por unos instantes, pero sin haber sido herido. ¡Lo que pasó después, no lo sé! Mis cívicos, que iban inmediatos cuando me voltearon mi caballo, y que me vieron montar, quedarse mi caballo parado y rodearme en seguida los pocos hombres de a caballo, dicen que se vieron perplejos, que corrían ya unos en mi auxilio, y no siendo seguidos por los otros, regresaban. El resultado fué que cuando me vieron caer por muerto se echaron a llorar y regresaron todos. Mientras tanto los enemigos me dejaron desnudo y por muerto en el campo, con 15 heridas de sable. En la cabeza 11, dos en la oreja derecha, una en la nariz que me la volteó sobre el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo, y más un bayonetazo en la paletilla y junto con el cual me habían disparado el tiro para despenarme, tendido ya en el suelo. Me pisotearon después de esto con los caballos, me dieron de culatazos y siguieron su retirada. Mi hermano político, el mayor Ciriaco Díaz Vélez, que regresaba vencedor con algunos de sus hombres en busca mía, encuéntrase con la columna que se retiraba, y la divisa y se dirige a ella, juzgándola ya prisionera, pues no llevaba la bandera; y es recibido con una descarga. Conociendo por esto su error da vuelta a escape hacia la izquierda, se encuentra con un árbol y cae y es hecho prisionero después de haberle dado seis o siete heridas entre lanzadas y sablazos. La columna sigue con él prisionero enancado hasta que alcanza a su general Quiroga, que había pasado el aviso de mi muerte y retroceso de mi caballería Preséntale el coronel Bargas, jefe de su infantería, mis armas, mi sombrero y toda mi ropa y también a mi hermano Díaz Vélez. Quiroga le enseña a éste mi ropa y mis armas y le pregunta si en realidad es mío todo aquello. Díaz Vélez se sorprende al ver dichas prendas y dice al general que efectivamente era aquella la ropa y las armas con que estaba yo vestido. Como Bargas le había asegurado que la poca tropa que estaba conmigo se había retirado así que me vieron caer; y que el campo en que quedaba yo muerto había quedado abandonado, resolvió regresar, mandó reunir cuantos hombres pudo, pues su dispersión fué tan grande, que muchos de sus soldados fué preciso traerlos de los llanos de La Rioja. Así que hubo reunido alguna caballería contramarchó al campo de batalla, y habiendo llegado a él, bien caída ya la tarde, y haciendo conducir a mi hermano Díaz Vélez en ancas, mandó reunir todos los cadáveres que se encontraban en el campo, y que no eran pocos, e hizo que Díaz Vélez pasase vista por todos ellos para que le indicara cual era el mío. Como los cadáveres estaban ya hinchados, y desnudos los más de ellos, pues habían pasado ya algunas horas desde las 10 bajo un sol abrasador, temía mi hermano (según me comunicó después de su fuga) equivocarse no conociéndome, y para no sufrir tal vez su muerte por dicha causa, los registró a todos con cuidado buscando en ellos las dos únicas señas por donde podría conocerme, y eran: un balazo único que tenía desde la guerra de nuestra independencia, en el muslo izquierdo que había sido recibido en la acción de Salta, y por un balazo que tenía y un diente que me faltaba en la mandíbula inferior. Luego que hubo practicado dicho reconocimiento díjole a Quiroga que no estaba mi cadáver entre ninguno de cuantos tenía a la vista y para que no dudase el general, le hizo la explicación de dichas señales. Quiroga entonces mandó acampar su gente después de bien cerciorado de la retirada de la mía, y libró sus órdenes para la reunión de todos sus dispersos y escribió también a Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, llamándolo con sus fuerzas para que pasaran juntos a Tucumán.»

El hombre de negocios

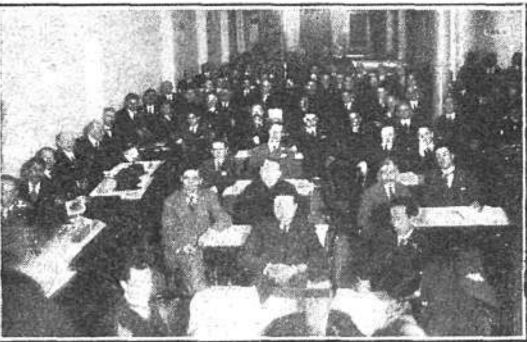
para poder abordar con calma, clarovidencia y decisión los problemas que se le presentan diariamente, necesita mantenerse en perfecto estado de salud. El hombre indeciso, nervioso y agobiado por las preocupaciones, pocas probabilidades tiene de triunfar. - Es un hecho reconocido que la MALTA PALERMO es un excelente tónico del sistema nervioso. No produce los efectos excitantes de las drogas; sino que obra como tónico nutritivo por la vía de la alimentación, creando los elementos valiosos necesarios al organismo. Por eso sus efectos son duraderos. Adóptela como bebida de mesa y pronto se sentirá Vd. dueño de un físico vigoroso, de un sistema nervioso perfectamente equilibrado.



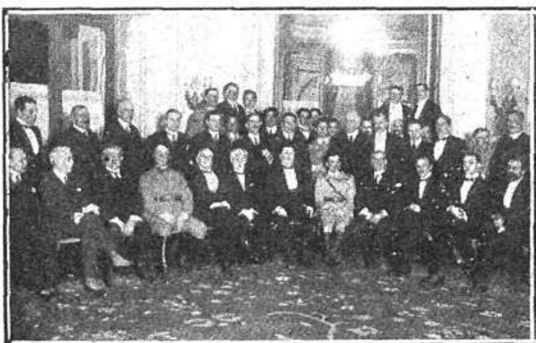
De Rosario



El intendente municipal, señor Rouillón, con el gobernador, doctor Mosca, y autoridades, después de haber tomado posesión del cargo.



El Septimo Congreso Nacional de Circulos Obreros de la República, presidido por el doctor E. Luque.



Demostración ofrecida por el Aero Club en honor de los aviadores franceses Fonck-Franval, en el local del Jockey Club.



El vicegobernador, señor Mendieta; intendente, señor Rouillón; comisión directiva del Club Español y concurrentes al festival celebrado el Día de la Raza.



DE LOS PRODUCTOS

"Paulista"

CAFÉ · TE · YERBA · CHOCOLATE · CACAO

Todos los envases de los renombrados productos marca "PAULISTA", tienen cupones por diferentes valores.

Reuna Vd. 50 de estos cupones y tendrá derecho al canje, en cualquiera de nuestras sucursales de la Capital e Interior, por un boleto numerado para tomar parte en el sorteo de los valiosos premios.

Solicite listas, bases y condiciones a las Oficinas de Propaganda, Victoria, 571.

Si Vd. visita la Exposición de objetos, **Avenida de Mayo, 864,** podrá apreciar el gusto de los artículos y la distribución inteligente que se le ha dado a los

$123.620 m/n
en 750 premios

Tipo de gitana joven.

La gitanería

Para Caras y Caretas

por

RAMON GOMEZ DE LA SERNA



En el reino de la gitanería, en el reino de Granada se ha celebrado hace poco una fiesta de «cante jondo». Yo tomé el tren que pasa por la zona tórrida de España y me fuí a ver lo que era aquello. Fué algo fantástico. Los corresponsales de los periódicos extranjeros telegrafiaron a sus diarios la maravilla de la noche.

Entre los invitados había un inglés tan entusiasta de lo *jondo* que rechazaba el rubio vinillo que le ofrecían porque él estaba embriagado de baile y de canto; le bastaba con eso para perder la cabeza.

Los andaluces querían quedarse con el sentido de la fiesta, pero nada, no fué posible; todo se enfocaba a los gitanos.

Los gitanos del Albaicín estaban de fiesta y en boga. Era de ellos el haber conservado el viejo *cante jondo* y de nadie más. Todos los que habían ido allí habían ido para verlos a ellos.

Los gitanos dieron brillo a los objetos de cobre que cuelgan de sus cuevas y se pusieron de domingo y de limpio. Parecía que iba a llegar el príncipe de Gales para verles bailar, porque el príncipe de Gales, unas veces oficialmente y otras de incógnito, anda por el mundo completando su educación, versándose sobre todo en bailes exóticos, y le hemos visto en las revistas viendo bailar la danza de la muerte a los Iguachinos y la danza de los cocos a los Borborondinos.

Los descendientes de reyes que parecen ser los viejos gitanos, toman un tipo soñador de nostálgicos de su pasado entronizado y con magnífica corona.

Este pueblo antiguo como el egipcio, parece que tuvo su reinado en las grandes cuevas marinas o en esas cuevas naturales que adornan las estalactitas y las estalagmitas.

Sonríen los hombres de este pueblo como hombres que fueron dueños del poder en el mundo y que saben lo que vale toda vanidad humana.

«¡Cuando nosotros, cubiertos de oro y pedrería, dictábamos la ley del mundo!» — parecen decir con sus sonrisas suficientes, desdeñosas, de vieja raza.

Los gitanos parecen saber el secreto del fondo de la tierra, la verdad que se esconde en los pozos, en los subterráneos, en el infierno.

Salen como zorros de sus madrigueras en el monte y se encaran con la luz del día con verdadera delectación. Viven de eso, de descubrir el día, de beber su



Una zambra gitana con pose y todo.

luz y de ver vivir al mundo. ¿Para qué necesitan más?

Se les preguntarían muchas cosas, pero los gitanos apenas contestan a nada. Escuchan, miran, sonríen, lanzan un cantar, pero callan; están embargados de silencio, les gusta ser sibilescos y poner los ojos bizcos mirándose a la punta de la nariz.

Son como los consumeros de lo que entra y sale de la tierra, y como viven en los panteones de su miseria y su independencia sonríen hasta a la muerte que ven venir a lo lejos y que les atormenta cuando cantan sentados en el potro del cantaor.

¡Con qué orgullo bailan delante de las gentes! Parecen elevar y ofrecer a lo alto el arrebato que les posee y «va por usted» dicen como si dedicasen el baile que se ponen a bailar en sufragio de los extranjeros que les escuchan.

—¡A ver si se enamora de mí algún *mosiú!* — me decía una vieja y ciega cantaora gitana.

En el baile se transfiguran. Es un rito por el que esperan vivir muchas auroras más.

—¡Más zarandeo chica, más zarandeo!

—¡Más ajo al pique!

—¡Anda y cómetele ya!

—¡Vaya una jembra regachona!

Sus *polos* y sus *tonadas* y sus seguidillas son especiales. He aquí un *polo* cañí:

«La que quiera que la quieran
con fatiga y caliá
busque un mozo macareno
y lo güeno probará.»



Con el cantariyo a la jüente.

Y he aquí una *tonada:*

«Moza güena, tu zandunga
vale más que Gibrartá,
Güenos clisos abiyelas,
Eres jembra de caliá.»

Y he aquí una seguidilla:

«Te has hecho vida
tan miserable
que niegas que te quiero
por no pagarme.»

Los gitanos son borrachos, tan borrachos que dice la copla:

«Un gitano se murió,
y dejó en el testamento
que le enterrasen en viña,
para chupar los sarmientos.»

Y son ladrones como también dice la copla:

«— Gitano, ¿por qué vas preso?
— Señor, por cosa ninguna
porque he robado una soga...
con cuatro pares de mulas.»

Los gitanos son temibles y los temen hasta los caballos, relatando Borrou el miedo que le entró a una yeguada de una feria que vió en Granada, a la que ellos llaman Miligrana, cuando sintieron que llegaban los gitanos; querían huir, despeñarse, saltar a los cielos.

Los hombres deben temer sus maldiciones, pues las tienen como ésta, que suena más viperinamente en su caló:

«¡Panipen gresite terele tacue drupo!»

(¡Que tu cuerpo tenga mal fin!).

RIO CUARTO. — Jefes y oficiales del regimiento 14 que obsequiaron con un banquete al armero Cipriano Nissa, con motivo de su próxima jubilación.

Parte de los concurrentes al gran festival deportivo que realizó la Sociedad de Beneficencia a favor del Hospital de Caridad, resultando vencedores en las pruebas de tiro al blanco los señores Ticira, Martínez y Salazar.

— ¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

Pilas secas Columbia

No importan más, sino que duran más



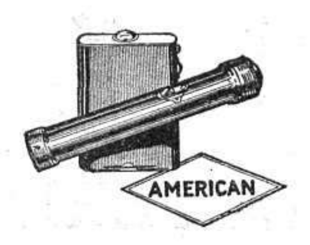
USE Ud. pilas secas Columbia para timbres y zumbadores eléctricos, teléfonos, etc., y baterías Columbia "Hot Shot" para el encendido de motores de gas, de tractores, de autobotes, de automóviles Ford y otros.

Asegúrese de que la marca Columbia esté impresa sobre la etiqueta, pues ella es su garantía de satisfacción.



Lámparas de bolsillo "American"

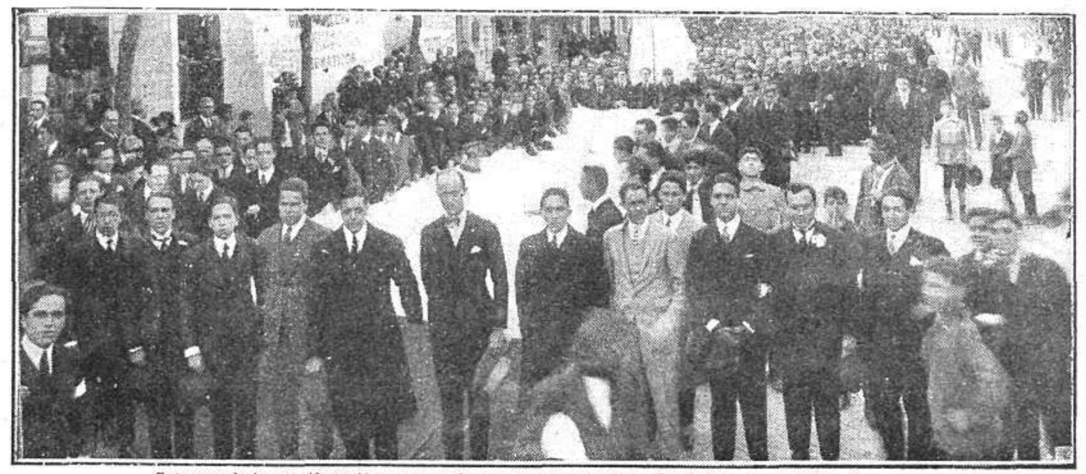
LA lámpara de bolsillo es útil a todos. Las "American" son atractivas y durables. Producen luz más brillante y duran más que todas. Se ofrecen en muchos estilos. Que su abastecedor le muestre el surtido que tiene.



F1222S

Representante General en Sud America: R. E. CARLO, Rivadavia 1255, Buenos Aires, Argentine

De Córdoba



Cabecera de la manifestación organizada por el Congreso de la Unión Popular Católica Argentina.

EL PAPEL MONEDA Y LOS DIENTES

Al recibir un billete moneda, particularmente los de poco valor, un peso, diez, no podemos menos de manifestar repugnancia ante el aspecto asqueroso que revisten por la porquería que llevan encima. Algunos químicos han tenido la curiosidad de examinarlos para averiguar hasta qué punto son peligrosos por la cantidad de bacterias que tranportan, y los resultados son asombrosos.

Las capas de inmundicia que da a los billetes pequeños tan repugnante aspecto son verdaderos centros de cultivos microbianos. En un billete de un peso se contaron 69.940 gérmenes de microbios aerobios y 49.060 de bacterias anaerobias. Otro peso moneda nacional sometido a examen dió 76.720 gérmenos de los primeros y 46.580 de los segundos.

Entre estas bacterias figuran el estafilococo, germen que pertenece a la flora estomacal, y los microbios de la caries dental y la piorrea, terrible calamidad que por su rápida difusión amenaza dejar sin dentadura a las generaciones venideras.

No necesitamos pues insistir en lo peligroso que es llevarse los dedos a la boca para humedecerlos y facilitar con ello el manejo del papel moneda al contar billetes, pero no basta evitar tan sucia práctica: los cajeros y todos cuantos manejan papel moneda deberían lavarse, al terminar sus tareas, con alguna solución antiséptica, y, lo que sería mejor, usar guantes de goma como los que se ponen los médicos cuando practican reconocimientos o intervenciones quirúrgicas.

Para estimular el crecimiento en los niños y nutrir su organismo con elementos naturales,

nada hay más apropiado que la

"Germinase"

(*El alimento que contiene TODAS las Vitaminas*).

Asociado a la leche de vaca en substitución del té o café con leche, evita los penosos desarreglos intestinales de los niños.

Se vende en las Farmacias y Casas de Alimentación.





LA MODA AL DIA

Por

LUZ Y SOMBRA



Los cinco vestiditos aquí representados nos sugieren cómo transformar elegante y económicamente el vestido de primera comunión de nuestras hijitas.

Para el modelo N.º 1 basta cortar la pollera donde terminan las alforzas y hacer un picot a lo largo del borde. La tira que se ha cortado se hace plegar muy finita para formar el collar que ilustra el grabado.

Para el modelo N.º 2 se cortan las mangas y se quita un poco de largo a la pollera, de la parte de arriba, volviendo luego a unirla a la bata por medio de una vainillita. El borde y el escote se festonan y se terminan por un picot. Adorno de coronas de rosas rococó azules y rosas.

Para el modelo N.º 3 se ensancha el escote, se cortan las mangas arriba de las alforzas y se abre la manguita que así resulta; luego se corta la pollera, de arriba. Se adorna la parte lisa con un bordado calado y el cinturón, más corto y atado a un costado, es el mismo que ha servido para el vestido de comulgar.

Para el modelo N.º 4 se quitan completamente las mangas, se corta el escote en punta y se hace una pechera con manguitas en organdí de fantasía. La bata y la pollera, la cual ha sido acortada, se terminan por un pequeño fruncido con voladito sobre un cinturón del mismo organdí. Al borde del vestido corre un adorno de borlitas de Irlanda.

Para el modelo N.º 5 se cortan las mangas y se pone al vestido un cuello de organdí de color. La pollera, cortada por la mitad, se coloca en sentido contrario, de manera que las alforzas hagan dos grupos sobre las caderas. La costura de delante y de atrás se hace por medio de una vainillita. En el talle y en las mangas corre una cintita del color del cuello.



ITALO (F. C. P.) — Equipo del Club Atletico 25 de Mayo ganador de la copa XX de Septiembre disputada con el Club Atletico Pincén



Equipo del C. A. Pincén que que resultó vencido por dos goals a uno.

Los perros de don Ramón

por

Protasio Lucero



«Los perros de don Ramón» se decía en aquel pueblo de la costa entrerriana, y sentían todos un escalofrío de angustia, exactamente como cuando en algunas aldeas de la montaña, en pleno invierno, se sabe que los lobos hambrientos merodean en busca de una presa...

Los perros de don Ramón tenían una historia, espeluznante e increíble, pero verídica, y su memoria perdura aún, puesto que no han desaparecido todos los que vivieron la época en que se hicieron tristemente famosos.

Los perros eran siete; de alzada, renegridos, sin raza catalogada especialmente en ninguna zoología.

Eran bravos, forzudos, con unas dentaduras admirables, también en esto similares al lobo; y, para ser la excepción de la especie, traidores, desamorados, indignos de llamarse perros.

Las cháchar as populares hablaban de una cruza de fieras desconocidas en el lugar con un perrazo hidrófobo que había sido muerto a tiros de fusil después de contagiar su mal a media docena de mujeres y niños. La verdad de estos rumores, naturalmente, nunca se pudo averiguar. Lo que sí se sabía era cómo los había «preparado» don Ramón, su propietario.

Sobre el río Uruguay tenía su finca don Ramón. La finca era regularmente extensa. Nacía a las puertas mismas del pueblo y se alargaba, siempre sobre la costa, como una lengua hacia el sud. En ella tenía su casa, edificada en épocas distintas y sin plan, al arrimo de un rancho antiguo, como si fuera un «caserío», pues las piezas y los galpones estaban construídos en direcciones diversas y de tamaños desiguales.

Componían la familia de don Ramón, en tiempo de este relato, su mujer, una hija moza y un hijo como de ocho a nueve años. La servidumbre era abundante, porque no costaba más que la comida.

Don Ramón había heredado la finca y una pequeña fortuna. Hacía años, desempeñando algunos cargos subalternos, tales como el de comisario de policía o comisario de tablada, supo reunir unos cobres — como él decía — aplicando su falta absoluta de escrúpulos y su pasión por el dinero, con una tenacidad ejemplar, porque sus dos pasiones fueron siempre el guardar cuanta moneda cayera en sus manos y los perros bravos.

Era don Ramón un hombre reconcentrado, astuto y perverso. En los ojos negros y pequeños, rebrillantes en la carota grande, chata y aceitunada por continuos derrames biliosos, se le conocía el hondo placer que experimentaba ante el dolor de los demás. Por ver sufrir era hasta capaz de exponer sus ochavos o sus perros. De añadidura, su egoísmo infinito hacíale multiplicar su maldad ingénita de manera asombrosa. Nadie en su casa, ni los suyos, ni los «agregados», tuvieron jamás el consuelo de verlo sonreir bondadosamente. Cuando lo vieron arrugar su «jeta pampa» en una sonrisa, era siempre para festejar una maldad o saborear de antemano alguna «jugada» de las suyas.

Culminó toda su maldad el día en que advirtió que Javiera, su hija, era ya una moza, con sus quince años lozanos, abiertos a la vida como el brote maravillosó de los trigales, anunciadores de la mejor harina en el molino y del más sabroso pan en la tahona. Entonces don Ramón se mordió los acuchillados labios con fuerza, hasta dejárselos doloridos. El no había sentido jamás los celos, ni cuando casó con su sufrida mujer, hacía veinte años, pero frente a Javiera le asaltaron de golpe, torturadores e insufribles. Solo el pensar que su hija podía llegar a casarse le ponía en el pecho una brasa de odio y en los ojos un brillar de homicida. Pareciéronle, así, poca cosa el vivir lejos del pueblo y la seguridad de que no visitaba nadie su casa. Expulsó de la finca al único varón que tenía entre el «servicio», un muchachón de unos doce años, y prohibió a su mujer y a su hija toda salida sin su permiso. Los siete perros bravos, fueron más celosamente cuidados, por él mismo, desde entonces.

De mañana encerrábalos en un galpón obscuro y lleno de trastos, luego de darles, a cada uno, media ración de *mondongo* o de *bofe*, para tenerlos con hambre. Después de obscurecer, y cuando todos estaban dentro de las habitaciones, él mismo les daba la libertad hasta la otra mañana. Estaba seguro de que nadie se acercaría a «las casas» estando sus perros sueltos, y de que nadie saldría de allí sin él acompañarlo. ¡Los perros de don Ramón! ¡Aullaban en la noche como lobos! Habían peleado y convertido en añicos a otros pobres perros que acertaron a pasar por allí, vagabundos filósofos o aventureros de regreso al hogar! ¡Habían ahuyentado toda clase de bichos y de gentes! ¡Quién se acercaba a la finca de don Ramón, después del obscurecer, sabiendo que estaban sueltos sus «negros», las fieras que habían quitado la mano íntegra a uno, arrancado media pantorrilla a otro, muerto, uno solo de ellos, a un toro que tuvo una vez la ocurrencia de plantársele para asestarle una cornada!...

Los perros con el encierro y el hambre multiplicaron su ferocidad. No conocían a nadie más que a don Ramón y aun éste, para hacerse respetar cuando les daba libertad o volvía a encerrarlos atrayéndolos con las piltrafas que les daba a comer, tenía necesidad de no dejar de la mano un grueso



rebenque de mango de alambres torcidos, sin evitar, ni con esas, que uno de ellos una noche le saltara al pecho prendiéndosele a la mano con que le sujetó el hocico para que no le mordiera en la cara, y atravesándosela de lado a lado. Trabajo le costaban, pero le daban seguridad sobrada; nadie entraría en su finca sin pena de la vida, y, de añadidura, el placer de saber que no sólo en el pueblo, sino en toda la provincia, podían encontrarse perros más «de corazón», como él llamaba a los suyos...

La fama de aquellos perros se extendió por todas partes, tanto que después de la «muerte del marino» nadie osaba acercarse al cerco de cinacina de su finca ni a tres cuadras de distancia, temeroso siempre de que las fieras salieran y se pusieran a merodear por los caminos o las calles...

La «muerte del marino» fué un episodio que circuló de boca en boca, más o menos aumentado y corregido.

Lo más exacto fué que un marinero de un buque a vela, llegado un día al puerto, salió a media noche, terminadas sus tareas, dispuesto a pasarla en el pueblo. Equivocó el camino, y en lugar de ir a dar al que conducía directamente a una de las calles, anduvo por un angosto sendero que lo llevó hacia la finca de don Ramón y lo extravió entre un pequeño monte de naranjos que cerca de la costa tenía. Los perros husmearon su presa y se le fueron encima, sin ladrar. Al primero que se le acercó, el marinero acertó a darle un golpe con su bota que le rompió una quijada. Pero llegaron los otros seis...

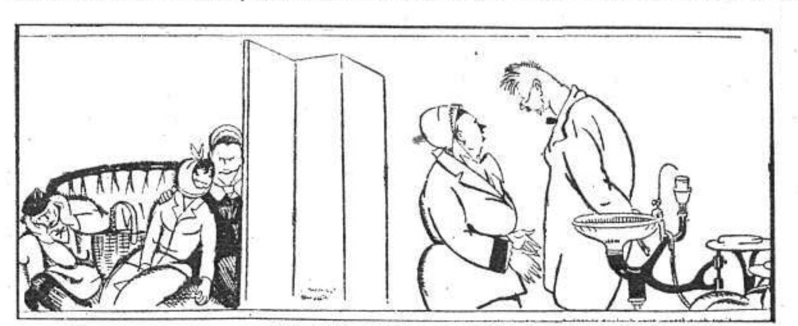
Cuando don Ramón revisó al día siguiente su monte de duraznos, encontró la ropa del infortunado marinero hecha trizas; las botas; en un bolsillo, un montoncito de libras esterlinas, y unos cuantos restos del festín... En algunos árboles había señales de sangre. El pobre hombre atacado por aquellas fieras, acaso con las manos ya cortadas a cercén por las feroces dentelladas, había intentado inútilmente subir a un árbol salvador...

Se habló mucho en el pueblo de aquella desaparición del marinero comido por los perros de don Ramón. La autoridad misma lo supo, pero «no había pruebas» — decían — pues era don Ramón «elemento electoral» respetable!...

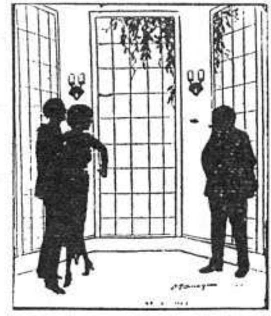
Si desea el lector creer en la justicia que viene de lo alto, puede en este caso creerla.

La casa de don Ramón es actualmente lo que se llama vulgarmente una *casa maldita.* Desocupada hace mucho, cuando Javiera se suicidó, no ha encontrado nunca quien la arriende, ni quien quiera morar en ella gratuitamente. En cuanto a don Ramón, murió de mala manera, poco después que su hija. Los demás se desbandaron. Uno por aquí, otro por allá...

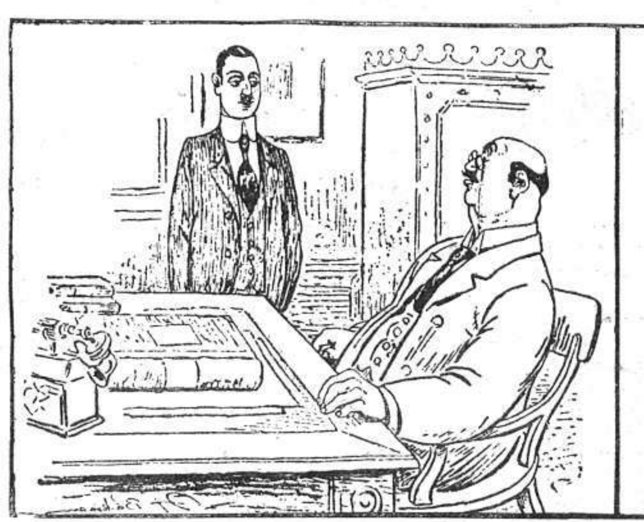
A los «negros» por orden municipal se les arrojó unos hígados mechados con estricnina. Murieron, y sin embargo, óyeseles aullar, como los lobos en noche de invierno cuando agujerea la negrura, cual un quejido de niño que llamara a su madre, el grito angustioso de un hombre que pide ayuda...



EN CASA DEL DENTISTA
— Son dos pesos con dolor y tres sin dolor.
— Entonces le voy a dar dos pesos cincuenta para que sea soportable.



El padre. — ¡Cuidado joven! ¿Qué está usted haciendo con mi hija?
— Le estoy enseñando un nuevo paso de baile.
— ¡Oh! ¡Cuando yo era muchacho ya sabíamos eso!



El jefe. — ¡Ahora mismo una de las empleadas se me ha quejado que le ha dado usted un beso!
El empleado. — ¿Cuál de ellas fué, señor?



— ¿Qué es esto que he encontrado? ¿Tú lees estos perniciosos libros?
— No, mamá; los escribo.

De Tucumán



Reunión social presidida por el señor gobernador, en la que fueron entregados los diversos premios a los ganadores del torneo organizado por el Lawn-Tennis Club.

Delegación de Jujuy que ganó el campeonato organizado entre las provincias del norte por el Tucumán Lawn - Tennis Club.

El gobernador, doctor Octaviano Vera, con los directores de los colegios salesianos de Salta y Tucumán (exploradores de Don Bosco) durante la recepción a estos últimos en el salón blanco de casa de gobierno.

Concurrentes al acto del homenaje tributado por los directores de los colegios salesianos y por las damas de esta sociedad al señor Manuel García Fernández, protector de los salesianos.

CONSULTORIO

N.º 1933. — ¿A qué se debe el ruido del trueno?

C. CALANDRA. — Ciudad.

Es sabido que el ruido del trueno es producido por la descarga eléctrica, a cuyo fulgor o relámpago acompaña invariablemente. Aunque el vulgo cree que hay relámpagos sin trueno, los conocidos vulgarmente con el nombre de "relámpagos de calor", son relámpagos ordinarios, de tempestades que se desarrollan a una distancia tal del observador, que éste no puede oír el ruido del trueno.

Pero, ¿cómo la descarga llega a producir este ruido? El distinguido meteorólogo, profesor de física meteorológica en Wáshington, W. J. Humphreys, examina el origen de algunos ruidos que se observan en ciertos fenómenos meteorológicos, y especialmente el del trueno.

En toda la longitud de la descarga eléctrica entre nubes, o entre una nube y la tierra, se producen una súbita e intensa elevación de temperatura, y disociación molecular. Esto puede conocerse, sin gran trabajo, por el estado de los seres u objetos que han sufrido la acción de la chispa. Por consiguiente, en todo el recorrido de ésta se produce un calentamiento brusco y muy considerable del aire circundante, y de ahí una expansión súbita semejante a una explosión, y la producción de una onda de compresión que se propaga alrededor en todos sentidos, exactamente como cualquier otra onda sonora. La descarga determina, pues, una violenta dilatación del aire cercano, comparable a la explosión de una granada u otro proyectil.

¿Cómo se explica, sin embargo, que la chispa, que es instantánea, produzca un ruido tan prolongado como es el del trueno? Sencillamente porque la chispa es también muy larga. A menudo hay una considerable diferencia entre las distancias a que se encuentra el observador con respecto a los extremos de la chispa; y el ruido llega primero del punto más próximo, y sucesivamente de los puntos siguientes que se hallan más lejanos. Debe considerarse que una chispa puede tener siete u ocho kilómetros de longitud, y si el observador no se halla colocado a igual distancia de ambos extremos, la duración del trueno podrá ser para él de 24 segundos, número que se encuentra dividiendo la distancia 8.000 metros, del extremo más lejano, por 340, que es la velocidad del sonido en el aire. Además, la chispa no siempre es simple.

Obsérvese también que el eco desempeña a menudo un papel muy importante en este fenómeno, y el ruido inicial puede ser reflejado hacia el observador por diversas superficies. Lo que determina más a menudo los refuerzos que recibe el ruido, es el hecho de que el trayecto de la chispa es raras veces rectilíneo. Aun sin tener la figura en zig-zig que se le atribuye ordinariamente, la chispa es, generalmente, muy tortuosa, por lo cual van variando todavía más las distancias de sus diferentes puntos al observador. Se concibe que éste, en tales condiciones, oiga simultáneamente el sonido originado en diversos puntos, y entonces habrá superposición o refuerzo de sonidos.

M. Humphreys opina que el trueno no se deja oír a una distancia mayor de 20 ó 25 kilómetros, que es la cifra que suelen adoptar la mayor parte de los meteorólogos que han hecho observaciones sobre este punto. No faltan, sin embargo, observadores que afirman que se puede oír a una distancia mucho mayor.

Los cañonazos pueden oírse a una distancia considerablemente mayor que la del trueno, y esto se debe, según Humphreys, a que la energía del sonido del cañón está relativamente concentrada, ya que parte de un punto limitado y se dilata en forma de esferas concéntricas, mientras que la del trueno parte de una línea con frecuencia muy larga; además, el trueno se produce especialmente en tiempo en que la atmósfera se halla agitada y en condiciones desfavorables para la producción del sonido. Puede añadirse todavía que los cañonazos se dsiparan en una capa de aire más densa que aquélla en que se produce el relámpago, y junto al suelo, que hace de tornavoz; lo cual da otra ventaja al ruido del cañonazo sobre el del trueno para que pueda oírse a mayor distancia.

N.º 1934. — ¿Por qué son chiquitos los japoneses?

E. VIDAL. — La Plata.

Uno de los principales periódicos del Imperio del Sol, el "Chono-Koron", planteó esa cuestión, y acaba de formular la respuesta a sus lectores.

Se sabe que los hombres de altura de 1,60 son una excepción en el ejército del Mikado, son los gigantes de por allí, y había que acabar con un estado de cosas tan humillante para el orgullo japonés.

Se reunió una comisión de sabios para buscar las causas y poner remedio, y he aquí sus curiosas conclusiones:

La causa del peor desarrollo de los miembros inferiores de los japoneses obedece al uso de las esterillas para sentarse, en vez de hacerlo sobre sillas y divanes. La posición de estar sentado sobre los talones retarda la circulación de la sangre por los miembros inferiores y los atrofia.

Se hace necesaria la abolición de esta costumbre para que los ciudadanos del Imperio del Sol puedan rivalizar con los europeos, en estatura por supuesto.

N.º 1935. — ¿Cuál es el herbario más antiguo del mundo?

RAFAEL SOROL. — Ciudad.

Los botánicos saben muy bien cuán difícil es librar las plantas de sus herbarios del estrago de la polilla, pero lo que quizá ignoran es que los contemporáneos de los antiguos faraones han logrado con su arte de taxidermistas legarnos ejemplares perfectamente conservados de plantas y animales que vivieron tres mil años ha. En el gran museo de antigüedades egipcias de Kars-el-Nil, en el Cairo, pueden contemplarse en las momias de las dinastías XVIII y XIX (período comprendido entre 1.700 y 1.200 años A. C.) guirnaldas de flores adornando los restos de Amenhotep, Thotmes, la reina Hatshepset, Seti I y Ramsés II el Grande. Estas guirnaldas elaboradas con variadas especies de plantas nilóticas quizá no tendrán el valor geológico de los fósiles vegetales de los estratos prehistóricos, pero sirven a maravilla para demostrar que algunas especies mantiénense actualmente con idénticos caracteres que tres mil años antes. Es realmente maravilloso el estado de conservación de los lirios de agua azules, o sea el tradicional y emblemático loto del Nilo, cuyo color ha virado al blanco parduzco. Algunas guirnaldas hechas a base de hojas de sauce llevan entretejidas frágiles flores de malva silvestre y de espuela de caballero, con adición en ocasiones de la odorífera acacia del Nilo, el Sunt. Algunas de las que adornaban la momia de Ramsés II fueron renovadas por los piadosos manes del jefe de la XX dinastía faraónica con mimosas y lotos. También hay conservadas especies de apios, cebada germinada, ramas de olivo, higos chumbos, calabazas silvestres, coloquíntidas y otras variadas flores y plantas cultivadas o espontáneas.

En la misma galería de citado museo pueden admirarse los dibujos en colores de no pocas plantas egipcias, procedentes del palacio que el rey hereje Akhenoten de la dinastía XIX mandó construir en Tel el Amara al abandonar el culto del sol de Tebas por el del disco solar. En el estucado del palacio veíanse pintados animales y plantas acuáticas formando asociaciones, vivamente coloreadas, entre los cuales pueden distinguirse fácilmente el eterno loto, papiro, cardos azules, rojas adormideras y enredaderas.

Comparando los dibujos de miles de años y las especies conservadas, con el aspecto general del paisaje egipcio y los seres de hoy, no puede por menos de reconocerse que en sus líneas generales la naturaleza no ha sufrido grandes cambios aportando pruebas a la teoría de la evolución.

N.º 1936.—¿Cuál es el origen y significado del nombre de las flores lila, rosa, magnolia, dalia, jacinto, etc.?

PALITO. — Las Flores.

La lila es originaria de Persia, habiendo sido traída por primera vez a Europa en los comienzos del siglo XVI, y en persa la palabra "lilag" significa flores. Otra planta procedente del mismo país, el tulipán, toma su nombre del persa "doulyban", que significa turbante, y se refiere a la forma de las flores.

Algunas plantas han sido bautizadas con nombres derivados de los de ciertos botánicos famosos. La dalia, por ejemplo, recibe el nombre en recuerdo de Andrés Dahl, botánico sueco; la fuschsia, esa extraña flor procedente de Chile, trae a la memoria al viajero alemán Leonardo Fuchs, y la magnolia es un homenaje de la ciencia a Pedro Magnol, autor de muchas y muy notables obras de botánica.

A veces los nombres más sencillos son los que tienen más difícil etimología. La rosa, que toma su nombre del latín, se creía era así llamada por su color más o menos rojo. Hoy está demostrado que la palabra latina es corrupción del griego "rodon", derivado a su vez de una antiquísima palabra aria que quiere decir primavera.

El nombre liquen significa literalmente lepra, y sin duda era muy apropiado cuando el aspecto de esta terrible enfermedad era conocido de todo el mundo.

Finamente, el jacinto debe su nombre a Jacinto, aquel hermoso joven que según la mitología clásica fué muerto accidentalmente por Apolo. De sus heridas brotaron flores, que los griegos llamaron jacintos, conservando hasta ahora su nombre.

¡Fortifíquese!
es la primera recomendación que el médico hace a la madre



Su salud y la del niño depende de que la madre siga el sabio consejo.
Y es fácil nutrirse bien, en forma agradable, tomando con las comidas y a cualquier hora la deliciosa bebida tónica Africana Extracto Doble.
El organismo más delicado la recibe bien y la asimila inmediatamente aumentando la capacidad de la madre para dar al niño alimento sano y abundante, haciendo de él un bebé alegre, fuerte y hermoso.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE



Elaborado por la Cía. Cervecería Bieckert Lda.
San Juan, 3334 - Buenos Aires
De venta en los Bars, Almacenes y Confiterías.



SAN MARTIN. —Banquete ofrecido por el pueblo de esta localidad al senador provincial señor José A. Núñez.

El doctor Raffo de la Reta pronunciando su elocuente discurso al colocarse una hermosa corona de flores naturales, por iniciativa de la colonia italiana, en la lápida de Garibaldi.



EL DIABLO DEL LAGO

Cuando las canoas fueron lanzadas al agua en el lago de las Islas, Catalina Wansborough dejó escapar una exclamación de éxtasis a la vista del paisaje. Era como un reflejo del Paraíso. La tranquila agua que parecía un claro cristal y las redondas islas plantadas en él daban una reflexión tan definida como hermosa de la realidad. La canoa, impulsada por los fuertes brazos de un hábil remero mestizo, avanzaba haciendo que una suave brisa acariciara el rostro de Catalina.

Esta fué la primera sensación real de Catalina en una mañana primaveral en tierra canadiense, a pesar de que hacía cinco días que con su hermano Hugo y los remeros habían atravesado las partes más desconocidas de aquel vasto dominio.

Las dos canoas marchaban a la par. Después de unas cuantas horas llegaron a la desembocadura de un río, y según el deseo de Catalina se dirigieron a la orilla cerca de donde el río desde una gran altura caía al lago con gran estruendo. Catalina saltó a tierra y trepando por la barranca casi perpendicular fué a sentarse entre los pinos, desde donde podía contemplar el hermoso panorama del lago.

Los guías empezaron a descargar el equipaje para instalar el campamento. Hugo notó que el guía Le Loup tenía una expresión de desconfianza y su intranquila mirada no se apartaba de la espesura del bosque.

—Mientras preparan el campamento — dijo Hugo dirigiéndose a Le Loup — yo voy a reconocer los alrededores. Mi hermana está demasiado entretenida con el lago y lo mejor será que la dejemos sola hasta que...

—¡Mon Dieu, no! — exclamó el guía. ¡El hombre, el diablo... el diablo del lago! Usted debe quedar cerca de ella y con el rifle listo para tirar.

Hugo levantó las cejas interrogativamente. Le Loup fué a buscar su rifle y volvió al lado de Hugo.

— ¿Usted no ha oído hablar del diablo del lago?... ¿Nunca ha oído hablar del hombre del pelo largo?

Hugo movió la cabeza, dándole a entender que no hacía caso a tales historias. Le Loup miró a su alrededor como si temiera ser escuchado y, acercándose más a Hugo, continuó:

—¡Es un hombre loco. Perdió la cabeza. Grande, grande, sale del bosque, se apodera de la gente y las golpea hasta dejarlas casi muertas! No hay hombre que pierda tiempo en el lago, ni tampoco que se quede en estos lugares más tiempo del que necesita para trepar la barranca... Mi amigo Jannisse lo ha visto y le disparó un tiro, pero — Le Loup, dudosamente, movió la cabeza — las balas no sirven contra ese diablo.

Hugo se sintió tentado a reir de tal brujería, pero se contuvo al recordar las susceptibilidades de un hombre semiprimitivo.

Se disponía Le Loup a continuar su descripción

del hombre fatídico cuando el aire, hasta entonces en calma, fué rasgado en lastimosos jirones por el grito de una mujer, un grito de horror. Los dos se volvieron con el espanto pintado en la cara.

Catalina estaba en los largos y peludos brazos de una criatura que parecía más un enorme gorila que un ser humano. Solamente por tres segundos exhibió su horrible cuerpo, de lo menos seis pies de alto; después se contrajo, de forma que, sosteniendo a ella en frente, no se dejaba ver por los de abajo. Con una de sus siniestras manos le rodeaba la garganta y con la otra la sujetaba por los tobillos.

Hugo, en aquel momento de horror, se echó el rifle a la cara buscando la oportunidad de tirar. Un desesperado grito llegó hasta él.

—¡Hugo, mátame!... ¡No me dejes llevar por este monstruo!... ¡Mátame!

Aquel grito paralizó la sangre en las venas de Hugo. Sintió que su querida hermana lo llamaba con un grito del corazón; el ruego, tan horrible como sonaba, era justificado; sin embargo su cuerpo tembló al pensar en semejante inmolación.

El hombre-gorila, para protegerse mejor, levantó a Catalina como a un pie de altura, exponiendo sus propios tobillos. Hugo apuntó a ellos y simultáneamente, con el ruido del disparo, un grito salvaje arrancó de las fauces de aquel ser peludo, desapareciendo a la vista.

Hugo, seguido de los dos guías, corrió esperando encontrar al monstruo herido y a su hermana luchando para deshacerse de él, pero estaba en un error, pues llegó justamente a tiempo para verlo desaparecer en la intrincada selva.

—Vamos a la canoa — gritó Le Loup que había quedado un poco retardado; — si llegamos pronto al otro lado del río le cortaremos el paso.

—Vaya usted con el otro guía — contestó Hugo al tiempo que arrancó a correr en la dirección que había visto desaparecer el monstruo con Catalina en sus brazos. Empezaba a anochecer cuando dió comienzo aquella caza tan fantástica que jamás la salvaje selva había visto.

Hugo, con las mandíbulas apretadas y mostrando sus blancos dientes, arremetió contra el matorral, corriendo con toda la fuerza que podía emplear, aguzando la mirada a uno y otro lado; pero no fueron sus ojos los que le guiaron, fueron los oídos. Un agudo grito de dolor partió a través de la selva. El hombre-gorila había dejado caer a Catalina al suelo, y entonces, tomándola por las dos muñecas se la echó sobre los hombros, tomó con una de sus desmesuradas manos las dos de Catalina, y abriéndose camino con la otra continuó corriendo con grandes zancadas que lo llevaban a él y su indefensa cautiva con la rapidez de un ciervo en la foresta.

El grito que había dejado escapar Catalina fué por el dolor causado al retorcerle los brazos cuando el monstruo se la echó sobre la espalda. Hugo envió un grito consolador:

— Aguarda — vociferó; — voy siguiendo.

Cuando estas palabras llegaron a ella, se dió cuenta que también tenía que jugar su parte. Había pataleado, batallado, y arremetiendo con su cabeza contra el maníaco con la esperanza de obligarlo, si no a dejarla, por lo menos a reducir la velocidad, pero pronto comprendió que el único efecto producido era en ella, que estaba rápidamente perdiendo la fuerza, y temió desmayarse.

Deshaciendo la vegetación, perseguido y perseguidor continuaron la obstaculizada carrera. El camino era señalado por los gritos de la indefensa joven. La respiración de Hugo se hacía precipitada, su corazón parecía un motor, el sudor corría por su rostro, y después de veinte minutos empezó a hacer eses casi perdiendo el control. Sabía por los gritos de su hermana que poco a poco se iba aproximando.

Para alivianar la marcha tiró el rifle a un lado y empuñó el revólver. Le sorprendía que aquel bruto, a pesar de la carga y la herida, como pudo comprobar por las gotas de sangre que notó en algunas hojas secas, pudiera correr con semejante velocidad.

De pronto oyó el grito de la hermana que le decía:

— Va cojeando... indeciso.

Al instante quiso haberse mordido la lengua por haber dejado escapar aquellas palabras.

El gigante se paró de golpe, y de un tirón la puso frente por frente. La cara estaba contraída por la fatiga y la locura. Apretó la mano con que sujetaba las dos muñecas y levantó sobre su cabeza un puño grande como un maza. Ella creyó que aquel puño iba a destrozarle el cráneo, pero cuando ya la maza iba a caer, la detuvo el crujido de una rama seca que llegó hasta los oídos del monstruo. Con el puño aun en el aire, volvió la cabeza sobre un hombro por un par de segundos para escudriñar. Después echó su garfio nuevamente sobre la joven, volvió a cargársela en los hombros, y continuó la carrera con nuevos bríos.

Tan ligero corría que el corazón de Catalina se hundió en la desesperación. Sabía que su hermano tenía que estar cerca, fatigado, vacilante, mientras que el monstruo que la aprisionaba parecía estar dotado de una moción perpetua.

De pronto el gigante encontró su camino obstruído por varios grandes pinos derribados y que al caer unos sobre los otros habían formado una barrera al parecer infranqueable. Comprendió que si trataba de rodear aquella barrera le daría tiempo a su perseguidor para alcanzarlo, y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban, sin hacer mayor caso a la herida, se lanzó a través del ramaje con un esfuerzo supremo. Cuando extasiado franqueó aquel obstáculo, se encontró con otro más grande aún. Dos enormes troncos le interceptaban el paso en forma decisa. Se detuvo un momento recostándose contra ellos para tomar aliento, pero sin soltar su carga. Cuando ya con una mano sobre uno de los troncos se disponía a saltar, sonó un tiro. El monstruo dejó caer su carga llevándose las dos manos a un costado al tiempo que daba un gran brinco, y encogiéndose, con una horrible expresión de dolor y odio al mismo tiempo, cayó de espaldas para no volverse a levantar más.

Hugo, en su persecución había ido a salir al lado opuesto de los troncos justamente en el momento que la peluda mano se aseguraba sobre el tronco más alto para tomar el impulso. Por el pequeño espacio que quedaba entre los dos troncos, divisó en la semiobscuridad el jadeante pecho de su perseguido y, sin perder más tiempo, levantó su segura mano e hizo fuego.

Al instante saltó los troncos y se apresuró a levantar a su hermana que yacía sin conocimiento al lado de los troncos, donde su raptor la había dejado caer. Catalina dió señas de volver en sí. Con ella en sus brazos, corrió hasta llegar al centro de un claro y desde donde ella al recuperar su sentido no pudiera ver a la víctima. Allí, recogió leña seca y le prendió fuego, con la esperanza de atraer a los guías, pues en su desesperada persecución había perdido la orientación.

A la mañana siguiente, con la primera luz del día, las canoas enfilaron sus proas volviendo a atravesar el lago, y la jira de Catalina por la salvaje selva tuvo un fin inesperadamente anticipado.

JAMES BARR

(VERSIÓN CASTELLANA DE M. VIAPLANA.)

De San Luis



Alumnas del 3.er año de la escuela normal de maestras que festejaron en los jardines de la escuela Belgrano el Día del Estudiante.

AGRICULTURA

LA PERONÓSPORA DE LA VID (PLASMOPARA VITÍCOLA)

ORIGEN Y DIFUSIÓN.

He aquí una enfermedad que no se conocía en el país, o muy poco, hasta hace dos años, y que ahora tiende a extenderse sembrando justificada alarma entre los viticultores, por la fuerza de invasión que puede llegar a tener, por los daños que causa y por la defensa activa e ineludible que su presencia exige.

Originaria de la América del Norte, invadió Francia e Italia en sus mejores regiones vitícolas, en 1878, extendiéndose pocos años más tarde en España, Austria y hasta las costas septentrionales de Africa y Asia Menor causando daños enormes, sobre todo en los primeros tiempos en que todavía no se habían descubierto los medios de lucha eficaces y convenientes que ahora conocemos.

En nuestro país empezó a difundirse con carácter extensivo y apreciable hace dos años en las provincias de Mendoza, San Juan, Catamarca y otras, regiones todas que, por su clima seco y poco lluvioso, se creía fueran inmunes a la invasión de este parásito.

DESCRIPCIÓN.

La peronóspora ataca solamente las partes verdes de la vid, con mayor intensidad las hojas, pero también los brotes tiernos, las yemas, las flores, y los granos cuando están formándose o próximos a su madurez.

En las hojas atacadas se manifiesta en forma de manchas en la cara superior, entre las nerviaciones, y a veces en el borde, de color amarillento sucio, parecidas a manchas de aceite, que se hacen más visibles si se observa la hoja por transparencia.

Más tarde, cuando el mal se ha desarrollado, a las manchas mencionadas corresponde, en la cara inferior de las hojas, una eflorescencia blanca, en forma de moho, que se destruye y desaparece frotando ligeramente con un dedo de la mano; esta eflorescencia está constituída por los órganos de reproducción del parásito, comprueban el desarrollo del mal y evidencian las características propias del mismo, que las hacen inconfundibles con otras enfermedades o plagas análogas o parecidas.

Cuando las hojas están por caerse, las manchas amarillas de la cara superior adquieren un color marrón obscuro o negro; las hojas muertas al caer dejan en el suelo los gérmenes del mal que pasan el invierno, y al llegar la primavera reproducen la invasión.

Los ramos tiernos también son atacados por la peronóspora, que se evidencia por unas manchas rojizas obscuras, seguidas por la eflorescencia blanca; los ramos invadidos no leñifican normalmente.

Las flores atacadas se presentan también cubiertas por el característico moho blanco, y en este caso no cuajan, ennegrecen, se secan y caen; lo mismo puede decirse de los granos ya formados, que una vez atacados por el mal ostentan un color rojizo o marrón obscuro, se encogen y se secan.

CONDICIONES NECESARIAS PARA SU DESARROLLO.

La peronóspora empieza el ciclo de su desarrollo en la primavera, pero éste no tiene lugar sin una temperatura mínima de 10 grados centígrados y sin una gota de agua ya en forma de lluvia o neblina o rocío abundante; de ahí que aparezca el mal solamente después de una lluvia y siempre que la temperatura media sea superior a los 10 grados centígrados; que si ésta es de 15 a 25 centígrados, la germinación de los esporos es más rápida aún.

Las germinaciones sucesivas de los esporos que pueden tener lugar por lluvias repetidas y frecuentes, acompañadas por temperaturas elevadas, determinan las invasiones difusas e intensas, cuyos perjuicios para las plantas pueden adquirir proporciones desastrosas, pues las hojas se caen antes de tiempo, los sarmientos no leñifican, las flores no cuajan y los frutos no llegan a su madurez. Generalmente se suceden dos invasiones bien definidas: una en primavera y otra en otoño, siendo, como es natural, la primera más perjudicial.

MEDIOS DE DEFENSA.

Para combatir esta enfermedad, el único medio de lucha consiste en la destrucción de los esporos o gérmenes por la aplicación de sales de cobre en la superficie de las partes verdes de la vid atacadas, por medio de pulverizaciones oportunas y repetidas; y entre la numerosa serie de preparaciones aconsejadas, la de fácil aplicación y resultados seguros es el caldo bordalés.

En una tina o bordalesa se disuelve un kilogramo de sulfato de cobre, en 50 litros de agua, y en otra tina y en igual cantidad de agua se echa un kilogramo de cal viva; una vez que ésta se ha disuelto y depositado en el fondo la parte insoluble, se vierte la lechada de cal, despacio y revolviendo, sobre la solución de sulfato de cobre, con lo que se habrá formado el caldo bordalés.

No es igual echar una sobre otra solución indistintamente; hay que advertirlo que es indispensable echar la solución de cal sobre la del sulfato y no viceversa, so pena de obtener un caldo que no reune las condiciones de eficacia requerida; este caldo debe ser siempre de reacción neutra o ligeramente alcalina y nunca ácida, porque quemaría o destruiría las partes vegetales en que se aplica, en vez de destruir el mal.

Peronóspora vitícola.
Hoja, sarmiento y racimos atacados.

Ahora el momento más oportuno para aplicar la primera pulverización preventiva es cuando los brotes tengan de 10 a 12 centímetros de largo o bien se noten en las hojas las manchas amarillentas que hemos mencionado, pudiéndose anticipar o retardar según corra el tiempo seco o lluvioso, pues, sin lluvia, como dijimos no hay lugar al desarrollo del mal.

Estas pulverizaciones hay que repetirlas según la frecuencia de las lluvias y a medida que crece la vegetación de la vid, y conviene aplicarlas con tiempo bueno y sin viento, procurando que todas las partes verdes, las hojas principalmente, queden bañadas del todo por el líquido; más tarde puede aumentarse la cantidad de sulfato de cobre y cal hasta 3 kilogramos por 100 litros de agua; pero es más eficaz aplicar abundantemente soluciones diluídas, que escasas soluciones concentradas; 200 litros de caldo bordalés por hectárea pueden ser suficientes en la primera pulverización; más tarde, con la vegetación bien desarrollada, pueden necesitarse de 600 a 800 litros por la misma extensión.

En fin, todo el éxito consiste en aplicar las pulverizaciones antes de que se desarrollen los gérmenes de la peronóspora sobre las hojas o partes verdes de la vid; repetirlas cada vez que las lluvias y la temperatura elevada amenacen nuevas invasiones; practicarlas con aparatos adecuados para que echen el líquido con fuerza y finamente pulverizado para que quede bien adherido a las partes en que se aplica.

HUGO MIATELLO.
Ing. Agrón.

De San Luis



La colectividad israelita celebrando con patriótico entusiasmo la ratificación del mandato a Inglaterra sobre Palestina, que deja prever la restauración del Hogar Nacional del pueblo hebreo.

EL QUE NO SE CONSUELA...

Un buen adorador de Baco sacó la cuenta y dijo que durante setenta años había bebido 16.200 litros de aguardiente, 90.500 de sidra y 10.000 de café, habiéndole costado todo esto próximamente 12.000 pesos moneda nacional.

El hombre, a los setenta años, estaba pobre y sin fuerzas. Si no hubiera sido bebedor podría ser propietario del molino de su pueblo, que valía solamente 10.000 pesos moneda nacional. En cambio, le queda el consuelo de saber que, necesitando aquel molino 1.720 litros de agua por minuto para moverse, si pudiera echar en él los 126.000 litros de líquido absorbidos durante su vida habría podido ver que la rueda del molino daba vueltas por espacio de una hora, trece minutos y treinta y cinco segundos, nada más.

Es una satisfacción como cualquiera otra.

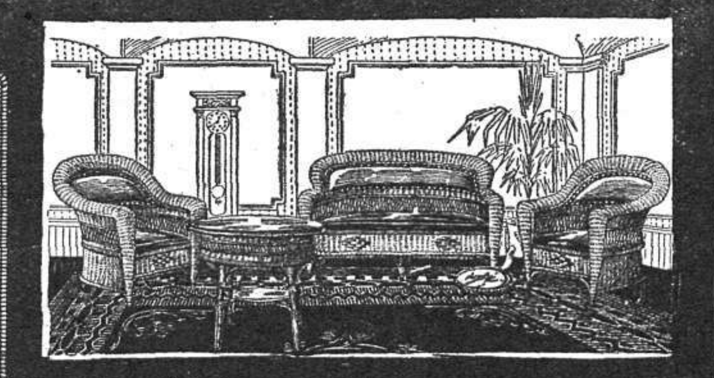
El tren más rápido del mundo es uno del ferrocarril inglés Great Western, que en ciertos momentos de su trayecto lleva una velocidad de 127 kilómetros por hora.

El sitio del mundo en donde más llueve es Cherapunji, en las montañas de Assan; por término medio caen al año once metros de agua.



N.º 91/456. - SILLON INGLES en cretona $ 115.-

BUTACAS RECLAME...... $ 50.-



ULTIMA NOVEDAD

PARA HALL. Armazón reforzado de mimbre color caoba y tapizado en dermoid-cuero.. $ 210.—

Cuatro piezas, en BUFALO......... $ 240.—

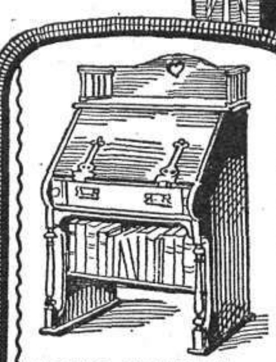
CREDITOS

AMPLIOS y LIBERALES
calculados en forma conveniente para el más modesto presupuesto equilibrado.

Nuestra exposición ocupa los 4 pisos de NUESTRO EDIFICIO.

VISITEN NUESTRA EXPOSICION DE MUEBLES PARA LA LIVING-ROOM





N.º 1505—BIBLIOTECA escritorio inglés fantasía con tapa reversible para escribir. Se fabrica en roble o cedro.

$ 145.—

CORRIENTES 1145
BUENOS AIRES

Gratis Catálogo Nº 17

FUNDADA EN 1853

Entre los compañeros que estudiaron medicina conmigo, ninguno tan extraño y digno de estudio como Fernando Ossorio, un muchacho alto, moreno, silencioso, de ojos negros intranquilos, de rostro impasible. Había entre los condiscípulos algunos que aseguraban que Ossorio tenía talento; otros decían que era un pobre de espíritu que sólo a fuerza de estudios podía ir aprobando los cursos.

Fernando hablaba muy poco, sabía con frecuencia las lecciones, faltaba de vez en cuando a clase, y al parecer no le daba mucha importancia a la carrera.

Un día vi a Ossorio en la clase de disección que quitaba con cuidado un escapulario a un cadáver y lo guardaba en el bolsillo. Le pregunté para qué hacía aquello, y me dijo que hacía colección de todos los escapularios, medallas y reliquias que llevaban los cadáveres a la clase de disección.

Desde aquel día intimamos algo, y hablábamos de pintura, arte que él cultivaba como aficionado. Me decía que a Velázquez le consideraba como a un gigante bárbaro, a Murillo como a un pintor despreciable. Los únicos pintores que estimaba eran los anteriores a Velázquez, como Pantoja, Sánchez Coello y sobre todo el Greco.

A pesar de esto no podía comprender que un muchacho que estaba siempre tan a gusto con Santana, el condiscípulo más cerril de la clase, pudiera tener algún talento.

Después, cuando estudiábamos clínicas, le veía siempre a Ossorio mirando con curiosidad a los enfermos, haciendo croquis en un cuaderno. Dibujaba unas figuras locas, estiradas, a veces grotescas, a veces llenas de una vida y de un espíritu diabólico.

— Lo natural es estúpido — me decía. — El arte no debe ser nunca natural. Los sentimientos sinceros son siempre torpes. Hay que buscar algo agudo, algo finamente torturado.

— Con esas ideas, ¿cómo puede usted soportar a ese imbécil de Santana, que es tan estúpidamente natural? — le dije una vez.

— ¡Oh! Es un hombre muy divertido — me contestó sonriendo. — A mí la gente que me conoce me estima; pero él siente un desprecio tan profundo por mí, que me hace que le admire.

Un día, en una de esas conversaciones en que dos hombres se vacían espiritualmente, como decía un afamado profesor, contándose confidencias, le hablé de lo poco clara que me resultaba su persona, de cómo había días en que creía que era un necio completo y otros en los cuales me asombraba, me parecía, no sólo que tenía talento, sino hasta genio.

— Sí, hay algo de eso — murmuró Ossorio. — Yo soy un hombre extraño, soy degenerado en el fondo. De niño fuí de esas criaturas que asombran a todo el mundo con su precocidad. A los cinco años dibujaba y tocaba el piano. Celebraban todos mi talento y había quien aseguraba que yo sería una eminencia. Mi nodriza, la pobre, que siempre me ha querido mucho, sentía cierto miedo por mi inteligencia de niño tan brillante.



EL AMIGO OSSORIO

Mi abuelo me mostraba a los amigos de casa y yo hablaba de todo con una seguridad y un dominio grandísimos. A los nueve años me llevaron a confesar y sentía yo una verdadera repugnancia por aquello. En el instituto era yo una verdadera lumbrera, ganaba los premios, se me ponía como ejemplo para todo; la única cualidad que no tenía era la de la religiosidad. El profesor de psicología se acostaba pensando que yo iba a resultar algún gran hereje. Me llevaron a comulgar a los catorce años, y recuerdo que estaba tan preocupado por la ceremonia que, al llegar a casa, cogí una Biblia a hurtadillas que guardaba mi abuelo, y a los tres o cuatro días salí diciendo en la mesa que este sacramento de la comunión no estaba establecido por Dios, y que Jesucristo habló en sentido figurado cuando dijo por el pan: éste es mi cuerpo, y por el vino: ésta es mi sangre; añadí que no comprendía que en una cosa que va al estómago y se disuelve allá como cualquier otro alimento pueda estar Dios.

Mi abuelo sonreía al oírme hablar: mi nodriza, en cambio, se asustó tanto que pidió a mi abuelo por favor que no me imbuyera ideas antirreligiosas. ¡Pero para eso estaba yo! ¡Para dejarme convencer con los argumentos piadosos de mi nodriza!

Al ir a concluir el bachillerato, mi padre se murió. A mí, la verdad, su muerte no me produjo ningún dolor; pero, en cambio, la presencia de la muerte me turbó el espíritu de tal manera que me hice preocupado, serio y torpe, y mis brillantes facultades intelectuales, sobre todo mi portentosa memoria, desaparecieron.

— Este chico se ha entontecido — decían todos los amigos de casa.

Y era verdad; estaba sombrío, se me olvidaba todo, y no encontrándome con alientos para estudiar una carrera matemática, me puse a estudiar medicina, y yo, que había sido antes un prodigio, no he llegado a ser ni siquiera un mediano estudiante, y con notas detestables estoy concluyendo la carrera. Por eso le decía a usted antes que hay en mí algo de degenerado.

— ¿Y piensa usted ejercer la carrera? — le pregunté yo.

— No, no. Me repugna extraordinariamente. Además, me considero a mí mismo como un menor de edad. Algún resorte se ha roto en mi vida que no sé cuál es.

Ossorio me dió una profunda lástima al oírle, y durante cuatro o cinco días no pude apartar su recuerdo de mi memoria. Poco a poco se me borró la imagen de mi compañero. Supe que después de con-

cluir la carrera, por influencia de un tío suyo senador, le habían dado un destino, y nada más. Años después, en la Exposición de Bellas Artes, vi un cuadro de Ossorio colocado en la sala del crimen, sitio en donde suelen reunir lo peor que va a parar allí. El cuadro representaba una habitación pobre, con un sofá donde se veían dos muchachos, elegantemente vestidos de negro, y dos niñas de diez a doce. A un lado se veían por una ventana los tejados del pueblo y el humo de las chimeneas que iba ascendiendo lentamente en el aire. El cuadro se llamaba *Horas de silencio*. Estaba en general mal pintado, con sólo tres colores; pero había en todo él una atmósfera de sufrimiento contenido, una angustia, un dolor tan vagos, que producía una impresión de pena por el autor. Aquellos jóvenes enlutados en el cuarto triste, frente a la vida y al trabajo de una gran capital, dan miedo. En las caras alargadas y aristocráticas de los cuatro se adivinaba una pasada existencia de refinamiento, se comprendía que en el cuarto triste se habían desarrollado escenas de una desgracia punzante; se adivinaba además en lontananza una terrible catástrofe.

Yo contemplaba ensimismado el cuadro cuando se presentó Ossorio. Se había dejado la barba y estaba pálido, demacrado.

—Querido, eso es hermoso — le dije.

—Sí. Eso creo yo también; pero aquí nadie se ocupa de mi cuadro. Puedo decir que he tenido el éxito del silencio más absoluto. Yo deseaba que alguno de esos críticos imbéciles de los periódicos se ocupara de mi cuadro con la idea romántica de que una mujer que me gusta supiera que yo soy hombre de talento capaz de pintar cuadros. Una necedad. Ya ves tú a las mujeres qué les importa que un hombre tenga talento o no.

—Hombre. Habrá algunas...

—¡Ca! Las pobrecitas son tontas. Pero eso es lo de menos; lo que me molesta es que me encuentro hueco, siento la vida absolutamente vacía, me acuesto tarde, me levanto tarde, y al levantarme me encuentro cansado; como, y ya estoy tendido nuevamente en un sillón, sin ganas de hacer nada. Mi vida es una vida de cerdo.

—Cásate.

—¿Para qué? Además que no puedo decidirme. Mi espíritu tiene tanto miedo a la acción, está sumido en una pena tan profunda, que temo que no he de hacer más que pasar como un observador indiferente por la vida a pesar mío.

—Se hace voluntad.

—Bah. No y no. Cuando se tiene la inercia dentro del alma no se hace nada más que entretenerse en desgarrar la conciencia, analizándose uno a sí mismo.

—¿Pero tú tienes motivos para esa apatía?

—No, en la vida no he sufrido desengaños; mi vida se ha deslizado casi con placidez; podría contar en cosas pequeñas más triunfos que derrotas.

—Entonces, ¿por qué estás triste?

—Es que tengo el pensamiento amargo. ¿De qué proviene esto? No sé a punto fijo. Yo me lo explico por herencia.

—Eres un hipocondríaco. Te escuchas demasiado, como dicen los médicos, nada más.

—¡Oh! Si pudiera no escucharme. ¿Crees que no lo haría? Dices: Eres un hipocondríaco. Me basta esto para ser un desgraciado. ¡Si yo pudiera cambiarme por cualquiera de estos hombres! ¡Con qué gusto lo haría!

Mi amigo se calló.

Hablábamos y volvíamos por la Castellana hacia Madrid. El centro del paseo estaba repleto de coches; por los lados paseaba gente atildada y elegante. Era un anochecer de mayo. La vuelta de los coches y de la gente de la Castellana hacia el centro de Madrid tenía algo de la elegancia afeminada de un paisaje de Watteau. Los coches iban encendiendo los faroles y se les veía formando una masa en el centro del paseo. El cielo estaba azul, de un azul líquido; alguna que otra estrella plateada aparecía tímidamente en la bóveda celeste.

—Sí. La influencia histérica — dijo Ossorio al cabo de más de un cuarto de hora en que creí que había ya olvidado el tema desagradable de su conversación — se marca con claridad en mi familia: la hermana de mi padre loca, un primo suicida, un hermano de mi madre que murió idiota a los catorce años, un tío suyo alcoholizado... Es tremendo, tremendo. — Luego, cambiando de tono en la conversación, siguió diciendo: — El otro día estuve en un baile de una casa particular, y me sentí molesto porque nadie se ocupaba de mí y me marché en seguida. Estas chicas — y me señaló a un grupo de muchachas que pasaron riendo y hablando alto a nuestro lado — no quieren más que al hombre joven elegante que les diga cosas ligeras, agradables, y yo soy demasiado triste para eso. Al día siguiente me marché al café a la reunión de unos amigos pintores y me encontré también molesto. Quisiera hacer algo; pero no sé qué. La literatura me gustaría, pero es poco plástica; la medicina me repugna por ese elemento groseramente humano con el que hay que luchar. Hay que encontrar un fin para la vida. Eso es lo terrible. ¡Si yo pudiera tener un trabajo manual! Pero quizás lo abandonaría inmediatamente. Adiós, amigo. Me marcho. Voy detrás de esa mujer vestida de negro.

Vi a mi amigo que se deslizaba entre la gente y pronto se perdía de vista. Desde la plaza de la Cibeles, la calle de Alcalá, iluminada por sus focos de luz eléctrica, y al final en una ligera faja de color amarillento que aun quedaba como vestigio del resplandor del sol, se destacaba la silueta de una torre. Por la ancha calle en cuesta se veían los coches que corrían, las luces de los faroles brillaban como insectos luminosos, el cielo azul iba estrellándose. Daba aquel anochecer una impresión del aniquilamiento, de la fatiga de un pueblo que se preparaba para los placeres de la noche tras de las perezas del día...

PIO BAROJA

EL RESORTE DEL JUGUETE

—Padre, aquel gran caballo de madera
que por la habitación solo corría,
en pedazos he roto el otro día
por saber qué resorte le moviera.

—¿Y has hallado el resorte?
—Nada hallo.
—Y después de trabajo tan penoso
¿qué ha conseguido al fin tu afán curioso?
Quedar con tu ignorancia y sin caballo.

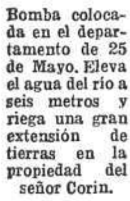
Ha procedido, al cabo, tu inocencia
como los hombres que en su afán profundo
el secreto motor que anima al mundo
quieren hallar por medio de la ciencia.

Para ver el resorte del juguete
en cien pedazos lo rompió tu mano;
así también el pensamiento humano
quiebra lo que a su imperio se somete.

Descomponiendo va, pieza por pieza,
el mecanismo oculto de la vida,
y sin hallar la máquina escondida
rompe la forma; mata la belleza;

y cuando el hombre, de su afán vasallo
cumplido juzga su deseo ardiente,
se queda como tú, ¡pobre inocente!,
con su antigua ignorancia y sin caballo.

MANUEL DE LA REVILLA



Bomba colocada en el departamento de 25 de Mayo. Eleva el agua del río a seis metros y riega una gran extensión de tierras en la propiedad del señor Corin.

El señor interventor, ingeniero Bello; el ministro de Hacienda, doctor Isasa, y caracterizados vecinos del departamento 25 de Mayo, inspeccionando las obras de irrigación que tantos beneficios reportan.

En 3 minutos un **vestido nuevo**

¿Cómo? Comprando un paquete de la maravillosa
ANILINA ALEMANA

VENUS

EXIJASE  ESTA MARCA

única en el mundo que tiñe instantáneamente toda clase de géneros, seda, lana, algodón, sin dañar las telas por finas y delicadas que sean. No mancha las manos ni los utensilios. Es la única que da los colores más firmes y brillantes. Es la más sencilla, la más económica y la más segura de cuantas se conocen.

SOLICITE POR CARTA MUESTRAS GRATIS
se las remitiremos a vuelta de correo

20 COLORES	Castaño obscuro	Kaki
Negro	Castaño claro	Naranja
Azul marino	Gris perla	Vert-gris oscuro
Violeta	Amarillo	Bleu
Lila	Rosa viejo	Azul celeste
Verde obscuro	Rosa pálido	Colorado
Verde claro	Punzó	Vicuña

PRECIO DEL PAQUETE, $ 0.80

CODINA & Cía. - Tacuarí, 24 - U. T., 1361 Riv. BUENOS AIRES

Una mirada

que fascina y un

Cutis

que encanta...

son dos cualidades que representan el más alto orgullo en toda mujer.

La ostentación de un cutis limpio, suave y fresco es la suprema ambición femenina.

No existen sacrificios para lograrlo.
Las damas de hoy día ven colmados sus anhelos gracias al producto científico

"LAIT DE BEAUTE"

cuyas eficaces propiedades libran al cutis de toda clase de afecciones: granos, manchas, espinillos, preservándolo de paspaduras y agrietamientos

USARLO ES ADOPTARLO

Precio del frasco, $ 3.50 Interior, $ 3.70

De venta en todas las farmacias y perfumerías de la República.

Unicos Concesionarios:

Farmacia y Droguería Inglesa

La mejor surtida y económica
AVENIDA DE MAYO, 900 BUENOS AIRES

ALFA-LAVAL

ALFA-LAVAL

Una DESNATADORA
ALFA-LAVAL
es indispensable en todo tambo o cremería.

Pidan precios.

Unicos Importadores:

Goldkuhl y Brostrom Ltda.

CHACABUCO, 199 — BUENOS AIRES

Sucursal en el Uruguay: URUGUAY, 986 — Montevideo

ALFA-LAVAL

LA EMOCIÓN DE LOS GRANDES CRIMENES

El sensacional proceso de Raúl Tremblié por el descuartizamiento de Francisco Farbós



Raul Tremblié, el descuartizador de Francisco Farbós en Buenos Aires, condenado a muerte en Francia y luego a trabajos forzados en la Guayana merced a un pedido de conmutación que dirigiera cierto camarista argentino al presidente francés, por los fundamentos que se dan en esta crónica.



Oleo que se hizo durante la investigación tomando como base la cabeza casi descompuesta de Farbós, que se halló entre el lodo, y con el objeto de reconstruir rasgos fisonómicos.

Viven, ciertamente, muchos que guardarán imborrables los recuerdos de aquellos días que se cubrieron de comentarios espeluznantes y un tanto azarosos para la tranquilidad del Buenos Aires de veintisiete años atrás. Pero toda una generación en trincheras de lucha ignora el caso, y también los que vienen tras ella irrumpiendo a piquetazos en la vida contemporánea.

Nunca el pueblo de la metrópoli se conmovió tanto como con aquel descubrimiento de restos humanos envueltos a guisa de jamones y abandonados en las esquinas.

Los pormenores del hallazgo son lo de menos. La vibración del proceso, la inventiva del juez, las incidencias de la búsqueda, el espanto de volver al centro del círculo que rodeaba el misterio: he ahí lo substancial de aquella crónica que llenó columnas y columnas en la prensa toda durante muchas semanas, y que aún, dos años después, hizo su aparición en los diarios como cosa que a todos interesaba. El comentario tomó tales características que gran parte del pueblo creyó en la existencia de una banda de forajidos.

En la madrugada del 21 de abril de 1894 el vigilante de facción en Montevideo y Cuyo, volviendo a su parada después de acompañar hasta un hospedaje a un transeunte que así lo había pedido, fué avisado por el ciudadano Twaites de la existencia de cierto bulto que parecía contener «algo extraño», y estaba recostado contra la valla de construcción del edificio que allí se levantaba.

Llevado el envoltorio a la policía, resultó contener un tórax humano. El juez de instrucción Dr. Servando A. Gallegos tomó ingerencia en el asunto instantes después, y con las primeras conjeturas procesales asoma en juego la extraordinaria perspicacia de este hombre a quien el mismo jefe de policía trata de ironizar.

— A nosotros nos parece — observó el estado mayor policial — que el crimen se ha perpetrado en algún pueblo inmediato.

— ¿La razón? — preguntó el juez.

— Doctor, en la capital hubiérase producido con algún escándalo un hecho semejante.

— ¡No es lógica esa! — infiere el doctor Gallegos. — Dígame, señor jefe. ¿Cuánto tiempo puede un hombre sostener una brasa de fuego en la palma de la mano?...

— Ah... ni un segundo. Se trata de arrojarla cuanto antes — repuso el general don Manuel J. Campos, que era el jefe de Policía.

— Entonces, un muerto así, es una brasa «viva»... No hay criminal por taimado que sea, que se anime a viajar largo trecho con esta clase de «presentes», ni cabe creer en un mandadero, Manifestó el juez, agregando: Debemos suponer que el crimen se hizo en un perímetro muy cercano al sitio del hallazgo. Vamos a ver.

Enseguida trazó una línea de influencia sobre el plano que comprendía las manzanas inmediatas. Por allí vivía el general Campos, un ministro, algunos funcionarios consulares extranjeros.

La idea de revisar casa por casa levantaba resistencias, comentarios, casi protestas, y aunque algo se hizo, fué suspendida. Nadie hablaba. Un verdadero enjambre de pesquisantes revoloteaba por Buenos Aires a la caza de datos, de palabras perdidas, del hilo que parecía reanudarse cada rato y se rompía luego. Uno tras otro, los miembros del descuartizado aparecían. Un brazo, en Santiago del Estero y obras de la Avenida de Mayo. Una pierna, dos cuadras más alla; en fin, aparecieron unas iniciales entre los fragmentos de trapos que envolvían a algunos de aquellos macabros miembros. F. F. eran las letras que, lejos de dar camino a la pesquisa, la detenían en un dilema nuevo e impenetrable. Se multiplicaron las detenciones, los registros, las confrontaciones. En el convencimiento de muchos «detectives» aquello iba de mal en peor, a pesar de cuanto el comisario de investigaciones, Otamendi, quería dar de esfuerzo a las actividades de las brigadas que andaban husmeando detrás de todo el mundo.

Las noticias diarias, inspiradas en el verdadero apasionamiento de la más amplia información, comenzaron a debilitarse. Cundía el misterio. Faltaba la cabeza de aquel muerto a quien nadie podía identificar. El crimen quedaría en el abismo de lo indescifrable. Se buscó esa cabeza con heroísmo «sherlockholmiano». Quizás en aquellas búsquedas comenzó a refinarse el concepto policial de nuestros detectives, pues las actividades eran fruto de un plan científico, de una lógica, de un criterio: el cerebro judicial.

Fué hallado otro paquete conteniendo un pedazo que faltaba del cuerpo. Cuando el juez lo reconoció, la policía lo había desenvuelto, tirando los papeles y trapos que lo envolvían.

— ¿Dónde está el envoltorio? — interrogó el magistrado.

— ¡En la basura, señor!

Allá fué, a buscar los rastros el doctor Gallegos con sus auxiliares. En eso, alguien llegó, e inquirió por el juez ante el general Campos.

— Ahí anda el doctor Gallegos — le contestaron — buscando al asesino en el cajón de la basura. — Y lo que tuvo rasgos de ironía, se transformó bien pronto en el comienzo del éxito. Había entre aquellos papeles un pedazo de «La Prensa» fecha 21 de abril, que fué guardado cuidadosamente.

Por fin, cuatro o seis semanas después unos muchachos hallaron la cabeza que se buscaba, metida en el fangal de los terrenos portuarios que existían a la altura de la nueva Aduana. Estaba desfigurada. En una palabra, se perdía. El juez encargó al doctor Telémaco Susini que la conservara. Se hicieron fotografías, óleos, dibujos, bustos, reconstrucciones activamente. Y el despojo, metido en un frasco, fué expuesto en los corredores del departamento a la vista pública, por disposición judicial, haciéndose un derroche de vigilancia secreta para observar cualquier pormenor. Con aquel encuentro se volvía a mover la curiosidad popular, como si toda la población se interesase por develar el misterio.

— C'est lui, je crois q'c'est lui— oyeron los pesquisantes. Una hora después



La cabeza del descuartizado que fué hallada por unos muchachos en el terreno ahora comprendido por la Aduana.



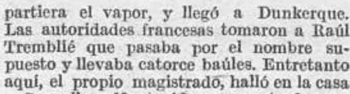
Perfil de la mascarilla que obtuvo el escultor Correa Morales, y en la cual se observan los detalles del golpe asestado sobre el cráneo de Farbós por su asesino, y además las huellas de la descomposición del rostro.

Reconstrucción exacta del cuarto donde Farbós fué despedazado por Tremblié, en la casa de la calle Cangallo y Montevideo. Esta reconstrucción fué ordenada por el juez Gallegos y sacada por un dibujante a la acuarela.

dos caballeros franceses declaraban ante el doctor Gallegos. La cabeza tenía todas las apariencias de ser de «un tal Francisco Farbós». ¿Las iniciales? ¡Coincidían! Los declarantes coadyuvaron a diligenciar. En Dunkerque habíanle tratado, y creían que debía venir pronto a Buenos Aires con un amigo, Raúl Tremblié, para contrabandear en monedas de cobre. Hacía poco Tremblié había estado con ellos, alojado en su casa de la calle Centro América y Corrientes, donde hoy está la Caja Internacional de Pensiones. Y les había dejado entender propósitos de ir a Francia. ¿Pero cómo aquel hecho?

Volvió el juez a buscar en las casas del perímetro donde se halló el tórax. Las listas de viajeros fueron consultadas, mas no había tal nombre, ni parecido, según los pesquisantes. El mismo doctor Gallegos, deduciendo, halló en una nómina el nombre de «Raúl Tamar».

¡Este es! El telégrafo aceleró un pedido de captura que pasó por Canarias cuando hacía dos horas



partiera el vapor, y llegó a Dunkerque. Las autoridades francesas tomaron a Raúl Tremblié que pasaba por el nombre supuesto y llevaba catorce baúles. Entretanto aquí, el propio magistrado, halló en la casa Cangallo y Montevideo un cuarto desocupado que, por su aislamiento del resto de la casa parecía adrede para el crimen.

— ¿Hay rastros de sangre? — inquirió a los empleados que hicieron la visita ocular.

— No hay nada, señor. — Sin embargo, el juez, que llevó consigo al doctor Atanasio Quiroga con elementos de observación, descubrió tales huellas del asesinato, que luego, a simple vista, se adquiría el convencimiento de que por paredes y pisos estaban latentes los testimonios del delito. El médico afirmo que se trataba de sangre humana. ¿Quién vivió allí? Un hombre cuya filiación coincidía con la que daban los franceses del «C'est lui, c'est lui». El carrero de Villalonga prestó concurso para reconstruir el aspecto de la habitación y se hicieron planos y acuarelas. En camino de hipótesis habíase llegado al casi esclarecimiento de algo que parecía la luz plena. El doctor Gallegos telegrafió al tribunal de Dunkerque: — *Dígame que clase de objetos lleva el detenido. Si entre su equipaje hay un trozo de nuestro diario "La Prensa" del 21 de abril, y su forma, etc., etc.*

La contestación aclaró y trajo el triunfo de la inteligencia jurídica, prestando infinita saciedad al incansable e insaciable comentario público. — *Efectivamente* — se le decía al juez — *hallamos el jirón del diario*



Taller improvisado por la justicia para reconstruir los rasgos de Farbós. El escultor Claudio Mazza modelando una cabeza de yeso. Se advierten los diversos trabajos hechos para reconstruir. En el frasco A la cabeza conservada en una disolución "ad hoc" que preparó el doctor Telémaco Susini.

referido, y ropas con tales iniciales. Baúles de doble fondo contienen monedas de cobre argentinas.

¿Qué más debía buscarse? Las deducciones condujeron al instructor del proceso de actividad en actividad, muchas veces al caos. De allí al rastro luminoso. Todo probó que Tremblié asesinara a su amigo Farbós, y se había apoderado del contrabando con que ambos pensaban volver a su país. Alfred Bataille, el enorme cronista parisién, aludió a esta sabia pesquisa de la justicia argentina en sus «Anales del Delito» publicados en 1896, y elogió al doctor Gallegos.

La Corte de Assises de Douai sentenció de muerte contra Raúl Tremblié por las abrumadoras pruebas y presunciones que aquel negó cínicamente. La Corte de Casación anuló ese fallo, y el proceso fué al jurado de Arrás que pidió en pleno la ejecución.

Cierto camarista argentino que durante su actuación como simple letrado había perdido la defensa de un asesino a quien luego de fusilado redimió con su confesión el verdadero criminal en trance de muerte, pidió al presidente francés, por esos fundamentos, la conmutación de la pena. Por tratarse de un eco llegado al Elíseo desde el país amigo, y dada la calidad del recurrente, Tremblié, que hubiera subido al cadalso, fué mandado a las Guayanas a purgar su crimen con trabajos forzados. Y dicen los comentarios del juicio que era tan cínico, que cuando la viuda de Farbós, en presencia del jurado de Douai le gritó: ¡Miserable! ¡Asesino!, Tremblié, aunque palideció, hizo una espantosa sonrisa despectiva...

Finalizó sus días hará cosa de dos años.



Doctor Servando A. Gallegos, a quien como juez de instrucción en turno tocó intervenir en el descubrimiento del crimen, y a cuya perspicacia se debieron las más singulares pesquisas que condujeron derechamente a esclarecer un misterio que parecía destinado a no develarse jamás. Obsérvese sobre la mesa el voluminoso legajo de las reproducciones que se hicieron sobre el proceso del descuartizado.

SANTIAGO FÚSTER CASTRESOY.

Enlaces



Señorita María Teresa Marín con el señor Manuel Balbín. — Trenque Lauquen.



Santos Gómez-Astorga. — Capital.



Señorita Clementina Avendaño con el señor Luis Mariani. — Rosario.



Señorita Victoria Cornello con el señor Domingo Nocetto. — Capital.



Señorita Pastora López con el señor Miguel Rubiolo. — Paz (F. C. O.).

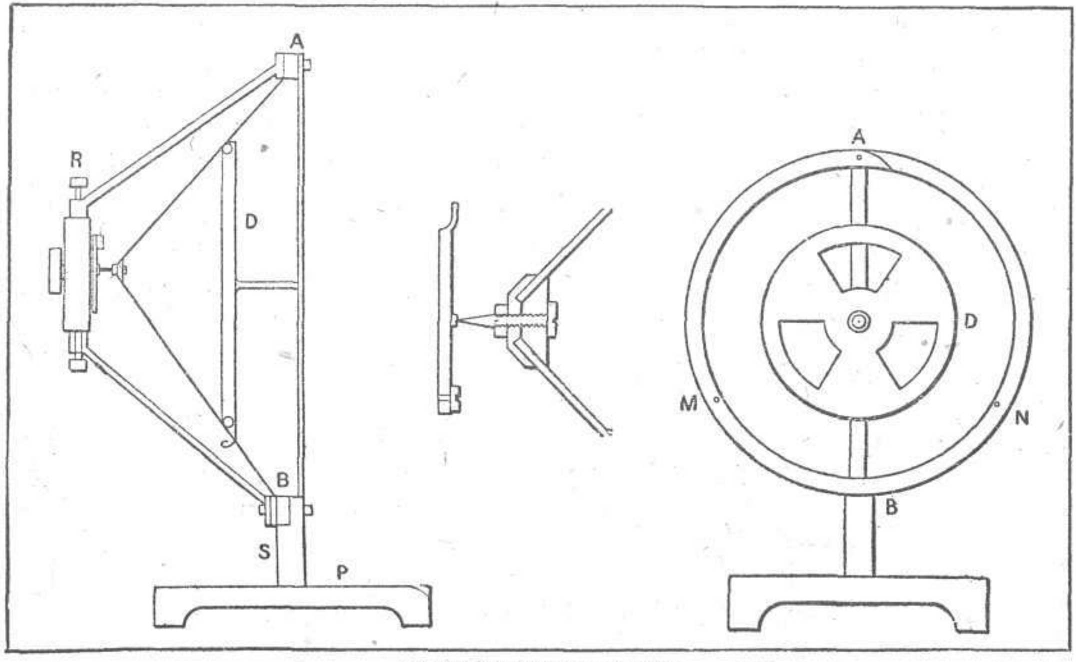


Señora:
¿Quiere ser siempre joven, hermosa y ser admirada por su belleza? Nada más fácil: emplee en su toilette productos de tocador de primer orden, como ser:
JABON HIGIENICO,
CREMA HIGIENICA y el inimitable
POLVO GRASOSO
Brissac.
que por sus componentes purísimos y embriagador perfume lo han colocado a la cabeza de todos sus similares.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443/55
Unión Telefónica, 2045, Belgrano
JABON HIGIENICO Brissac
POLVO GRASOSO de BRISSAC
PARFUMERIE
CRÈME HYGIÉNIQUE Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro
AUREOLE
EAU de LAVANDE AMBRÉE
ALPES
Brissac
Loción "Aureole", el perfume preferido por toda persona de buen gusto, muy persistente y agradable.
Loción "Douce Vision", perfume moderno de gran persistencia, el preferido por nuestro mundo elegante; no debe faltar en el tocador. Es un delicioso regalo.
Agua de "Lavanda Ambrée", destilada sobre flores de los Alpes, exquisito perfufume penetrante; en frascos de tres tamaños.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

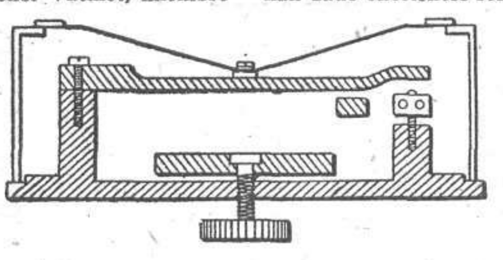
CONSTRUCCION DE UN "ALTO PARLANTE" O ESTENTÓREO

El aparato conocido bajo la denominación de «difusor», invento de los hermanos Lumiere, y que tanto se emplea en los fonógrafos Pathé, debido a sus notables cualidades acústicas, ha encontrado una nueva aplicación en la radiotelefonía, con resultados en extremo satisfactorios.



Dispositivos del difusor estentóreo.

El aparato es de tal sencillez en su estructura que cualquier aficionado un poco prolijo puede fácilmente construirse uno, por lo cual consideramos de interés publicar los detalles y método para su posible realización; advirtiendo que son ya varios los particulares que así lo han hecho, pudiendo citar el caso del señor Vatinet, miembro de la Sociedad francesa de estudios de telefonía y telegrafía sin hilos, que presentó en una de las sesiones mensuales que la asociación celebra un artefacto por él fabricado, mediante el cual pudieron oir las emisiones radiotelefónicas más de doscientas personas congregadas al efecto.



Corte esquemático del auditivo Brown

En principio se trata de un cono de papel adaptado por su vértice a un buen teléfono.

Sobre un aro soporte (figuras 1 y 2) de cualquier metal: aluminio, cinc y, en su defecto, un aro de madera (hemos visto algunos hechos de ruedas desprovistas de sus rayos). El diámetro del aro puede oscilar de 30 a 40 centímetros; en él se pega sólidamente la base de un cono de papel fuerte (papel de dibujo Canson). El cono tendrá de altura 15 ó 20 centímetros.

En el vértice del cono se fija una armadura metálica.

Se mantiene bien estirado el papel mediante un peso colgado del vértice y se procede a la aplicación sucesiva de capas de barniz goma laca (barniz que se hace diluyendo la goma a saturación en alcohol de 90 grados), hasta la obtención de una rigidez absoluta. Una vez perfectamente seco se puede proceder al montaje.

Al aro que forma la base se le provee de un soporte S en un pie P de cualquier forma.

En tres puntos equidistantes A M N de la circunferencia del aro se colocan tres brazos rígidos de aluminio, cobre, etc., que concurren a un anillo R, en el cual se fija por medio de tres tornillos el teléfono receptor.

Desde luego que el teléfono debe ser *bueno*. Nos han dado excelentes resultados los Brown de 2.000 ohms.

El teléfono se reglará en forma que la placa vibratoria esté en contacto a presión suave con la punta metálica en que termina el vértice del cono de papel laqueado.

Sin embargo, es preciso evitar la transmisión de vibraciones entre el teléfono y los bordes del cono, a cuyo efecto hay que interponer entre los brazos de sustentación A M N y el aro un rodaje de caucho.

A fin de dulcificar las vibraciones peculiares del cono, se termina el aparato ajustándole una pieza complementaria D, que se hace con un disco de metal, no importa cual, disco vaciado en parte, cuyo centro se fija a una pieza diametral A B, y en su periferia va provisto de una banda o corona de *atenuación* e1 c1 formada sencillamente con una mecha de lámpara Pigeon pegada con secotina.

Así terminado este aparato acústico tan sencillo, da resultados tan asombrosos que no creemos perdido el tiempo empleado en describirlo a nuestros lectores.

CARAS Y CARETAS

CARAS Y CARETAS SOCIEDAD ANÓNIMA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). - Administración: Unión T. 2316 (Avenida).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

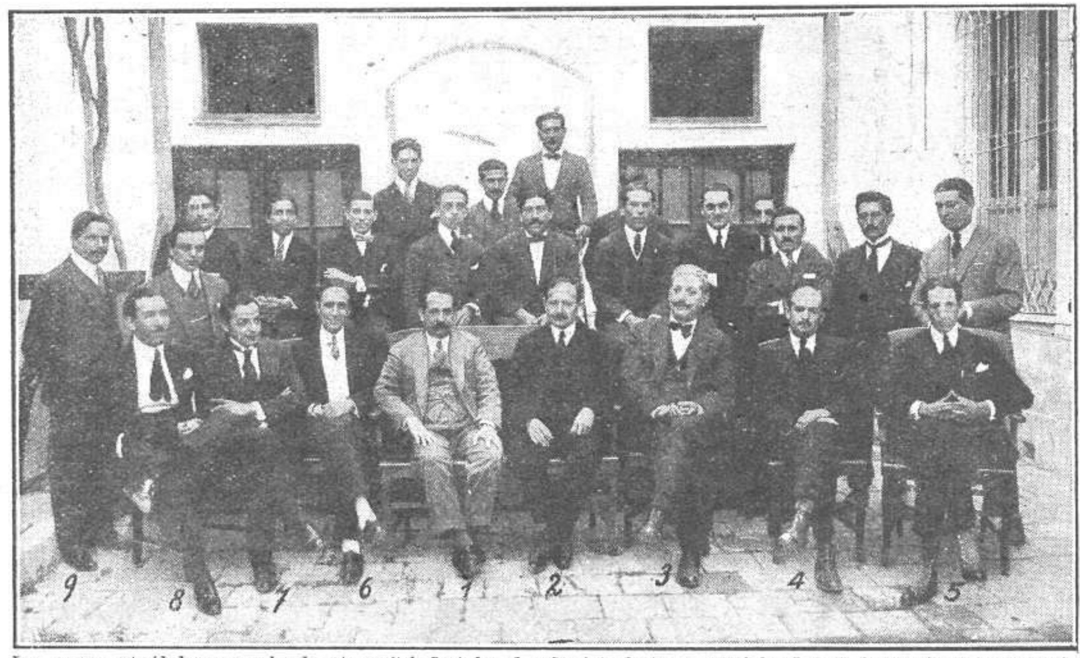
EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana y San Salvador.................. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



Las nuevas autoridades comunales de esta capital. Sentados: 1, señor intendente municipal don Luis E. Langou 2, señor secretario general don Cleto M. Toledo; 3, señor contador municipal don Pedro D. Rumi; 4, señor administrador del matadero don José P. Tedín; 5, señor director general de Paseos Públicos ingeniero don Rogelio F. Cornejo; 6, señor comisario general don David Schiaffino; 7, señor oficial primero don Alfonso Figueroa; 8, señor inspector de tráfico don Belisario Santillán (hijo); 9, señor auxiliar de receptoría don Juan Robles. De pie, de derecha a izquierda: auxiliar de contabilidad, Andrés Roccia; escribiente de receptoría, D. Sandoval; auxiliar de comisaría, D. Bazán Gudiño; director del archivo municipal, J. Durán Castro; auxiliar de la misma repartición, Carlos Blasco Arce; administrador de limpieza, Eugenio Pulido; subcomisario, A. Guzmán Arias; jefe del departamento topográfico y obras públicas, ingeniero Arturo D. Prinzio; tesorero municipal, Alejandro Mollinedo; receptor general, José Aguiló (hijo); inspector de patentes, A. Guzmán Leites; recaudador, Darío Juárez Moreno; inspector de limpieza, Julio A. Tula; inspector de calles, Ramón Unzaga; inspector de parques y plazas, Antonio Moya.

CATRILO (F. C. O., Pampa). — La distinguida educacionista Laura G. de Quiroga rodeada por un grupo de destacados colegas, que le tributaron diversas manifestaciones de aprecio con motivo de ausentarse de esta localidad. — En círculo: La señora Laura G. de Quiroga.


Lo más suntuoso
en aparatos parlantes lo hallará Vd. en la
"VICTOR" o "VICTROLA"
Los nuevos modelos que recientemente hemos recibido han sido construídos para satisfacer los gustos más exigentes en lo que a aparatos parlantes se refiere.
Un aparato "VICTOR" o "VICTROLA" es el complemento indispensable de todo hogar moderno, el que denota el buen gusto y distinción de su poseedor.
Con una "VICTOR" o "VICTROLA" usted puede oir en el momento que lo desee y en su hogar las bandas y orquestas de mayor renombre del mundo, a los más excelsos maestros en el arte vocal e instrumental, como también las piezas de música clásicas y populares.
Tenemos 18 modelos diferentes de aparatos "VICTOR" o "VICTROLA" desde $ 90.— hasta $ 1.350.— y el más grandioso surtido de discos VICTOR clásicos y populares.
Los pedidos del interior acompañados de su importe o contra reembolso se despachan en el día.
MODELO 8
VICTOR 4
MODELO 300
MODELO 50 PARA VIAJE
Victor
LA VOZ DEL AMO
Soliciten el nuevo catálogo VICTOR de discos y aparatos.
AGENTES EXCLUSIVOS:
Pratt & Cia.
626-SARMIENTO-636.—Buenos Aires
Rosario y Córdoba
La correspondencia comercial
es el reflejo más evidente de la buena organización de un establecimiento de comercio.
Exija usted en su casa de comercio que la correspondencia que diariamente dirigen a su numerosa clientela sea correcta, visible y en perfecta alineación. Esas características le serán sumamente fáciles de conseguir si usan para ello la máquina de escribir
Smith-Silenciosa
Desde hace más de 15 años, la "Smith-Silenciosa" es usada por las principales casas de comercio, bancos, compañías de seguros, instituciones nacionales, etc.
Solicítenos folletos explicativos. En la capital una demostración práctica en sus oficinas.
L. C. Smith & Bros
No8
Una carta
escrita a mano o a máquina puede ser reproducida por un mimeógrafo
EDISON-DICK
la cantidad de veces que usted necesite, a razón de 5.000 por hora, como también podrá reproducir circulares, cotizaciones de precios, catálogos, folletos, dibujos, música, etc.
El funcionamiento del EDISON-DICK es sumamente sencillo y puede estar a cargo de cualquier empleado o cadete de su oficina.
Solicítenos folletos explicativos. En la capital una demostración práctica en sus oficinas.

n divorcio

Por Scholoim Asch



LGO desagradable noto en tu cara, — exclamó la mujer cuando su esposo Idel, apareció en la puerta, metido aún en su pelliza y envuelto con su manto.

Idel nada contestó; sentóse, sin quitarse la pelliza, la gorra de pieles y los hondos zapatos de goma, sobre la primera silla que encontrara, y así permaneció en silencio, mirando vagamente, cual si aquella no fuese su casa, sino una hostería donde se aguarda la diligencia.

— ¿Por qué me apesadumbras el corazón? ¿Por qué *no me lo dices?* — añadió con vehemencia. Sus mejillas se colorearon y los pelos blancos de las dos verrugas que tenía en un ángulo del labio superior se erizaron.

El esposo seguía callando.

— Es que realmente voy teniendo miedo — prosiguió ella con el corazón agitado. — ¿Qué significa eso? ¡Con tal de que, líbreme Dios de ello, no sea «aquello» — gritó con voz inhumana.

El marido movía la cabeza tristemente, mirando a otro rincón.

— ¡Ay, madre mía! — suspiró la mujer, sentándose a su vez en la primera silla con que se topó.

Permanecieron sentados algunos instantes sin decirse palabra y sin mirarse.

Al rato ella prorrumpió en un torrente de lágrimas:

— ¡Desdichada de mí! ¡A lo que he llegado, a lo que he llegado — Y el rostro bañado en lágrimas, y gimiendo en alta voz, limpiábase la nariz y hablaba al cónyuge:

— Sin duda, Idel, no has hablado. ¡Ay, sin duda no has hablado!

— Hablé, dije, *insistí* — replicó el marido más con las manos que con la boca. — Pero la ley es clara, sentenció el rabí: viviendo diez años con una mujer sin lograr descendencia, fuerza es divorciarla, y de este modo ella tal vez será socorrida; posiblemente esa alianza no era la predestinada.

— ¡Socorrida! — gimió la hebrea. — ¡Desventurada de mí! ¿Cómo puedo ser socorrida? Pobre mujer separada ¿quien podrá socorrerme? Haber vivido diez años con un esposo... ¡Ah, Idel, quítate la pelliza, *porque, Dios no lo permita,* podrías resfriarte! — añadió con el mismo tono quejumbroso al notar que no se la había sacado aún.

Idel quitóse el abrigo, sin hablar. Quedó parado un momento: un hombre joven, de barba negra y redonda, con aspecto de mozo, y volvió a sentarse en su sitio como un extraño.

A causa de su llanto entró una vecina, que llevaba aún una cacerola en la mano, y con expresión de curiosidad echó una mirada sobre Idel y preguntó a la mujer llorosa:

— ¿Y qué dijo el rabí?

— Que nos divorciemos. ¡Ay, querida, que nos divorciemos! ¡Pobre de mí, que nos divorciemos! — continuó lloriqueando.

— ¡Ay, madre mía! — exclamó la vecina pellizcándose las mejillas. — ¡Qué desgracia, qué desgracia! — Pero al instante, cual si se acordara de algo: — Mire cómo ha dejado usted a su esposo que acaba de regresar de un viaje y que seguramente no ha probado todavía bocado en todo el día.

— ¿Acaso sé lo que pasa conmigo? Y allí se está quemando la comida — dijo la mujer dirigiéndose a la cocina.

La vecina hizo otra observación, lanzó un quejido y salió.

Cuando el hombre estuvo en la mesa, su mujer se sentó enfrente de él y empezó a hablar con la misma voz gemebunda:

— ¿Y qué será del negocio? ¿Quién lo va a atender? ¿Y con nuestros sitios reservados en la sinagoga? ¡Ay, de mí! ¿Quién cuidará de todo esto, de los utensilios, de la casa? — lloraba mostrando lo que había en torno.

— En fin, habrá un juicio. De acuerdo con la sentencia del rabino, así se hará. — respondió el joven con tono suave.

— ¿Y de ti, Idel, de ti?... — observó ella, y un nuevo torrente de lágrimas afluyó de sus ojos. Y de pronto acordóse que él era un hombre... en vísperas de divorciarse... se contuvo.

El recitaba la bendición de la comida en alta voz.

Al concluir la bendición, tomó la Gemara y se entregó al estudio. Doliale ver a su esposa, cómo sufría, y para hablar con ella no tenía de qué. Desde que se casaron, conversó poco con ella. ¿Qué se puede hablar con una mujer? Vivía con ella como debe hacerlo un judío piadoso, castamente, virtuosamente. Por lo visto, era cosa de Dios

el que no hayan tenido hijos. En realidad, a él no le hacían tanta falta. ¿Hijos? Sí, ¿por qué no? Uno es judío, y todo judío debe tener hijos, mas a él no le hacían falta. Su mujercita era una hebrea virtuosa, cumplía los preceptos y amaba a su consorte, según lo dispone la ley judía. Y él ha ido a visitar al rabí una vez, y otra, para que lo bendijera con prole. Le dijeron que esperase, y al cumplirse los diez años el rabí le ordenó que se divorciase, conforme a la ley hebrea. Si el rabí lo ordena y la ley lo dispone ¿qué más había que hacer? ¡En fin! Y ella, la mujercita, comprende también perfectamente que no hay otro recurso, y la prueba está en que acepta complacida: es una hija de Israel... Empero, sentía mucha compasión por ella, por sí mismo, y estudiaba en voz alta, cantando el texto, para olvidarse un poco y porque, además, estaba a solas con una mujer...

Ella prestaba atención a su melodía talmúdica y su corazón se le oprimía cada vez más. Había oído este mismo cántico cuando él visitó la casa de sus padres; y desde ahora será para ella extraño, alejado. La melodía talmúdica ya no es de ella, ya no es de *su* marido. Y estalló en un nuevo llanto.

— ¿Por qué he llegado a tal extremo, Padrecito en el cielo? ¿Ha sido poca la vergüenza que he sufrido por ser una mujer estéril, por no haberme concedido hijos y todavía me quitas el esposo? ¿Qué pecados he cometido ante ti?

Oyendo sus palabras, el joven sintió despedazársele el corazón. Diez años ha vivido con una mujer, una verdadera hija de Israel, una santa, que lo cuidaba como la niña de sus ojos. Colocó el pañuelo sobre la Gemara, se puso a pasear por el aposento y a hablarle:

— No llores, Sarita, no llores; sin duda es cosa de Dios, ya que todos estamos en sus manos. ¿Qué le vamos a hacer? Y tal vez sea esto para bien tuyo; quizás no sea yo tu predestinado y el Señor te va a ayudar y hallarás a tu igual, y tendrás hijos, hijos dignos, como tú los mereces.

No se daba cuenta que se había acercado a ella; extendió la mano y le acariciaba los cabellos, las mejillas, los hombros, sin mirarla.

— Pues tú eres una casta mujer judía, — continuó. — Yo sé que tú eres virtuosa y Dios acudirá en tu ayuda. Estoy seguro que lo hará. — Y de sus ojos goteaban lágrimas sobre la cabellera de ella.

Ella estaba a su lado, dejándose consolar y suspirando suavemente. Por primera vez desde que se desposaron él le hablaba con tanto cariño y la consolaba. Se sentía bien y lloraba.

— ¡Ay, Idel, Idel, Idel mío, mi único, único Idel!

Y él la acariciaba: en la cara, en la cabellera, en la espalda, silenciosamente, sin decir palabra.

De repente acordóse que se trataba de una mujer y por añadidura en vísperas del divorcio, y se apartó bruscamente, tornó a sentarse ante la Gemara y se puso a estudiar con sonoro canto:

— «Decía Abai...»

Y ella, sentada en un rincón, escuchaba su cántico talmúdico y lloraba en silencio.

Algunos días después, el carruaje de Salomón el cochero los condujo al pueblecillo más cercano, a orillas del río Sujotne (por cuya razón se podía conceder allí el divorcio), a casa del rabino, para que los divorciara... Ella se ubicó en un extremo y lloraba. Y él, en otro, hacía lo mismo. Y alrededor del vehículo se agrupaban algunas mujeres que se retorcían las manos, se contemplaban unas a otras y señalaban a Sarita y la desgracia que le había acaecido. Y Salomón el auriga les dijo:

— Cuidado, cuidado, no sea que tengan ustedes que ir también conmigo al pueblicillo para divorciarse.

Al llegar, fueron a casa del rabino y éste ni siquiera trató de hacer las paces, porque se trataba de un divorcio obligatorio. Durante la ceremonia hubo llantos como en un entierro, y todas las mujeres, detrás de la sinagoga, los repetían en eco.

Después del divorcio, para el regreso, como ya no podían viajar en el mismo carruaje, él volvió con Salomón y ella esperó a otro cochero. Y cuando Idel estaba ya sentado en el carruaje, ella le gritó:

— Envuélvete el cuello, Idel, no vayas a resfriarte!

— ¡Ay de mí, a un hombre extraño! — observaron las mujeres allí presentes.

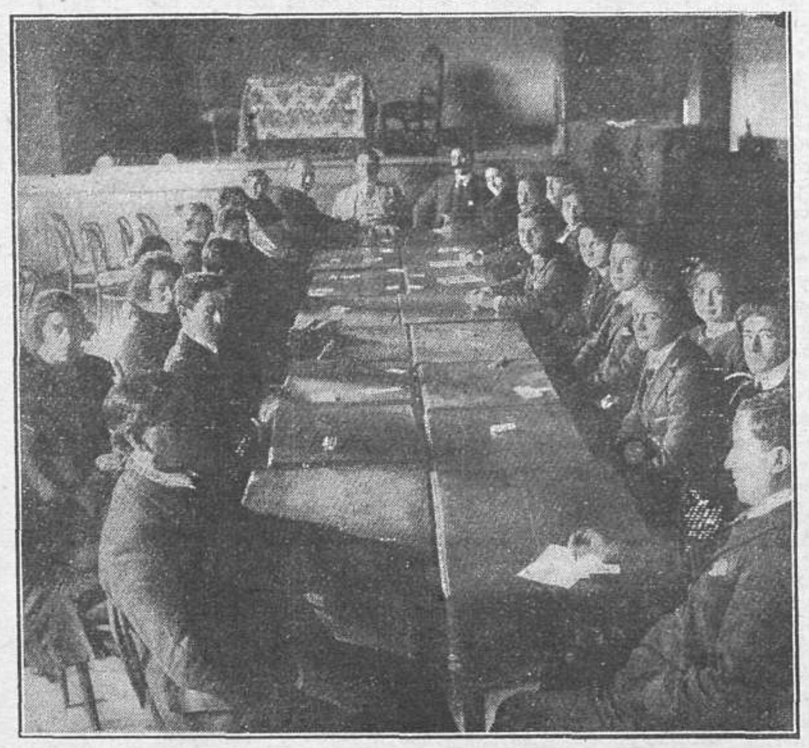
— ¡Si ya se han divorciado!

— ¿Sé acaso lo que hago — gemía a divorciada.— ¡A un hombre extraño!



Traducción de S. Resnick

De Territorios



COLONIA BARON (F. C. O.) Pampa Central. — Personal directivo y docente de las escuelas de Baron, Quemú Quemú, San José, Villa Mirasol (N.º 168 de Colonia Inés y Carlota, N.º 189 y 168. Zona Nueva) reunidas en la escuela N.º 13, al objeto de elegir nuevas autoridades en la directiva de la 5.ª Brigada de Maestros de la Pampa.

LOCOMOTORA MONSTRUO

Una locomotora gigantesca ha empezado a funcionar en la línea de la compañía inglesa Great Northern Railway, construída según el modelo del ingeniero de la compañía Mr. Gresley.

La locomotora con su ténder pesa ciento cincuenta toneladas, y las dos unidades combinadas pueden llevar ocho toneladas de carbón, veintitrés mil litros de agua y pueden arrastrar un peso de seiscientas toneladas a la velocidad de ochenta y ocho kilómetros por hora.

Esta locomotora monstruo está destinada al tren que llaman los ingleses el "Flying Scotsman", expreso que desde hace más de sesenta años, sale todos los días de Londres para Escocia a las diez de la mañana.

Se han construído para este servicio nuevos coches-cama de un lujo exquisito, con camas de nueva patente, y alumbrado que el viajero puede graduar a su gusto desde el lecho.

Cada viajero tiene a todas horas a su disposición agua fría y caliente.

EL RUIDO

La guerra que acaba de terminar fué el imperio del ruido. En otros tiempos, la guerra era otra cosa: hablaba a los ojos e inspiraba a los pintores telas emocionantes y famosas. De la guerra de hoy, los pintores poco o nada tendrán que contar de episódico. Pero esta guerra ha hablado terriblemente a nuestros oídos. Ha llegado hasta hacernos conocer ruidos, pues si es cierto que las condiciones de la existencia moderna nos han familiarizado con el rugir de los motores y las explosiones de todas clases, ninguna oreja humana había registrado nunca esta variedad, esta continuidad, esta intensidad formidables.

Ahora que la tempestad ha pasado, pero que sus truenos ruedan aún sordamente en la concavidad de nuestras orejas, como el ruido de la resaca persiste al estado de recuerdo en las volutas de conchas y caracoles marinos, es ocasión de hablar de esta cosa misteriosa, el ruido, sobre la que tuvimos largas horas de meditación en las angustiosas noches de las trincheras, y que ocupa uno de los más interesantes capítulos de la Física.

Existen dos elementos indispensables para la producción del ruido: Un movimiento vibratorio, y... una oreja viva. Cuando falta uno de ellos ya no hay ruido.

Lo que vibra es el aire agitado por un objeto en movimiento. Suprimamos el aire, las orejas quedan inútiles. Una experiencia clásica consiste en agitar una campanilla en el vacío de la máquina neumática; vemos agitarse el pequeño badajo, pero no se oye nada.

Esto se imagina muy bien, pero lo que se imagina menos bien es que, por violentas que puedan ser las vibraciones aéreas, no existe ruido cuando no existen orejas. Supongamos un lugar en el que no existan ni un hombre ni un animal, y bastante alejado de los hombres y de los animales. Llevemos al centro de este desierto, con la imaginación, un cañón de 400 servido por artilleros completamente sordos, que lo disparen. El obús partirá con impetuosidad y se romperá en mil pedazos, imprimiendo al aire una terrible conmoción. *Pero no hará ningún ruido.* No tratéis de argumentarme que sí habrá ruido, pero que no habrá sido oído. No; es en la oreja, o mejor dicho, en el centro perceptivo del cerebro, donde se hace el ruido. El estallido no será sonoro si falta el órgano de la sonoridad.

Una prueba de que las ondas de aire no bastan por sí solas para constituir el ruido, es que son mudas cuando son demasiado lentas o cuando son demasiado rápidas. Un objeto que vibra menos de veinte veces por segundo no causa ninguna impresión sonora; otro, que en el mismo tiempo vibra más de veintitrés mil veces, podrá afectar otro sentido, pero el del oído quedará perfectamente insensible.

¡Qué ingenioso instrumento de música, admirable y complicado, es el oído! Necesitaría para describirlo unir al vocabulario científico el de la música, hay allí un tambor, un piano y algo más todavía, todo perfectamente combinado por un artífice genial.

Demostración de cómo las vibraciones del aire entran y circulan en la oreja.

En el exterior, es un pabellón análogo al de las trompetas, pero de uso completamente opuesto, porque el pabellón de las trompetas sirve para extender el sonido, en tanto que el de la oreja sirve para recogerlo.

El tambor está al fondo de la caverna; es una pequeña cámara huesosa, cerrada por membranas, la caja del tímpano, cuyo contenido es apenas de dos centímetros cúbicos. Una comunicación con las fosas nasales hace llegar a ella el aire de manera a mantener igual las presiones interior y exterior. El parche del tambor, el tímpano, es un disco membranoso resistente, herméticamente tendido al fondo del conducto auditivo. Las ondas del aire, golpeando sobre este parche de tambor, lo hacen vibrar y ponen en movimiento, en el interior de la caja, una pequeña palanca articulada, la cadena de los huesecillos. Estos huesecillos, de los que el más pesado pesa veinticinco miligramos, se llaman, a causa de sus formas, el martillo, el yunque, el lenticular y el estribo. El puño del martillo está unido al tímpano; el estribo se apoya en el fondo de la caja, sobre otro parchecillo de tambor, que es la ventana oval. Toda presión sobre el tímpano queda así trasmitida por la articulación de los huesecillos a la ventana oval, que es la comunicación con el oído interno, es decir, el piano.

Imaginad una sala de música tallada en la roca —es la palabra propia puesto que este hueso tan duro se llama en efecto roca.—Aquí, nada de aire; las vibraciones de la ventana oval se trasmiten por un líquido, por la endolinfa que baña todo: es como una gruta submarina agitada constantemente por temblores y por olas.

El piano, que ocupa un espacio relativamente considerable, no tiene, sin embargo, sino unos cuantos milímetros.

RESISTENCIA. (Chaco).—Parte de los concurrentes a la fiesta conmemorativa del aniversario patrio italiano, y en la que se inauguró también una artística placa recordatoria a la visita del general Caviglia.



RESISTENCIA. — El gerente de la sucursal del Banco de la Nación en esta localidad, señor Gasfrescoli, rodeado del personal del citado establecimiento y amigos que acudieron a felicitarle por su reciente y merecido ascenso.

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a razón de $ 2.25 el cien.

OBSEQUIAMOS

a nuestros compradores con este lindo prendedor enchapado en oro

Remitimos gratis nuestro catálogo ilustrado.

RELOJ enchapado en oro 18 kilates, con cinta moiré, máquina garantida, a...... $ **9.50**

RELOJ oro 18 kilates reforzado, con cinta moiré, máquina garantida, a pesos........ **20.-**

GEMELOS plata fina, iniciales en esmalte, el par a.. $ **5.—**
Los mismos, en oro 18 kilates garantido, el par a pesos .... **18.—**

AROS plata fina, con camafeo en relieve, el par a pesos...... **4.50**

AROS plata fina, camafeo en relieve, el par a pesos.... **4.50**

ANILLO plata fina, iniciales en esmalte, a..................... $ **5.—**
El mismo, en oro 18 kilates garantido, a $ **30.—**

PULSERA de abrir, enchapada en oro 18 kilates, piedras colores surtidos, a....... $ **2.—**

AROS galalit, colores punzó, verde o blanco, con gancho de plata fina, el par a..$ **3.—**

AROS en oro sobre plata, con piedras químicas, el par a pesos............ **3.—**

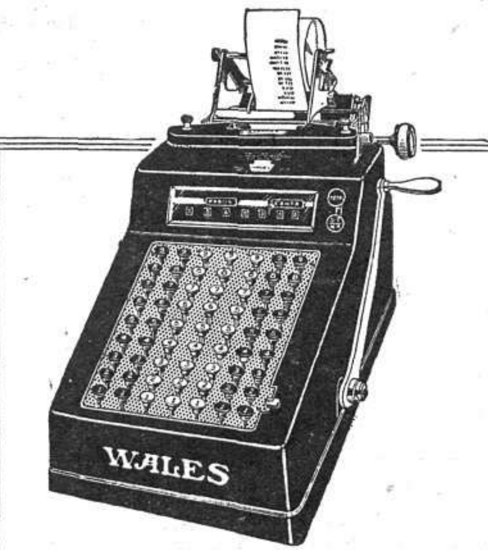
AROS galalit, colores punzó, verde o blanco, plata fina, el par a $ **2.—**

PULSERA me[illegible]tal blanco o enchapada en [illegible], 7 hilos, con pasador e inicia[illegible] en esmalte, a............. $ **2.50**

JOYERIA Y RELOJERIA
A. Samada

Casa Central
Corrientes. 928

Sucursales
B. Mitre. 927 - C. Pellegrini 485



Un Cliente Satisfecho

es un cliente que vuelve

y a los clientes siempre agrada hallar exactitud en sus cuentas; éste es precisamente el motivo porque todo comerciante debe poseer una buena máquina de sumar como lo es la

WALES

cuyo precio de

$ 130 m/n

al contado, y 10 mensualidades de $ 56 m/n c/u, constituye una remunerativa inversión de capital, porque la **"WALES"** devuelve en breve tiempo y con creces el importe de su costo, dado que otra cosa no significa el hecho de suprimir por completo el tiempo vanamente empleado en revisar por repetidas veces columnas enteras de largas sumas hechas mentalmente y que no quieren nunca dar un mismo resultado.

Con el uso de la **"WALES"** este inconveniente queda descartado en absoluto, como asimismo él de que pueda deslizarse un error causante de graves e irreparables pérdidas para el comerciante, y a veces la pérdida del cliente mismo, pues al proceder mecánica, exacta y rápidamente, ella da la seguridad de las operaciones que efectúa.

Escriba, telefonee o visítenos, para conseguir los datos completos.

Cía LA CAMONA
39 - MAIPU - 43
BUENOS AIRES

Comentarios



Como los senadores
no son murmuradores,
y desdeñan el chiste
y aman lo que es solemne y lo que es triste.
de *Elpidio*, presidente del Senado,
así se han ocupado:



—Es cariñoso, es dulce. No sería
fácil hallar hoy día
quien le sobrepujase.
Si un alfajor hablase,
como Elpidio hablaría.

—Es un hombre admirable.
—Yo le envidio.
¿Y cómo no envidiar a un ciudadano
que en este siglo torpe y chabacano
tiene la suerte de llamarse Elpidio?

—Me parece modesto.
—Muy modesto.
La modestia se impone
a aquel que no dispone
de otro nombre más raro de repuesto.

—¿Qué hizo en el ministerio?
—Nada insólito,
nuevo ni sorprendente:
decir lo que decía el presidente
y hacer lo que quería don Hipólito.
Consiguió señalarse únicamente
por su irigoyenismo.
—¿Y querrá en el Senado hacer lo mismo?

—Fué también un discreto
jefe de policía.
—Aunque respeto
a Elpidio y de mis labios
nunca saldrá palabra que le hiera,
me temo que pudiera
tener, quizás, resabios
y, aquí, en la policía se creyera.
Creo que no calumnio ni denigro
con esto a un caballero
a quien admiro y quiero.
Os señalo el peligro.

—Yo le pienso escuchar como a un oráculo.
—Yo, como a un Elpidiáculo.

—¿Pero, habla?
—Pocas veces.
—Comprendo. Poco ruido y muchas nueces.
—Imitando a Irigoyen, por costumbre,
al saber que éste seguirá callado,
cuando llegue a la Cumbre,
él callará en la *suya*, en el Senado.

—Cuando hablan mal de Hipólito, protesta.
—Es justo.
—Se comprende.
—Hace bien.
—Y "por ende"
si hablan bien de Marcelo, ¿se molesta?
—No. ¡Qué pregunta! Elpidio es cariñoso.
—Y altruista.
—Y generoso.



—Un corazón tan puro y tan sensible
jamás fué comprendido.
—Hizo en Córdoba todo lo posible
para ser popular, y no ha podido
salirse con la suya. ¿Qué ha ocurrido?
¿Se lo explica usted?
—No.
—No es comprensible.
—Pero aquí le amaremos.
—De seguro.
Por sensible y por puro.
—Por su ecuanimidad.
—Por su elocuencia.
—Y por su diplomacia y su prudencia.
—Y, según me parece,
por una temporada,
podrá gozar aquí de la templada
vicenotoriedad que se merece.



—No intenta deslumbrar.
—Nunca se irrita.
—Es amable.
—Es atento.
—No pretende "epatar" con su talento.
—No se enoja.
—No grita.
—Se impone, desde ahora,
su apacibilidad encantadora.
—Dsde hoy en adelante,
ese Elpidio insinuante,
será un interventor en el Senado,
pero un interventor muy delicado.

MONOS DE REDONDO.

Correo sin estampilla.

R. T. F. — Buenos Aires. —
Le salió a usted una cosa
tan difícil y premiosa
que es, a veces, enigmática.
Nos da pena su angustiosa
versificación asmática.

H. D. — Buenos Aires. —
Se les abre la espita a los sujetos
a quienes usted cita
y sale por la espita
un chorro interminable de sonetos.

L. — Buenos Aires. —
En ciertas ocasiones,
quizás no muy frecuentes,
las recomendaciones
son contraproducentes.

T. D. — Buenos Aires. —
Decir que en el Polo Norte
el hombre es más tolerante,
no hay anciano que lo aguante
ni mozo que lo soporte.

H. — Buenos Aires. —
Es un esfuerzo muy meritorio;
pero le ha dado,
como a otros muchos, un resultado
medianamente satisfactorio.

M. J. M. — Buenos Aires. —
¿Qué se alargan, sin cesar
las polleras? ¡Qué embromar!
Esa no es una razón
para alargar y alargar
los cuentos, sin ton ni son.

A. G. O. — Buenos Aires. —
De una bella señora enamorado,
así se expresaría,
con profunda emoción, el inspirado
jefe de la sección perfumería.

P. N. G. — Buenos Aires. —
No está escrito muy mal
y es relativamente original.

N. L. — Buenos Aires. —
Se nos antoja imposible
que sea melodramático,
declamador e irascible
hombre de tan apacible
temperamento linfático.

Fast. — Bahía Blanca. — No.